Doce oportunidades de Vivir

JOSSY LOES

Doce oportunidades de Vivir

JOSSY LOES

Doce oportunidades de vivir.
2ª Edición: noviembre 2021
Corrección: Bárbara Padrón
Maquetación: I.C.
Diseño de Portada: I.C
Esta es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ya sea electrónico u otro medio, sin el permiso de los autores. Todos los derechos reservados

A lo largo de nuestras vidas nos tropezamos con personas
que nos dejan una huella con su lucha y persistencia, esta historia
se la dedico a miles de personas que luchan contra grandes obstáculos
para superarse cada día y que nos enseñan a otros que cada día es una oportunidad de vivir.

A mi hijo que es un ejemplo para mí.

Todos cometemos errores, todos deberían
tener una segunda oportunidad.
Lailah Gifty Akita.

Prólogo

—Buenas tardes, damas y caballeros. Bienvenidos a la decimoséptima edición del campeonato de calificación de gimnasia rítmica de Estados Unidos —escuché a la comentarista desde el televisor que estaba en la sala en la que esperábamos ser llamados—. Este año la competición está reñida. Muchas de las jóvenes se han esforzado para llegar hasta aquí, como la subcampeona Sophia Baute, que nos sorprendió hace casi un año en las Olimpiadas.

—¡Así es, Donna! —comentó su interlocutor—. Su puesta en escena la llevó a ganar la medalla de plata en las Olimpiadas, pero no solo fue en esos Juegos, su recorrido estos últimos años ha sido intachable. Un ejemplo es el Campeonato Mundial, en el que se llevó el oro, o el Campeonato de la Costa del Pacífico, cuyo puesto fue el segundo lugar, por detrás de su eterna rival.

—La ejecución con las mazas junto a cada ejercicio de dificultad corporal fue perfecta en su programa—añadió Donna—. En los Panamericanos ha sido fantástica. Sé que eres fan de Marian Grant, pero mi favorita siempre será Sophia Baute.

De reojo los vi sonreír con complicidad durante unos segundos hasta que su interlocutor prosiguió con la transmisión.

—Cabe destacar que el dominio de fuerza, la ejecución de ejercicios de dificultad y equilibrio, sumados a los elementos acrobáticos, junto a la música y la danza, dieron una armonía inigualable que le han valido los primeros lugares este año en su aparato favorito, la cinta. No es de extrañar que se atreva a elaborar la rutina perfecta para consolidarse, pero Marian no se quedará atrás.

—No lo creo —señaló Donna—. Lo que ha caracterizado a Sophia estos últimos años es su ambición, y lo comprobaremos hoy y en el próximo Campeonato Mundial que está a la vuelta.

Suspiré en alto haciendo los ejercicios de respiración recordando en mi mente cada movimiento mientras Mollie, mi entrenadora, me acariciaba las orejas para darme serenidad.

Al llegar al recinto saludé a todas mis compañeras, incluso a Marian que, después de su lesión, había vuelto a hacer a la perfección varios saltos de dificultad que fueron su pesadilla durante meses. Las extensiones que pedía para la zancada en círculo con ambas piernas siempre terminaban con un error, pero en los pre—eliminatorios, días antes, obtuvo casi mi misma puntuación.

Me alegraba, a pesar de mantener latente el recuerdo de su acusación en los vestuarios delante del resto de compañeras, culpándome de su lesión. Marian Grant era así, tenía que culpar a

alguien, sobre todo, cuando estuvo a punto de acariciar la plata olímpica y, por errores básicos, recayó en las manos de su compañera, su amiga, y esa era yo.

Nuestra amistad se había resquebrajado por nuestros distintos gustos y ambiciones y, aun así, nos unía la pasión por la rítmica. Ese día, en cuanto Marian comprobó que no podía seguir, descargó toda su rabia y frustración en mí costándole una sanción de meses, tiempo suficiente para prepararse y volver a lo grande.

Marian deseaba volver a la cúspide y yo comenzaba a pensar que debía enfocarme en otras metas. Había ganado la plata olímpica y el oro en el campeonato mundial del año anterior, el sacrificio que conllevaba el ser una gimnasta de élite había dado sus frutos.

Me acercaba a los veintitrés años, edad ideal para una retirada digna y, a la vez, dejaría de escuchar a Marian echarme en cara ser la segundona. Dos años de muchos esfuerzos, lesiones que combatía con una sola visión, unidos a pocas horas de sueño y largas horas de entrenamiento, por lo que compaginar dos carreras profesionales no era fácil y debía centrarse en el futuro.

Respiré hondo, escuché la melodía de una nueva competidora junto a los aplausos en cada ejecución. Cerré los ojos de nuevo, tratando de encontrar la concentración máxima. Había diseñado una rutina ardua para intentar llegar a la perfección. Sonreí, asumiendo que gran parte de esa seguridad que sentía era dada por la ilusión que había nacido el primer día que me tropecé con Kenneth.

«Muy pocos pueden decir por ahí que su novia es una de las mejores gimnastas del mundo. Además, no será eterno, y esperar es de sabios». Solía decirme con frecuencia. Admiraba muchísimo su perseverancia, sus pequeños detalles y la valentía de aguantar más de una vez las malas miradas de mi entrenadora.

Con todo ello se había ganado mi corazón y debía reconocer que era hora de terminar mi carrera como era debido. Amaba la rítmica, era parte de mi ser, pero también debía asegurarme un futuro, al estudiar, fisiología aplicada.

—¡Sophie, llegó la hora! —indicó mi entrenadora tocándome el brazo—, ¡vamos, peque! —me dijo animándome como gesto cariñoso.

Mollie había sido mi entrenadora desde mis inicios en el mundo de la rítmica, era casi mi segunda madre. Me había llevado grandes broncas de su parte cuando quería tirar la toalla.

Ella conocía el potencial que tenía y podía jurar que desde pequeña conocí la palabra compromiso. Me había visto crecer, llorar de frustración y dolor, así como de alegría. Aparecí en su club con la escasa edad de cinco años, y con doce mi vida se basaba en clases de ballet, estudios de técnicas para ejecutar cada salto y giro a la perfección, flexibilidad, estiramiento y ejecuciones de cada aparato.

Arduos entrenamientos de más de treinta horas semanales en las que terminaban con más de un esguince en alguna ocasión, distensiones o contusiones por culpa de la sobrecarga de trabajo físico. Siempre agradecería a mis padres por aceptar las sugerencias del fisioterapeuta de añadir pilates al entrenamiento, sin ellos no hubiera cumplido mi sueño: estar entre las diez primeras y mantenerme en el pódium.

Me di cuenta que estaba más emocionada que cualquier día, ya que esta competición sería en mi ciudad natal y, a pesar de que esta tarde hacía un frío intenso por la amenaza de una gran nevada, las personas más importantes para mí estaban sentadas en algún lugar del recinto.

Miré a Mollie con la satisfacción en su rostro recordando el día que le di la primera sugerencia para un programa de competición y de eso hacía más de siete años.

Nos acercamos a la entrada del tapiz y alisé el maillot[1] que estaba confeccionado con cortes pintados a mano en los que sus colores estaban difuminados con sombras y cristales de Swarovski alrededor. Había querido que el fondo fuera de color verde con pequeñas flores azules y rojas que combinaba con la rutina.

Cogí todo el aire que pude, escuchando los aplausos que anunciaba la puntuación de una de mis rivales y esperé que diesen la señal para entrar. Me acerqué al tapiz, acomodé la cinta a lo largo y extendí el torso hacia atrás dejando parte de la misma en la mano para esperar el inicio del acompañamiento musical.

Escuché los primeros acordes y comencé a balancear la cinta, que pasó por delante de mi cuerpo a la vez que hacía una *circunducción*[2] del torso extendiendo los brazos. Aligeré los pasos haciendo espirales para terminar con un passé[3] subiendo la pierna y girando sobre mí misma, creando ondulaciones que combinaban con los acordes de la malagueña.

Volví a dar varios pasos lanzando la varilla y recogiéndola luego de varias volteretas en el tapiz siguiendo con movimientos de danza acorde a la melodía haciendo varios bucles de serpentina hacia adelante y hacia atrás para así coger carrerilla hacia un salto de difícil ejecución junto a las ondulaciones propias de la cinta.

Regresé al suelo y ahí extendí el torso a la vez que movía la cinta de un lado al otro. Me levanté en posición de equilibrio y la pasé de una mano a otra en movimientos circulares. Antes de volver a impulsarme para lanzarla al aire hice un salto alto para girar en suspensión y terminar la ejecución, pero la cinta se enredó con parte de mi brazo, sin lograr lanzarla ni mucho menos sujetarla de nuevo por la varilla.

Con rapidez hice otro salto lanzando la varilla para recogerla en

la punta y que combiné con un arabesque[4] pasándola entre las piernas dibujando pasos a través[5], transmitiendo con mis expresiones que mantenía la confianza a pesar de estar improvisando, tratando de compensar el gran error.

Había fallado, había perdido el campeonato, había fracasado en toda regla.

El día anterior pensaba en despedirme de la rítmica en el campeonato mundial; me había equivocado y me iría por la puerta trasera. Tenía ganas de llorar, pero debía seguir y dar lo mejor de mí. Di una vuelta sobre mí misma dando paso a otros espirales, volví al suelo lanzando la cinta con un lanzamiento de recuperación, sujetándola esta vez de manera correcta y en el tiempo preciso.

Me levanté con elegancia para dibujar ochos y serpentinas verticales, cruzándolas por delante, girando y preparándome para mi último salto. Junté ambas piernas y creé un círculo con mi cuerpo, lanzando al aire la cinta atrapándola y moviéndola con fluidez en ligeros balanceos de un lado al otro para dar fin a la rutina con un gesto de flamenco español.

El público aplaudió a rabiar, sonreí evitando que las lágrimas saltasen, saludé a todos con la mano junto a una reverencia y salí del tapiz acercándome a Mollie.

—¡Bien hecho, peque!

—Sabes que no —respondí decepcionada.

—Hasta que el jurado no dé la puntuación, no conoceremos la penalización —me recordó.

Caminamos hasta un pequeño banco donde esperaríamos saber en qué posición había quedado. Mollie sabía que ese error me había costado el medallero y que, por mucho que me preparara para momentos así, la mente era más poderosa que el cuerpo.

Me dio un achuchón, animándome y yo sonreí respirando con dificultad, tratando de calmar el pulso acelerado por la frustración de haber perdido. En el resto de los aparatos los había bordado, pero la competición estaba reñida y yo era realista. Escuché los gritos y aplausos del público, mi nota brillaba en el panel que tenían cercano.

Veintiséis novecientos cincuenta, quinta posición. Mi equivocación me había pasado una gran factura.

—¡Ánimo, peque! —me dijo Mollie viendo mi rostro. Miles de veces habían repetido la rutina, pero así era la vida de impredecible y debía aprender—. Todavía tienes opción para revalidar el título mundial, prepararte para el año que viene y las Olimpiadas —dijo con entusiasmo.

No era el mejor momento para tomar decisiones precipitadas y me limité a callar. Después de mi ejercicio siguieron más competidoras hasta que llegó la hora de Marian, haciendo la perfecta

rutina y llevándose el oro. Quería darle la enhorabuena, sin embargo, la conocía y era capaz de menospreciarme solo por restregarme su medalla.

Volví a los casilleros para cambiarme y charlé con algunas compañeras. Abrí el casillero que me asignaron, saqué del bolso el móvil y al encenderlo, me encontré un vídeo de Kenneth. Sonreí decidiendo que era la mejor compañía en estos momentos por lo que busqué el pantalón de mezclilla, una camiseta y la ropa interior para darme una ducha rápida e intentar olvidar este día, pero al salir, me tropecé con Marian.

—¡Enhorabuena! —exclamé con sinceridad—. Ha estado bien ejecutado.

—Siempre lo está —respondió para mirarme de arriba abajo—. Y sin necesidad de copiar el de otras. —Volteé los ojos, esa siempre había sido la excusa para justificar sus acusaciones.

—Espero que puedas disfrutar el momento —le respondí—. Nos veremos muy pronto. —El rostro de Marian cambió; la había irritado y quería sonreír por lo que opté seguir provocándola—. Quizás pueda arrebatarte los títulos que faltan por competir en el circuito.

—¡Ja! ¡Qué segura estás! —Me respondió Marian alzando su mentón—. Mírame bien —me dijo—. Seré yo quien te arrebate el título mundial que ganaste con trampa y lo celebraré a lo grande. —Sonreí comprobando, una vez más, lo fácil que era que Marian se enfadara.

—Tendrás entonces triple trabajo—le dije—. Mei e Inna nos pisan los talones. —Marian frunció el ceño, cruzó los brazos y enarcó una ceja.

—Yo tengo la perfección. —Me aseguró con una sonrisa que comprendí al instante, me despedí con la mano en cuanto ella se percató que solo quería provocarla.

A las afueras me esperaban mis padres y Kenneth, a quien le había prometido ir a cenar y pasar ese fin de semana juntos sin importar si ganaba o perdía, y eso era lo que haría.

Me recibieron con un abrazo dándome la enhorabuena, Kenneth me asió por la cintura, otorgándome un corto beso y entrelazó su mano con la mía, demostrando lo orgulloso que se sentía.

—¿Nos vamos a casa a celebrarlo? —preguntó mi padre.

—No es necesario —respondí.

—¡Sophia! —exclamó Kenneth, haciéndome entender que solo querían animarme—. ¿Qué os parece si pasamos por vuestra casa antes de ir a cenar?

—Está bien nos vemos en un rato —afirmé agradeciéndole su generosidad.

—Una gran idea, Ken—añadió mi madre con gran sonrisa.

—Os pido que sea un brindis rápido, ¡me muero de hambre!— exclamé—. Y que conste delante de mis padres que me llevarás a cenar y que no habrá otros cambios al estilo de Kenneth Hicks. —Él rio a carcajadas.

—Me lo pensaré —dijo con burla.

—¡Ken! —le reproché.

—No la atiborres a comida basura —añadió Mollie, que apareció a mi lado para darme otro abrazo y saludar a mis padres. Sabía que los siguientes días me autocastigaría.

—Lo prometo —respondió Kenneth rodeando mi cintura de nuevo para darme un beso en la cabeza.

—Nos vemos el lunes, Sophia, la siguiente competición está a la vuelta de la esquina y tienes mucho trabajo por delante.

Me despedí de mis padres y Kenneth y yo tomamos rumbo a la salida con las manos entrelazadas. En el fondo me sentía afortunada por tener tanta gente que me apoyaba, sobre todo, cuando la prensa deportiva local hablaría sobre mi error todo el fin de semana.

En cuanto se abrió la puerta me encontré con un grupo de chicos aplaudiendo y gritando mi nombre. Abrí los ojos sorprendida, me sonrojé y, con cierta vergüenza, me acerqué agradeciéndoles. Algunos me pidieron selfis y los hice encantada, hablamos un par de minutos y me despedí retomando el camino a los aparcamientos, pero a pocos metros del coche, me detuve.

—¿Has olvidado algo? —preguntó Kenneth deteniéndose a su lado.

—No, solo… —Necesitaba decirle tanto de lo que sentía que no sabía cómo comenzar—, quería agradecerte por estar siempre conmigo.

—No puedo dejar que se venga abajo mi futura socia en la vida, en eso de tener una casa inmensa con un enorme jardín detrás para que enseñes a nuestros gemelos a dar volteretas. —Reí con su respuesta.

—Lo de la casa y los gemelos acabas de inventarlo—le hice saber.

—Hoy más que nunca deseo compartir una vida contigo —respondió mirándola a los ojos y atrayéndome hacia él. Éramos muy jóvenes para pensar en ello, aun así, ese deseo nacía también en mi interior.

Kenneth era el bálsamo ante tanta presión. Algunas compañeras me miraban con recelo y muchas veces me sentí entre la espada y la pared, era difícil mantener una relación con la vida que llevaba. Afortunadamente con él no tenía ese problema, su compromiso con su trabajo como becario y el voluntariado lo tenían bastante ocupado.

Él tenía metas y sueños que estaba cumpliendo y tal vez, por eso, nuestra relación se mantenía, no sabía si esos sueños en común se

lograrían, pero estaba dispuesta a comprobarlo.

—Lo pensaré más adelante —le dije fingiendo desinterés. Kenneth frunció el ceño—. De momento quiero que me beses — le pedí. Me rodeó con sus brazos para besarme con dulzura, subiendo las manos y sujetarme el rostro, demostrándome cuánto me deseaba. Nos separamos muy a pesar, evitando que la excitación creciera.

—¿Complacida?

—No, quiero más… —Kenneth ladeó la cabeza con una mirada pícara—. No me mires así, además, necesito comer, estoy famélica. —Él rio a carcajadas—. Hablo en serio —protesté frunciendo el ceño, agarró mi mano para reanudando el camino hasta el coche.

—De algo estoy seguro —me dijo—. Serás mía todo el fin de semana.

—Ahora que recuerdo, tengo un compromiso mañana temprano —bromeé.

—¡Mentirosa! Di que te urge que me meta entre tus piernas.

—¡Calla! —exclamé con una risita—. ¡Te pueden oír!

—¡Sophia Baute me pone a cien, me excita como no lo había hecho ninguna otra chica! —gritó a la nada.

—¡¿Pero estás mal de la cabeza?! —exclamé apresurándome a taparle la boca—. ¡Oh, Dios mío! Por tu culpa le robaré el titular a Marian, mañana querrá enterrarme viva. —Kenneth rio a carcajadas, quitó la mano de su boca.

—Marian tiene todos los medios con ella —me dijo acercándome a él y susurrarme al oído—. Sé que te encantaría que te besara toda la piel mientras jadeas pronunciando mi nombre.

—¡Qué creído te lo tienes! —exclamé riéndome a carcajadas.

—La culpa es tuya, que te gusta retozar cuando no estás entrenando.

Abrí la boca sorprendida. Kenneth me besó de nuevo, mordiéndome los labios, demostrándome cuanto me deseaba. Llevó sus manos a mi trasero pegando su cuerpo al mío para darme un beso húmedo enredándome su lengua con la mía hasta hacerme gemir.

—¡Iros a un hotel! —exclamaron desde la lejanía. Dejamos de besarnos y sonreímos manteniendo nuestras bocas unidas.

Kenneth se separó de mí y entre gestos cariñosos, llegamos al coche y ahí pude observarlo. Era alto y delgado, su cabello caía de lado, tapándole los ojos de color miel, y cuando se apartaba el flequillo hacia un lado junto a su sonrisa que se escondía con la sombra de una barba de días se veía más apuesto.

Kenneth abrió la puerta y me senté poniéndome el cinturón de seguridad, él encendió el coche y salimos del aparcamiento en dirección a casa de mis padres.

—¡Maldita sea! —exclamó Kenneth—. He olvidado llenar el

depósito del coche.

—Vamos a la estación más cercana.

—Recuerda que tu padre odia las tardanzas—me respondió—. Pensándolo bien podía culpar a cierta gimnasta por incitarme.

—Debería recordarte que también me muero de hambre y creo que sería buena idea detenernos en la gasolinera, aprovecharía para comprar algo para picar. —Torció los labios.

—¡Menudo líos me metes!—exclamó con burla—. El lunes tendré un mensaje de parte de Mollie por atiborrarte a porquerías.

—Eso no pasará y lo sabes—le respondí riéndome—. Vamos a la gasolinera, luego a casa de mis padres y después a comerme una vaca entera. —Kenneth volvió a reír.

El silencio nos acompañó durante un rato y con ello no pude echar de lado ese error de principiante que cometí. Era consciente que pensaba dejar la gimnasia y centrarme en mi carrera, pero me era difícil olvidar lo sucedido. Conocía el sabor de la fama y quedar en ese puesto era una derrota amarga.

Comencé a plantearme en revalidar el título o no, sus ansias de competición me gritaban que sí y, a pesar de eso, el inconveniente estaba que atrasaría de nuevo mi carrera. Miré de soslayo a Kenneth, preguntándome si estaría dispuesto a esperar un año más, él me amaba con locura. Sentí vergüenza y reconocía tener la suerte de haberme topado un buen día con él en el campus.

Kenneth cambió la emisora de radio y comenzó a cantar en alto mirándome de vez en cuando, haciéndome reír con sus desafines e invitándome a que lo siguiera.

—¡Por esto es que te amo! —le grité. Él me guiñó el ojo y prosiguió conduciendo a la vez que canturreaba.

—¡No te escucho cantar! —exclamó con desafine. Reí y le seguí. Detuvo el coche en un semáforo, giró hacia mí y me susurró.

—Creo en los milagros.

Coreó mirándome con dulzura logrando que mi corazón palpitara con rapidez. Deseé besarlo y me contuve, había nevado y no quería distraerlo.

Kenneth volvió a sonreír y siguió cantando en alto. El semáforo cambió a verde, él miró a un lado y al otro y siguiendo el rumbo a la gasolinera sin percatarnos de los dos coches que venían a alta velocidad.

Intentó acelerar cuando los vio encima, pero no tuvo tiempo, dimos varias vueltas de campana, el cristal se rompía en miles de pedazos lo que me llevó a taparme la cara sintiendo cómo me cortaban la piel de mis brazos hasta empotrarnos con una pared que llevó a que la carrocería atrapara una de mis piernas.

Grité del dolor y giré hacia Kenneth donde vi que varios cristales

habían saltado a su cuello. Intenté ayudarlo con desesperación, pero un fuerte golpe en la cabeza me llevó a cerrar los ojos hasta ver todo negro.

1

SOPHIA

Dos meses después

Mis padres habían decidido mantenerme en un coma inducido para ver mi evolución y cuando vieron que había llegado el momento, con la ayuda de un psicólogo me informaron lo que había sucedido.

El accidente me había provocado varias fisuras de costillas, así como también múltiples fracturas en el fémur, cortes profundos en los brazos y parte del torso debido a los cristales que me cayeron encima, pero la peor de todas las heridas era la pérdida de Kenneth, y de eso estaba segura de que no sanaría.

Un par de imbéciles habían decidido hacer una carrera, apostaron dinero convirtiéndola en ilegal y peligrosa, tan peligrosa que me habían arrebatado mi futuro.

En cuanto supe la verdad, lloré y grité por horas, pedía verlo negándome a que fuese cierto; pero con el paso de los días, la realidad chocaba en mi cara.

Me culpaba. Si no hubiera insistido en ir a la gasolinera, nada hubiera ocurrido y mi vida seguiría igual. Cada vez que cerraba los ojos recordaba su sonrisa, sus bromas, sus dulces besos y las carantoñas que solíamos hacernos cuando estábamos a solas.

Rogué despedirme, sin embargo, debido a mi condición no era posible ir hasta el cementerio. La maldita escayola me cubría toda la pierna, a su vez los múltiples cortes de los brazos impedían que tuviera libertad de movimiento.

Tendría que ir a una rehabilitación de meses, lo que me dejaría fuera de todas las competiciones y, a decir verdad, no me importaba, solo deseaba haber muerto con Kenneth y no sentir este vacío que cada día me ahogaba al despertar.

¿Qué podía ofrecerme la vida ahora?

Nada.

Después del alta, mis padres y Mollie atiborraron mi habitación de libros de toda clase de tecnología para distraerme. Contrataron a una enfermera que me ayudara y de poco servía, apenas comía, ya que solo deseaba dormir y solo sucedía cuando los calmantes hacían su efecto.

Lo cierto era que odiaba estar despierta, no deseaba hablar con nadie, solo deseaba volver a ese momento.

Dos minutos… Dos minutos donde la suerte me dejó con vida, dos minutos en los que lo único que recordaba era girar y girar y el chirrido de los neumáticos, los cristales rompiéndose, un dolor increíblemente fuerte y a Kenneth morir a mi lado.

Dos minutos que me impidió volver a decirle a Kenneth cuánto lo amaba.

Mis sueños se convirtieron en pesadillas y mi cuerpo magullado me recordaba mi pésimo estado haciéndome sentir más miserable hasta que un día tocaron la puerta tres veces seguidas, decidí hacerme la dormida, estaba harta de la gente que, a pesar de sonreír, me transmitía lástima con la mirada.

Y a pesar de pedir que no quería tener visitas, una vez más, alguien estaba detrás de la puerta para decirme las palabras que había escuchado más de cien veces.

Volvieron a tocar una cuarta vez y rogué que, al no responder, desistiera, sin embargo, la puerta se abrió.

—Buenos días. —Giré sorprendida al escuchar esa voz chillona—. ¡Qué horrible estás! —exclamó Marian con su ironía habitual—. Y yo creía que exageraban. —Parpadeé varias veces sin dar crédito—. Por cierto, las modas vampíricas no se llevan.

Se dirigió a la ventana y abrió las cortinas de par en par.

—¡Deja las malditas cortinas como estaban! —espeté a su atrevimiento.

—¿Desde cuándo eres tan malhablada?

—Lárgate por donde has venido —le advertí. Marian se cruzó de brazos.

—Y si no me voy ¿qué harás? Me parece que no puedes moverte.

La miré con resquemor al recordarme que no podía hacer mucho esfuerzo con los brazos. Cogí todo el aire que pude y opté por mirar hacia otro lado sintiendo a Marian moverse por toda la habitación.

—Me acuerdo de este campeonato —me dijo—.Y de este también, cuando vomitó Rossy, ¡qué asco me dio! Es difícil olvidar que pasé al lado de esa masa viscosa para salir a hacer la rutina o me descalificaban. Fue tan desagradable ver el tapiz vomitado.

Las imágenes vinieron a mi mente, Marian había montado en cólera al negarse a entrar con el tapiz manchado. Exageraba, como siempre solía hacerlo, estaba a un lado y había sido limpiado con rapidez.

—¿Todavía tienes esta foto? ¡Mira que tenemos fotos juntas y has escogido la que tengo un aspecto horrible!—Por primera vez en varias semanas curvé una de las comisuras de mis labios—. Lo peor de tenerla aquí es que la han visto un montón de personas.

—¿Y qué si la han visto? —le pregunté. Me importaba bien poco su aspecto.

—¡Venga ya, Sophia! Reconoce que ese maillot que nos hicieron usar era horroroso.

Marian era tan desconcertante que lo que menos recordaba era el vestuario que habíamos usado años atrás en una competencia menor.

—¿Qué quieres, Marian?

—¡Sophia, no me hables así!—protestó—. Eres una mala anfitriona. —Solté un bufido.

—Yo no te he invitado.

—Eres una malagradecida —respondió ignorándome deliberadamente—. Cuando por fin viene tu mejor amiga, optas por tratarme así. —Esta vez resoplé.

—No sabía que éramos íntimas—le respondí de nuevo—. El día que sucedió eso estaría ebria.

—¡Lo sabía!—exclamó—. Sabía que bebías a escondidas, por eso haces los saltos tan perfectos.

Aluciné con sus respuestas estúpidas. A decir verdad, no debía extrañarme, siempre había sido así.

Habíamos estudiado toda la vida juntas y nos separamos al terminar la secundaria, pero eso de mejores amigas distaba mucho de lo que éramos: compañeras de profesión.

—Que no lo publique en las revistas no quiere decir que no lo seamos —respondió Marian mirándome con el mentón en alto—. Ninguna de nuestras contrincantes conoce la verdadera Marian como me conoces y viceversa. —Solté aire, no tenía ganas de rebatir esta absurda lógica—. Por si se te ha olvidado, ignorar al que habla es de muy mala educación —repuso Marian—. Y si callas es porque me has dado la razón. Sé que he sido una perra en ciertas ocasiones y también debes recordar que siempre me he caracterizado por ser sincera.

Se acercó y se sentó en la cama tratando de captar toda mi atención toqueteando con su dedo puntiagudo mi pierna sana hasta hacerme daño.

—Seguiré insistiendo hasta que me mires a la cara.

«¿Qué diablos estaba haciendo aquí?». Me dije.

—¿Qué quieres, Marian? —le pregunté con tono exasperado.

—Ayudarte a salir de estas cuatro paredes.

—¿Qué? —giré sorprendida.

—Lo que has escuchado —repuso sin una pizca de miedo—. Sin ti las competiciones serán aburridas y no tengo a nadie a quien chinchar.

—¡Lárgate de una puta vez! —le grité cansada de su ironía—. Búscate otra mema que te soporte.

—¡Oye, bonita! —protestó señalándole con el dedo—. Esas suelen

ser mis palabras, ¿qué ocurre aquí? No me gusta nada que usurpen mi identidad.

—¿Cuánto tiempo te pidió Mollie que estuvieras conmigo?

—Tengo barra libre.

—¡Maldición! —protesté. «¿Por qué demonios Mollie me ha hecho esta crueldad?». Tenía que pensar rápido en cómo deshacerme de este incordio para volver a mi estado vegetativo.

—Está bien, aceptaré ir al fisioterapeuta cuando me quiten la escayola, ¿es lo que necesitas escuchar para irte?

—¿Te crees que soy idiota o qué? Son muchos años juntas… Pensaba que conocías a Marian Grant.

—¡Desaparece de mi vista! —grité de nuevo —. No necesito la ayuda de nadie... Solo necesito de… —Los ojos se me humedecieron.

—¡Ahora eres una diosa!

—¡Lárgate! —chillé desesperada.

—¡No! —gritó Marian—. De aquí no me moveré a no ser que tenga ganas de ir al baño.

Mis padres estarían muy desesperados para recurrir a Marian. ¿Por qué no podían entenderme? Solo quería estar sola.

No volvería a la gimnasia, pisar el centro de entrenamiento me recordaba a Kenneth, cuando me animaba ante un día intenso. Era muy duro tener que vivir sin él.

—Te pido que te vayas —le rogué cansada—. Cuando digo que no deseo ver a nadie es cierto, no me apetece hablar, ni reír, ni tener visitas.

—¡Mientes!

—¿Cómo?

—Hace rato te vi sonriendo, así que mientes —me respondió levantándose para buscar en su bolso una lima de uñas. Volvió a sentarse empujando un poco mi pierna —. En cuanto a lo otro, si no quieres hablar, no lo hagas, yo me pondré a revisar tu Facebook y a escribir marranadas.

¿Por qué? ¿Por qué era tan insistente? Solo entonces recordé que debería estar entrenando en vez de estar ahí, sacándome de mis casillas.

—¿No deberías estar entrenando para las competiciones internacionales? —le pregunté con la esperanza que me dijera que sí —. Pronto serán las mundiales y deberías trabajar más duro.

—Las he cambiado para las seis de la mañana.

—¡¿Qué?!

De todas las tonterías que estaba diciendo desde que había entrado, esa era la más absurda, todo el mundo sabía que Marian Grant odiaba madrugar.

—Eso no te lo crees ni tú—le respondí con una ceja levantada.

—Hablo en serio. Decidí hacer un cambio en mi vida.

—¿Y cuál es el motivo de ese cambio?

—Sacarte de esta habitación.

Abrí los ojos, sorprendida ante esa confesión. Marian era la chica que tiempo atrás tenía a todo el equipo de baloncesto detrás, así que nunca cambiaría su vida por otra persona. Algún interés tendría, el cual no me importaba, no quería seguir esta conversación, así que cerré los ojos, negué con la cabeza y me dirigí a ella.

—No pierdas el tiempo, no saldré, del exterior ya nada me importa.

—¿Cómo qué no?

—¡No! —alcé la voz.

—Yo creo que sí, incluso… —La gimnasta observó su alrededor—. Abriré las ventanas, hace buen tiempo y, lo que te dije antes, eso de la moda vampírica, no mola.

Y como si fuera su propia habitación, Marian volvió a levantarse, acercándose a las ventanas para abrirlas.

Su visita se convertía en un castigo y pensé en persuadirla y convencerla de que se fuera, pero no tuve tiempo. Escuché un clic y vi las ventanas abrirse, dándome una claridad que llevaba días sin ver.

—¡Cierra las malditas ventanas! —grité.

—¡No me da la gana! —respondió abriendo sus ojos azules de par en par.

—¡Mamá! —grité desesperada.

—No hay nadie —indicó Marian en tono bajo. Se acercó al tocador con parsimonia.

—¿Cómo que no hay nadie? —Me atreví a preguntar.

—Debería también tomar un poco de sol—respondió ignorándome con alevosía—. Hasta en eso hacemos competencia.— Resoplé de nuevo.

— No puedo creer que nadie esté en casa ¿quién en su sano juicio te deja aquí?

—Tus padres —respondió Marian sin mirarme hasta que encontró una barra de labios aplicándosela y sonreír finalmente—. Me encanta, ¿me lo prestas?

Decidí ignorarla, ya se cansaría y me dejaría a solas, y cuando subiera alguno de mis padres se lo reprocharía, sin embargo, escuché el clic de la tele.

—¡Ahí está! —exclamó acercándose a la cama y con cuidado me quitó el mando y, como si no estuviera, comenzó hacer zapeo, deteniéndose en un programa de cocina que hablaba de una receta light.

—¡Menuda mierda! —concluyó y siguió paseándose por todos los canales de la televisión hasta encontrar el canal de música—. ¡Sí! —Se

levantó de nuevo. La escuché revolver quien sabe qué. Evité abrir los ojos, a pesar de tener curiosidad.

—¡Qué suerte! —Cerró el cajón de forma ruidosa para subir el volumen a la tele y, al segundo, se movió por toda la habitación canturreando. Abrí los ojos y la vi con el cepillo en la mano, imitando a Taylor Swift.

Todos sabían que era una de sus cantantes favoritas, era tanto su fanatismo que la canción la había usado en la rutina del Campeonato de Cuatro Continentes. Marian se movía por toda la habitación con movimientos exagerados y yo no dejaba de parpadear, dudando en reír o pedirle que apagara la tele y se largara de una vez, pero se lo había pedido reiteradas veces y no me haría caso.

A medida que avanzaba la canción junto a los movimientos exagerados, comenzaba a dibujarse una sonrisa en mi rostro. Cuando terminó, Marian abrió los brazos dando por concluida su lamentable actuación.

—Si esperas un aplauso de mi parte, tendrás que sentarte.—Le hice saber.

—Ya habrá tiempo de que me aplaudas en las próximas competiciones—contestó Marian con seguridad—. Solo quería que quitaras la cara de mala leche que tienes.

—Marian, quiero y necesito estar sola —le rogué por última vez. Ella se cruzó de brazos y con el cepillo me señaló.

—No puedes seguir así —respondió con firmeza—. Tienes una vida por delante y debes comenzar desde cero.

—¡No puedo! —exclamé con las lágrimas en los ojos—. ¡Mi vida es una mierda desde el maldito accidente! Y sin Kenneth no tengo nada por lo que luchar. —Y ahí estaba, le había confesado a la mujer que había sido mi rival, la joven que tantas veces me había criticado, mi dolor.

Cerré los ojos, lo que menos deseaba era la lástima en su mirada.

—Lo poco que lo conocí me hace creer que jamás hubiera deseado que pensaras así.

—¿Y qué quieres que haga? —contesté con acritud—. No puedo moverme de esta cama durante un tiempo.

—Tampoco es para tanto. Me parece que se te olvida el esguince que me hice.

Lo recordé al instante. Marian se había doblado el pie de la manera más tonta. En una boda se ligó a un chico y, a escondidas, se fueron por las escaleras de emergencia corriendo y para no ser pillada se dobló un pie y, en consecuencia, tuvo un esguince.

Marian lloró y maldijo por días, su humor era de perros, pero al cabo de cuatro días, con muletas, apareció en el centro de entrenamiento con la excusa de que la única forma de sanar rápido

era ver los errores de sus contrincantes.

—Si al menos dejara que tus padres te instalaran en el piso inferior de la casa, podrías salir a tomar un poco el sol con la silla especial.

—¡No has visto mis brazos! —exclamé.

—¡No soy ciega, Sophia!, y ya está bien de buscar pretextos —me echó en cara.

—No quiero —dije sorbiendo su nariz.

—Quiero que me convenzas y si lo haces no volveré más por aquí —me aseguró Marian.

Pensé en tantos… y me di cuenta que ninguno le valdría. Incluso si le hablaba del compromiso con Kenneth tampoco le sería útil. Marian tenía prohibida esa idea en su vida, le quitaba tiempo a sus planes y ambiciones, por lo que nunca podría comprender cómo me sentía, este dolor que me apretujaba el corazón.

—Todas mis ilusiones y mis sueños se fueron con él —le confesé junto a un largo sollozo, logrando que se acercara y me abrazara.

—No es así —respondió—. Recuerda que tenías sueños antes de conocerlo, tómate tu tiempo para adaptarte. Estoy convencida que lo retomarás. A pesar de que dudes con lo que te diré, estaré aquí para ser una piedra en tu zapato y ayudarte a reconducir ese camino. —Sonreí entre hipidos y dejé que, por primera vez tras el accidente, alguien me consolara y me abrazara.

2

SOPHIA

Marian me confesó que me había envidiado por tener una relación tan especial con Kenneth y el seguir estudiando. Ella los había aparcado para arrebatarme el título mundial, sin embargo, en cuanto supo del accidente corrió al hospital preocupada y muy asustada.

No éramos las mejores amigas, pero yo era lo más cercano a serlo. Incluso me aseguró que nadie sería más sincera de lo que ella era.

—No he mentido sobre tu aspecto —acotó—. Te ves horrible y ese papelón de piltrafa humana no te queda bien.

—No insistas, Marian.

—No te pido que mañana te levantes a comprar una batería y montes una banda de rock, pero sí que salgas de aquí y aceptes ayuda.

Marian me rebatía cada punto logrando que aceptase bajar. Reímos recordando las antiguas competiciones hasta que mamá tocó la puerta y nos encontró charlando de lo más animadas.

—Debo irme —dijo Marian mirando su reloj—. O mañana no me levantará ni *Liam Hemsworth*[6].

—Dudo que duermas con él —la chinché. Marian enarcó una ceja.

—Si yo quisiera, estaría en mi cama cada día. —Mi madre carraspeó.

—Disculpa, Mel —dijo Marian—. A veces olvido que eres la madre de esta perdedora.

—¿Recuerdas que te arrebaté el título mundial? —Bufó.

—¡Bah! Todavía está en discusión—afirmó—. Insisto que a ese salto le faltó un poco más de altura. Además, para qué mentir, te dejé ganar. —Sonreí pensando que nunca cambiaría.

Nos despedimos y salió de la habitación.

MARIAN

Una vez abajo, me encontré con Victor, el padre de Sophia que me invitó a una bebida y le pedí agua debido al régimen que mantenía. Lo acompañé a la cocina, observando los cambios que los Baute habían hecho a lo largo de los años.

La última vez que había estado en la casa había sido en una fiesta de cumpleaños. Sophia y yo comenzamos a discutir sobre qué empresa creaba los mejores maillots y terminamos enfadadas.

—¿Y bien? —preguntó Victor.

—Aceptó bajar, pero no quise seguir presionándola.

—Supongo que será difícil el primer día—respondió Victor—, pero luego se adaptará.—Fruncí el ceño.

—He tenido la sensación de que busca una vía de escape y, como no puede moverse, se siente frustrada. Sería ideal que una vez que le quitéis la escayola deberíais llevarla al cementerio, aunque no sé yo…

—Marian, necesitamos que nos cuentes todo —me pidió a modo de ruego—. Sé lo que piensas, tal vez a partir de mañana volverá a ser la chica que perdimos y, al llevarla allí, se vendría abajo. Incluso he estado pensando en sacarla de aquí.

—¿Hablas de dejar la ciudad?

—Sí, si tenemos que irnos a otro estado para que rehaga su vida, lo haré. Sabes que he estado viajado a Boston por trabajo y si pido el traslado me lo darían.

—Estás loco si crees que funcionaría con tanta facilidad —le respondí con la sinceridad habitual que me caracterizaba—. Lo siento, Victor, pero es ella la que debe dar el paso.

—No, no puedo quedarme con los brazos cruzados, cada vez la veo más delgada y más frágil.

—¿Te has detenido a pensar en cómo se siente? Y no me digas que sí. Tiene veintitrés años y su vida ha sido para y por la gimnasia. Aparece Kenneth, le da ese respiro a su cotidianidad, se esfuerza hasta tener cabida en su vida, sueñan con un futuro y de un día para otro se lo arrebatan todo.

—La gimnasia puede ayudarla a superarlo.

—No tiene la intención de volver, todo le recuerda a Kenneth.

—Las competiciones son su adrenalina —me respondió con desespero Victor.

De reojo lo miré, recordando a mi madre, y es que, a diferencia de Sophia, la gimnasia rítmica venía en mis genes. Mi madre, aparte de haber sido mi entrenadora durante mucho tiempo, fue una gimnasta consagrada y eso la llevó a que me presionara constantemente, que me llevó a desórdenes alimenticios y sobre exigencia conmigo misma.

Hasta el día que me enamoré.

Mi madre, al enterarse, me obligó a dejar al único chico con el que había sentido mariposas en el estómago. Lloré con amargura, sintiendo que mi vida no le pertenecía, y decidí mudarme con mi padre y buscar otro entrenador, una gran exgimnasta llamada Sherry Lane.

Desde entonces mi madre no me había vuelto a dirigir la palabra; para ella, Marian Grant había muerto, causándome dolor por ese desprecio y con el pasar de los meses, ese chico del que me enamoré, me engañó.

Ese día decidí enterrar el ideal del amor, asumiendo que debía

acostumbrarme a esconder los sentimientos y no mostrar un ápice de compasión. La manera más fácil de sobrevivir a ese mundo de competiciones.

Miré a Victor decepcionada, estaba actuando igual que mi madre.

—Tienes razón en que es una mujer fuerte, yo me hubiera suicidado antes y sabes que es difícil que me venga abajo.

—¡No digas esas tonterías! —exclamó horrorizado.

—Que no lo diga en alto, no implica que no tenga esos pensamientos —afirmé. Miré el reloj y era hora de marcharme, no deseaba seguir viendo la cara de angustia que reflejaba Victor—. Debo irme, el jueves regreso y, ¡por amor de Dios!, si no quiere bajar, abridle las ventanas, compradle un pajarito o algo que la haga bajar por obligación.

—Gracias, Marian, por venir.

—No hay nada que agradecer, Sophia siempre ha sido mi mayor rival y el no tenerla en las competiciones es una gran putada.

VICTOR

Marian se despidió con un gesto con la mano y cuando la vi alejarse me llevé las manos a la cara como un reflejo de cansancio.

No solo mi padre me había enseñado ser perseverante, uno de mis mejores amigos me había dado grandes consejos para, en momentos de crisis, tomar grandes decisiones, por ello decidí llamar a Marian Grant.

Marian había sido la última persona a la que había recurrido para sacar a mi hija del estado en el que se encontraba. Por supuesto que entendía, pero no aceptaba que se dejara ir como lo estaba haciendo. Recurrí a varios psicólogos, amigas del instituto y de la universidad, incluso a los padres de Kenneth, que hacían el esfuerzo de visitarla una vez por semana. Sin embargo, nada había servido.

Me llevé la mano al pelo, frustrado, y volví a la cocina y metí en un vaso un par de piedras de hielo del dispensador de la nevera para regresar al despacho llenando el vaso de coñac con el único fin de meditar las ideas que rondaban mi mente.

Miré al suelo de madera que había puesto en la terraza del jardín. Un tiempo atrás Sophia me había pedido que lo pusiera para hacer ejercicios de flexibilidad y equilibrio. No solo le sirvió de ayuda a ella, en el verano disfrutábamos de los atardeceres y de las visitas de mis padres que disfrutaban del aire puro y del baile, pasión que heredó mi niña.

Solo entonces se me ocurrió una idea, debía consultarlo con Mel por lo que la esperé con paciencia a que bajara y cuando abrió la puerta, sus ojos brillaban con ilusión. Me contó que la había visto un

poco más animada y yo le conté la idea que rondaba en mi cabeza después de hablar con Marian.

—¿Crees que tendrá razón?

—No lo sé —le dije taciturno—, debemos esperar hasta la hora de cenar, si ocurre el milagro, entonces me arriesgaré.

—Victor, ¿crees que saldría bien?

—Estoy seguro que sí, para ellos sería una alegría muy grande. Además, allí hace buen tiempo todo el año y siempre se ha dicho que un día soleado puede darnos ganas de vivir.

—La echaré de menos —dijo con tristeza Mel.

—Haré todo lo que esté a mi alcance para que vuelva mi niña y, sobre todo, para que vuelva a competir.

—Eso será lo último que le apetecerá, tienes que aceptarlo.

Todos me lo decían lo mismo y no podía aceptar que mi única hija cerrara ese capítulo de su vida con tanta brusquedad. Me levanté y rodeé a mi mujer por la cintura, abrazándola como lo había hecho durante los últimos meses, a veces para consolarla, otras para retomar fuerzas.

3

SOPHIA

Sentí alivio después de que Marian y mi madre me dejaran a solas. Medité si era buena idea salir de esas cuatro paredes, era mi refugio, mi única vía de escape, dar ese paso era empezar a olvidar a Kenneth.

No podía hacerle eso, pero si no lo hacía, volvería Marian con su propósito. Con tal de no escucharla y no ver a mis padres sufrir más, lo haría, aunque con ciertas condiciones como, por ejemplo, el dejar de tener visitas o no tener el móvil para evitar las redes sociales.

No quería ver comentarios de lástima y, mucho menos, emisarios para que me hablasen de empezar de nuevo. No quería empezar de nuevo, quería aferrarme a esos últimos minutos con Kenneth, minutos llenos de la felicidad, de ilusión que irradiaba por última vez en sus ojos. Era lo único que me quedaba latente en mis recuerdos, y que me mantenía viva.

Una canción en la televisión llamó mi atención, varias veces se la había escuchado cantar a Kenneth y escucharla logró que naciese en mi la ansiedad; busqué el mando a distancia y la apagué.

No, no podía, sin él a mi lado no podía empezar, me limpié las lágrimas que se me habían escapado. Si Kenneth hubiera estado vivo, tendría alguna de esas salidas sorpresa para subirme el ánimo o me daría alguna solución, pero no estaba, ni me llevaría a ningún sitio, ni pensaría en soluciones, tendría que hacerlo sin él.

No me había dado cuenta de cuánto me había acostumbrado a que estuviera en mi vida, en mi mundo, en mi futuro.

El resto de la tarde me encerré en mis pensamientos y recuerdos y, a las siete, cuando no soportaba más este hervidero de contradicciones que mantenía en la cabeza, llamé a mamá por el walkie talkie que habían comprado.

El día que lo trajo, de inmediato pensé que era la mejor opción para que no me molestara y al ir pasando los días, extrañé las idas y venidas de ella insistiendo sobre si necesitaba algo.

La puerta se abrió. No sería fácil el paso que iba a dar, solo supe que en el momento que lo decidí, una paz se instaló en mi interior.

—¿Quieres cenar? — me preguntó mi madre.

—No sé cómo explicarlo —dije dubitativa.

—Cariño, lo que quieras, solo tienes que decírmelo, que lo buscaré.

—No hace falta, mamá. —Mi madre comenzó a frotarse los dedos de las manos, nerviosa por lo que me armé de valor y di el paso—. Me apetece bajar a cenar con vosotros.

MELL

Llevaba dos meses viendo cómo Sophia se consumía con rapidez. Jamás olvidaría esa fatídica tarde. Miraba el reloj del salón de casa pensado que, al final, habían cambiado de parecer. Victor estaba enfadado y comenzaba a pensar que se moría de celos.

El poco tiempo que Sophia tenía se lo dedicaba a Kenneth, que, un buen día, había aparecido en casa hablando de serias intenciones. Victor no reaccionó como debía, sin embargo, Kenneth aceptó cada desafío que le propuso. Después de la competición, ambos jóvenes prometieron pasar un rato juntos en familia y había incumplido su promesa.

Mi marido daba vueltas por el salón, enfadado e injuriando por lo bajo. Su móvil comenzó a sonar y me indicó que les diría unas cuantas verdades, pero, al contestar, todo pasó a ser una pesadilla. Se sentó en el sofá, temblando me miró a los ojos y me dijo que Sophia había sufrido un aparatoso accidente.

Corrimos al hospital, a urgencias, preguntando por mi pequeña; al mismo tiempo, los padres de Kenneth aparecieron, siendo los primeros en entrar. Los cinco minutos más largos de mi vida los viví en ese instante.

Sin esperar más, decidí levantarme a preguntar y escuché el grito desolador de la madre de Kenneth. Miré a Victor y aferré mi mano a la de él, que trató de calmarme, aferrándonos a que nuestra hija no estaba muerta, sin tener seguridad de ello.

Poco tiempo después fuimos llamados explicándonos la situación: Sophia estaba grave, dependía de las próximas veinticuatro horas y, en caso de sobrevivir, nos aconsejaban un coma inducido debido al trauma que podría causarle despertar.

Lloré con amargura. La vida de mi hija pendía de un hilo y para ayudarla debía aislarla.

El día que Sophia supo la verdad, nos gritó que nos odiaba y en cuanto Victor se negó a que fuese al cementerio, se aisló de todos, exigiendo el alta y, una vez en casa pidió que la subieran a su habitación, y ahí, detrás de esa puerta, la escuché llorar durante días y sufrir pesadillas.

Sin apenas dormir, junto a mi marido nos turnábamos para estar a su lado, para rendir en nuestros respectivos trabajos, pero Sophia entró en un estado de inercia total. Buscamos todo tipo de ayuda, nada había funcionado hasta que Victor había pensado en Marian.

Pensé que sería una mala idea, sin embargo, él insistió, si ella la sacaba de ese estado, se lo agradecería eternamente, y ahí estaba, escuchándola pedir lo que ningún psicólogo, ni siquiera sus padres o suegros, habían podido hacer.

—Le diré a tu padre que te ayude a bajar.

—Lo esperaré —respondió poco dudosa.

Me di la vuelta, dejando la puerta entreabierta con el temor de que se arrepintiera.

SOPHIA

La escuché bajar, así como también cierto sollozo que se había reprimido y ahí comprendí el pesar de mis padres. Sentí los pasos apresurados de ambos hasta que mi padre entró con una sonrisa en los labios e intentando reprimir las lágrimas en sus ojos.

Me relamí los labios antes hablar para evitar que las palabras se me atragantaran ante la invasión de emociones que sentí.

—Cariño, tenemos dos opciones para que bajes —me explicó.

—No iré a caballito —contesté de inmediato.

—De verdad ¿te apoyarás en mí? —Comprendí que era lo ideal para todos.

—¿Cómo cuando era niña? —le pregunté recordando algún que otro esguince.

—Como cuando eras niña —me respondió, logrando que sonriera.

Mi madre nos ayudó a retirar la pierna escayolada con cuidado de las almohadas donde estaba y bajé de en uno los escalones y, cuando llegaron al salón, me percaté que mamá corría de un lado al otro buscando la mayor comodidad para mí.

—Pienso que será más fácil que cenes en el sillón.

—No, mamá, quiero cenar en la mesa con vosotros —respondí decidida—, deja eso para después, para cuando vaya a dormir.

Esta vez no pudo contener sus lágrimas y soltó un sollozo. Le pedí a mi padre que me acercase una de las muletas para ir hasta ella y abrazarla.

—Lo siento, siento todo este sufrimiento que os he causado —le dije con vergüenza.

—No tienes que hacerlo —contestó mi madre con una media sonrisa en los labios mientras se limpiaba los restos de lágrimas de su rostro—. Estoy volviéndome vieja y lloro por todo.

No quise debatirle, me sentía también feliz por volver a estar a su lado. Le pedí a mi padre la otra muleta y, por primera vez, sin ayuda comencé a caminar. Era un esfuerzo muy grande, ya que en estas últimas semanas había comido poco, por lo que cada paso que daba me costaba.

Mi madre, con rapidez, puso la mesa y el olor de un delicioso pescado y puré de patatas con guisantes impregnó toda la habitación. Me senté, al igual que lo hicieron ellos y comenzamos a comer como solíamos hacerlo antes del accidente.

Después de la comida trataron por todos los medios que pudiese estar lo más cómoda posible en el sillón del salón. Pensé en buscar cualquier juego de mesa, recordando que esos días de invierno solíamos jugar al Monopoly o al Cluedo.

Recordé al instante que esos días también estaba Kenneth por lo que me retracté.

—Veamos alguna película.—Decidí sugerir en cuanto vi la ansiedad que mantenían mis padres. Comencé a debatir conmigo misma si estaba haciendo lo correcto.

—¡Mira! ¡Una película del oeste! —exclamó mi padre llamando mi atención.

—¡Por favor, papá! —protesté—. Cualquier cosa menos una peli del oeste.

Él sonrió y siguió cambiando los canales yo traté de centrarme en lo que veía en la tele hasta que le pedí que dejara una película en donde el sol, la playa y las vacaciones era el centro de la misma.

Marian cumplió su promesa, dos días después volvió y esta vez venía con un álbum lleno de recortes y varias películas de comedia.

Como era de esperar, eligió la película, no podía quejarme, de alguna manera terminamos pasando una tarde divertida, comiendo bombones que había traído escondidos junto a las palomitas.

Le agradecí que no retomara el tema de volver a la gimnasia rítmica, pero sí me comentó que conocía un fisioterapeuta guaperas que podía ayudarme.

Seguí negándome a la idea y Marian era un hueso duro de roer al punto de invitarme a entrar en Facebook para cotillear el perfil del mismo alimentando cualquier curiosidad que naciera.

En los siguientes ocho días, todo cambió y lo que prometí que no haría, lo hice.

Después de pasar la tarde leyendo una novela romántica, me levanté al sentir los músculos entumecidos. Con las muletas me acerqué a la terraza y vi a mis padres que bailaban sin música, tan compenetrados que no se percataron de mi presencia.

Me alejé hasta tropezar con un pequeño recibidor donde había un par de fotografías de mis victorias, frustrada la giré culpando al deporte por lo sucedido. Cerré los ojos y di la espalda decidiendo que todo esto no me llevaría a nada, lo mejor era subir a mi habitación y encerrarme de nuevo en las cuatro paredes que habían sido mi refugio.

Y antes de subir las escaleras me fijé que mi móvil estaba junto al portátil en una mesita auxiliar del salón; el deseo de ver a Kenneth se hizo presente. Me acerqué paso a paso, lo cogí sentándome en el sillón individual.

El móvil era nuevo, supuse que el mío había quedado destrozado y que mis padres se habían encargado de recuperar todo lo que tenía. Lo encendí, tecleando la clave, pero me dio error; pensé en lo más rápido que usarían mis padres, mi fecha de cumpleaños y la escribí, desbloqueándose al instante.

Respiré lentamente y me relamí los labios para dar el paso de abrir la carpeta de fotos y vídeos encontrándome con el vídeo que nunca pude ver de Kenneth.

Sentí un escalofrío recorrer mi cuerpo y el impulso de reproducirlo nació.

«Miss piernas interminables, estoy orgulloso de ti por el programa que ejecutaste». Kenneth se subió un poco la montura de las gafas y miró a los lados. *«Te preguntarás dónde estoy por el eco de mi voz y se me ocurrió la idea de colarme en los servicios de mujeres para ver si podía verte y, no te rías, lo primero que vi fue una señora bastante mayor que me ha guiñado el ojo y me ha lanzado un beso».* Sonreí con nostalgia *«Sé que soy guapo, pero atraer a personas mayores no está en mis planes»*. Me tapé la boca con una mezcla de sentimientos que era difícil de comprender al saber que eran sus últimos minutos de vida. *«Al menos estoy seguro de que te he sacado una sonrisa y algo me dice que este vídeo lo verás quizás cuando estés entre mis brazos buscando información en los medios sobre lo que ha ocurrido, a la vez que te comience a pedir que no lo hagas. Deberías buscarle el lado positivo, el verlo como un ejercicio práctico para la prueba final. Te veré luego para extenderme más en la explicación y ser tu instructor en otras prácticas».*

Kenneth hizo un mohín como si pensara, se frotó la nuca y sonrió. *«Digamos que una piedra pequeña no es un obstáculo final. Sáltala, rodéala hasta poder avanzar, siempre tienes que ver que tienes otras opciones ante cualquier prueba de la vida y cada vez que la superes, siempre estaré a tu lado, feliz porque lo has logrado»*. Sonrió logrando que las arruguitas que solían formarse en los laterales de sus ojos color miel se incrementaran mucho más y le diera ese aire picaresco que tanto me había atraído. *«Te amo, miss piernas interminables*».

Debía haberlo visto cuando tuve la oportunidad de hacerlo, ahora no tenía cómo preguntarle quién era esa mujer que le había lanzado el beso para dejarle claro que él era mío. Necesitaba volver a verlo, recordar su voz y las palabras que solía susurrarme. Era tan difícil aprender a vivir sin él… Me limpié con el dorso de la mano una lágrima y decidí que era momento de dar otro paso.

Había desechado cualquier contacto con las personas, por lo que

creyó que descargar las redes sociales me ayudaría a salir de mi aislamiento. Después de hacerlo, recordé la sugerencia de Marian y busqué a ese fisioterapeuta guaperas del que tanto me había hablado.

Comprobé que tenía razón, era guapo, y decidí que debía comenzar una rehabilitación, iniciar una nueva etapa intentando enterrar este doloroso episodio, manteniendo el recuerdo de Kenneth.

VICTOR

Trataba de que la ansiedad que Mel mantenía se fuera disipando y le sugerí bailar, era una absurda idea, sin embargo, nos ayudaba a pensar que nos teníamos el uno al otro hasta que escuchamos la voz de un hombre.

Nos detuvimos y entramos al interior llenos de curiosidad, deteniéndonos a lo que veíamos. Sophia tenía en sus manos el móvil, lo miraba con una sonrisa triste y se tapaba la boca a la vez que con un dedo acariciaba la pantalla conllevando a que las lágrimas aparecieran y recorrieran su rostro.

Mel quiso acercarse, pero no la dejé, presentí que era un momento que Sophia necesitaba vivir a solas. Unos minutos después se limpió las lágrimas y Mel se llevó una mano al pecho, en cuanto vimos que comenzaba a dar uso al móvil como solía hacerlo.

Sujeté la mano de Mel y la llevé en silencio hasta el despacho y, una vez ahí, la abracé juntando nuestros rostros.

—Nuestra pequeña acaba de dar el paso definitivo.

—¿Estás seguro? —me preguntó. Acababa de darme cuenta que no todo era al azar y que se debatía en dar marcha a esa idea descabellada que no dejaba de rondar su mente—. No quiero que se vaya —me confesó con pesar.

—Tampoco quiero que lo haga y comienzo a pensar que no lo hará, todo vuelve poco a poco a su cauce.

SOPHIA

Pensé en el mensaje que le enviaría a Marian. Tenía que ser directa y dejarla sin una respuesta inmediata por lo que abrí la mensajería y busqué el número.

SOPHIA:
Espero que no estés enrollada con el fisio, es muy feo poner la miel en los labios cuando te la estás comiendo.

MARIAN:
Lo he desechado, pero puedo concertar una cita, sé que te gustan los restos.

SOPHIA:
Por verlo no estaría de más, quizás me haría famosa si algún paparazzi me pilla y escriba algo así como: ¿Sophia vuelve?

MARIAN:
¿Volverás a entrenar?

Sabía que la tomaría desprevenida y también lo estaría cuando le dijese que estaba dispuesta a comenzar la rehabilitación, aunque le aclararía que no significaba que volvería al centro de entrenamiento.

SOPHIA:
No, pero sí necesito un fisio buenorro para terminar la rehabilitación y que me den el alta definitiva.

MARIAN:
Mañana a las cuatro te pasaré a buscar.

SOPHIA:
¡Vaya! Sí que te has liado con el tío, cuando no me das ni su número para concretar la cita.

MARIAN:
¡Hablas con Marian Grant!

Sonreí dejando el móvil a un lado. Decidí dormir esa noche en mi cama, necesitaba descansar como era debido, y llamé a mis padres, que al principio se mostraron reacios. Les expliqué que solo quería descansar y se sorprendieron cuando les dije que subiría y bajaría sola a partir de esa noche, así como también les conté lo que haría al día siguiente.

A las cuatro de la tarde estaba vestida esperando que apareciera Marian, sentía un nudo en la garganta que deseaba que se deshiciera lo más pronto posible o le mandaría un mensaje a mi amiga para cancelar la cita, pero a las cuatro y diez tocó el timbre.

—Me dijiste a las cuatro de la tarde—le reproché.

—He estado ocupada—me respondió—. Ya te contaré. —Me pasé la lengua por los labios y comencé a respirar con dificultad logrando que mi amiga se diese cuenta de ello.

—¿Estás segura de qué quieres montar en el coche?

Observé el vehículo, tenía que vencer este miedo, no tendría otro accidente si subía en un coche y, a pesar de que mi corazón estaba acelerado, afirmé con la cabeza.

—Te ayudaré a subir.

Con su ayuda llegué hasta el Subaru que Marian se había comprado meses antes y del que había alardeado tanto.

—Cómo te gusta restregar tus excentricidades —le dije una vez dentro, intentando mantener la calma.

—Eso de ser avara te lo dejo a ti —respondió encendiendo el motor y mirando por el retrovisor para asegurarse que yo estaba bien —. ¿Preparada? —me preguntó. Respiré varias veces seguidas y volví a afirmar con la cabeza—. Iré por la ciudad, por si te arrepientes.

—¡No!, haz el camino más corto—le pedí—. Podré soportarlo.

—¿Quieres que ponga música?

—¡No! —exclamé luchando con mis nervios—. Prefiero escucharte hablar de la rutina que vas a presentar. —Marian estalló en risas y siguió mi sugerencia.

Llegamos a la clínica de rehabilitación, allí me presentó al fisioterapeuta guaperas el cual me informó lo que haría en las siguientes semanas para mejorar mi condición física, dando así otro paso: el de comenzar la rehabilitación.

MARIAN

Aún recordaba la primera vez que Victor me llamó, había sido una petición cargada de desespero por la que accedí a ayudarlos con la condición de hacerlo a mi manera, lo aceptó y con el paso de los

días me di cuenta de que él quería conocer cada movimiento que diese y yo hacía mucho que había dejado de dar explicaciones.

Y cuando Victor me explicó lo que iba a hacer, me pareció una excelente idea, Sophia debía alejarse de todo lo que le recordara a Kenneth. Con mis métodos poco ortodoxos, había logrado que sacara la cabeza del agujero donde estaba, lo que no me imaginé que llevarla al fisioterapeuta cachas tendría como consecuencia un interrogatorio agobiante días después al punto de morderme la lengua por Sophia.

El sábado, tras un entrenamiento extenuante de pesas en el gimnasio, decidí ir a por Sophia y atiborrarnos de hamburguesas. Una contradicción en toda regla, pero necesitaba comida basura para poder sobrevivir la siguiente semana.

Llegué como siempre, de improviso, toqué el timbre dos veces y, a la tercera vez, Sophia me abrió la puerta cojeando.

—¿Qué te ha sucedido? —le pregunté preocupada.

—Tengo un tirón —me respondió con el gesto de molestia dibujado en su rostro. La observé detenidamente, saber de esa molestia me ponía en alerta, ya que varias veces le había insinuado que viese los vídeos sobre su fallo con la esperanza de que el gusanillo de regresar naciese, pero Sophia me daba la misma respuesta: no volvería.

Esperaba que solo fueran pequeños espasmos, las radiografías indicaron que el hueso estaba soldado. Lo cierto es que mi mente cruel se imaginó alguna posible secuela. Recordé que el cirujano le había explicado a Sophia y a su familia, que era poco probable que apareciera una secuela y, en el peor de los casos, si sucedía no podría volver a entrenar.

No, eso no podía suceder y me convencí de que, si eso pasaba, Sophia volvería al agujero del que había logrado apenas salir. Pronto vendría el invierno y esos tirones irían a peor, por lo que debía idear cómo animarla.

La convencí para dar una vuelta y aceptó. Apagué la radio y encendí el motor, miré por el espejo retrovisor y aceleré siguiendo los habituales pasos: sacar un tema de conversación para que se distrajese por lo que pensé que era momento perfecto para sugerir cambiar de ciudad.

—¿Ya te has planteado qué hacer después de verano?

—Sigo pensándolo —me respondió con los ojos cerrados, actitud que tomaba cuando se montaba en el coche—. No sé si mudarme a la universidad y terminar la carrera… —Suspiró con decepción—. Será difícil el toparme con conocidos o pasar por algunos pasillos donde...

Sofía se calló y la miré por el retrovisor sin entender por qué lo había hecho.

—Digamos que estar ahí, me traería a la mente momentos con

Kenneth.

Evité reír a carcajadas. Entre las cosas que había accedido a hacer por Sophia era no distraerme con nada, pero no podía creer que hubiera follado en los pasillos de la universidad y, por mucho que me mordía la lengua, debía soltarlo.

—Y yo que creía que Kenneth era soso.

—Él era increíble y de lo más ingenioso—lo defendió—. Es por ello que me cuesta pensar que la vida sigue. Era quien me daba ese toque de locura que tanto necesitaba.

Entendí que debía irse o, en cualquier momento, podía volver a caer. No tenía ni idea de cómo sería, pero ver caras nuevas y desconocidas podría ser suficiente para seguir adelante.

—Te has quedado callada y eso en ti es preocupante —me dijo.

—Estaba pensando dónde demonios está la hamburguesería.

—Me parece que el entrenamiento de hoy te ha fundido el cerebro, la hemos pasado hace dos calles.

—¡Mierda! ¿Y cómo lo sabes? Si siempre vas con los ojos cerrados.

—Los abrí al no escucharte y la vi. —Resoplé mirando al lado izquierdo para dar media vuelta y volver calles atrás.

—La verdad es que me has desconcentrado con eso de los aquí te pillo y aquí follamos —le respondí tratando de disimular.

—No me hagas reír. Recuerdo cuando te encontró la conserje del centro de entrenamiento en el baño con Gavrel, que venía a participar en una competición. —Reí.

No iba a negar que ese ruso tenía lo suyo y que la conserje era una aguafiestas.

—Vamos a dejarlo así, no quiero herir tu ego si te digo donde más lo he hecho. —Señalé apagando el motor del coche.

—No me interesa saberlo —me respondió con voz burlona. Volví a reír mientras aparcábamos en la hamburguesería—. ¡Debe ser muy aburrida tu vida! —me provocó—. Un sábado, en vez de ligar en alguna disco, vienes a atiborrarte de grasas con una chica deprimida.

—¿Por qué parece que viviera un *Déjà vu*? Te recuerdo que hemos hablado ya de esto —le advertí—. Esos pensamientos de soy el ser más miserable de la tierra no van conmigo. —Sophia respiró profundamente—. Sabes que pronto serán las competiciones de los Cuatro Continentes y debo estar centrada.

—Lo sé y espero que escuches mis sugerencias.

—De segundonas no escucho consejos —le dije una vez que habíamos bajado y abierto la puerta del restaurante de comida rápida.

Nos acercamos a la fila mirando el panel de los menús. Solo entonces volví a pensar en esa conversación con Victor; tenía que avisarle antes de llevarla a cabo, pero no sabía cuándo se presentaría

de nuevo la oportunidad.

«¡Al diablo Victor!», me dije a sí misma. Tenía veintitrés años, sabía lo que hacía, lo que decía, y Sophia tenía que aprender que los golpes te hacían fuerte por lo que era momento de buscar su felicidad.

—¿Y si te vas a Florida con tus abuelos un tiempo?

Sophia estaba a punto de pedir la hamburguesa y me miró desconcertada a mi sugerencia.

—¿Florida? —No pudo decir nada más, ya que el cajero carraspeó. ¡Mierda! La había cagado, esperé que pidiera. Tal vez lograba que ambas pensáramos qué responder. Me miró de nuevo y, sin pensarlo, respondió—. Me gusta el frío.

—Un cambio de aires no está nada mal —repuse de inmediato. Frío era lo que menos necesitaba en estos momentos—, además, podrías espiar a María Lisa Moore. —Sophia estalló en risas.

—Eres una manipuladora.

—Tengo que conocer a mi rival —le dije y ella volvió a reír, pagó su menú y me dio paso para hacer mi pedido.

—No sabía que Moore era tu rival —lanzó la pulla para provocarme y la miré con una ceja levantada.

—Es mejor que no responda —le dije a la vez que pagaba—. Sabes que uso la psicología para meter miedo. —Sophia soltó un bufido.

—Y lo peor de todo es que no lo niegas —afirmó con ironía.

—¿Por qué debo negarlo? —repuse —. Tú eres un ejemplo de lo que digo, por cierto, me debes todos los honorarios de las terapias que te he dado. —Sophia se sentó y rio de nuevo.

—Has dado en el clavo, eres perfecta para terapias de choque.

Alcé las cejas en señal de victoria y pensé que no era la primera vez que me lo insinuaban.

Tres años antes había ayudado a mi medio hermano. Estaba cayendo sin darse cuenta en las drogas y el día que lo vi con un peta discutí con él. Acto seguido, lo llevé a un centro de desintoxicación con la ayuda de mi entrenadora para que escuchara los testimonios de los adictos. Mi hermano se asustó tanto que juró no volver a probar ningún tipo de droga. Preocupada por su debilidad, decidí ayudarlo a encontrar una afición que le gustara; no eran métodos sutiles, pero eran efectivos.

De reojo vi a Sophia dándome cuenta de que las almas perdidas terminaban en mis manos y tenía que empujarla a que se fuera del estado sí o sí.

—Has logrado cambiar la conversación para no darme una respuesta, ¿te irías o no?

—¿A Florida? —volvió a preguntar.

—Sería mejor a Marte —le contesté con ironía—. Aunque no es

mala idea, en vez de quedarte una temporada con tus abuelos en Florida, te vas a Cabo Cañaveral y de ahí a Marte.

—Muy graciosa —me respondió—. ¿Quieres que sea sincera?

—Pensé que lo estabas siendo. —Decidí ignorarla para seguir empujándola a que tomase esa decisión. Sí, era una manipuladora, no lo negaría, en este caso era necesario que lo fuera—. Tal vez es lo que te pueda ayudar a avanzar y sé que te lo he repetido infinidad de veces, no por avanzar olvidarás a Kenneth, siempre estará en tu corazón, pero necesitas seguir.

—Lo sé y lo estoy intentando, o al menos eso creo, cada día es más difícil ignorar su ausencia.

—Prueba a irte lo que queda de verano, ponte morena y vuelve.

No me respondió y se limitó a morder su hamburguesa. Decidí no insistir más. Mi móvil comenzó a sonar y me centré en la llamada de un amigo que me invitaba a liarnos.

SOPHIA

Agradecí que en ese momento el teléfono de Marian sonara y ella respondiera, la escuché hablar de quedar con un chico y bromeamos sobre ello en cuanto colgó.

Después de dejarme en casa pasé la noche pensando en si ir o no a Florida, hacía mucho que no iba a casa de los abuelos y tal vez algo de vitamina C y D junto con el ambiente latino me animaría a enfrentarme a mis fantasmas.

Mis abuelos, Ángeles y Eduardo me invitaban cada vez que hablábamos por teléfono, recordando que había planeado ir con Kenneth.

Sentí un nuevo tirón en la pierna y me negué a pensar lo peor. El día que me quitaron la escayola me aseguraron que no tendría ninguna secuela, por lo que no entendía estos espasmos, esperaba que fueran momentáneos y no para el resto de mi vida.

Por la mañana me levanté animada, busqué un short y un top para ir a la terraza y hacer los diez minutos de masajes que me habían enseñado cuando inicié mi carrera universitaria. Encendí la tele con el canal de vídeos y vi un clip de un paisaje playero.

Sonreí, negando con la cabeza, y pensé: «¿por qué no?», sintiendo un cosquilleo en mi interior.

Bajé para desayunar, era domingo y me encontré con mis padres en su rutina habitual. Él hablaba por el móvil sobre costes de material y mi madre leía el periódico. Me senté sin hacer mucho ruido, había una jarra de zumo de naranja y me serví.

Mi madre bajó el periódico sonriéndome a modo de saludo, bebí un poco, dejando el vaso en la encimera para finalmente decir.

—Quiero ir una temporada a Florida.

5

VICTOR

Había pasado ya cuatro meses del accidente, observaba cada paso que daba Sophia asumiendo que su fortaleza era la que la había impulsado a retomar su vida.

Por lo que la idea de enviarla a Florida a casa de mis padres la descartaba, ya que sentía que recuperaba a mi familia de nuevo.

Ya hablaría con Marian cuando tuviese la oportunidad para que no le vendiera la idea a mi hija, pero no lo hice y aquí estaba con un dilema que no me gustaba.

Me había prometido aceptar cualquier cosa con tal de ayudar a que Sophia fuese feliz, pero escucharla me había dejado fuera de juego.

—McLean, hablamos luego, tengo… tengo un asunto que resolver —le dije titubeando. Debía reconocer que a Mel siempre le pareció una medida desesperada y yo le aseguré que ya no sería necesaria y ahí estábamos, enfrentándonos a ello.

Me relamí los labios y vi a Mel sonreír nerviosa, dejando el periódico a un lado y bebiendo de su café.

—¡¿Florida?! —dijo Mel fingiendo sorpresa.

—Sé que es una decisión repentina—añadió Sophia—, pero lo he meditado toda la noche.

—Para meditarlo tiene que haber un trasfondo, ¿o es qué mamá te ha invitado?

—Quiero cambiar de ambiente —repuso—. Esta ciudad me recuerda a Kenneth en todo momento y el irme por un tiempo me ayudará a recuperar fuerzas. —Observé a Mel agarrar la taza de café temblorosa, me sentía frustrado, tenía tanto miedo que no encontrase esa paz que deseaba y recayera de nuevo en ese círculo vicioso que apenas salía.

—Tendrás que llamar a tu abuela—le dijo Mel sorprendiéndome, pero me mantuve en silencio, cabreado por dejarme seducir por el optimismo.

—Después de mis ejercicios lo haré. —Me pasé la mano por la cabeza.

—¿Cuándo deseas ir?

—A final de la semana.

—¡Vaya prisa! —protesté sin importar que se diese cuenta de mi enfado.

—Cariño —se apresuró Mel tratando de calmar los ánimos—. Se acerca el verano, sería ideal pasarlo allí.

Sophia me observó desconcertada a mi animadversión.

—Debo irme — dijo mirando su reloj y bebiedo el resto de zumo que tenía en el vaso.

—Por favor, no te esfuerces demasiado —le rogó Mel.

—Son diez minutos, regresaré y vosotros seguiréis en esta mesa— respondió a modo de protesta y se alejó hasta que escuché la puerta cerrarse.

—¡¿Qué diablos le ha dicho Marian?! —mascullé frustrado.

—No culpes a Marian, es decisión de Sophia que quiere volver a empezar—respondió Mel.

—No, de esta forma no era como me lo imaginé —concluí frustrado, quería lo mejor para Sophia y sentí que se me escapaba de las manos con rapidez.

SOPHIA

Me levanté disimulando el espasmo que acababa de tener en la pierna, caminando con disimulo hasta la terraza, allí me llevé la mano a la pierna, dándome un ligero masaje, preguntándome por qué mi padre tenía tanto recelo.

Decidí restarle importancia y después de los ejercicios que me habían indicado hacer entré a la cocina y vi a mi madre hablando por teléfono. Llamó a mis abuelos. Enseguida me pasó el auricular para que yo misma les diese la noticia.

La necesidad de emprender otro camino era vital, quizás al regresar me mudaría a la universidad, aprovecharía el semestre que había perdido, pero necesitaba reencontrarme conmigo misma.

Marian me prometió visitarme en Florida en cuanto pudiera. Tenía que prepararse para la siguiente competición, así como también centrarse de nuevo en su carrera universitaria. Por primera vez, la vi llorar con sinceridad, exigiéndome que me divirtiera y encontrara a un hombre que me hiciera bailar salsa de verdad y, con esa promesa algo extraña, subí al avión.

La primera semana fuimos a *Disneyworld* llegándome a sentir como una niña recorriendo todo el parque de atracciones y riendo a carcajadas por los comentarios ácidos de Marian cuando le enviaba las fotos por WhatsApp.

A mi regreso a la ciudad, unos amigos de mis abuelos nos invitaron al *Enea Garden Lounge*. Lo que menos me imaginé que al jubilarse su vida fuese tan agitada.

El lugar era encantador, repleto de plantas que armonizaban con la música. Me sentía bien hasta que me preguntaron sobre las pequeñas cicatrices de los brazos.

Mis abuelos se apresuraron a responder y contar sobre el

accidente, restándole importancia, pero yo no pude. La mirada que la mujer me otorgó era la misma que había visto muchas veces en Durham, mi ciudad natal. A partir de ese instante el ambiente cambió y pasé a estar absolutamente en silencio.

ÁNGELES

Me percaté que Sophia no estaba cómoda después de las preguntas de mi amiga y traté de cambiar el tema sugiriendo ir a *Bayside Blaster*. Me di cuenta que echaba de menos esa calidez de la gente.

Dos días después, al subir al barco, me percaté que admiraba la ciudad. En un principio disfrutaba del paisaje que se imponía ante sus ojos y, conforme pasaban los minutos, su cuerpo se fue encorvando al punto de cerrar los ojos, de nuevo se fustigaba y culpaba de la muerte de Kenneth.

—A medida que pasan los meses es normal que le eches de menos —le dije para que Sophia se diera cuenta de que no estaba sola.

—En una de nuestras conversaciones —comenzó diciéndome— mencionó hacer este tour y el hacerlo yo ahora me hace sentir egoísta.

—Es imposible que lo olvides, pero tampoco puedes vivir a expensas de su sombra.

—Estoy tratando de aprender a vivir sin él y no es fácil.

—Lo importante es que lo intentas —le indiqué para luego abrazarla y juntas observamos la costa.

Pasamos frente a los edificios del centro de Miami como el *Fishers' Island* al igual por *Millionaires' Row* que al escuchar al guía bromear sobre encontrarse a algún famoso por el camino le di un codazo a Sophia para llamar su atención.

—Me conformaría con que Julio Iglesias me lanzara un beso.

—¡Ángeles! —exclamó Eduardo sorprendido.

—Las raíces nunca se olvidan—bromeé—. Y Julio Iglesias es de mi generación. —Reímos, consiguiendo así que Sophia cambiara ese pesimismo.

Miré de nuevo a Eduardo recordando cómo había llegado a Florida gracias a una oportunidad de trabajo y fue en la Pequeña Habana donde nos conocimos. La chispa nació de inmediato y, un par de meses después, nos casamos en Las Vegas, matrimonio que puso patas arriba a nuestras familias, pero que, con el pasar de los años, demostramos que el amor podía nacer sin más.

Los días posteriores visitamos los distintos museos de la ciudad desde el *Art Walk*, *Wynwood walls* apreciando los colores de los murales hasta el Vizcaya *Museum and Garden* con su excelente arquitectura y preciosos jardines. Así como también decidimos ir al

bosque nacional Apalachicola.

Me di cuenta que Sophia se sentía con más vitalidad y algo me decía que eso la ayudaría a tener las ideas más claras, a pesar de que sabía que aún se castigaba cada noche por estar viva y no Kenneth.

SOPHIA

Los días posteriores llamé a los padres de Kenneth para hacerles saber que estaba bien. A pesar de su luto solían visitarme con frecuencia, durante largo rato hablamos de todo y nada, se alegraban por haber puesto distancia y me pidieron que rehiciera mi vida, era lo que hubiera querido su hijo, lo que no estaba segura era si estaba preparada para ello.

Hablaba con frecuencia con Marian para contarle sobre las visitas turísticas que había hecho y ella me contaba cómo iba su preparación para la competición de los Cuatro Continentes, su rutina la traía por la calle de la amargura, ya que llegaba segundos tarde a un movimiento que ejecutaba.

La escuchaba sintiendo nostalgia a esos momentos previos y al igual que me atreví a ver las distintas fotos que mis abuelos tenían en álbumes desde que era niña y las admiré recordando cada una con nitidez, dándome cuenta de que la gimnasia poco a poco se quedaba en mi pasado.

El mes pasó volando hasta que mi abuelo anunció que visitarían a un amigo en Coral Gables y decidí a acompañarlos.

—Nunca pensé que entraría a alguna de estas mansiones—les dije a medida que recorríamos el lugar.

—No sabía que Coral Gables estaba excluido de tu lista de lugares a visitar—bromeó.

—Lo digo por...

Iba a explicarme cuando me callé pensando que había entrado a lo más parecido a un cuento de hadas. Conforme avanzaba, observaba un jardín muy bonito junto a un arroyo que recorría a un lado de este y al llegar a la puerta principal, un pequeño estanque nos daba la bienvenida.

Mis abuelos se bajaron al igual que lo hice dudando al mirar la ropa que llevaba puesta. Una camiseta con un estampado simbólico de Kiss, unos vaqueros y unas converse desgastadas junto a una chaqueta de verano cuyas mangas, debido a los nervios, estiraba un poco para cubrirme brazos.

Estaba harta de miradas que se desviaban a mis brazos. No es que estuvieran llenos de cicatrices, apenas se notaban, pero se hacía más visibles ante el poco sol que durante tanto tiempo había dejado de tomar, por lo que les pedí a mis abuelos ir al hipermercado y comprar

unas cuantas prendas que me hicieran sentir más segura.

Mi abuela me aconsejó que no dejara que me afectase, sabía que tenía razón, pero necesitaba tiempo para aprender a ignorarlas, comencé a preguntarme si era el momento. Hacía un calor de mil demonios, normal para la época en la que estábamos, pero ya que estaba aquí tenía que aguantar como una campeona los sofocos que comenzaba a tener.

Entramos a la casa impresionándome aún más, el mármol que decoraba el suelo le daba una luminosidad de exclusividad absoluta acompañada de una escalera de caracol al estilo de series de grandes familias norteamericanas.

Frank, como se presentó el dueño de la casa, era el fundador de una firma de abogados y entendí por qué se conocían. Mi abuelo y él pertenecían al mismo mundo a pesar de que infinidades de veces tuvieron que enfrentarse por el cargo de fiscal que ejerció durante años Eduardo Baute, mi abuelo.

Frank me trató con gran cordialidad, conduciéndonos hasta la terraza, donde había un grupo de chicas. No me apetecía iniciar ningún tipo de conversación y menos cuando las veía tan radiantes en bikini, tomando el sol. Sin embargo, Frank me empujó con sutileza hasta ellas y me presentó.

Ellas me miraron de arriba abajo y antes de excusarme para volver con mis abuelos, Frank me dejó con las chicas.

—¿No tienes calor? — me preguntó una.

—No —le respondí mintiendo, ella bajó un poco las gafas mirándome con detenimiento.

—¿Estás segura? —preguntó con sorna y aquí estaba sintiéndome como un ratón escurridizo ante depredadores, me sentí estúpida. Años trabajando para evitar reflejar la inseguridad en las competiciones y la había perdido.

—¡No seas tan zorra, Zoe! —exclamó otra chica que salía fumándose un cigarro y que parecía ser la mayor de todas.

—Voy a olvidar lo que has dicho —le advirtió en cuanto la escuchó.

—En todo caso, no hablaba contigo—inquirió Zoe.

—Te conozco, hermanita —le respondió para luego mirarme—. ¿De casualidad tienes algún nombre?

—Sophia —le respondí.

—Encantada, Sophia, yo soy Chloe. ¿Fumas? —me preguntó y negué con la cabeza. Torció la boca ajustándose sus gafas.

—¡Vaya calor hace! ¿Te parece si entramos? No quiero terminar asándome como los pollos a la parrilla.

Le sonreí sintiéndome que, de alguna manera, acababa de encontrar a la hermana perdida de Marian. Chloe me arrastró a la

cocina y lo agradecí en silencio, ya que al entrar sentí el frescor del aire acondicionado.

—Puedo prepararte un delicioso mojito en segundos —me dijo Chloe llamando mi atención—. Las fulanas de afuera han hecho el trabajo duro por nosotras. ¿Te apetece?

—Sí, me gustaría uno—respondí sonriendo.

—¡Perfecto! —exclamó Chloe, sacando un par de copas que llenó con maestría para finalmente pasarme una mientras me contaba la historia de cómo habían llegado los Clifford a Florida.

Eran propietarios de muchos de los grandes aserraderos del país, pero Frank decidió emigrar al sur para demostrar a los demás que su apellido no le abriría las puertas. A pesar de asociarse con otro letrado, el llevar apellido Clifford logró que de inmediato tuvieran una cartera de clientes de gran categoría por lo que la espinita de poder labrar su nombre se mantenía e ideó un plan: darles una oportunidad a los tres mejores futuros abogados de la Universidad de Florida.

Por un momento, pensé en el futuro planificado por Kenneth. Él había trabajado para entrar en una de esas firmas, escuchar de buena mano cómo resolvían casos importantes, debatirlos y aprender era parte de sus metas.

—Mi meta va más allá, quiero entrar en Mackenzie & Fletcher, en Chicago—prosiguió Chloe.

Que también me había contado que era medio hermana de la chica que estaba tomando el sol. Su madre se había divorciado al poco tiempo de nacer por diferencias irreconciliables con su padre Franklin Clifford. Con el tiempo terminaron conviviendo en casa de su abuelo.

—Es el sueño de cualquier abogado con deseo de prestigios.

—La conozco —le dije sin pensar. Chloe se giró hacia mí con una ceja levantada.

—Pensé que no me escuchabas.

—Por supuesto que te escucho. —Me apresuré a decir a la vez que me fustigaba por recordar los sueños de Kenneth—. Solían hablarme de ello—le dije. Chloe se cruzó de brazos y miró con perspicacia.

—¿Por qué conoces Mackenzie & Fletcher?

—Por mi exnovio. —Me dolió pronunciar esas palabras sintiendo un nudo en mi estómago—. Estudió derecho en Duke.

Chloe parpadeó varias veces.

—¿Qué harás el próximo viernes en la noche? —Su pregunta directa me dejó sin palabras.

—Nada —le respondí sin saber si era lo correcto.

—¡Chloe! —le advirtió Frank en cuanto entró a la cocina.

—No iremos a drogarnos con anfetaminas ni inyectarnos heroína, eso será en otra ocasión. —Abrí los ojos mientras ella rio a carcajadas. Frank le reprochó con la mirada.

—Para entrar en contexto, Frank está enfadado con su nieta preferida —explicó acercándose a él para abrazarlo—. Me enrollé con uno de los becarios de la firma. Prometo que fueron un par de besitos.

Sentí que la situación comenzaba a ser violenta, no me gustaba ser testigo de algún tipo de discusión de personas que apenas conocía.

—Lo que Chloe olvida es que nos jugamos la reputación de Clifford & Asociados.

—Abuelo, por favor, ten clemencia de mí, fue esa vez.

—Espero que sea así. —Volvió a advertirle con una mirada cargada de reproches.

—Lo prometo—le respondió para luego mirarme—. ¿Te apuntas?

— No lo sé.

—Sophia, cariño, aunque Chloe parece salida del manicomio, deberías salir con chicos de tu edad, recuerda lo que hemos hablado.

Lo medité unos segundos, podría servirme de terapia y si aceptaba, sería con ciertas condiciones.

—Si acepto quiero aclarar que, en el momento que quiera irme, me iré.

—¡Te aseguro que no lo harás! —insistió.

—Chloe —la llamó mi abuela—, si te pide irse, no la obligues a quedarse. —Ella cruzó de brazos y me miró.

—¿Cuál es el oscuro secreto? —Apreté ambos labios sin saber si era conveniente decirle, suspiré en alto.

—He tenido un accidente automovilístico que me dejó secuelas.

No importaba el tiempo transcurrido, seguía siendo difícil contarlo, por lo que no pude decir nada más.

—Ahora entiendo tus condiciones.—Y en ese instante vi esa mirada que tanto odiaba, por lo que decidí cambiar el tema por mi propio bien.

—¿Podrías hacer otro mojito?

—¡Enseguida! —exclamó Chloe.

6

«La vida empieza cada cinco minutos.
Andreu Buenafuente».

SOPHIA

La siguiente hora, Chloe intentó llevar la conversación, yo afirmaba y respondía con cortesía, pensando en esa salida. En Durham podía desenvolverme, era una ciudad pequeña y la conocía de palmo a palmo, en cambio, Miami era muy grande, dividida en diferentes condados y a duras penas sabía ir a casa de mis abuelos, por lo que la idea de excusarme de no ir, rondó en mi cabeza.

—No te olvides de pasar por Sophia—le dijo mi abuela en cuanto nos despedimos comprometiéndome con ello.

—Por supuesto que no lo olvidaré, a decir verdad, es necesario que se aleje de la tercera edad.

—¡Chloe! —exclamó Frank.

—No es para ofenderos, no he dicho ninguna mentira —repuso Chloe.

—Y no lo haces, es cierto que Sophia necesita pasar tiempo con personas de su edad —añadió mi abuela tratando de calmar los ánimos de los Clifford—. ¿Recuerdas que lo hemos hablado?

Afirmé con decepción, mi abuela se las había ingeniado para que no me echara para atrás. Me sentía frustrada por lo que saqué de mi bolso el iPad; no es que no quisiera divertirme, en cualquier momento lo iba a necesitar, pero no ahora.

En cuanto aparcamos, me excusé con estar cansada y decidí buscar uno de los libros que había traído, necesitaba borrar como fuese esa ansiedad que había nacido en mí.

En la víspera de la salida, mi estómago estaba revuelto. A duras penas había comido y dudaba entre tres vestidos que, por alguna razón, Marian me había obligado a meter en la maleta. Pensé en llamarla tratando de encontrar apoyo, pero estaría de acuerdo en que fuera y no necesitaba más presión.

ÁNGELES

Me mantenía ansiosa en la cocina, la llamada que me había hecho Chloe sobre el nuevo juicio del accidente me mantenía expectante.

Clifford & Asociados se encargaría de todo sin escatimar gastos. No estaba de acuerdo que abrieran el caso sin consultarle a Sophia, tendría que hablar con Victor, había sido él quien había llamado a Frank. Llevaba conviviendo un mes con Sophia y mantenía latente su dolor, por lo que corrían el riesgo de que retrocediera lo que había

avanzado.

Sophia abrió la puerta del frigorífico sacándome así de mis pensamientos. La observé concienzudamente hasta que soltó un suspiro de impaciencia cerrándola y pegando su cabeza en la puerta de la nevera.

—Es mejor que llame a Chloe y le diga que no iré.

—No estoy de acuerdo en esa desición—le hice ver—. No puedes estar todo el tiempo encerrada en estas cuatro paredes, además, Chloe me prometió dejarte irte si lo pedías.

—Es que tengo una sensación que no experimentaba desde que había ganado el campeonato mundial.— Me acerqué, obligándola a girarse y sujetándole los hombros para captar su atención.

—Cariño, a veces es bueno dejarnos llevar por ello. —Sophia me sonrió para complacerme y se alejó. Cerré los ojos dudando, tal vez tendría razón y debía llamar para cancelar esta salida, sin embargo, necesitaba entender que aún tenía mucho que vivir por muy dura que fuese las experiencias a las que debía enfrentarse.

SOPHIA

Volví a la habitación y di varias vueltas en círculos hasta detenerme en el vestido de color azul eléctrico entallado, muy al estilo años veinte que estaba tan de moda. Me llevé las manos a la cabeza y solté aire por la boca resignada, así que después de una ducha y de seguir sintiendo mi corazón latir más rápido de lo normal, me vestí y me miré en el espejo del armario, al segundo busqué una torera negra que había comprado para alguna que otra cena y me calcé unas sandalias de medio tacón.

En cierta manera me sentía perfecta para pasar desapercibida, intenté alisar las arrugas invisibles que tenía el vestido para calmar los nervios y bajé. Allí me esperaban mis abuelos, por un momento se sentí como si asistiera al baile de graduación al que fui con un compañero de clase y en el que estuve apenas, ya que debía entrenar estaba a un paso del Campeonato Europeo.

Chloe fue puntual, en eso no se parecía a Marian.

Me subí al coche, un deportivo que logró que los nervios pudieran traicionarme en cualquier momento. No tenía idea del nombre, pero me imaginé que era uno muy caro por los asientos de cuero y lo que Chloe llamó Head up display. Una pantalla transparente que vi de reojo con rapidez. Deseé que fuese de cinco plazas para poder sentarme detrás y así cerrar los ojos mientras hablaba todo lo que quisiera y yo responderle con lo monosílabos con lo que solía hacer.

Chloe me contó que iríamos a Bongos y, sin saber por qué, tuvo la intuición de que había cambiado de planes. Estaba segura de que le

había dicho que irían a un lugar tranquilo, pero en cuanto nos acercamos comprobé que no era cualquier disco.

Estaba a reventar, la música tenía un ritmo moderno y desenfrenado que invitaba al que menos supiera bailar, a atreverse.

Chloe saludó a unos cuantos conocidos y me sujetó la mano llevándome al reservado donde estaban sus amigos.

Pidió un mojito para mí y un Cosmopolitan para ella. Varios chicos la invitaron a bailar, así como también me invitaron y después de varias propuestas, accedí a temas que no fueran tan movidos y que requirieran poco contacto.

Sabía bailar los ritmos latinos, mi padre me había enseñado, así como la danza era parte fundamental de mi entrenamiento, pero quería evitar cualquier contacto físico, sentía que algo no estaba bien.

Poco a poco los remordimientos se hicieron paso. Esperé que la canción terminara para acercarme al grupo y pensar cómo despedirme, pero uno de los amigos de Chloe trató de persuadirme cayendo en un pequeño flirteo al que no estaba acostumbrada.

Necesitaba escaparme y la mejor excusa era los servicios. Al entrar, me dirigí al lavamanos, abrí el grifo para mojarme las manos y refrescarme un poco la cara y la nuca, supuse que el calor que sentía era por lo abarrotada que estaba la discoteca.

Solo entonces escuché a una de las chicas amiga de Chloe hablar de ella a la vez que otra salía del habitáculo sorprendiéndose al verme ahí de pie. Me mordí el carrillo dentro de la boca, sintiéndome humillada, debía fingir que no me importaba y abrí el grifo.

Cogí papel para secarme las manos y largarme del baño y en cuanto miré de nuevo al espejo me di cuenta que observaba con agudeza las marcas en mis brazos.

—Carol, es imposible que sea así —dijo la otra amiga abriendo la puerta del cubículo. Me quedé paralizada observando a la una y la otra sin saber si era conveniente alargar las mangas de mi torera.

Sonrió acercándose hasta donde estaba para fingir verse en el espejo. Carol se puso a su lado, riendo por lo bajo. Me sentí humillada y con ganas de vomitar, por lo que salí con rapidez.

BLAKE

Estaba harto de las insinuaciones de Jhoanna, llevaba parte de la noche lanzándome puntas de querer follar y no me apetecía y, al parecer, no entendía las señales. Sabía cuál era la solución para esto, el problema estaba que no podía ser el aguafiestas del grupo.

La mitad no me lo perdonaría, y mucho menos mi hermana, y lo peor no era tener que estar aguantando a Jhoanna, me había tropezado con Chloe y eso no auguraba nada bueno. Si se

encaprichaba con querer tener unos minutos a mi lado terminarían con cualquier movida entre las dos y odiaba esas actitudes entre mujeres.

Terminé la copa y pensé en la excusa de dar una calada, pero todos sabían que había dejado el tabaco. Deambulé un rato entre la gente saludando y charlando, ya que solía venir a Bongos con frecuencia. Solo entonces vi a una desconocida salir del baño respirando con dificultad, deteniéndose y apoyar su mano en la pared.

Decidí ignorarla y al segundo chasqueé la lengua presintiendo que estaba en problemas.

—¿Te sucede algo?

—Necesito salir de aquí.

—¿Cómo?

—Necesito salir, siento que me falta el aire —me dijo sin mirarme a la cara. ¡Maldita sea! ¿Por qué siempre terminaba en estas situaciones?

—Ven—le dije guiándola con mi mano en la espalda hasta la salida y allí cruzamos la calle, caminando a un pequeño muro cercano a la playa, sintiendo así el aire nocturno y el salitre de la bahía.

La ayudé a sentarse dándole la espalda a la calle y a todos los que transitaban en ese instante. Esperaba que hablase y que sea lo que sea que le hubiese ocurrido, no fuese grave. La observé durante unos minutos notando que su respiración volvía a ser regular.

—¿Mejor?

Ella me afirmó con la cabeza. Me di cuenta que no me contaría nada a la primera, así que también me senté a su lado dándole la espalda al mundo y apoyé mis manos a los lados fijando los ojos en el firmamento.

Esa noche, a pesar de la contaminación luminosa que teníamos detrás, podían apreciarse varias constelaciones junto a una bonita luna. Noches como esta me habían acompañado cuando era niño, la única etapa feliz de mi vida.

Era extraño, estaba al lado de una desconocida a la que no tenía ni idea de qué le había ocurrido, pero este silencio que había nacido entre los dos me gustaba. La observé de reojo y noté que ansiaba este instante tanto como yo, mi cabeza enseguida se llenó de suposiciones, ¿qué podía preguntar?

Lo único claro que tenía era que alguno debía romper el hielo y tendría que hacerlo yo.

—He llegado a la conclusión que la noche nos ayuda a meditar y a encontrarnos a nosotros mismos. —Comencé a decir—. Soy Blake Clark.

Ella abrió los ojos despertando de ese letargo en el que se había inducido, apretó los labios, giró la cabeza y alargó el brazo.

—Sophia—me respondió—. Y es cierto, la noche es una gran compañera cuando necesitas estar a solas.

La curiosidad nació en mí después de esa respuesta por lo que no podía seguir dando palos de ciego.

—¿Me contarás qué ha ocurrido?

Ella negó con la cabeza. Suspiré con paciencia y me giré hacía el horizonte oscuro meditando qué demonios le ocurría. Dudé en decirle adiós, dejarla allí y que se las arreglara como fuese, sin embargo, mi maldito instinto de superhéroe apareció en cuanto vi de reojo estrujarse los dedos.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa?—le pregunté a sabiendas cuál era la respuesta que me daría—. No creo que verte llegar en tu estado sea agradable para tu familia.

—¿Qué? —preguntó con sorpresa—. Gracias por ayudarme —me dijo a la vez que se levantaba—. Tengo que entrar de nuevo, mis amigos deben estar preocupados.

Pero ¿qué coño? ¿Qué amigos? Bufé, ¿quién se creía para mandarme a la mierda después de socorrerla?

—Me imagino lo preocupados que estarán que ni siquiera te han llamado para saber dónde estás —le respondí levantándome para estar a la misma altura a pesar de llevarle un buen palmo.

—Les dije que iría a los servicios —se defendió. No pude reprimir mi carcajada a la pobre excusa.

—Lo siento, pero venir de fiesta con los amigos y tener gripe intestinal no es una buena idea —le insinué cruzándome de brazos, ladeando la cabeza para observarla con detenimiento. Se veía dulce y al segundo deseché esa idea cuando estaba convencido que ese tipo de mujeres no existían—. Seamos sinceros—proseguí—. Estabas empolvándote la nariz… —le indiqué con una ceja levantada. De inmediato frunció el ceño.

—No sé qué has querido decir —me respondió desafiándome. Había dado en el clavo en eso de que no existían mujeres dulces.

—¿De verdad debo darte explicaciones? —le respondí tocándome la nariz suponiendo que fingiría indignación después de mi comentario, pero era su culpa, era ella que me había empujado a dejarla en evidencia—. ¿Cómo te lo digo, guapa? No te conozco, no es mi problema, ni mi cuerpo, pero ese camino que estás trazando te mandará a la mierda.

—¿Qué?

—Venga no me hagas ser más directo, nena.

—¡Eres un gilipollas! —me gritó para girarse con rumbo a Bongos. No, no iba a dejar que se fuera así cuando la había ayudado por la que le retuve del brazo.

—Eres una malagradecida, sino es por mí te hubieras desmayado

ahí dentro y quizás un depredador se hubiera aprovechado de ti—le eché en cara. Debía aprender que no todas las personas podían auxiliar a otras sin ningún tipo de interés.

—¿Eres idiota o te lo haces?

—¡Oye! No hace falta que me insultes —le respondí sorprendido. Había sacado la arpía que tenía dentro—. No es mi culpa que tu actitud de a entender ideas erróneas.

—¿En serio me estás culpando? Tal vez piensas que debería lanzar una alfombra roja para inclinarme y venerarte como a los reyes en agradecimiento.

Abrí los ojos para responder su réplica que me había imaginado en la cabeza, pero después de escucharla me tuve que controlar el borboteo que se me atragantó en la garganta. De reojo volví a observarla y tuve la sospecha que la había ofendido de verdad.

«¡Joder!». Me pasé la mano por la cabeza. Hacía mucho tiempo que no conversaba con una mujer sin ningún interés que no fueran el trabajo, sexo o la asociación en la que daba clase.

Y no podía decirse que era una conversación con alto grado de seriedad, era absurda al punto de sacarme más de una sonrisa. Llevaba un par de meses tratando de encauzar mi vida, a pesar de que, de vez en cuando, me dejaba arrastrar por el deseo de satisfacer al cuerpo.

—Tienes razón…, Sophia —le dije tratando de enmendar mi comportamiento.

—¡Claro que la tengo! —exclamó sin darme tiempo a defenderme, esta vez se había girado con rapidez dejándome con la palabra en la boca. Sonreí pensando que no me iba a quedar con esa.

Conocía a la mayoría que frecuentaban la disco y estaba seguro de que ella no era de la ciudad. Me pasé la mano por el pelo y me maldije y sin más la seguí dispuesto a saber quién era Sophia sin apellido.

7

SOPHIA

Respiré varias veces con profundidad con la única intención de disimular una aparente tranquilidad en cuanto llegase al reservado para despedirme, a pesar de no tener ni idea de qué diría. La culpa de todo era de ese Blake que me había acusado de haberme drogado.

Apenas había bebido tres cócteles, lo suficiente para entrar en calor, pero no para estar achispada. Deseé abofetearle, apreté los labios evitando recordar que me había ayudado y por mucho que intenté no hacerlo, fue inevitable.

Tenía que aceptar que había sido una buena idea el alejarme de este lugar, a pesar de escuchar el tráfico, los transeúntes y la música de los distintos lugares de la avenida sin lograr olvidar a las estrellas y a la luna, que se asomaban tímidamente junto al sonido del mar y que todo en conjunto lograron que encontrase una paz momentánea que llevaba semanas sin sentir.

—¡Sophia! —gritó Chloe sacándome de mis pensamientos—. Estaba a punto de pedirle al DJ que gritara tu nombre.

—Salí a por aire fresco —le respondí con rapidez—. Es mejor que me vaya —anuncié a modo de despedida.

—Te acompaño —se apresuró a decirme Fred. Maldije al universo por ignorar todas las señales que le había dejado caer sobre que no me interesaba su compañía.

—No hace falta—le dije—. Puedo arreglármelas sola.

—¡Fred, lárgate por ahí!, ha venido conmigo y se ira conmigo— repuso Chloe. Lo que me sorprendió no era la decisión de Chloe sino el que todos se quedaran callados.

—¿Ahora adoptas mujeres desamparadas? —preguntó seguido de una carcajada.

—¡Qué te den, Robert! —exclamó.

—¡Venga, Chloe!, sabes que me gusta jugar contigo así —le respondió acercándose y sujetarle por la cintura.

Chloe de inmediato le quitó las manos de forma brusca.

—Por esta noche ha sido suficiente —anunció demostrando así que no estaba de acuerdo con sus bromas. Me sujetó por el brazo y salimos del reservado sin mirar atrás.

Una vez fuera, caminamos hasta llegar al coche.

—Me parece que es mejor que vayamos en taxi—le sugerí.

—¡Maldita sea! —exclamó Chloe—. No puedo tener la mala suerte de tropezarme con un policía.

—No lo sabemos—respondí cruzándome de brazos.

CHLOE

Podía pasar, tenía razón, no era la primera vez que me sucedía, no se lo iba a decir, así como tampoco cómo lo solucionaba, antes debía ganarme su confianza.

—Está bien —le dije. Si quería que colaborara más adelante en lo que Frank me había impuesto, debía ser de lo más amigable.

¡Joder! ¡Joder! Esta maldita tarea que me había encargado Frank era de lo más humillante, eso de tener que recordar cada detalle de la conversación para luego contárselo a mi abuelo me hacía sentir como si fuese su niñera.

Deseé voltear los ojos, tendría que sentarme a leer el caso y ya me encargaría de reprocharle a Frank el contarme una verdad a medias, era obvio que el accidente había sido aparatoso, de lo contrario, esta chica no tendría este estado deprimente, además, no era la primera ni la última que sobrevivía a un accidente y eso se lo hice saber a Frank el día que entró a mi despacho advirtiéndome que yo me encargarían del caso de la nieta de los Baute.

Era una Clifford y nosotros manteníamos nuestra palabra. Más que advertencia era una amenaza y tenía que cumplir con ese maldito código de ética que solo era una fachada como muchas de tantas que Frank tenía cara al público, en el fondo escondía mucho más de lo que quería que supiese.

Observé a Sophia y mi intuición me alertaba que esos minutos cuando desapareció había sucedido algo más. Fuese lo que fuese era lo que la tenía alterada por mucho que quisiera disimularlo.

—Si mal no recuerdo hay una cafetería cerca —le dije tratando ganarme su confianza, o esta noche habría sido un desperdicio.

La observé de reojo llegando a la conclusión de que no tenía ambiciones, ni pasión, si es que alguna vez la había tenido. Lo poco que sabía de ella es que se había criado en un ambiente para y por las competiciones con infinidad de restricciones.

—¿Crees que es buena idea?—me preguntó. ¡Por el amor a Dios! Si fuera por mí estaría en estos momentos disfrutando del sexo sin desenfreno. Respiré con profundidad y puse mi mejor rostro.

—Abre las veinticuatro horas y me han entrado ganas de comer—le dije a pesar de que no era cierto, pero necesitaba una excusa antes de que se fuera por su cuenta.

Cruzamos La Calle Ocho y de ahí caminamos durante diez minutos, los minutos más largos en los que debía ingeniármelas para hablar sobre comida, metabolismo y tonterías que pensé que al vivir media vida cuidando su alimentación estaba al tanto, sin embargo, era

una tortura para mí hablar de ello.

Cruzamos un par de calles hasta llegar a *Washington Ave* para tropezarnos de frente con la cafetería. Entramos y pedimos hamburguesas, patatas fritas y refresco de cola. Nos sentamos en la mesa más alejada y así le di el primer mordisco a la hamburguesa esperando que me contara alguna estupidez de su deprimente vida.

Lo cierto es que no lo hizo. Tras haber pasado cinco minutos y mi paciencia se acababa.

—¿Cuándo vas a contarme la verdad de tu accidente? —le pregunté finalmente.

—Ya te lo conté —me respondió Sophia sin mirarme.

—¿Cuándo? Solo recuerdo que en casa de Frank apenas hablaste de ello y esta noche has dejado que hablase una sarta de tonterías durante el camino.—Sophia dejó a un lado la hamburguesa, limpiándose la boca, y buscó en su bolso el monedero con la intención de pagarme, solo entonces vi su intención de levantarse y la detuve, ¿de qué iba esta chica caprichosa?

—No me ofendas —me apresuré a decirle, más que petición era una advertencia. No quería problemas con Frank en estos momentos —. Yo he sido la que te he invitado.

—¡Y yo no te lo he pedido! —me reprochó.

—¡Deja de ser tan niñata! —espeté cansada de su actitud caprichosa. Nos miramos unos segundos, los suficientes para que guardara su monedero y se sentara. Bebió un poco y se resignó a contarme lo que sucedió. Deseé chasquear los dedos y largarme maldiciendo a Frank.

Cuando me notificó que irían los muermos de Ángeles y Eduardo a la mansión para un asunto que convenía al bufete, me enervé. Quería pasar ese domingo follando desenfrenadamente con Robert, pero no, esa pareja de viejos tenía que fastidiarme el día.

Echa un basilisco, me duché con rapidez para ser puntual y hablar con Frank antes de ponerme la máscara de cordialidad y escuchar todo lo que vivió era recordar su explicación cortante e irónica hasta que Sophia se detuvo en cuanto nombró a su novio muerto.

No es que quisiera ser cruel, el problema que estaba viendo era que se había aferrado a un hombre que, seguramente, le ponía los cuernos cuando ella estaba en sus competiciones de alto nivel. «Ilusa», me dije a mi misma. «Los hombres son egoístas por naturaleza y solo sirven para satisfacerte», quería gritárselo.

Me limpié los labios con una servilleta, me era imposible reprimir parte de lo que pensaba y debía ingeniármela de ser lo menos dura posible.

—Si quieres que esos hijos de puta no salgan jamás de la cárcel, te ayudaré —comencé a decirle—. Entiendo por qué estás aquí y por

qué no quieres volver a Durham ni a la gimnasia. —Puse mi mano en la de Sophia y la palmeé—. No lo hagas si es realmente lo que deseas, incluso me atrevería a decir que podría ayudarte a avanzar.

—Me has ayudado —me respondió y antes de que siguiera, la interrumpí, estaba harta de cursilerías.

—Lo de hoy no es una ayuda —le dije atrayéndola a mi terreno —. Sophia, me parece que necesitas ver qué otras opciones te pueden ofrecer la vida y tengo una idea que te podrá ayudar. Si yo lo hubiera conocido en ese momento muchas cosas serían distintas.

Odiaba recordar mi pasado, pero tenía que llegar al corazón de Sophia y me parece que había encontrado por donde hacerlo.

—Si te dijera que hace tres años estuve a punto de casarme —le confesé—. El capullo ese me presentó a su supuesto mejor amigo, tan grandes amigos que los encontré revolcándose en un hotel en las Bahamas.

»Odié a todo el mundo y a la maldita prensa le llegaron rumores cuando estuve a punto de mandar toda mi vida por un tubo. Estaba tan harta de preguntas que un día agredí a un reportero. —Cada vez que pensaba en eso maldecía a Ryan por habérmela jugado, me había humillado.

Decidí tomar otro rumbo, demostrando que poco me importaba lo que dijesen de mí, debía aceptar que me gustaba la controversia a través de escándalos y seguí ese camino. El problema de todo esto es que terminé en el punto de mira de Frank. Miré de reojo a Sophia a punto de sugerirle que se atreviera a hacer todo lo contrario que el resto hiciese, pero supuse que terminaría escandalizándola.

Quise reír y me contuve, estaba aquí porque lo único que me importaba era la maldita herencia.

—Supongo que ahora que estás aquí te distraigas en U.P.B. —Se giró a mi frunciendo el ceño.

—Lo siento, pero no te sigo —me respondió. Bebí un poco de refresco de cola y la miré.

—Mañana la llamaré—le dije con la intención de picar su curiosidad.

—¿A quién llamarás? —me preguntó desconcertada. Entendía que pudiera pensar que me había vuelto loca.

—A Ángeles—le dije y ella se desconcertó aún más por lo que comencé a sospechar que realmente no tenía ni idea de qué le hablaba.

8

BLAKE

No creía en la suerte, pero esta noche no estaba a mi lado. En cuanto entré a Bongos para buscar a Sophia la encontré, pero con Chloe.

«Mal asunto», pensé. Debía olvidar a esa chica de ojos almendrados y a pesar de querer hacerlo, la curiosidad había aparecido; no tenía sentido que en una ciudad y un mundo en el que vivían se ofendiera como lo hizo. Sonreí pensando en ella, era guapa, tenía curvas y unas largas piernas.

Suspiré en alto, lo mejor era sacármela de la cabeza. Me acerqué a la barra y pedí una cerveza. De nuevo Sophia volvió a mi cabeza, no es que fuese vestida sugerente. Quizás esa inocencia con la que actúo o sus piernas largas era lo que no podía dejar de pensar, el caso era que llevaba diez minutos recordando lo que había sucedido con ella, pero era amiga de Chloe.

Lo más seguro es que le gustaría los mismos juegos de Chloe. Volví a beber del botellín y no me percaté de Jhoanna hasta que me acarició la espalda.

A veces me arrepentía el haber aceptado pertenecer al equipo de U.P.B., no obstante, Ángeles me había ayudado muchas veces cuando estuve a punto de tocar fondo.

La primera vez que me había ayudado sucedió cuando mi padre nos había abandonado, dejándonos en la calle y con grandes deudas. Ángeles, que para ese entonces trabajaba en servicios sociales, escuchó a Alice, mi madre, y se conmovió.

Nos encontró un lugar donde vivir por medio de contactos, siendo un duro cambio para todos. Pisos de baja calidad en un barrio de mala reputación, empujándome durante un tiempo a saltarme las reglas a modo de rebeldía y Ángeles encontró la forma de canalizar mi rabia: por medio del baile, logrando que volviera a centrarme y trabajar en mi futuro.

Mi madre encontró un trabajo que nos permitió salir de ese atolladero por una temporada hasta que viví una situación que me hizo crecer antes de tiempo y que nos llevó a mudarnos a otra ciudad gracias a la generosidad de Eduardo.

Rehicimos nuestras vidas y salimos adelante sin perder el contacto con los Baute. Yo quería ayudar a mi familia sin encontrar el modo de hacerlo, por lo que recurrí a los consejos de Ángeles, que me dio la idea de encontrar un lugar para mejorar mis cualidades y

actitudes con clases de baile; se me daba bien y, a su vez, era bueno en ciencias ofreciendo clases de apoyo.

De esa forma pasé a involucrarme en clubs de liderazgo, negocios y voluntariado, empujándome a estudiar derecho y ser parte de la academia de baile como instructor. Con una beca y un trabajo a tiempo parcial entré a la universidad donde me esforcé en ser uno de los mejores, creyendo que el camino sería más fácil, pero no fue así. Lo que encontré poco tiempo después de graduarme no era lo que había esperado.

Seguí adelante hasta que la oportunidad de entrar al equipo de un pequeño bufete llegó. Por fin podía desarrollar mi carrera y la especialidad que había escogido, la laboral. Significaban grandes cambios, entre ellos trasladarnos de nuevo a Florida junto a mi familia.

Lo más difícil fue convencer a mi madre de regresar. Aceptó con la condición de seguir trabajando, se negaba a que yo me hiciera cargo de ellas. Estaba convencida de que, en cualquier momento, me enamoraría y no quería que fuesen una carga, ya había vivido esa situación de incertidumbre con mi padre.

No me tomé en serio el consejo, en lo que menos pensaba era en enamorarme; la vida comenzaba a sonreírme después de tanto sacrificio y mi madre tuvo razón, el amor tocó la puerta, aunque también conocí el significado de la traición que me llevó a la etapa más oscura de mi vida.

Bebía más de la cuenta, me acostaba con distintas mujeres cada noche, incluso jugueteé con algunas drogas que me llevó a abandonar el trabajo, lo único estable que tenía y por lo que tanto había luchado. Estaba cansado de tener que dar más de lo que la vida me ofrecía hasta que me tropecé con Ángeles y no de la mejor forma.

Una reyerta en un bar me llevó al hospital junto a un chico más joven que yo y que salió peor parado. Casualidad o no estaba bajo el ala de Ángeles, que hizo lo imposible para que me retiraran los cargos con la condición de que hiciera servicios a la comunidad.

Gracias a U.P.B. había podido volver a tener la cabeza centrada, aunque no mi carrera. Ese maldito desengaño solo me había traído problema tras problema, perder el trabajo y el estancamiento de mi carrera por un tiempo.

Me prometí que ninguna mujer volvería a interferir en mis metas sobre reconducir mi vida. El baile, se convirtió en una vía de escape al dar clases a pesar de que veía más inalcanzable el cumplir en esa meta por la que había luchado tanto, sin embargo, el trabajo que había encontrado era en una asociación que se limitaba a litigios civiles y mal remunerados.

Después de cumplir con los servicios a la comunidad y dedicar a

seguir ejerciendo como instructor en U.P.B., acepté un reto que Ángeles me pidió, el preparar la exhibición de puertas abiertas.

Lo hice sin ser consciente del éxito esperado y, a pesar de que un punto fuerte para mi vida laboral, sabía que había nacido para mucho más que dar clases y litigios civiles en pequeñas asociaciones.

Me tracé de nuevo la meta de intentar entrar en un gran bufete y en la especialidad por la que me había formado, lo que más deseaba era demostrar a todos que no era un fracasado como lo había sido mi padre y cuando menos lo pensé, la oportunidad apareció.

Ángeles y Eduardo me presentaron a Frank Clifford, uno de los benefactores de U.P.B. y fundador de la firma Clifford & Asociados.

Conocía muy bien el bufete, era uno de los mejores de la ciudad, por lo que nunca me imaginé que mantuvieran una estrecha amistad. Me esforcé por mantenerme tranquilo y evitar que los nervios me traicionaran ante esas serie de preguntas que, si bien me parecieron normales, días después me trajeron la mejor noticia de mi vida a través de una llamada ofreciéndome un puesto de lo más atrayente. Un nuevo representante especializado en integración social, conflictos industriales o del sector público y estudios poblacionales.

Procesos que se tramitaban en los juzgados sociales y el puesto que deseaba ejercer desde hacía tiempo y que me llevaría al siguiente escalón. La vida me sonreía de nuevo, olvidando que los errores del pasado se pagaban y, a veces, de forma muy rápida. El día que pisé la elegante oficina, me tropecé con una mujer a la que había conocido en el lugar menos indicado.

A punto de renunciar para no tener complicaciones, me abstuve pensando en la oportunidad que Frank me había ofrecido y en Ángeles, que había sido la artífice de que sucediera. Solía decirme que los baches los tenía cualquiera y que el ejercer como instructor y ayudar a muchos chicos le traería recompensas en algún momento.

Lo irónico sucedió en cuanto nos presentaron. Con ella había traspasado los límites de todo lo prohibido. Chloe fingió que no nos conocíamos y estaba seguro de que recordaba esa noche.

Un antro al que nunca debí haber entrado dejándome arrastrar por el orgullo herido. Ni siquiera nos preocupamos por saber nuestros nombres, ella siempre tuvo las ideas claras y me lo demostró follando sin límites de lo prohibido.

Ahora me arrepentía enormemente queriendo borrar esa noche de alcohol y drogas. Reconocía que me había equivocado al pensar que pagar con la misma moneda era la mejor manera de borrar ese dolor que destrozó mi corazón.

Varias semanas después, Chloe Clifford encontró mi número de móvil invitándome a un café para aclararme que no debía rebelar jamás lo que había sucedido entre los dos. Quería ganarse el respeto

de sus colegas y que se conociera lo sucedido podría hundirla.

No supe si dar por terminada la conversación o ponerla en su lugar. Decidí hacer esto último, aclarándole que también debía cuidar mi puesto de trabajo, siendo lo que había esperado durante mucho tiempo. Fijó los ojos en mí, tensó los hombros y, con un dedo, me señaló dejándome claro que jamás volviera a comparar mi insignificante vida con la de ella, era una Clifford y yo un don nadie.

Desde esa mañana había asumido pasar a su lista negra. Estar en el mismo lugar de trabajo era lo peor que podía pasarme, pero no iba a renunciar a mi sueño por lo que me metí en la cabeza que el bufete era muy grande y rara vez nos tropezaríamos, y así fue al menos por un tiempo, hasta que hacía un año, en la exhibición anual de U.P.B, Frank Clifford apareció acompañado de sus nietas.

Chloe se interesó por mis clases de baile, por lo que comenzó a pasarse por mi despacho de vez en cuando, invitándome a un café que rechacé, pero con artimañas propias de arpías, me dejaba llevar con simples insinuaciones que terminaron haciéndonos coincidir en los mismos lugares y me arrastraba muchas veces a tener que soportar a esa manada de esnobs insufribles que tenía como amigos.

Gracias a Dios que los míos me echaban una mano de vez en cuando, sobre todo, Jhoanna, que se convirtió en más que una amiga sin necesidad de compromiso alguno. Lo que no me esperaba que esta noche esa chica desconocida de largas piernas y aparente inocencia que tanto me había llamado la atención terminara siendo amiga de Chloe Clifford.

9

SOPHIA

Con Chloe todo era desconcertante en cuanto nos sentamos y su actitud agresiva con las preguntas me llevaron a querer abandonar la cafetería. No tenía la menor intención de revivir amargos recuerdos como si fuera una anécdota más, sin embargo, se disculpó, no sé si se había dado cuenta de que no estaba en un juicio. El caso es que terminé contándole lo sucedido.

Después de ello me confesó su historia. Estaba en shock ante la triste historia de Chloe, entendía por qué sus palabras estaban llenas de rencor y cuando apenas asumía esta triste verdad logró cambiar la conversación sobre algo que, al parecer, mi abuela tenía que ver.

—¿Por qué tienes que llamar a mi abuela?

—Ya lo sabrás, tengo una curiosidad que me mata, ¿has disfrutado esta noche?—Parpadeé varias veces tratando de seguir sus cambios bruscos, me era sumamente difícil hilar una conversación sobre otra.

Quería que me explicara sobre la llamada de mi abuela y esas siglas tan raras, la observé y me di cuenta que no sería fácil de retomar el tema y me resigné.

—Sí, me divertí, hasta que... — Y recordé lo sucedido en los servicios, sin darme cuenta me estiré la chaqueta.

—¿Por qué escondes las cicatrices? —Abrí los ojos sorprendida, tragué saliva y respondí.

—Odio que me miren con lástima como lo hiciste ayer.

—¿Yo? —Le afirmé con la cabeza logrando que torciera la boca hacia un lado—. Para serte sincera no recuerdo haberlo hecho.

—¿Cómo te diste cuenta? —le pregunté.

—Acabas de contármelo —respondió con guasa y me sentí como una imbécil—. Ya que estamos siendo sinceras, ¿qué pasó en Bongos cuando desapareciste? —Solté aire resignada a que tarde o temprano me preguntaría.

—Fred me hizo sentir incómoda, pensé que, si me levantaba y ponía distancia entre los dos, se daría cuenta de que no quería enrollarme, sentía que estaba engañando a Kenneth y corrí a los servicios, pero ahí me encontré con Carol y esa otra chica, se dieron cuenta de las… —Y señalé uno de mis brazos—. Creo que llegué a escucharles «pobre chica» y luego se rieron de mí.

—¡Malditas zorras! —exclamó Chloe—. No voy a defenderlas,

siempre han sido imbéciles.

—Tienes razón, me afectó su actitud y salí a toda prisa sintiéndome humillada, creí que me iba a desmayar, hasta que un desconocido me ayudó a salir.

—¡Vaya!, ¡aún existen caballeros en esta época! — Sophia bufó.

—¡Es un gilipollas en toda regla! —espeté—, insinuó que me drogaba.

—¡Qué grosero! —exclamó y por un momento dudé si lo decía en serio o estaba siendo sarcástica a los gestos de su rostro.

—Lo puse en su sitio —proseguí recordando esos momentos que los sentimientos se entremezclaron, al principio me sentí bien encontrando esa sensación de paz que tanto ansiaba durante estos meses para luego llevarme a la rabia.

—¿Y?

—¿Y? ¿qué quieres decir?

—Nombre, número, Facebook, Twitter, Instagram —dijo Chloe con voz impaciente. Abrí los ojos y sonreí.

—¡Por Dios! No llegamos a tanto. —Le mentí a medias para cortar la conversación, ya que sabía a dónde iba.

—Dime que al menos que era follable.—Abrí los ojos y me sonrojé.

—No lo sé, la noche puede engañar. —Le volví a mentir y es que no iba a contarle que era alto y parecía atlético, ni que su pelo estaba alborotado en la justa medida o que su mirada ladina venía acompañada de unos iris azules.

No, era y tenía que ser un hombre que me ayudó en un momento puntual y no le iba a dar la importancia que le acababa de dar.

—Debo confesarte que tuve un pequeño ataque de pánico y no tuve tiempo de observarlo con detenimiento—mentí una vez más.

—Suele pasar cuando la ansiedad nos invade, no recordamos quienes están a nuestro lado. —Me di cuenta que no me había creído, mas no iba a intentar persuadirla, estaba cansada y deseaba volver a casa.

—Vamos a por el coche—me dijo y agradecí en silencio—. Te llevaré a casa. —Nos levantamos y recorrimos el camino hasta el coche.

Una vez en casa, me duché para refrescarme por el calor al que no estaba acostumbrada. Me puse el pijama y me fui a dormir pensando que había complacido a todos y me dejarían en paz.

CHLOE

Abrí la puerta de mi piso cercano a *South of 5th* y me encontré a Robert acostado a lo largo del sillón vintage de color gris. Resoplé

dejando mi bolso a un lado.

—No debí haber cedido en dejarte las llaves. —La carcajada de Robert no se hizo esperar—. Quita tus pies de mi sofá —le advertí.

Robert se levantó, acercándose con la sonrisa en los labios, me rodeó la cintura y tiró de mí chocando con su pecho.

—No te hagas de rogar que lo que quieres es follar.

—Cuando te metes en el papel de idiota no hay quien te gane—le dije en cuanto sus manos recorrieron mi cuerpo hasta meter su mano debajo del vestido buscando meter sus dedos entre mis pliegues, sabía que no llevaba ropa interior y era con la intención de disfrutar al final de la noche como hacía al instante.

—Te excita que sea así, te pone cachonda y me excita. —Gemí en cuanto su dedo me invadió el interior, pegué mi culo a su polla para que no parara, sin embargo, lo hizo para bajar la cremallera del vestido y así acariciarme uno de mis pechos, jugueteando con el pezón, poniéndolo erecto—. ¿De dónde has sacado a esa chica rarita?

Abrí los ojos y me aparté, por ese día había hablado lo suficiente de Sophia. Maldije a Frank por obligarme a hacer obras de caridad. Al dejarla en casa de los Baute, encendí la radio y saqué un *blunt*[7], deseando follar como me gustaba y olvidarme de todos. Lo que no había pensado era que él se fijaría tanto en ella.

Caminé hasta el minibar, Robert se había encargado de que hubiese hielo en la cubitera, me serví un poco de whisky, lo bebí dejando que me quemara la garganta.

—Te recuerdo que te he dado las llaves porque que quiero follar y vienes a casa a hablarme de otra mujer. —Robert sonrió de lado, me quitó el vaso para arrastrarme hasta la pared, frotándose contra mi cuerpo para que sintiera su dura polla.

—¿Quieres que sea aquí o donde más te gusta?—Bajé mi mano hasta la bragueta de su pantalón, metiendo la mano para juguetear con su miembro.

Le bajé el slip y me arrodillé metiéndome en la boca todo el tronco de su polla. Robert se sostuvo de la pared.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! Chloe, si sigues chupándola así, me voy a correr más rápido de lo que deseo.

—Ni se te ocurra—le advertí volviendo a meterme su polla erecta sin dudar. Sujeté con seguridad el tronco engulléndola, lamiéndola y moviéndola a la vez.

Robert gruñó y jadeó para sujetar mis hombros y me alejé levantándome.

—Vamos al balcón—le advertí. Abrió la puerta de la terraza, para tumbarse en uno de los divanes que tenía para el sol y me empujó a él para sentarme encima sintiendo su miembro erecto entrar en mi coño, jadeando ruidosamente.

Sabía que me miraban y eso me excitaba mucho más. No iba a negarlo, Robert follaba muy bien, aunque tampoco se parecía como la única vez que perdí todos los sentidos y que por mucho que me insinuara, no había podido volver a experimentar.

Volví a engullir la polla de Robert con rabia al recordar que esta misma noche estaba Blake con su compañera. Necesitaba sentir, imaginarme que era él quien me penetraba una y otra vez y terminé corriéndome con explosividad.

10

ÁNGELES

A las once de la mañana, toqué la puerta de Sophia varias veces, quería saber cómo había sido su noche. Chloe no era una buena elección, lo sabía bien, pero me sentía comprometida por el favor que había accedido hacer Frank a Victor.

Pensé que aparecería una hora después y no fue así, mi sorpresa fue a más cuando recibí la llamada de Chloe, informándome que mi nieta quería conocer U.P.B.

—Sophia… —Volvía tocar—. ¡Sophia, cariño!

—Pasa, abuela —dijo con voz adormilada.

—Buenos días, cielo.

—Buenos días.

—Lo siento por haberte despertado, pero Chloe acaba de llamar para decirme que quieres ir a U.P.B.

—Recuerdo que nombró esas siglas y que no entendía por qué no me habías hablado de ello.

—Pensamos que no te interesaría.

—Me da igual lo que sea, solo quiero dormir—me respondió.

—He dudado en comentártelo—le confesé—. Había asumido que te negarías, por lo que no sé si te gustaría acompañarme mañana.

—Iré —me dijo para taparse la cara con el edredón nuevamente —. ¡Madre mía!, no sabía qué era una resaca hasta anoche y juro que solo fueron un par de copas, no volveré a beber en mi vida. —Sonreí.

—Te traeré un analgésico.

Dejé que pasara el día sin presionarla hasta la hora del desayuno en la que hablaba esperanzada con Eduardo sobre la visita de Sophia a U.P.B.

Bajó con ropa deportiva y me alerté a sus intenciones, pero esperé pacientemente, viéndola beber una taza de café junto a otra de cereales en silencio hasta que se levantó.

—En un rato os veo, voy a retomar mi rehabilitación—anunció. No quería sobreprotegerla, pero tampoco deseaba que pudiera cargar sus músculos a lo que pudiera pasar en la tarde.

—¿Por qué no lo dejas para mañana?—le pedí—. Me gustaría que fueras descansada esta tarde.

—No puedo seguir posponiéndolo —respondió—. Debí comenzar hace una semana la segunda fase de mi rehabilitación si quiero comenzar a correr.

—¿Correr? —pregunté sorprendida.

—Ángeles, no va a una competición de atletismo —me respondió Eduardo—. Haces bien en volver a la rutina—le animó.

—¿Quiere decir que volverás a la gimnasia? —pregunté desconcertada a este cambio repentino.

—No —respondió con rotundidad—. Y no hablaré sobre ello. —Miró su reloj polar—. He de irme, cuando regrese te ayudaré con el jardín.

—No hace falta, cielo —le dije dudando si era bueno que saliera a correr después de muchos días sin hacerlo—, me gustaría que descansaras —indiqué de nuevo. Frunció el ceño, y supuse que no quería sentirse como sucedía en Durham.

La vi alejarse y me crucé de brazos, caminando de un lado al otro.

—¿Por qué presiento que se enfadará en cuanto sepa qué es U.P.B?

—Ella accedió a ir.

—Y ninguno de los dos le hemos explicado qué es.

—Ni ha tenido una pizca de interés en saber, así que tendrá que aceptar y comerse su orgullo. —Bebí mi café y suspiré en alto—. No te preocupes —me animó—. Sophia conseguirá sentirse a gusto.

Me acerqué a la puerta donde tenía colgado el delantal de jardinería, tenía que ocupar la mente en otra cosa antes de arrepentirme. Eduardo se acercó y me dijo un beso en la mejilla.

—Tenemos que tener fe, es lo que sueles decir en casos así.

—Tengo fe—le respondí—. También soy realista, la veo tan perdida que me temo que volverá a Durham.

—Ya lo veremos.

SOPHIA

Volví cansada y frustrada por no poder seguir un ritmo ligero, debía esforzarme si no quería tener más espasmos musculares. A su vez, tenía que sentarme a releer entre los distintos métodos, cuál era el conveniente para mí. Me refresqué el rostro y bajé a ayudar a mi abuela. Horas después la ayudé con el almuerzo y, finalmente, después de comer me duché y hablé por WhatsApp con Marian, preguntándole sobre su rutina, y contarle sobre Bongos.

Mi amiga me sometió al tercer grado, y le mentí explicándole que apenas había estado. No tenía ánimos de recordar de nuevo lo que viví y a las seis de la tarde cuando hacía zapeo, mi abuela me tocó la puerta.

—Sophia, es hora de irnos.

Me levanté a por mi chaqueta; me calcé las converse, me hice una coleta, cogí la bandolera y me dirigí con ellos al coche.

Durante media hora, mi abuelo me habló sobre un caso que estaba atrayendo la atención de los medios. Me explicaba lo que podía pasar hasta que entró a un aparcamiento, en cuanto me percaté del lugar y me quedé sin habla.

—¿Qué se supone qué es esto?

—Una academia de baile—me respondió mi abuela.

—¿Una qué? —pregunté sorprendida.

—Corrijo a tu abuela—contestó mi abuelo tratando de calmar los ánimos—. Es una asociación de baile.

—Pe… pero… —Mi abuela me interrumpió.

—Soñaba con dar clases de baile y lo logré.—Comenzó explicándose—. Enseño flamenco.

—¿Y qué pinto yo aquí? —pregunté siguiéndoles en cuanto los dos se bajaron del coche.

—Tú misma lo descubrirás —me dijo mi abuelo guiándome con la mano en la espalda al interior del lugar.

El sitio tenía un nombre de lo más sencillo: Un paso de baile.

Era una asociación entre varias personas que amaban el baile y que ayudaban a otros a cumplir su sueño o a compaginarlo con las múltiples ocupaciones que tuviesen. Tenía varias habitaciones que habían convertido en aulas y la luminosidad que daban los hacía ver más amplios.

Caminé detrás de ellos observando todo a la vez que saludaban a la recepcionista, que sacó la cabeza del pequeño cubículo que se encontraba para conocerme para luego seguir hasta el final del pasillo.

—¿Vienes? —preguntó mi abuelo.

—No, me quedaré aquí en la recepción.

No insistieron y no estaba muy segura si lo hicieron para que la curiosidad naciese y así descubriera por mí misma o sencillamente entendieron que no tenía la mínima intención de saber qué se cocía entre estas paredes.

Intenté entender por qué Chloe pensaba que el estar aquí me ayudaría. Todo me recordaba a la gimnasia rítmica. Me sentí engañada y como una tonta de nuevo, por lo que saqué el iPad y lo encendí cerrando los ojos y olvidarme de esta absurdez.

Los siguientes días inventé un sinfín de excusas para no acompañarlos y agradecí que no insistieran por lo que comencé con una rutina diaria: por la mañana intentaba caminar un poco más, pero no avanzaba lo que quería, por la tarde leía un rato o hablaba con Marian y eso, poco a poco, me encerraba en un círculo que no era bueno, por lo que terminé aceptando volver a U.P.B.

Saludaron a la recepcionista llamada Elena y me senté a esperar a mis abuelos, esta vez no solo con el iPad sino con unos folletos que explicaban los requisitos para volver a la universidad.

Sin embargo, la curiosidad de ver el ir y venir de chicos, personas mayores, padres con niños, nació. Me levanté para buscar uno de los folletos que había en la entrada.

Daban clases de ballet y tango entre otros géneros, respiré con profundidad y me levanté de nuevo para dar una vuelta. Vi a mis abuelos dar palmadas y vueltas, sacándome una sonrisa genuina; en la siguiente habitación, una pareja bailaba salsa y en otra sala unas niñas hacían un fouetté, recordándome mis clases en Durham, sonreí nostálgica y me alejé con rapidez antes de sentirme vulnerable.

Me acerqué a la siguiente aula, solo entonces me detuve bruscamente al reconocer al instante esa voz ronca. Me asomé con premura y vi un grupo de adolescentes y jóvenes respirando con dificultad.

11

BLAKE

Me acerqué al centro del salón y dando un pequeño ejemplo de lo que debían hacer, mezclando pasos de electro junto a hip—hop, moví los hombros, giré el tronco y terminé con otro paso de electro.

—¿Es difícil? —les pregunté mirando a todos los presentes. Era la quinta vez que hacían el mismo paso.

—¡No, Blake! —contestaron al unísono.

Pedí que reiniciaran la melodía, dejando que todos volvieran a su puesto y, de nuevo, se equivocaron, por lo que con un movimiento de la mano pedí que cortasen la música.

—¡Jenny! ¡Baja de esa maldita nube!—le grité.

—¿De arcoíris? —me preguntó con burla.

—¡Jenny! —le grité enfadado por su insolencia.

Y en vez de asustarse, se acercó a mí, pidiéndole a Russell que reiniciara la melodía ejecutando sin error los pasos que le exigía, se giró e hizo una reverencia al resto.

—Por burlarte has terminado de ensayar—le reprendí.

—¡Blake! —protestó.

—¡Jenny! —exclamé con voz infantil y sin más escuchamos un gemido de risa fuera del aula.

Por el rabillo del ojo vi la silueta de una persona y deseé saber quién demonios estaba saboteándome la clase. Por un momento llegué a pensar que era Sophia sin apellido.

Llevaba una semana confundiendo a todas las chicas de pelo castaño con Sophia y, esta vez, juraría que esa persona que había estado observándolo era ella. No había podido olvidar esa noche, la sensación de bienestar que experimenté no la había vuelto a tener.

Resoplé y me dejé de pensar en sandeces, aunque la curiosidad me picó por saber quién estaba detrás de la puerta riéndole la broma a mi hermana. Proseguí con la clase sin la misma concentración que antes y todo esto debido a las ganas de sentar a Jenny y hablar con ella; ya tenía suficiente con la menor de las Clifford.

Agradecía que ese día no hubiera aparecido, no es que fuera la alumna más aventajada, pero tener a Jenny y a esa chica en el mismo salón de baile era de locos. Debía ser duro y estricto, mi cometido era ayudarlos a cumplir el sueño que a la gran mayoría se les había sido truncando, y para eso debían trabajar, demostrar que tenían la misma oportunidad que otros, la de sentirse importantes por cinco minutos.

Una vez más les pedí repetir los pasos y, a pesar de intentarlo, ni

yo ni mis alumnos seguíamos concentrados, por lo que pedí dar por terminada la clase exigiéndoles que, en la siguiente, debían tener memorizado el primer minuto de la canción.

La mayoría se despidió, yo me senté en unos bancos que estaban a un lado, sacando del bolso una pequeña toalla para secarme el sudor. Jenny creyó que estaba distraído y no notaría que se escabullía, pero olvidaba mi sentido peliagudo que había ganado con mi verdadera profesión.

—Te pillaré en casa de mamá —le dije sin mirarla.

—¡Blake! —protestó frustrada. La ignoré, solo para hacerla sufrir un poco mientras me secaba el rostro y la miré.

—Sabes que he vuelto por ti y solo me saboteas día sí y día también —le aclaré pegando la cabeza a la pared, cansado. Ese lunes había sido bastante estresante—. Cómo vuelvas a hacerlo, te expulsaré —le advertí, recordándole cuán importante era para que todo saliera perfecto.

—No lo harás, mamá se enfadaría —me replicó. Y reí negando con la cabeza, me levanté estirando un poco el cuerpo y recogí mi bolso deportivo.

—No será la primera mujer que lo haga en estos días. —Le hice saber para luego señalarla con el dedo, tratando de tener una voz autoritaria—. No me provoques, deja de sabotearme la clase, sabes que es importante y que me hagas quedar como un pringado me hace perder autoridad.

—¡Déjame llevar la clase que viene!—me rogó Jenny.

—¡No! —exclamé con rotundidad—. Te lo tienes que ganar y dudo que pase con la actitud que tienes.

Jenny se enfadó y salió del salón dando un portazo, decidí ignorarla por lo que apagué la luz, abrí la puerta y salí del aula. Saludé a Ángeles y a Eduardo con un gesto de la cabeza y seguí hasta el coche.

Encendí el móvil asumiendo que mi día había terminado, pero de inmediato saltaron los mensajes por *WhatsApp* de Chloe Clifford.

—¡Joder!—exclamé con frustración lanzando a la parte de atrás del coche el bolso. ¿Por qué demonios no me dejaba en paz? Abrí la puerta y entré cerrando los ojos maldiciéndola una y otra vez. Escuché la puerta abrirse, era Jenny, que entró en silencio.

No quería discutir, estaba preocupado por lo que maquinase la mente de la arpía de Chloe Clifford. Suspiré en alto y encendí el motor del coche para salir de la asociación.

—Debe ser un problema de los gordos que no has vuelto a echarme la bronca —me dijo Jenny y la miré de reojo negando con la cabeza.

—Pensé que lo había hecho ya o debería admitir que te gusta que

te reprendan.

—Y yo admito que eres bipolar que pasas de maldecir a burlarte en segundos.—Sonreí a sus conclusiones.

—Maldije porque tengo que trabajar en cuanto te deje en casa de mamá.

—¿Trabajar?

—Sí, los pobres debemos dar el callo.

—¡Que gracioso!—ironizó—. Creía que con ese cargo no trabajarías como un esclavo.

—Todas las profesiones tienen sus pros y sus contras, la diferencia es la pasión que tengas. Necesito revisar las pesquisas del caso para el informe final.

—Ahora entiendo por qué eres tan despiadado en U.P.B. —Reí a la protesta de mi hermana, podía explicar que con el baile soltaba todas las frustraciones del día, era mi vía de escape y lo único que me daba ganas de seguir adelante. Aparqué delante de casa de mi madre y ahí me giré para mirarla con seriedad.

—Jenny…

—¡Ya sé lo que vas a decirme! —exclamó—. Te juro que intento callarme y no darles mi opinión a los profesores, aunque si ellos la piden…

—Discutir sobre plagiarismos[8] y decir que es una mierda sin sentido y hacer una prueba de ello, no te garantiza aprobar la materia.

—No he dicho ninguna mentira—se defendió—. Y no volveré a verla en la carrera, ni en las terapias a mis pacientes les diré: «si me cuenta en un resumen su vida, podré hacer un informe de placebo». —Levanté una ceja.

—¡No cuela!—exclamé—. Mejora las notas y muérdete la lengua la próxima vez o te quitarán la beca, es tu primer año, Jenny.

—¡Vale! —exclamó con un mohín, le di un abrazo, un beso en la mejilla—. Si de verdad tienes que volver al trabajo es mejor que te duches, ¡apestas! —me echó en cara haciéndome reír.

—¡Lárgate de mi coche!

Jenny se bajó mostrándome el dedo de corazón y entró a casa. Sonreí, encendiendo el coche pensando cómo torear a Chloe Clifford nuevamente.

12

SOPHIA

Me aparté del cristal, y me apresuré hasta la entrada de la asociación, preocupada porque me reconociera. Imaginé que, al terminar la clase, me lo tropezaría y eso no podía pasar, ¿cómo les explicaría a mis abuelos que lo conocía? Además, él me había insultado.

Chasqueé la lengua pensando en las casualidades y me dejé de tonterías. Si llegase a salir al mismo tiempo que mis abuelos, lo ignoraría, pero los minutos se hicieron eternos llevándome a aquella noche, sus ojos, su voz, su barba incipiente y su pelo despeinado.

Era difícil ignorar sus bíceps marcados y ese tatuaje que tenía en uno de los brazos, como una especie de reloj de lo más llamativo y lo que me sorprendió totalmente era la forma de ejecutar los pasos de baile; siendo limpios y perfectos.

Escuché abrir las puertas y me di cuenta que no podía enfrentarme a él por lo que me apresuré a la entrada enviándole un mensaje a mi abuela explicándole que la esperaría en la pizzería que estaba en frente.

Días después, la necesidad de volver a U.P.B. creció, no entendía por qué, quería ignorarla por lo que antes de rendirme opté pedirle a mi abuelo que me dejase en el centro comercial.

Esta dependencia, que mantenía con el resto, me frustraba a pesar de que aún no estaba preparada para conducir y me resigné a seguir con aquello que me daba seguridad. Una vez en el centro comercial, compré alguna que otra chaqueta, miré escaparates con modelitos veraniegos que deseé comprar, pero cuando me armaba de valor para hacerlo, recordaba mis cicatrices y me alejaba llena de vergüenza por mi cuerpo.

Me senté a comer un helado y medité que eso de tener un año sabático no era bueno, mi mente jugaba con los recuerdos de los momentos felices con Kenneth a la vez que sentía que era muy difícil tener que aprender a convivir con su ausencia.

Mi vida siempre había estado planificada y no sabía por dónde comenzar. Estaba a la deriva sintiendo opresión en mi pecho que me provocó temor y que desde pequeña me había enfocado en unas metas concretas y ahora estaba en un punto que me empujaba a un abismo. Saqué el móvil y llamé de inmediato a Marian, la única persona que lograba dispersar esos pensamientos deprimentes.

La larga conversación le hizo ver que debía dar otro paso. La vida tenía constantes oportunidades para volver a empezar.

MARIAN

La competición de los Cuatros Continentes había sido un éxito, tenía en mi medallero otra hermosa distinción de plata por lo que era momento de ir a Florida antes de que Sophia buscara un pretexto para volver a Durham; tenía el presentimiento de que no me contaba toda la verdad, así que una semana de vacaciones no me vendría mal; al final, no recordaba cuándo había sido la última vez que había desconectado del todo.

—Definitivamente te has vuelto loca si piensas en volver justo cuando pensaba visitarte —anuncié desde el otro lado de la línea.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?—me preguntó.

—Esta noche y, como siempre, te adelantas a los acontecimientos —le reprendí—. Y ya que soy tu mejor amiga, debo asegurarme de que no te has encerrado entre cuatro paredes. Incluso tengo la sospecha que ni siquiera has ido a *South Beach* y mucho menos has puesto tu cuerpo a tostarse en *Lummus Park Beach*.

—¡Eso es un parque! —exclamó Sophia riéndose.

—¡¿Y qué?! La gente va allí con un solo propósito, buscar algún que otro cuerpo musculoso para terminar enrollados en el lugar que menos nos imaginamos… —enfaticé—. Créeme, que eso tiene que estar en tus prioridades. —Sophia no pudo contenerse y rio a carcajadas—. Cortaré la llamada para comprar los billetes para este mismo viernes.

—¿Hablas en serio? —preguntó sorprendida.

—Tengo una semana y media libre, un buen pretexto para escaparme de Sherry o terminaré matándola —le confesé—. No para de gruñir y decirme que no pongo empeño, y eso que tengo colgada la medalla de plata. ¿Has visto mi rutina? Inna no se merece el oro, sus hombros no estaban simétricos y apoyó el talón cuando hacía un relevé—. Gracias a Dios que no piensas volver, sigues pensando lo mismo, ¿verdad?

—Lo confirmo, no volveré.

—¡Y no quiero que vuelvas! —exclamé con dramatismo—. Porque ya siento la medalla de oro del Campeonato Mundial puesta en mi pecho.

—¡Ya apareció Marian Grant, la engreída! —me respondió.

—Y ya volvemos a las indirectas —le respondí—. Di lo que piensas de verdad, ¡ya sé que soy una cabrona! —Reímos y nos despedimos, no sin antes prometerle que enviaría la hora del vuelo en cuanto hiciera la reserva.

SOPHIA

El viernes al mediodía miraba el reloj, esperando que, por las salidas de pasajeros del aeropuerto, apareciera Marian.

Lo hizo con un enorme sombrero y grandes gafas de sol junto a cuatro maletas.

—Estoy convencida de que no pasarás desapercibida —le dije a modo de saludo.

—¡Estoy de vacaciones! He venido a tostarme y ver qué rayos sucede en esta ciudad que siempre se ha considerado divertida y agradable, pero al parecer para ti no es suficiente. —Quise explicarle y Marian no me dejó—. Si veo que no te viene bien, seré la primera en pedirte que vuelvas a Durham.

—Quizás escuche esas palabras dentro de una hora—le respondí.

—Me morderé la lengua a lo que me gustaría contestar, ya que veo venir a tus abuelos y no quiero que me echen de la ciudad cuando apenas llevo treinta minutos en tierra. —Sonrió en cuanto se acercaron y halagó a mi abuela por lo joven que se veía.

Mis abuelos se despidieron en cuanto nos dejaron en casa, ya que irían a U.P.B. para una reunión. Marian, que no sabía de qué hablaban, se limitó a sonreír y en cuanto vio el coche alejarse, se giró esperando que le diese más detalles. Traté de no darle importancia, pero no surtió efecto, por lo que tuve que contarle a Marian qué era U.P.B.

No podía contarle que llevaba días luchando con el gusanillo de volver a espiar a Blake. Era difícil confesarle el terror que sentí el día que recordé cómo se dirigía a los alumnos y los movimientos al deslizarse en el parqué del salón a la vez que sus bíceps se marcaban por culpa de la camiseta sin mangas que llevaba. Además, ese tatuaje, tenía tanta curiosidad en saber qué significaba, sin embargo, Marian era tan perspicaz que, por mucho que me fuera por las ramas, se daría cuenta.

—Desembucha.

—No soy un pájaro—le respondí. Marian volteó los ojos.

—Hace días me llamaste llena de dudas y miedos —me recordó—. Y cuando me hablaste de ese compromiso con la tal Chloe no me lo creí, por favor, ¿quién se pone un vestido sexy para estar diez minutos?

—¡Eres insoportable!—protesté. Marian se acomodó en el sillón cruzando los brazos y fijó los ojos en mí. Resignada, le conté cada detalle de esa noche junto al casual encuentro.

Se levantó del sillón y subió las escaleras hasta llegar a la habitación para abrir el armario y arrimar las perchas de un lado al otro.

—Por algo intuí que tenías que traer un par de ellos —dijo Marian, sin llegar a entender qué quería decir.

—¿De qué hablas?

—Hoy iremos a Bongos —respondió Marian decidida.

—¡No!—exclamé.

—¡Sí! —afirmó decidida—. Y no porque creas que quiero que te enrolles con él, si no te interesa ese buenorro, me lo comeré yo.

Fruncí el ceño imaginándola unos segundos y la empujé hacia un lado y sacando un pantalón pitillo tobillero junto a una blusa. En cuanto Marian lo vio sonrió y me di cuenta que había caído en el juego.

No podía echarme atrás y mascullé unas cuantas maldiciones, Esta vez me empujó a modo de venganza y observó con el dedo tamborileando su mandíbula para sacar un peto corto con mangas tres cuartos de color negro.

—No me pondré eso —le aseguré.

—¡Olvídate que irás con otro jersey ancho como una vieja!

—Pero… —Marian me interrumpió.

—Te ayuda a disimular las cicatrices.

Lo observé de nuevo y no podía negar lo sugerente que era gracias al escote trasero, pero no tenía ninguna intención de ir vestida así. Por otro lado, ponerme un jersey junto a cualquier ropa que escogiese formaba parte de mi vida.

El problema estaba en que Marian pelearía su idea hasta convencerme, así que lo acepté de mala gana mirándola con desprecio.

—Por esta vez ganas.

—Siempre gano y lo sabes —me respondió sonriendo de lado.

—No sé si recordarte, ¿quién tiene el título de campeona mundial de gimnasia rítmica? —Debía devolvérsela por engreída.

—Tenías —me advirtió con una ceja levantada—. Por cierto, deberías pensar en anunciar que no volverás.

—Lo haré—le dije—. Me sentaré y escribiré la carta.

—No te veo muy por la labor. —La miré a punto de decirle que la rítmica era un tema peliagudo de tratar, no podía decirle que aún sentía ese cosquilleo cuando pisaba el tapiz, pero me recordaba el accidente, una mezcla agridulce que no podía enfrentarme aún.

Era consciente que sería uno de los pasos más difíciles que debía dar y el más conveniente. Me sentí despreciable, ya que llevaba un mes y quince días en Florida y no había hablado con Mollie.

Mi entrenadora, mi consejera, mi segunda madre, se merecía conocer mi decisión antes de que se difundiera el rumor y llegase a sus oídos.

—Ya tendrás tiempo para ello—indicó Marian—. ¡Hoy nos vamos

a divertir!— exclamó Marian que cambió el tema con rapidez hablándome de cómo llevar el pelo y de qué zapatos combinaban mejor. Los nervios se apoderaron de mi cuerpo y me negué a creer que fuese por un posible encuentro con Blake y me sentí estúpida por pensar en un hombre que de seguro ni se acordaba de mí.

—¿Quién entra primero al baño? —le pregunté a Marian antes que se diera cuenta de que dudaba.

—Por supuesto que yo —me dijo—, ¡odio el agua fría! —Sonreí y la vi andar hacia el mismo.

13

BLAKE

Definitivamente había llegado a una conclusión, las mujeres tenían un poder de persuasión increíble. Chloe había aparecido con café para todos durante la mañana. Esa amabilidad y cordialidad venían acompañadas de un compromiso del que no pude escaparme: una cena con Frank Clifford.

Me prometió que solo hablarían de trabajo, de lo que deseaban hacer en un futuro en el departamento. No había mentido en eso, pero supo jugar bien sus cartas y después de concretar ideas me sugirió ir a celebrarlo en presencia de Frank Clifford, por lo que no pude negarme maldiciéndome por haber caído en sus redes.

Había aprendido a tener paciencia después de vivir situaciones difíciles, pero Chloe comenzaba a sobrepasar el límite y a eso le añadía los dos pies izquierdos que tenía. Los pisotones que me daban con esos puntiagudos tacones me hacían maldecirla, sobre todo, cuando ella fingía no darse cuenta con el único propósito de mantenerme todo el tiempo a su lado para seguir insinuándose como llevaba haciendo toda la noche.

El problema que yo no era de hierro, por mucho que fuera increíblemente insoportable, era una mujer muy guapa y le costaba horrores evadir tanto contoneo y rozamiento. Honestamente deseaba que se agotara y me daba la impresión que Chloe había ingerido algún estimulante. Deseché esa idea de inmediato, se prometió no volver a juzgar a ninguna mujer como lo hizo con Sophia.

«Sophia», se dijo para sí. Dos semanas habían pasado desde que la había conocido y no lograba olvidarla. Daría el sueldo de un mes por encontrármela de nuevo, aunque fuera un segundo y si alguien me preguntara por qué, no sabría qué responder.

No era atracción sexual, más bien era curiosidad por saber de dónde había salido y qué relación mantenía con Chloe, que seguía pisoteándome, lo mejor era invitarla a otra copa, rogando que así lo dejara libre, y esta vez aceptó. Creí que con ello iba a poder escabullirme, pero la muy listilla me llevó a su terreno junto a sus insoportables amigos, obligándome a entrar en una conversación tan superficial como ellos.

Treinta minutos después pude alejarme con la excusa de fumarme un cigarrillo. Dios sabía que no lo haría, pero la necesidad de mentir era primordial o terminaría por partirle la cara a Robert, un maldito

degenerado gilipollas que se creía todopoderoso.

Y cuando iba a la salida, la vi entrar. Parpadeé varias veces sin creerlo. Alguien en el universo se había tomado enserio mi oferta. Sophia iba con una rubia igual a Chloe y comencé a preguntarme si era amiga de todas las rubias de Florida.

Me fijé que parecía perdida y aterrada. «¿Qué demonios le pasaba ahora?». Me pasé la mano por la cabeza, quería ir hasta ella, pero no era el mejor día para hacerlo, ya que no quería dramas.

El problema apareció en el instante que mi mente recordó los pocos minutos que estuvimos juntos. Esa sensación que sentí a su lado, ese silencio que compartimos, era la primera vez que lo disfrutaba acompañado por alguien que me daba la sensación de que también lo buscaba.

Me maldije por lo bajo por querer experimentarlo de nuevo. Una vez más la vi desde lejos arreglándose el pelo y abrazándose a sí misma. Sentí celos al pensar que otros pudieran acercase y terminar la noche a su lado, por lo que fui hasta allí movido por mis impulsos.

Me senté un poco alejado, pidiendo una cerveza pensando una y otra vez que no era igual que las chicas con las que solía tener sexo esporádico, solo entonces me arrepentí por dejarme llevar. Las observé de reojo, cerciorándome de a qué venía cada una. La rubia lo supe al segundo, en cambio, Sophia se mantenía sin mostrar un destello de lo que deseaba y comenzaba a intrigarme. Bebí del botellín; era bonita e iba acompañada de esa aura de inocencia que la delataba a kilómetros, siendo la presa perfecta para cualquier depredador.

Los celos volvieron a invadirme, al segundo me di cuenta que no era ese sentimiento, simplemente mi maldito espíritu de superhéroe que se había puesto en alerta por si necesitaba ser rescatada. Era absurdo que estuviera espiándola y que encontrara alguna justificación a mis pensamientos, lo peor de todo era que no quería irme.

Sophia se movió, por lo que la rubia la tapó y deseé saber qué pensaba, maldiciéndome al segundo por estar haciendo el papel del idiota.

SOPHIA

Mi intuición me indicaba que había sido una mala idea en cuanto pisé Bongos. Me decía una y otra vez que no tenía que estar aquí y la conciencia me acusaba de traicionar la memoria de Kenneth.

Era desagradable lo que vivía en mi interior, me enfrentaba a ese deseo naciente por volver a encontrarme con ese hombre de mirada azulada y pelo desliñado mientras el remordimiento de conciencia me torturaba.

Me detuve unos segundos y, una vez más, Marian ignoró lo que pudiese sentir, me sujetó del brazo y me llevó consigo, obligándome a caminar hasta la barra. El barman nos dio la bienvenida con un guiño de ojo y preguntó qué queríamos. Marian, con una sonrisa, pidió por las dos.

—Quiero pensar que ese malhumor se debe a que no estás acostumbrada a salir tan seguido.

—¡Mira quién habla! —protesté.

—¡*Touché*! —Había perdido ese round, pero estaba segura que Marian no se quedaría con ello—. Tampoco es que sea la reina de la noche, lo que sí sé es que, de vez en cuando, hay que desinhibirse.

—Escogiste mala compañía —le respondí manteniendo la mirada en las diferentes botellas de licor que tenía al frente.

—Hemos venido a disfrutar, a conocer el ambiente de Miami, a ligar y…— Marian calló en cuanto el barman se acercó con las bebidas y ella se giró y decidí pasar de sea lo que sea que estuviese pensando hacer hasta que llamó mi atención con un codazo.

—Hay un guaperas a mi izquierda que no deja de mirarme. — Abrí los ojos sorprendida, apenas llevábamos diez minutos en Bongos y Marian ya había ligado. Di un paso hacia atrás muerta de curiosidad fingiendo beber un poco de coctel y al ver quién era, tosí con fuerza, dándome varios golpecitos en el pecho.

Él estaba allí, a pocos metros. Me había convencido de que no lo volvería a ver. Marian frunció el ceño por mi actitud exagerada y me arrepentí en seguida cuando la vi sonreír. Mi amiga había atado cabos.

—¡La vida te la juega! —exclamó Marian, bebiendo de su copa un buen sorbo y con la sonrisa bailando en sus labios.

—No se dé qué hablas —le respondí tratando de respirar con normalidad.

—¿En serio? —me preguntó dejando su bebida en la barra y mirarme con aires perversos girándose al segundo y alejarse de mí.

—¡Marian! —exclamé en cuanto vi sus intenciones. Me giré a la barra maldiciéndola y a la vez me maldecía sí misma por no disimular mi reacción.

BLAKE

Intentaba convencer a Guille para que le sacara información a Sophia y su amiga. Estaba siendo un hueso duro de roer y comenzaba a impacientarme. Solo entonces enterraron un dedo puntiagudo en mi hombro.

—Hola, soy Marian Grant, tú y mi amiga tenéis una cuenta pendiente.

Parpadeé sorprendido a la vez que mi mente divagaba qué diablos

responderle. No iba a ponérselo tan fácil ni a la mujer que estaba de mensajera ni a Sophia, que se había quedado en la barra como una cobarde.

—Lo siento, pero no la recuerdo —mentí.

—¡No seas imbécil!, si quieres ganar puntos lo haces mal. —De nuevo me quedé callado, aunque esta vez no pude disimular una sonrisa.

—¿Siempre eres así?

—Suelen preguntármelo —contestó sin reparos y por alguna extraña razón comenzaba a hacerme gracia la situación inverosímil, por lo que decidí seguir el juego.

—En todo caso, si ella piensa que nos conocemos no le quitaré la razón a pesar de no recordarla.

—¿Qué pasa? ¿El papel de gilipollas lo ganaste en algún premio gordo? —Solté una carcajada, la rubia no iba con medias tintas y sorprendiéndome, me cogió del brazo entrecruzándolo con el de ella, obligándome a seguirla. Lo que un principio me pareció un juego inocente cambió de forma brusca.

—Sophia este es... —La rubia se giró preguntándome el nombre.

—Blake —dije a sabiendas que no podía echarme atrás.

—¡Blake! —repitió la rubia. La situación era bastante violenta como para hacer creer que no nos conocíamos.

La música cambió y la rubia chasqueó los dedos llamando nuestra atención.

—¡La mejor forma de limar rencillas! ¡La tenéis a un paso!

—¡Marian! —exclamó con un hilo de voz Sophia. La ignoró empujándonos a que entrásemos al barullo de gente que estaban bailando. Sophia se giró maldiciéndola y yo sonreí ante ese eventual cambio.

14

BLAKE

No me importaba bailar con ella, solo esperaba que no tuviese dos pies izquierdos, había tenido suficiente esa noche con Chloe.

—¿Crees qué si la complacemos nos dejará en paz?

—¡No! —exclamó cabreada—. No pienso bailar contigo.

—No soy tan malo bailando—respondí con burla—. Hace mucho que no le piso los pies a nadie— seguí bromeando.

—No me interesa bailar —me dejó saber tratando de mantener la distancia. No lo creí, sujeté su mano, sorprendiéndola, y cuando menos se lo esperaba, estaba pegada a mí.

Con un movimiento la giré, quedando su espalda apoyada en mi pecho. Le sujeté las muñecas, obligándola a que subiera los brazos y, con sutilidad, bajé mis manos hasta su cintura dibujando su silueta, sintiendo que mi cuerpo reaccionaba eminentemente.

Logré que se girara de nuevo, bajando la mano hasta el centro de su espalda, notando la suavidad de su piel. ¡Mierda! El deseo de acariciarla comencé a contenerlo, necesitaba centrarme y la invité a seguirme con previos pasos para que mi mente no me hiciera una mala jugada.

Sujeté sus manos de nuevo, cruzándolas por encima de su cabeza, manteniendo el ritmo con movimientos que llegaron a más sugerentes de lo que nunca me imaginé y que comenzaban a hacer mella en mí. Mis manos viajaron hasta su cintura y, al hacerla girar, quedamos de frente observándonos unos segundos.

Procuraba no decir nada, cada paso que había dado me seducía de forma inocente trastocándome del todo. Quería comprender por qué me sentía así hasta que nuestros pechos agitados, chocaron.

Desde aquella noche no había podido olvidar su precioso rostro, sus ojos almendrados me habían perseguido durante días en sueños y ahora podía perderme en ese color, siendo más bonito de lo que pensaba.

Me fijé en su boca imaginando besar esos labios apetecibles y me di cuenta que mis manos la sujetaban con fuerza. Sophia cortó todo contacto que manteníamos, se pasó la lengua por los labios y, sin decir nada, se giró alejándose con rapidez.

Quise seguirla y disculparme por mi actitud. No quería que se me escapara de nuevo, pero no lo hice. Me llevé una mano a la cabeza y cuando decidí seguirla, escuché a Chloe.

—¡Blake! Al fin te encuentro —gritó—. Esta canción quería bailarla contigo.

No me apetecía seguir soportándola, quería ir a por Sophia, no obstante, despreciar a Chloe sin una excusa sería difícil, aún más cuando observé sus ojos chispeantes asegurándome las copas de más.

—¿Qué te parece esta? —le pregunté para complacerla y escaquearme lo más rápido posible.

—Con tal de que sea contigo y terminar en otro lugar… —respondió insinuándose.

—¡Que bromista eres! —exclamé a sabiendas de a qué se refería. Llamaría a la persona que se estaba convirtiendo en mi tabla de salvación para que me sacara de este apuro. Chloe se acercó con la esperanza de que la tocase y yo la hice girar sobre sí misma, evitando contacto alguno sintiéndome a la vez frustrado, sumamente frustrado por haber dejado escapar de nuevo a Sophia.

MARIAN

Después de dejar a Sophia con el buenorro de Blake había supuesto que mi noche cambiaría y es que nunca me imaginé que volverían a encontrarse. Así que asumí que era mi noche y merecía como premio, un buen polvo.

Intenté ligarme al barman y cuando pensaba que todo marchaba sobre ruedas vi a Sophia alejarse. Maldije esa lealtad por alguien que ya no estaba en este mundo y me arrepentí enseguida por ser tan cruel.

Quería entenderla, ¡vaya si deseaba hacerlo! Sin embargo, lo que acababa de ver no lo había visto entre Sophia y Kenneth.

—¡Sophia! —grité para que se detuviera—. ¡Maldita cabezota! —volví a gritar para que se girara, pero no lo hizo. Me quité los tacones de vértigo y corrí hasta alcanzarla sujetándola por un brazo.

—¡Suéltame! ¡Quiero irme!

—Primero cálmate y…—le pedí.

—Te dije que no me apetecía estar aquí, pero tu empeño de venir y follar con el primer hombre que se te atravesara pasó por encima de lo que sentía.—La solté sin gustarme que fuese tan directa y ofensiva, respiré profundo para no mandarla a la mierda a sabiendas que hablaba el miedo por ella.

—¿No habíamos discutido sobre esto?, ¿de que la malhablada era yo?

—Siempre he hecho lo que has querido. ¡Y estoy harta! —gritó.

La observé debatiéndome entre callarme o no. No podía. Si lo hacía volvería a entrar a su zona de confort, en ese punto muerto que no le traía nada bueno y en el que había trabajado mucho para que

volviera al mundo.

—¡Deja de esconderte en ese maldito miedo de una vez! —le grité. Sabía que entraba en terreno pantanoso, quizá me mandaría a la mierda por pasarme de la raya.

Sophia me miró por unos segundos, se giró dando unos pasos y levantó la mano para detener un taxi.

—¡Sophia! —exclamé.

SOPHIA

Seguí ignorándola, dolida porque no comprendía cómo me sentía, porque me empujase a estar en esta tesitura. La seguridad y confianza que me aportó Blake lograron acelerarme el corazón.

Cada movimiento ejercía en mí un poder de atracción único que, por primera vez en mucho tiempo, me llenó de libertad. Por unos instantes tuve la misma sensación que tenía al entrar al tapiz de gimnasia, una que llevaba tiempo reprimiendo. Me sentía tan confundida que me detuve y me alejé de él lo más rápido que pude.

Ese aire de «yo soy el guaperas» me atraía como una polilla a la luz, nunca me había sucedido, ni siquiera cuando las hormonas se revolucionaron en la adolescencia. El deseo de que me besara nació, y al mirarlo a los ojos intuí que él deseaba lo mismo logrando que mi conciencia reapareciera con mayor fuerza, diciéndome que era lo peor que podía pasar, me reproché por ser egoísta y culpé a Marian y su insistencia de venir a Bongos.

Tenía que irme y no volver nunca, me daba igual si ella se quedaba o no, dándome cuenta que no estaba enfadada con ella, sino conmigo misma por no entender estas emociones que bullían dentro de mí. Me mordí el labio fijando la mirada en la carretera, levanté la mano en cuanto vi acercarse un taxi y, a pesar de querer odiar a Marian con todas mis fuerzas, le daba la razón.

Abrí la puerta del coche, cerré los ojos y, sin poder verle a la cara decidí bajar el hacha de guerra.

—¿Te vienes o volverás a Bongos a liarte con el primer guaperas que se te cruce por el camino?

—¡Ahora lo llamas sugerencia! —ironizó Marian—. Comienzo a creer que hemos intercambiado los papeles y no, no me quedaré, he venido contigo. Aunque creas que soy una hija de perra, soy leal como lo eres tú con Kenneth.

Sentí una punzada en su corazón, ladeé el rostro y la miré con rencor, eso no era justo por su parte.

Marian rodeó el taxi y entró por el lado contrario manteniéndose en silencio. Finalmente, le dije al taxista a dónde debía ir.

—Hoy has dado un paso importante y tendrás tiempo para

reflexionar —afirmó Marian al cabo de unos segundos—. Necesito hablar o me quedaré sin lengua de tanto mordérmela— añadió—. Está muy bueno y, por favor, baila como los dioses. Y voy más allá; vi una conexión entre vosotros y ya sé que eso no va a pasar por tu parte, pero esa pasión que tenías en cuanto pisabas el suelo del centro de entrenamiento o de las competiciones la vi hace diez minutos.

—¡Por Dios! —exclamé negando con la cabeza y me aferré a pensar que se estaba montando su propia película.

—Está bien me callaré—respondió—, pero no olvides lo que te voy a decir— me dijo Marian con sinceridad—. A ese chico le gustas, y no por la canción que bailasteis. En la barra no era a mí a la que miraba, y eso me jode mucho. Si algún día lo vuelves a ver, no dejes de pedirle su número, al menos como pareja de baile sirve.

—¡Deja de decir estupideces! —respondí con una sonrisa en los labios, ella de reojo me miró y terminó riéndose.

15

SOPHIA

Al día siguiente nos levantamos a seguir el entrenamiento que me habían pautado y nos encontramos con mis abuelos repasando una larga lista de alimentos y hablando de barbacoas. No le di importancia, ellos solían hacer comidas con sus amigos; estaba segura que Marian no aguantaría estar todo el domingo en casa.

Sonreí, sería una venganza por el mal trago que me hizo pasar la noche anterior. Después del entrenamiento ayudé a mis abuelos a tener todo a punto. Marian no perdió el tiempo para embutirse en un bikini de color verde chillón que, según ella, era apto para la ciudad hasta que varias personas con comida y bebida tocaron la puerta al mediodía.

A medida que llegaban rogué que las ideas que estaban en mi mente no se hiciesen realidad. Abrí la puerta un par de veces más y, al escuchar el siguiente timbrazo, le pedí a Marian que la abriera, el nerviosismo que sentía me agobiaba cada vez más. Acomodé una sombrilla cerca de la hamaca, tapándome del sol.

No iba a deshacerme del pareo que me había encantado en cuanto lo vi. Lo compré sin dudar, ya que me tapaba las pequeñas cicatrices de los brazos y estaba segura que Marian no iba a dejar pasar la oportunidad de ir a las playas de Florida.

MARIAN

¿Qué ahora fuera el botones de la fiesta? Sophia la llevaba clara, me negué reiteradas veces y finalmente me convenció, me levanté a regañadientes y al abrir las puertas, me quedé estupefacta.

—¡Esto sí que es una sorpresa!

—¡Vaya, Blake! Por donde vas dejas recuerdo—ironizó la mujer que lo acompañaba ante el silencio de Blake.

—Paso de responderte —respondió sonriente—. ¿Está ella aquí?—preguntó sin perder el tiempo.

Sonreí triunfante, mi intuición no había fallado y Sophia moriría de un infarto en cuanto lo viera. No era muy devota, pero tendría que comenzar a agradecerle lo que estaba pasando a alguien allá arriba, o tal vez a Kenneth, que deseaba verla feliz.

—Sí y es una de las anfitrionas. —Blake se sorprendió y yo tenía mucha curiosidad por saber qué hacía aquí.

—No sé vosotros dos, pero yo pasaré, me niego a seguir aquí con el sol abrasándome la espalda. —Me hice a un lado y los dejé pasar, adelantándome hasta la terraza donde estaba el resto y me senté en la hamaca con la sonrisa bailando en los labios.

—¿Y bien? —preguntó Sophia—. ¿Cuántos le calculas a estos? —Sonreí acomodando las gafas.

—A la mujer unos cuarenta y al hombre unos veintitantos de un metro noventa con un movimiento de caderas que... —Sophia se giró hacia mí y, al segundo, el sol fue tapado por una sombra alargada.

—Hola, Sophia, nos volvemos a ver.

SOPHIA

Dejé de respirar, mis peores temores se hicieron presentes. Aún mantenía las sensaciones de la noche anterior de las cuales, con desesperación, quería escapar, pero ahí aparecieron y con mayor intensidad.

—¿Qué haces aquí?

Marian me odiaría en cuanto supiera toda la verdad, me había sido imposible contarle que lo había visto antes en U.P.B. No quería que sacara más conjeturas ya que en mi vida no tenía cabida para nada que me hiciera feliz.

—Ángeles me ha invitado, como ha hecho con Elena, José, Jackson, Kelly…—Me giré y vi a Elena que desde lejos levantaba la mano a modo de saludo. Le respondí de la misma manera sintiéndome pillada cuando de reojo Marian se cruzaba de brazos a la vez que Blake sonría de lado.

—Y ya que estamos con preguntas —dijo Blake—, ¿qué haces tú aquí?

Pensé en alguna justificación que pudiera creerse Marian, que esperaba mi respuesta con las gafas de sol en el puente de la nariz. Tenía que mentir, no me quedaba de otra, fingir que no tenía ni idea de que estaba en U.P.B. y mantener la mentira hasta el final.

¿Cómo hacerlo? No tenía ni idea. Convencer a Marian era muy difícil.

—¿Eres familia de Elena? —le pregunté.

—No —respondió con una sonrisa socarrona.

—¿Podrías explicarte mejor? —pregunté de nuevo tratando que la pelota cayera en su tejado. Se me ocurrió que él podría explicar que era voluntario en U.P.B. y así salvaría mi culo excusándome que desconocía ese dato. Al segundo negué en mi mente, a Marian no se le escapaba ni una.

—Dime, nena, ¿qué quieres saber? —Fruncí el ceño, odiaba que me hablasen así y lo señalé de inmediato con el dedo.

—Si piensas que así ganas puntos conmigo, te has equivocado de persona. —Marian bufó y se burló por lo bajo.

—¿En serio crees que me he equivocado? —me preguntó Blake, cruzándose de brazos con la sonrisa que bailaba en sus labios.

—Sí, que yo sepa no me conoces de nada —le respondí. Odiaba esa chulería. ¿Quién demonios se creía para llegar aquí y sentirse mejor que todos?

MARIAN

Comenzaba a aburrirme este tonteo que mantenían, por lo que decidí coger el toro por los cuernos.

—Blake, ¿cierto? —pregunté señalándolo con el dedo, que rio ante mi desfachatez—. ¿Por qué has terminado en el patio trasero de casa de sus abuelos si, al aparecer no os conocíais?

—En ningún momento he dicho que no la conozca, jamás podría decirlo, sobre todo cuando hemos intimado de la forma que lo hemos hecho—me respondió, devolviéndole la pelota a Sophia y me reí a carcajadas.

—¡Espera! ¡Espera! —exclamó horrorizada Sophia—. En ningún momento hemos intimado, solo ha sido un baile, una insignificante canción y que, por tu culpa… —me señaló —, se…

—¡Blake! —intervino Ángeles salvándole el culo supuse que al estar pendiente de su nieta y su gesto crispado se acercó—. ¿Has venido corriendo a revolotear entre jóvenes olvidándote del resto o acaso es la nueva excusa para no acercarte a la barbacoa que te espera junto a Eduardo? —Él se echó a reír.

—Tenía que saludar a Sophia y a Marian —le respondió sonriente, quitándose las gafas y darle un beso en la mejilla.

—Tengo una preguntita antes que te vayas con mi marido, ¿de qué conoces a mi nieta? —La conversación se ponía de lo más interesante.

BLAKE

Siempre había creído que hablaba de una adolescente de diecisiete años y no de una mujer como la que tenía al frente y que llevaba días metida en mi mente. Recordé verla llorar cuando había sufrido el accidente.

Fijé la mirada en esa chica con cara de ángel y mente demoníaca que se quemaría por una mentira sin fundamentos y con público incluido, ya que Elena y Jackson se acercaron curiosos.

Siempre que se reunían el grupo de instructores y trabajadores de la asociación, solía saludar a todos sin dejar a ninguno de lado y hoy

no lo había hecho. Sin embargo, en cuanto iba a explicar cómo la conocí, Sophia se levantó, escabulléndose sin más. ¿Pero qué demonios le sucedía?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jackson dejándonos a todos desconcertados.

Marian se giró a mí y me apuntó con el dedo a punto de decirme quién sabe qué, pero lo bajó al segundo levantándose e ir detrás de su amiga.

—¿Se puede saber qué diablos he dicho? —pregunté desconcertado.

—Creo que he sido yo —respondió Ángeles—. Iré a hablar con ella. Estaba seguro que era conmigo, de lo contrario, la rubia no me hubiera apuntado con el dedo con ganas de asesinarme.

—Iré yo —anuncié—. Sophia y yo tenemos que resolver un asunto pendiente.

Ángeles abrió los ojos desconcertada. Sé que con ello dejaba a todos llenos de preguntas, sin embargo, la mirada que Sophia me transmitió estaba llena de reproches y decepción. Entré a la casa pasando por la cocina, el salón y el despacho sin encontrar rastro de las dos.

Dudé si seguir y, al final, me atreví a subir las escaleras entrando en la intimidad de los Baute.

16

SOPHIA

Abrí la puerta de la habitación, frustrada por seguir dejando que las miradas hicieran mella en mí. No tenía ni idea de qué tanto sabía, pero odiaba que estuviera al tanto. Marian entró como un vendaval, sin pararse a cerrar la puerta y, antes de que la echara, se adelantó.

—Acabo de darme cuenta lo que tantas veces has repetido y lo siento, lo siento tanto si alguna vez te hice sentir como un despojo. —Solté un suspiro, deshaciéndome de un peso que llevaba meses presionándome—. No sé cómo se ha enterado, me imagino que Ángeles o Eduardo se lo contaron, pero no debes dejar que vea cuánto te afecta. Sé que es difícil. ¡Mierda! —exclamó Marian—. Pensé que exagerabas, pero presenciarlo ¡es tan jodido! —Soltó sus gafas en la cama—. No te dejaré sola, si tengo que ser hoy tu sombra, lo seré y, si me permites ser sincera, tengo el presentimiento de que es otro momento para afrontarlo y avanzar.

—¿Y qué quieres haga? —le respondí frustrada—. ¡¿Volver y sentir cómo el resto también me miran de esa forma?! —Negué con la cabeza, llevándome las manos al rostro, no podía ser una prueba, no era justo.

Había asumido que en algún momento debía aceptarlo como parte de mí, pero acababa de darme cuenta de que no estaba preparada.

—No, no podré.

—¡Joder! ¡Es un capullo como todos!—exclamó Marian.

BLAKE

Vi una puerta entreabierta y las escuché discutir. Sophia hablaba sobre cómo la había mirado y la rubia le respondía disculpándose e insultándome. No me conocía para sentenciarme, por lo que abrí la puerta de golpe y ambas chicas se asustaron a mi interrupción.

—¿Qué coño haces aquí? —preguntó Marian.

—¿Puedes explicarme lo que he hecho mal? —le pregunté a Sophia directamente.

—Mira, guapito, es mejor que te vayas— me advirtió Marian—. Si no quieres que te empuje hasta las escaleras, te haga una llave de artes marciales y caigas por ellas.

—No te atreverás —le respondí con seguridad—. No te gustaría

salir en la prensa por intento de asesinato premeditado.

—¿La prensa? —La rubia bufó—. Creo que no sabes quién soy…

—Marian tiene razón— dijo Sophia interrumpiéndola—. ¿Qué haces aquí? —me preguntó—. No sabía que tenías tanta confianza con mis abuelos para deambular por la casa.

—Me preocupé por ti. —Las dos se callaron.

—¡Qué tarde es! —exclamó la rubia señalando a un pequeño reloj que estaba en la mesilla—. No puedo dejar pasar más tiempo o me matará Sherry si subo de peso. —Parpadeé desconcertado a su actitud —. Soy Marian Grant, la mejor gimnasta rítmica de los Estados Unidos y, pronto, del mundo.

—¡Ya empezamos! —protestó Sophia.

—Sabes que no miento.

La rubia dio unos pasos hasta llegar a mi altura y me aparté de la puerta para que saliera con rapidez dejando que el silencio se apoderara de la habitación.

Ninguno de los dos estábamos preparado para una conversación improvisada. Yo quería saber de qué era culpable y algo me decía que ella no me lo pondría fácil.

—Deberías volver a la barbacoa —me sugirió.

—Lo haré, si bajas conmigo. —Me miró sin entender.

—No voy a bajar —me respondió segura de su decisión—. El calor me ha sofocado—dijo a modo de excusa, pero no le creí.

—Mira, no sé a qué te refieres en que te "mirarán de esa forma", si lo he hecho yo, ha sido sin intención alguna. —Cerró los ojos y resignada se sentó en el bordillo de la cama.

—¿Mis abuelos te contaron lo de mi accidente?

«Así que todo es por su accidente», concluí.

En muchos de los casos que había participado, mi representado atestiguaba sobre cómo sus recuperaciones solían ser desesperantes, sobre todo, si los traumas eran psicológicos. La comprendía y deseé escucharla para calmar ese dolor que ella sentía.

—¿Y qué más da que me lo contaran?

—Me miraste como me han mirado todas las personas desde entonces.

—No termino de entenderlo —le respondí, empujándola a que sacara lo que sentía.

—¡Olvídalo!—exclamó—. No tengo ganas de dar explicaciones.

—En realidad, sí deberías hacerlo —le aclaré—. Si he hecho algo que te ha molestado, debo saberlo para no volver hacerlo.

—Das por hecho que volveremos a vernos —repuso con ironía.

—Sí —afirmé logrando que me mirase sorprendida—. Y estoy seguro de que ayer no era la segunda vez que te tropezaste conmigo.

Su reacción me aseguró que la figura de aquella mujer que había

visto de refilón en U.P.B. era ella.

SOPHIA

Me quedé sorprendida a su perspicacia, comencé a preguntarme quién era este hombre que entraba sin permiso a la habitación y a mi vida.

No quería echarlo de malas formas, pero Blake lograba confundirme. Quizá si le contase cuánto dolían las miradas de lástima podría despejar de mi corazón eso que me atormentaba cuando estaba cerca y así seguiría sobreviviendo.

—Desde el accidente, la gente me mira con lástima. —Blake frunció el ceño.

—¿Crees que te he mirado así?

—Sí. En cuanto te enteraste que era nieta de Ángeles tu rostro cambió. Me miraste dándome a entender: es la pobre chica lisiada.—Negué con la cabeza—. Y es horrible —le confesé tapándome la cara —. Estoy tan cansada de que me miren así…, lo odio.

—Díselo.

—¿Para qué?

—Para que se den cuenta que eres una superviviente. —Bufé y sonreí incrédula.

—Ese es el problema —le revelé con tristeza—. No me siento como una superviviente, tenía que haber muerto yo y no él.—Se mantuvo en silencio frunciendo el ceño.

—Me estoy preguntando si se lo has reprochado.

—¿A quién?

—A la vida.

Ladeé la cabeza fijando sus ojos en él

—Me parece que no le has reclamado lo que llevas meses guardando para ti, deberías reclamárselo.

—¡Hablo en serio! —protesté. No me estaba tomando en serio.

—¡Y yo! —exclamó—. ¿Qué te parece si buscamos la forma de que le reproches el por qué sigues viva?

—¿Y cómo se supone qué haré eso? —le pregunté con una ceja levantada. Él sonrió.

—Tendrías que ir conmigo. —¿Ir? ¿A dónde iba a ir con él? Comencé a sentir que me tomaba el pelo.

—No estoy para juegos.

—No soy tan macabro como para aprovecharme de ti —me reprochó ofendido—. Haremos un trato— me sugirió—. Si bajas y cuando sientas esas miradas cantas en tu mente el estribillo de aquella canción que te ha hecho sonreír, lograrás vencer ese miedo, yo te ayudaré a que le reclames a la vida.

Marian, mis padres, mis abuelos e incluso Mollie habían intentado de todo y ninguno había tenido éxito, por lo tanto, Blake no sería la excepción. No quería decírselo, estaba siendo compasivo y debía darle la oportunidad, a pesar de estar segura de que era un caso perdido.

—Te pido perdón si te he hecho daño —me dijo—. Podemos comenzar desde cero. ¿Qué tal si nos presentamos? Soy Blake Clark y te prometo que estaré el resto del día a tu lado.

Apreté los labios y sonreí ante ese gesto dulce su parte.

—Sophia Baute.

—Muy bien, Sophia Baute, ¿qué te parece si comemos y después te cuento cómo puedes reprocharle a la vida? Tu amiga, la rubita, tiene razón con eso de la comida.

—Mi amiga, la rubita, me debe una explicación —protesté con un mohín.

—Para qué negarlo, me echó una mano y, entre tú y yo, no se lo agradeceré, me parece que se le subiría más a la cabeza. —Me guiñó el ojo y sonreí con sinceridad—. Ahora vamos a comer y luego te iré dando pistas —me explicó levantándose de la cama y acercándose a la puerta de la habitación.

—No tienes ni idea de lo que harás, ¿verdad?

—No —me confesó con una pequeña sonrisa en los labios—. En mi defensa, diré que soy experto en encontrar soluciones a situaciones raras. Por decirlo de otra forma: ¡soy tu hombre!

—Lo último puedes descartarlo —le dije de inmediato—. Te daré la oportunidad, soy una mujer de palabra.

—¿Entonces es un trato? —me preguntó alargando el brazo para estrechar las manos, lo alargué, mientras cierto cosquilleo nacía en mi interior.

—¿Me das dos minutos y bajo? —le pedí.

—Te esperaré afuera, no es fácil escabullirse de mí.

—Ya lo veo —le respondí torciendo la boca.

Blake cerró la puerta dándome tiempo para meditar. Asumí que lo hacía por compromiso a mis abuelos. Podía abrir la puerta y persuadirlo, pero era una mujer de palabra y había hecho un trato.

Sentí el corazón bombear con rapidez, trataba de encontrar algún sentido a estos sentimientos que se aglomeraban dentro de mí. Me dejé llevar, girando el picaporte de la puerta y deseando que hubiera desistido, que solo fuera un sueño, pero no fue así.

Ahí estaba, apoyado en la pared con los brazos y piernas cruzadas a nivel de los tobillos, compromiso o no, también mantenía su palabra. Le eché un vistazo rápido a ese tatuaje que tenía en su brazo, una brújula, quizás en algún momento de su vida necesitó también una dirección; deseé tocarlo y es que la tensión que ejercía en sus brazos, producto de esa posición, me atraía y no es que fuera la

primera vez que viera un hombre tatuado, el problema era él.

De nuevo me sentí frustrada, apenas tenía experiencia con hombres para calarlos al instante, fueron contadas las veces que acepté citas con chicos diferentes a Kenneth y que en nada se parecían a Blake, tal vez por ello estaba más deslumbrada de lo normal. Borré esa idea de mi cabeza, no iba a haber ninguna cita entre los dos.

17

BLAKE

Por muchos talleres de empatía que había hecho para desenvolverme en situaciones parecidas, llegado el momento, te quedabas sin herramientas. Tras su confesión, no sabía de quién hablaba, por lo que tendría que ir a la red y buscar información.

Lo único cierto es que había aparecido una noche en mi vida, al principio perdida, luego se me encaró mostrando lo desafiante que podía ser y a pesar de ver esa faceta, la mujer que esperaba había levantado la bandera blanca sin apenas luchar.

Por lo que nació en mí la necesidad de cobijarla, mi instinto me decía que deseaba salir de ese atolladero en el que se encontraba y que el miedo era su único acompañante; tendría que ingeniármelas en ayudarla para romper esta barrera que había impuesto entre los dos.

Yo sabía qué era tener miedo. Cuando mi padre nos abandonó, mi vida se llenó de incertidumbres que me llevaron a sentirme inseguro. Tenía una ardua tarea y era ayudarla a que viera que no era la culpable de ese accidente.

Escuché la puerta abrirse y me mantuve paciente a que diera el paso. La observé en el quicio de la puerta, sumida en sus pensamientos, dudaba y lo entendía. Le pedía que confiara cuando no estaba seguro de nada. Me dejé llevar por esa vocecita que seguía empujándome a insistir, le tendí la mano y, con timidez, Sophia sonrió.

—¿Lista para mandar a la mierda a todo aquel que te mire con lástima? —le pregunté rompiendo las barreras entre los dos.

—¿Hay necesidad de usar malas palabras? —me preguntó y reí sintiéndome a gusto como aquella noche.

—Creo que necesitas los cinco minutos —dejé caer recordando algunos de los métodos que aprendí en talleres de psicología.

—¿De qué hablas ahora?

—Hablo de los cinco minutos de gritar toda clase de palabrotas que conozcas.— Sophia sonrió con sinceridad.

—¿Hablas de ahora?

—No, asustarías a los de abajo —le dije acariciándome el mentón mientras me imaginaba a todos desconcertados con sus gritos—. Ya pensaré dónde y cómo, de momento debemos bajar o tus abuelos se preocuparán de verdad.

—Creía que mis abuelos confiaban en ti. —Reí de nuevo.

—Ángeles y Eduardo confían en mí con los ojos cerrados, pero tu amiga no. —Sophia soltó una risita.

—Has calado a Marian y eso era muy malo para su reputación.— Sonreímos e intenté mantener la compostura a ese simple gesto que acababa de trastocarme. Deseé acercarme, abrazarla, acariciar su rostro, pero no podía, ya no.

Sophia cruzó los brazos, dándome a entender que no me daría la mano y sencillamente lo acepté a sabiendas que tendría otras oportunidades más adelante. Le pedí que diese el paso para que bajara y lo hizo respondiéndome con su bonita sonrisa.

Subí mis ojos a los suyos evitando seguir viendo su boca que me atraía más de lo que podía permitir y fue peor. Sus ojos marrones con rayas verdes me llevaron a recordar los bosques que visitaba cuando era niño, unos recuerdos que me traían una amarga felicidad, pero con ella causaba el efecto contrario.

ÁNGELES

Estaba en la cocina tarareando la canción que se escuchaba desde la terraza, atacaba sin piedad al tomate y al perejil en la tabla de cortar, para mezclarlo en la bandeja ovalada que había metido el aguacate y resto de ingredientes para el guacamole. Escuché a alguien acercarse y me giré para ver a Sophia y a Blake aparecer con cierta complicidad.

—Ángeles, respira —me dijo Blake a modo de burla—. Aún no le he pedido matrimonio.

Vi a Sophia abrir los ojos y a la vez la mano de Blake caer en su brazo dándole unas palmaditas, acercándose a su oído con la sonrisa bailando en sus labios. Me era difícil ignorar lo que sucedía y aún más que mi cabeza comenzase a ser un hervidero de ideas que debía callar por precaución.

Blake me había dicho que me explicaría y guardaría paciencia para ello. Aun así, no me callaría y se la devolvería por querer tomarme el pelo.

—No es a mí a quien tienes que pedir la mano, soy el menor de tus problemas—le dije con una ceja levantada—. En tal caso, es al gruñón que tengo por hijo. —Blake rio a carcajadas cuando le guiñé el ojo.

Por unos segundos recordé el día que lo había conocido. Un joven lleno de rencor hacia su padre por su abandono. Supo escuchar los consejos que le di, a pesar de ese dolor que mantenía escondido, y muchas pruebas pudieron llevarlo por el peor camino, pero luchó contra ello.

Blake le pidió a Sophia que nos dejara unos minutos y ella aceptó,

él me miró frotándose el mentón y suspiró.

—Sabe que me habéis hablado del accidente.

—Dime que no está resentida con nosotros.

—Su resentimiento es con ella misma—respondió tal vez llegando a sentirse igual—. Se exige demasiado. —Y de nuevo recordé ese Blake comprometido en demostrar que era mejor que su padre y que lo había obligado a exigirse más de lo que necesitaba.

—Conozco a varios así…—Le recordé apoyando mis manos en la encimera y suspiré cansada—. No sé si estás al tanto, pero mi hijo cree que los Hicks se merecen un juicio justo y se ha empeñado en que Frank reabra el caso. He intentado explicarle que debería dejar las cosas tal como están y ha sido en vano.

—Chloe Clifford me ha estado hablando de pesquisas de un caso en Carolina del Norte que había sido desestimado—me informó. Sabía que Chloe lo llevaba y le afirmé con la cabeza.

—En el juicio, los Hicks pidieron que testificara Sophia y Victor se negó, creyendo que el letrado ganaría sin necesidad de hacerle pasar ese mal trago.— Mi hijo estaba tan desesperado en aislar a Sophia de toda esta terrible situación que en cuanto se dio cuenta que había sido un error, se lamentó—. La chica que ves ahora no es ni la sombra de lo que era hace un año. Fuerte, luchadora, tenaz, optimista—le confesé.

—¿Me estás diciendo que no tiene ni idea de que abrirán el caso?

—No y no se lo digas —le rogué—. Se torturaría aún más con la muerte de Kenneth—. Blake, ¿qué pretendes hacer? —le pregunté al verlo meditabundo. Él volvió a frotarse mentón y me sonrió.

—Quiero ayudarla y sé que quieres saber cómo la conocí; no andaré con rodeos, fue en Bongos. —Lo conocía y sabía que no me contaría mucho más por lo que tendría que esperar qué sucedería entre los dos.

—Blake, quiero que sepas que es una buena chica y tiene mucho que dar al mundo.

—¿Eso quiere decir que me dejarías ayudarla a mi manera?

Sonreí con las lágrimas asomándose en mis ojos y lo abracé.

SOPHIA

Quería saber qué hablaban y cuando tuve la oportunidad de observarlos sin que nadie se percatase de ello lo vi dándole un beso en la cabeza que me desconcertó deseando saber por qué lo estimaba de esa manera, pero Elena se acercó invitándome a que conociera otras personas y la seguí.

Durante diez minutos no dejé de escuchar que Blake era el alma de la fiesta. Por un momento sentí como si hablaran del próximo

candidato al Nobel de la paz. Eran tantos los halagos que me mordí la lengua para evitar preguntar.

Me obligué a cambiar de pensamientos antes de que las ideas que se arremolinaban más en mi cabeza me confundieran aún más de lo que estaba.

Mi abuelo me llamó para que lo acompañase un rato y me presentó a Larry y Lauren, dos hermanos que no dejaron de bromear. En cuanto pude escaparme volví a la hamaca y Marian al verme salió de la piscina y me arrepentí en sentarme a sabiendas que teníamos una conversación pendiente y ella no iba a dejarla pasar.

Sin embargo, esta vez fui salvada por el universo cuando dos chicas se acercaron hasta las hamacas. Se presentaron como Kelly y Jhoanna y no dejaron de parlotear sobre las clases tan divertidas que había en U.P.B., como las que impartía Blake que, de nuevo, era colmado de halagos.

—Es momento de hacer silencio— dijo Jhoanna mirando a la piscina y mandándonos a callar con gestos con sus manos. Sin ningún disimulo, se acomodó de manera que pudiese verse desde lejos su fantástico cuerpo y fijó los ojos en el agua.

Las tres vimos a Blake quitarse la camiseta y dejar al descubierto otro tatuaje que me llamó aún más la atención. Un corazón atravesado por un puñal, no era grande, aun así, impresionaba a primera vista y el suspiro de Jhoanna me sacó de mis pensamientos en cuanto murmuró sobre el cuerpo Blake que estaba muy bien cuidado.

Se notaba el esfuerzo del baile en su abdomen y sus piernas. Me sonrojé al darme cuenta de que deseaba tocarlo, sobre todo, ese corazón tatuado que tenía una historia que contar.

Blake se metió de una zambullida a la piscina, acabando así con el espectáculo.

—Por eso debéis ir —dijo Jhoanna, os aseguro que sentir esas manos por tu cuerpo cuando bailas es lo más cercano al orgasmo, ¡qué demonios! Lo que hay debajo es digno de admirar —confesó con una sonrisita para mirarme de reojo—. De repente me han entrado ganas de refrescarme.

—No me quedaré atrás —añadió Kelly—. ¡Vamos, Sophia! Me parece que cierto buenorro solo tiene ojos para ti —ironizó, ganándose una mirada cargada de rencor de Jhoanna.

—No, gracias —le respondí—. No soy de chapuzones, ya me ves debajo la sombrilla.

—¡Estás en Florida, querida! —exclamó con ironía Jhoanna, quitándose el pareo y dejando al descubierto el fabuloso bronceado que teñía su cuerpo. Sin disimulo alguno, me observó de arriba abajo —. El blanco nuclear no se lleva— añadió con una sonrisita de desprecio.

Las gafas de sol evitaron que viese que su comentario me había hecho daño y de nuevo estiré las mangas del pareo para que cubriesen mis brazos.

No me importaba quedarme a solas, estaba más que acostumbrada a la soledad, había sido mi única acompañante los meses anteriores y decidí buscar el libro electrónico centrándome en la lectura que llevaba varios días detenida, pero Jackson se sentó en la hamaca libre y, sin ningún pudor, se acostó dispuesto a sacarme conversación con un mal chiste que me hizo sonreír en el mismo instante que escuchaban el grito de Marian, acusándolo de acostarse en la tumbona. Él se limitó a alzar los hombros e ignorarla.

—Te has buscado una enemiga —le dije siguiendo la broma.

—De alguna forma tendré que llamar su atención —respondió alzando las cejas y arrancándome una carcajada.

Una hora más tarde, mi abuelo me llamó y, de nuevo, volvieron las preguntas con las mismas respuestas una y otra vez que rozaban la incomodidad.

Si era cierto que era una prueba, estaba siendo ardua; el cambio en sus caras, fingir una sonrisa para que no le dieran importancia, no era fácil de asimilar. Nadie entendía cuánto dolía recordarlo, comenzaba a perder entereza a medida que pasaban los minutos y, cuando sentí que no podía más, Blake apareció a mi lado como si lo hubiera adivinado.

A pesar de haberse secado, alguna que otra gota de agua se quedó atrapada en su vello corporal que estaba en su justa medida. Era imposible ignorarlo, así como también, ver más de cerca su tatuaje, definitivamente, era impresionante.

Un corazón fisiológico que sangraba por un puñal que lo atravesaba. Por unos segundos tuve la necesidad de buscar una tirita y ponerla en esa hendidura. Por alguna razón me sentí identificada, ya que el mío no tenía un puñal atravesado, pero si una grieta difícil de cerrar.

Me invitó a que lo acompañase a traer más bebidas. Regresamos a la cocina y antes de volver, me detuvo.

—Lo siento, te prometí estar a tu lado—me confesó—. La culpa la tiene la rubita, es una acaparadora.

—Lo sé.

—Además, intimida más de lo que me suponía, me ha amenazado en un par de ocasiones y comienzo a dudar en si tomármelo en serio. —Sonreí.

—Marian puede llegar a increpar hasta el más bonachón del mundo.

—No quería ser tan brusco.

—Créeme, nos da un repaso a todos —le dije bromeando. Blake

rio a carcajadas, nos miramos unos segundos, los suficientes para entender que era mejor apartarse y dejar que el silencio fuera el mejor acompañante.

Regresamos a la terraza, sintiendo que entre los dos había nacido lo más parecido a un pacto que nadie más entendería.

—¡Aviso a navegante! ¡Aquí no solo se viene a comer y a darse chapuzones! — exclamó Larry o cambiando así la música. Se dirigió a Kelly sujetándola de la mano y haciéndola girar sobre sí misma.

Jackson se acercó a Marian, invitándola, y Jhoanna no dudó en venir a por Blake, que me miró de reojo esperando que dijese algo, pero no lo hice, opté por fingir que no me había dado cuenta. Blake suspiró con paciencia y siguió a Jhoanna, que comenzó a contonearse con exageración, rozando su cuerpo con el de él.

Observé esa confianza e intimidad que existía entre ellos y me reproché por la sensación de rabia que nació en mi interior, conllevándome a reprocharme aún más en dejar que me invadiera cuando no tenía razón alguna. Me centré en observar al resto y no analizar lo que nacía en mí.

Jackson intentaba ligar con Marian y ella se hacía la remolona, Larry reía con Kelly y sus abuelos se unieron a los que bailaban. Por alguna razón, la soledad que muchas veces me acompañó, venía escoltada por el miedo invadiéndome como una gran ola de inseguridad.

Me alejé buscando paz que me urgía tener. Caminé hasta el lago que estaba a escasos metros y agradecí el frescor que traía el atardecer y la tranquilidad que daba el agua.

Necesitaba poner en orden mis ideas y echar a un lado estas malas sensaciones. Este día había podido soportar las preguntas, se me había hecho muy cuesta arriba, era doloroso y dudaba que pudiera seguir enfrentándome la próxima vez.

Me llevé una mano al pecho, sintiéndome culpable de haber olvidado a Kenneth y mis ojos se llenaron de lágrimas de nuevo; este debate interno que me atormentaba quería ganarlo, pero no sabía cómo, no tenía las herramientas ni la fuerza para hacerlo.

BLAKE

Cada vez me sentía más incómodo por Jhoanna, le pedí a José con una señal que me sustituyera y busqué a Sophia, no quería faltar a mi promesa, y la vi a orillas del lago.

Me detuve a observarla sumida en sus pensamientos hasta que se llevó la mano al pecho e intuí que luchaba con sus fantasmas de nuevo.

—Me preguntaba si te gustaría bailar. Si no aceptas —le dije

logrando que se asustara. ¡Joder! No deseaba eso—. Lo siento si te he asustado, la cuestión es que han estado preguntando por ti—le mentí tratando de justificar mi presencia—. Y si te ven aquí vendrán y te advierto que son muy insistentes, sobre todo, cuando ven que alguien necesita apoyo.

Sophia se giró a mí, en ese momento le tendí la mano, y esta vez la aceptó. Logré que diera un giro, guiándola con varios pasos adelante y atrás. Sentí que era parte de su ser, cada giro y paso lograba que su cara se iluminase.

Una vez que terminó la canción, me di cuenta que no quería separarme de ella y la miré a los ojos logrando que también lo hiciese. Bajé las manos hasta la cintura, sujetándola con firmeza y Sophia subió las suyas hasta mi pecho queriendo alejarme de ella, sin embargo, mi corazón se rehusaba. Traté de pedirle que no lo hiciera y no encontré cómo hacerlo.

Solo entonces sentí que alguien me tocaba el hombro, era Jhoanna rompiendo así el contacto entre Sophia y yo.

—Me has prometido otra canción —me recordó con un puchero en los labios. Sophia se apartó dándonos la espalda y Jhoanna levantó una ceja cayendo en la cuenta de lo que acababa de interrumpir. Frunció el ceño y vi su mano levantarse.

Conocía lo que vendría a continuación, por lo que no iba a permitir ninguna tontería por su parte.

—Vamos antes de que Eduardo nos eche —le ordené de inmediato.

—Pero… —La sujeté el codo y la arrastré conmigo lamentando dejar a Sophia. No quería hacerlo, me maldecía por ello, pero si quería ayudarla debía ser claro con Jhoanna, ante cualquier suposición que ya diera por hecho.

18

BLAKE

En cuanto pude escabullirme de Jhoanna traté de buscar a Sophia y había desaparecido de nuevo y eso me frustró. En un último intento, disimulé ir a por unas cervezas con la esperanza de que estuviera en la cocina y no fue así. Resignado, tendría que esperar a que apareciera como todo lo bueno que ocurría en mi vida.

Saqué un botellín y lo abrí, pero Marian me la arrebató de las manos.

—Gracias, estaba sedienta. —Bebió un trago y prosiguió—. No entiendo cómo estáis sin sudar, yo parezco que hubiera hecho una sesión de zumba.

No me gustaba que fuese tan descarada, había tenido tantos problemas con mujeres, que intentaba alejarme de ellas. Sin embargo, no paraba de parlotear y deseé taparle la boca. Opté seguirle la corriente a la vez que buscaba a Sophia.

—Sophia no volverá. —La miré de inmediato.

—¿Por qué supones que la estoy buscando?

Marian levantó una ceja y se miró las uñas, tomándose el tiempo para responderme, seguidamente bebió otro trago de cerveza y bostezó.

—He llegado a varias hipótesis; entre ellas hay dos que ganan por goleada. La primera es que te aburro, y me ofendes, puesto que soy conocida por ser una excelente compañía y, la segunda, que tienes la intención de robar esta noche en esta casa, quizás lanzando alguna sustancia que nos drogue…

—¡Vale! Solo quiero saber si Sophia está bien. —Marian respiró con profundidad y me devolvió el botellín de cerveza de forma brusca.

—Voy a hablar con la sinceridad que me caracteriza. Espero que este interés repentino sea de verdad y no por mero compromiso con los Baute, además, me gustaría saber qué diablos harás con Jhoanna que está en la terraza loca porque te la folles. —Abrí los ojos a lo directa que había sido, pero Marian prosiguió—. Hace un rato, Ángeles me contó vuestra relación y quiero ignorar mis pensamientos que me gritan con megáfono que finges porque solo quieres pagarles algún favor de quien sabe qué.

—¡Olvidaré la burrada que acabas de soltar! —le advertí enervado.

Si bien les debía mucho, me ofendía sus conclusiones. «¡¿Qué

sabrá ella de mi vida?!».

—Sé de lo que hablo —reiteró la rubita—, es mejor cualquier excusa antes de que le hagas daño. — Fruncí el ceño con ganas de mandarla a la mierda.

Me contuve solo por ser, al parecer, la mejor amiga de Sophia. Me pasé la mano por la cabeza, dejé el botellín de cerveza en la encimera y se cruzó de brazos.

—Muy bien, ahora que hablamos sin tapujos.—Le indiqué mientras la rubita se cruzaba de brazos dándome a entender que le importaba bien poco lo que le dijese—. No me gusta nada la gente entrometida y que juzga a la primera de cambio, y mucho menos los que se creen que el mundo está a sus pies.

»Y cómo quieres saber la verdad, te diré que el único compromiso que he adquirido es con Sophia y no seré yo quien te lo cuente.

—Te daré tiempo —me advirtió y apreté los dientes a su insolencia—. Y ruega a Dios que me equivoque o volveré a Florida, te cortaré las pelotas y las lanzaré como carnaza a los caimanes. —Me dio la espalda dejándome con la palabra en la boca. Resoplé; a esta chica le faltaba una tuerca.

Regresé a la terraza para despedirme de Ángeles y Elena, no tenía humor para seguir lidiando con Jhoanna, a pesar de que tendría en la noche mensajes de ella reprochándome de no haberla invitado a venirse conmigo.

Cogí la mochila dando unos pasos hasta la salida del jardín trasero, sostuve la pequeña puerta y sonreí de lado. ¿A quién quería engañar? Deseaba volver a verla, retener la imagen de su rostro en mi memoria hasta que tuviera la oportunidad de volver a encontrarme con ella.

Arriesgándome, subí las escaleras, encontrándome la puerta entreabierta viéndola desde allí. El espejo me mostraba una hermosa silueta, llevaba un sujetador de bikini rojo que contrastaba con su piel.

Se dibujaba con los dedos el cuerpo deteniéndose en ciertos lugares. La manera que lo rozaba me tenía hipnotizado, deseando tocarlo, parpadeé varias veces y me centré en comprender por qué esos ojos almendrados trasmitían un profundo dolor.

SOPHIA

Me reproché por dejar que el corazón tomase el mando, era evidente el interés de Jhoanna hacia Blake. Observé a todos, sin excepción y llegué a preguntarme qué hacía ahí; no encajaba, ya no encajaba en ningún sitio.

Toda mi vida estaba relacionada con la gimnasia rítmica y el único que me mostró la oportunidad de ver más allá, ya no estaba en

este mundo, no tenía sentido ni siquiera rehacer mi vida y sin más me dejé llevar por el miedo, por la resignación.

Me escabullí a la habitación, escondiéndome en mi caparazón, asegurándome de mantener latentes los recuerdos y mi amor por Kenneth y echar aquellos que se empeñaban en dar una nueva oportunidad.

Seguí contemplándome, dibujando el contorno de mi cuerpo hasta llegar a los brazos y ahí los miré con frustración. Me tapé de inmediato inclinándome en el suelo y sintiéndome impotente.

BLAKE

Me giré, tratando de controlar los impulsos, tratando de recordar la última vez que me había preocupado tanto por una mujer que no fuese mi madre o Jenny. Quería derribar cualquier obstáculo que se atravesase y demostrarle que la vida podía hacerte las mayores putadas que pudieses creer, pero también nos daba la oportunidad de comenzar de nuevo.

En silencio, me alejé, bajé las escaleras y salí de la casa tratando de comprender lo que bullía en mi interior.

Dos días después, llamé a un amigo policía pidiéndole que buscara entre sus contactos de Carolina del Norte información sobre el caso del accidente de Sophia Baute. En un principio aguanté las burlas, así como también las pocas esperanzas de encontrar datos de un caso sobreseído, pero al mediodía, cuando me disponía a comer un aperitivo, me llamó informándome que en mi correo tenía lo que pedía.

Me apresuré a comerme el bocata y regresar a la oficina. Lo que leía me daba entender que había muchas piezas sin encajar. La defensa había argumentado un adelantamiento del semáforo, una distracción que condujo al trágico final. Subrayé con ahínco eso último y me imaginé miles de imágenes, y ninguna concordaba con el dolor que percibía de Sophia. La puerta se abrió, dando paso a un aroma conocido y cerré los ojos maldiciendo a mi suerte.

—¡Blake!—exclamó. Cerré el correo y simulé trabajar.

—Algunos trabajamos de verdad —le respondí con acritud.

—He estado llamándote —continuó Chloe acercándose sin reparo e ignorando mi respuesta—. Todavía no olvido esa llamada tan repentina de tu hermana —añadió con ironía.

—¿A qué has venido? —le pregunté a sabiendas que tenía que tener cuidado con cualquier treta que estuviera pensando.

—Me parece que estás de malhumor —me dijo con un deje de sarcasmo.

—Te he dicho que algunos trabajamos.

—Iré al grano, pero no te librarás de un café —me advirtió y suspiré aburrido a lo que se inventaría esta vez—. ¿Recuerdas que te he dicho que reabriremos un caso?

CHLOE

Si bien podía informarle por correo electrónico, deseaba con ansias saber si se había ido con Sophia Baute aquella noche que desapareció, se la cobraría si resultaba que fuese así.

Nadie dejaba de lado a Chloe Clifford, por lo que decidí ir hasta su despacho para sacar información.

—Se te enviarán algunos datos para que los analices. —Observé su actitud y se mantenía fingiendo trabajar—. Un mal letrado contratado por la familia de la víctima ha sido el culpable de que Frank se lo tome de manera tan personal. —Blake dejó de teclear, por fin había captado su atención.

—¿Podrías ser más clara?—me preguntó—. No te sigo. —¿En serio, Blake? Quise preguntarle, opté por voltear los ojos.

—Hablo de los Baute —contesté aburrida a que siguiera fingiendo —. Desde el incidente se han sentido culpables y no escatimaron en gastos ni abandonaron a su suerte a la otra familia. Y cuando el abogado de la acusación pidió que la chica testificara, se negaron—le expliqué—. Nunca comprenderé a la gente que no tiene cabeza fría para situaciones de esa índole y luego culpan a las leyes y a los letrados por no hacer su trabajo, ahora quieren dejar en evidencia que la defensa tiene influencias.

—¿Para qué desean abrir el caso si los culpables tienen influencias como has dicho? —me preguntó sin rodeos.

—Supongo que Frank ha sentido lástima, y no le quito la razón— proseguí. Era el momento de saber lo que se traía—. Si llegas a conocerla me darás la razón, es un alma en pena —insinué observando cómo reaccionaba. Estaba convencida de que la artífice de todo esto era Ángeles, la mujer más entrometida del planeta. Me di cuenta de que comenzaba a sentirse incómodo y eso me cabreaba, me era imposible que muchas veces intenté llevármelo a mi cama y, de buenas a primeras, una mentecata lo lograría—. Cuando vives en una burbuja como en la que ha estado, no sabes cómo enfrentarte al mundo —añadió Chloe y Blake volteó los ojos.

BLAKE

Ella era la menos indicada para hablar de burbujas superficiales cuando siempre había tenido todo a la mano. Jamás se había detenido a pensar en cuántos compañeros de la universidad tuvieron trabajos

dobles para poder pagarse los estudios, mucho menos lograr una beca.

Sentí como la rabia corría por mis venas y maldije el día que nos habíamos cruzado.

—Hace dos semanas la invité a desconectar un rato y estoy segura de que lo que necesita es un buen revolcón para que despierte de ese modo zombi. —Tensé la mandíbula.

Tenía que callar, le debía este puesto a Frank y de nuevo me maldije por los favores concedidos, el precio de lo que se deseaba solía salir caro y cada día se me hacía más cuesta arriba.

—Sigue estancada en ese maldito accidente como si la vida se hubiera acabado allí. Le aconsejé a Ángeles y Eduardo que la llevasen a U.P.B. —prosiguió Chloe. No podría aguantar mucho más, por lo que tenía que ser astuto para cortar esta conversación y sacar a Sophia de todo esto.

—Mucha gente va a U.P.B. y no, no conozco a la chica —le mentí.

—Te aseguro que pensarías como yo y es que, a mi parecer, es una vida de lo más malgastada.— Me di cuenta que era el momento de dar por terminada esa incómoda charla.

—Debes tener algún otro interés para haber venido hasta aquí y dudo que sea para hablarme del caso—admití esperando que se sincerase, pero no fue así. Chloe se acercó con descaro llevando la mano a mi hombro con sutiles caricias.

—¿Sabes lo que realmente deseo? —insinuó ronroneando y bajando sus manos hasta mi pecho y que, con disimulo, las aparté.

—Hoy no estoy para juegos —le advertí con sequedad.

—Puedo ayudar a mejorarlo —insistió al llevar sus labios al oído —. Por una tarde que te escapes tu jefe no te reprenderá, lo garantizo —prosiguió para mordisqueármela luego. Cerré los ojos, cansado de este maldito juego, pero mi puesto siempre estaba en juego por lo que la aparté con sutileza—. No puedes negarme un café.

Me sujetó la mano obligándome a levantarme. Inhalé todo el aire que pude, cada vez que accedía a sus caprichos sentía que les debía más a los Clifford.

La única manera de deshacerme de ella era la excusa de siempre, el problema surgía después; tendría que negociar con Jenny y la muy manipuladora estaba volviéndose experta en ello. El móvil de Chloe comenzó a vibrar con una melodía electrónica, se alejó y a la vez saqué el mío escribiendo en clave a Jenny.

La hora siguiente iba camino a casa de mi madre en busca de la pequeña diabólica que tenía como hermana. Medité sobre lo que estaba sucediendo, tendría que revisar las pruebas; si el bufete estaba decidido a reabrir el caso, debía hablar con los Baute.

Lo que cada vez menos me gustaba de todo este meollo, es que

sentía que guardaba un secreto que tarde o temprano me traería consecuencias.

19

SOPHIA

Blake Clark no daba señales de vida y comenzaba a inquietarme en que había acertado, que solo había sido mero compromiso. La rabia y decepción se hicieron paso, sintiéndome estúpida por creerle cuando solo buscaba pasar el rato.

Estaba tan cabreada que negué con rotundidad ir a U.P.B., incluso le prohibí a Marian que hablara de ello, pero ella insistió en que no podía quedarme entre estas cuatro paredes y me obligó a acompañarla al centro comercial a dar un paseo.

Una vez dentro, caminamos durante diez minutos hasta encontrarnos con Jackson. Enseguida supe que era una encerrona y la miré con el ceño fruncido, a la vez que Jackson, con su encantadora actitud, nos saludó y, cuando pude, sujeté a Marian del brazo, alejándonos unos pasos.

—¿Cómo te atreves a engañarme? —mascullé.

—Era la única forma que vieras que U.P.B. no es solo Blake y el trabajo que hacen tus abuelos.

—¿Qué?—volteé los ojos—. ¡Paso de estas tonterías!—exclamé girándome del todo, pero apenas di dos pasos cuando vi a Jhoanna.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con resquemor—. ¿Vienes a echarme en cara que estás…?

—¡Cuento diez y te largas!—gritaron detrás de mí. Me giré encontrándome con esa chica que había desafiado a Blake. Venía a grandes zancadas señalando a Marian sin disimulo y logrando que se callara Jhoanna—. Nadie te ha invitado.

Sumé dos más dos y miré a mi alrededor pensando que él también estaría y, sin verlo, mi corazón latió más rápido de lo normal. José y Kelly se apresuraron hasta nosotras para apartar a la chica que seguía amenazando a Marian. Miré a una y otra sin tener ni idea de qué demonios estaba pasando.

—Desde que aparecisteis os habéis cargado la buena vibra que teníamos—me acusó Jhoanna Me miró de arriba abajo con desprecio —. Ten por seguro que volverá a mí.—Y con esas palabras se alejó.

Sin entender nada me abracé a mí misma sintiéndome culpable sin saber de qué. Marian me sujetó de los hombros, obligándome a mirarla.

—Olvídate de ella, respira por la herida. —Ladeé la cabeza levantando una ceja.

—¿Qué diablos está pasando, Marian? No sé a qué ha venido todo

esto— le respondí—. O es que se han vuelto locos de repente, además, por tu empeño en que viniera, estoy pasando la mayor vergüenza de mi vida.

—¿Por qué tienes que buscarle las cinco patas al gato? —me preguntó Marian con rudeza. Se llevó la mano a la frente y respiró con profundidad—. ¿Podrías tener paciencia?

JENNY

Me maldije porque llegaría tarde y entré con premura al centro comercial y en cuanto me acerqué, vi que a esa esnob que intentaba ligarse a Jackson. Quería echarla a patadas, no iba a permitir que mi esfuerzo se fuera al garete por culpa de una zorra caprichosa.

—Estás loca si crees que vamos a dejar que tires por tierra lo que vinimos a hacer—advirtió Kelly malhumorada en cuanto me apartaron.

—¡¿Y qué quieres que haga?!—le grité frustrada—. Deberías apoyarme—le eché en cara—. Me revienta ver como va a enrollarse a…—Larry me interrumpió levantando la mano.

—Lo siento, peque, pero te seré sincero, él puede estar con quien le plazca, que yo recuerde, no estáis juntos.

—¿Y quién te ha dicho que no somos nada?

No podía ser cierto, seguía con su maldito juego de esconder nuestra relación.

—Jackson —me respondió arriesgándose a que le pateara el culo. Apreté los dientes con fuerza, cabreada y decepcionada me alejé para que no vieran las lágrimas aparecer.

Jackson se había vuelto mi debilidad y yo había crecido pensando que ningún hombre me engañaría como lo habían hecho con mamá, pero ahí estaba, una y otra vez lo era por un idiota que solo pensaba con la polla.

Miré con odio a esa chica que había aparecido de la nada y discutía con otra a la que juraría que conocía de algo «¿quiénes eran estas dos?».

—¡Vaya mierda!—exclamó Larry llamando mi atención —. Blake me acaba de llamar— dijo torciendo su boca y me acerqué de inmediato—. No participará de forma directa.

—¡Lo sabía! Y así no saldrá bien —concluyó Jenny.

—Creía que estabas de nuestro lado

—Lo estoy, pero no soy idiota. —Larry frunció el ceño y se alejó de mi cabreado. ¡Maldita sea! Blake era el eje central de lo que haríamos y últimamente se justificaba «con su trabajo». Observé que Larry miró el reloj y se lo hizo saber a Jhoanna con una señal para que cada uno se ubicara en posición. Si Blake no quería seguir en U.P.B.

porque le gustaba jugar con los ricachones, que no contara conmigo para ayudarlo a salir de apuros.

SOPHIA

Estaba harta de tonterías y le diría a Marian que me iría, me sentía fuera de lugar a la vez que las miradas cargadas de rencor que me otorgaba Jhoanna me estaban incomodando más de lo que deseaba.

—¡Hora del espectáculo! —exclamó Marian sonriendo de lado. Fruncí el ceño sin entender y comenzaron a escucharse los acordes de una melodía de *hip—hop* a todo volumen por todo el lugar, acto seguido Jackson, Jhoanna y otros chicos comenzaron a bailar entre la gente.

—¿Que hacen? —pregunté ante el barullo que se armaba.

—*Flashmob*[9] —respondió Blake detrás de mí.

Mi corazón aleteó al igual que un cosquilleo que había erizado mi piel, me recriminé en silencio por esta reacción y fingí ignorar su presencia, evitando que notase cómo me había trastocado.

—No sabía que te gustaba espiar conversaciones ajenas.

—No lo hago —me respondió sonriente—. Te he visto desde lejos y pensé en acercarme para saludar, te he escuchado preguntar y en casa me enseñaron buenos modales.

—Interesante —respondí con ironía.

Quise girarme y reprocharle. Al segundo pensé que no era nadie para hacerlo y traté de centrarme en los bailarines que hacían movimientos de *Street Dance* acompañados de salsa.

La gente se detenía viéndolos mientras yo experimentaba nuevas sensaciones que trataba de ignorar y es que tener a escasos centímetros a Blake me confundía más de lo que podía tolerar. Pensé en apoyarme en Marian para que me sacara del apuro, pero me había abandonado.

—Al menos me merezco un «hola» —dijo Blake.

—Creía que todo el que llegaba era el que saludaba —le respondí. Blake sonrió a mi respuesta.

—Tienes razón. ¿Cómo estás?, bueno no hace falta que respondas, te veo muy bien. —Ladeé la cabeza frunciendo el ceño.

—¿Qué quieres, Blake? —le pregunté sin rodeos—. Me prometiste ayudarme y no lo has hecho, así que no sé a qué viene esa sonrisa.

—Eres directa cuando te conviene —me respondió—. Las lecciones de Marian surten efecto. —Alcé la ceja ante esa comparación que me llevó a exasperarme decidiendo irme, pero Blake me sostuvo el brazo—. ¿Qué te parece si comenzamos ahora mismo?

—¿Qué? —Sujetó mi mano y me encontré girando hasta chocar

contra su pecho—. Pero…

—Déjate llevar —musitó fijando sus ojos en mí. Dimos otro giro logrando que sus brazos me acunasen. La adrenalina recorrió mis venas como cuando competía, esa sensación que en el fondo deseaba experimentar de nuevo.

Intuí que nos observaban, escuchaba vítores de ánimos pidiendo más. Quería detenerme, pero sentía como si en ese instante me trasladara a los mejores momentos en el tapiz y por mucho que luchara contra mi conciencia, me dejé guiar por él.

Había asistido a infinidad de competiciones, estaba más que acostumbrada a tener diferentes públicos, pero era planificado y conocía el paso que daría al segundo siguiente, en cambio, en este instante desconocía qué sucedería. Di otro giro para encontrarnos frente a frente.

—¿Por qué hacéis esto? —le pregunté tratando de fingir normalidad. Blake no me respondió, sino que me sujetó por la cintura.

—La asociación cada año hace una exhibición para atraer nuevos alumnos —me respondió al cabo de unos segundos—. A Jackson, José y Kelly se les ocurrió la idea; una manera de hacer publicidad y, dependiendo de las personas que se acerquen hoy, se podría repetir.

»El dinero recaudado ayudaría a mejoras en la asociación, pagar deudas y exonerar algunos alumnos. Me pareció interesante, sobre todo, porque nos ayudaría a no depender tanto de los benefactores.

Me sorprendía con la información dada y me pregunté si mis abuelos estaban en dificultades.

—¿Te puedo contar un secreto? —Abrí los ojos y afirmé con la cabeza—. Mi trabajo no es compatible con este tipo de actividad, por lo que espero que la gorra y las gafas cubran un poco mi apariencia; por eso he decidido que este será mi último año en U.P.B. y, en parte, es la razón por la que dejé que los chicos tomaran la iniciativa.

—Si te puede traer problemas, ¿por qué te has atrevido a salir a escena?

—Por ti… —me confesó.

Esta vez no pude fingir que me había trastocado, Blake decidió que girásemos, quizás él también estaba afectado, pero agradecía estos segundos sin verlo a la cara que me ayudaba a meditar sus palabras, ya que lo que menos esperaba era que mi cuerpo pidiera a gritos ser acunado por sus brazos fuertes.

Lo que vi en los ojos de Blake me dio temor y no podía ser real, ningún hombre me volvería a ver atractiva y lo había asimilado desde el accidente de que nada sería igual. Me separé alejándome sin rumbo fijo por el centro comercial abrazándome a mí misma hasta encontrar la salida sentándome lo más apartada posible para rechazar las sensaciones que experimentaba.

Me sentía culpable por tener otra oportunidad de vivir.

BLAKE

Era consciente de que había desaparecido, evitando llamarla o enviarle un *WhatsApp*. Estaba frustrado y confuso, por ello dejé que pasasen los días recordando cada minuto su sonrisa, sus ojos y la incesante necesidad de estar con ella, a sabiendas que solo podía ser su amigo.

Sin embargo, las casualidades existían o tendría que agradecerle a Marian por haberla traído a pesar de que ella no perdió la oportunidad de lanzarle puyas las veces que nos habíamos tropezado en la asociación. Sin embargo, esta vez era tan difícil no fijarse en lo preciosa que era. Sus largas piernas y ese vestido que marcaba su figura y trasero respingón.

Necesitaba volver a tenerla en mis brazos, sentir su cuerpo junto al mío, sus labios, la miré a los ojos percatándome que mientras más tiempo pasábamos juntos, crecía el deseo de probarlos. Subía y bajaba las manos dibujando con sutilidad sus caderas, recibiendo a cambio, movimientos sugerentes que hacían mella en mí.

Infinidad de veces había bailado con todo tipo de mujeres y no iba a esconder que, con ello me había llevado a más de una a la cama, pero esta vez iba más allá de un deseo carnal. La mujer que tenía al frente me seducía sin doble intención. Cada vez me era difícil frenar este deseo, solo quería tenerla para mí y en cuanto volvió a mirarme me prometí mostrarle mil maneras de ayudarla a aferrarse a la vida.

Sin embargo, ella se detuvo cerrando los ojos y negando con la cabeza para luego alejarse y perderse entre la multitud. Frustrado; me di cuenta que lo que menos necesitaba era que un hombre se aprovechara de su vulnerabilidad. Chasqueé la lengua, reprochándome por mi estúpida actitud y me inmiscuí entre las personas que seguían aplaudiendo a los chicos.

JENNY

«¿Quién demonios era esa mujer que ha logrado que Blake cambiara de opinión?». Me pregunté una y otra vez.

Una vez terminado el *Flashmob*[10] escuché al público aplaudir eufóricos, que aceptaron la publicidad. Me acerqué a Jackson a sabiendas que debía ser cordial para averiguar quién era la misteriosa mujer que había huido dejando a mi hermano tirado.

—Sophia me ha dicho que está afuera —informó la esnob—, no sé si ir y traerla por los pelos y reclamarle por robaros el show.

—¿Y si la indultamos? —preguntó Jackson sonriendo—. Nunca

pensé que movería la cadera de esa manera… —añadió el chico levantando ambas cejas.

—No vuelvas a decir eso o te patearé las pelotas —le advirtió la esnob con cierta complicidad logrando que me hirviera la sangre.

—Yo creo que está liándose con Blake —indiqué logrando que Jackson dejase de sonreír.

—¿Y llegas a esa conclusión por?

—Bailaban juntos —le respondí alzando el mentón. No iba a dejarme pisotear por esta cabrona, me di cuenta que no le había gustado mi conclusión así que, para darle más realismo, junté mis dedos índices y los moví de un lado al otro.

—¿Quién te crees para hablar así de Sophia?

—¡Para! —intervino Jackson pidiéndomelo también con la mirada, lo ignoré—. Dudo que a Blake le guste lo que has dicho.

—Poco me importa lo que él piense.

—Te importa, lo sabes muy bien.

—Así como también sé que tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

—¡Olvídalo!—exclamó el muy cabrón—. No quiero escuchar tonterías producto de tu imaginación.—Apreté los dientes ofendida al esquinazo que acababa de darme, le di la espalda sin despedirme, sin embargo, me detuve y me giré cegada por los celos.

—¡Jackson! —grité.

—¿Qué quieres ahora, Jenny?

—¡Que te den!

Iba a encontrar la forma de hacerle pagar a Jackson las lágrimas que se me habían escapado por su culpa. Me detuve en el escaparate de una tienda de lencería; el día anterior había estado a punto de comprarme una para lucirla ante ese idiota.

—¡Capullo! —mascullé por la rabia que sentía.

El móvil comenzó a sonar y lo ignoré, no deseaba hablar con nadie y mucho menos con él. Lo maldije limpiándome el rastro de lágrimas.

De nuevo, el móvil vibró y dejé que siguiera haciéndolo hasta que se cortara la llamada. Saqué los *AirPod*, las gafas de sol y la gorra para aislarme de todo. El móvil sonó por enésima vez, lo saqué de la bandolera para saber quién demonios insistía tanto.

—Llevo veinte minutos llamándote.

—No tenía ganas de hablar con nadie, Blake—le respondí con sinceridad.

—¿Qué ha pasa, enana?

—Nada que yo no pueda arreglar. —Le hice saber.

—Y yo que quería invitarte a comer.

—¡No cuela! Eres un tacaño y mal hermano.

—Así que soy mal hermano y yo pensaba que me deberían poner

un altar, ya que no dejas de aprovecharte de mí.

—¿Perdona? ¿Quién es el de los líos de faldas?

—Reitero lo dicho, eres manipuladora y chantajista.

—Deberías dejarme respirar.

—Lo hago, no te tapo la nariz —me respondió con burla.

—¿Qué coño quieres?

—¿Qué está pasando? —preguntó por última vez mi hermano. Resignada a que no iba a dejarlo pasar ideé alguna excusa.

—¡Ya sabes! Las hormonas ligadas a mis opiniones y mi sinceridad.

—Espero que no tenga nada que ver con la universidad. —Respiré aliviada dando gracias al universo por encontrar una buena excusa.

—Propuse hacer una manifestación contra los fabricantes de las lavadoras, ya que no terminan de aclarar por qué siempre un calcetín termina sin pareja.

—¡Deja de tomarme el pelo! —protestó Blake. Y solté una carcajada, imaginando la cara de sorpresa que tenía que haber puesto al escucharme—.Te recogeré en la entrada del centro comercial y me explicarás qué rayos pasa—me ordenó. Estuve a punto de decirle que no, pero un poco de mimos por parte de mi hermano no me vendrían mal.

—¡Eres un sol, hermanito!

—Y tú no cambias —dijo a la vez que colgaba.

20

MARIAN

Quería el bien para mi amiga y me estaba costando más de lo que creía. En primera porque Sophia apenas ponía de su parte, el cabrón de Blake tampoco y a eso le sumaba esta chica que desde que me conoció no dejaba de provocarme e increparme.

Esta discusión que mantenía Jackson con ella me hacía preguntarme si estaba perdiendo destreza en pillar a la primera lo que pasaba. En cuanto se largó cabreada ladeé la cabeza y, sin rodeos, pregunté a los que aún estaban a mi lado.

—¿Alguien podría decirme quién es esta chiquita que me la tiene jurada?

—Ella es la hermana de Blake.

—¡Ah! —exclamé y comprendí por qué se había cabreado tanto en cuanto dejé caer lo de Blake y Sophia.

Dos días después le insistí a Sophia que me acompañase a U.P.B. Me había costado lo suyo, pero finalmente lo aceptó. En el camino traté de distraerla como solía hacer, el problema era que Sophia estaba encerrada en su mundo que prefirió no escucharme.

Suspiré en alto contándole de nuevo que harían una prueba antes del ensayo general de la exhibición de puertas abiertas y a eso es que íbamos.

SOPHIA

En los siguientes días me metí en la cabeza que lo que había pasado era producto de mi imaginación, sin embargo, cuando Marian me pidió que la acompañase a U.P.B., dudé de nuevo, ya que no sabía si negarme o inventar otro pretexto y no deseaba discutir con ella, por lo que no tenía más salida que aceptar ir.

Mi amiga optó por vestirse con ropa ceñida al cuerpo con una clara intención y era Jackson. Deseé por unos segundos vivir su vida y no tener tatuado el cuerpo con el recuerdo del accidente.

¿A quién engañaba? Nadie se fijaba en una chica a la que todos le tenían lástima en cuanto conocían su historia, por lo que sacó un pantalón pirata, unas sandalias abiertas y una camiseta básica con mi habitual chaqueta. Abrí la puerta y bajé antes de que se acercara al armario en busca de algo que le pareciera mejor e insistiera en cambiarme.

Durante el camino me mantuve callada, Marian hablaba y yo le contestaba con monosílabos. Mi único pensamiento era el de encontrarme con Blake y el solo pensarlo me provocaba una ansiedad que nunca había tenido.

Aparcó el coche y nos bajamos, estiré un poco las mangas de la chaqueta y respiré lentamente, mi corazón comenzaba a galopar con rapidez. La familiaridad con que Marian saludó a casi todos logró que me sintiera fuera de lugar en cuanto entramos. Mi amiga me sujetó del brazo, tirando de mí para entrar al pequeño teatro que tenían al final del pasillo.

Di gracias a todo el universo porque las luces eran tenues y, con un gesto brusco me solté para que se diese cuenta que me sentaría cerca de la salida. Marian resopló a modo de protesta y me dejó allí para ir hasta los bastidores.

BLAKE

Terminaba de estirar cuando vi a Marian dejarse caer en los brazos de Jackson. El día anterior le había hecho una pequeña advertencia por no ser claro con Jenny y acababa de percatarme que había pasado de mí. Deseé que solo fuese por mera cordialidad, lo apreciaba, pero si tenía que partirle la cara lo haría, no permitiría que jugase con los sentimientos de mi hermana.

Miré el reloj que había colgado en la pared y deseé que Jenny no saliera de clases antes de tiempo, no quería más líos de los que tenía. Pensé en Sophia; desde lo del centro comercial no había vuelto a saber de ella y dudaba en volverla a ver.

Después de leer todo el caso, junto a las múltiples noticias que habían saltado en el navegador web, me había quedado apesadumbrado.

Me enfrentaba a la muerte del hombre que Sophia amaba y con el que se había prometido. Sentí una punzada de celos sin dejar de lado sus palabras de no querer vivir que resonaban en mi cabeza una y otra vez. Lo que peor llevaba era el no contarle del caso hasta que la llamaran de testigo.

Eso me atormentaba hasta el punto de decidir irme por el camino fácil: apartarme, lo contrario a lo que mi cuerpo y corazón querían. El ser partícipe me mataba, no quería causarle más dolor y decepción.

Jhoanna apareció saludando a todos menos a mí. La había invitado unos días antes para ser honesto sobre nuestra relación, ella no se lo tomó nada bien, se levantó y me mandó a la mierda. Reconocía que había sido fácil, no era justo seguir alimentando ilusiones y aceptaba que era mi culpa por dejar que pasase el tiempo y no pararlo cuando debí hacerlo.

Jhoanna me aclaró que mantendría el compromiso de ser mi pareja en la exhibición, pero no quería saber nada de mi existencia.

—Ha venido la familia a la que te vendiste —me informó Jhoanna con rudeza. Suspiré en alto, no valía la pena responderle, terminaríamos discutiendo. Lo que me cabreaba era que me juzgara, ella sabía que Frank Clifford estaba ahí porque era uno de los benefactores.

—Es humillante que no esperaras a que me fuera de U.P.B. para restregarme en la cara vuestra relación. —Esta vez no tenía ni idea sobre qué hablaba y opté por ignorarla sacando del bolso los *AirPods*, algo me decía que intentaba provocar una pelea para no actuar y no se lo iba a permitir.

—La última vez que estuve a la luz de la luna, no fue durmiendo —dijo Marian riéndose que acompañó con un gritito fingido—. Fue en una escapada a *Hilton Head* y lo volvería a hacer si me acompañas a disfrutar de una noche loca.

Suspiré en alto meditando sobre la vida de las gimnastas. Tenía entendido que sus entrenamientos consistían en más de siete horas al día, seis días de la semana con un único objetivo de ganar en las competiciones por lo que me sorprendía que también tuviera tiempo para juergas.

—¿Una noche loca? —preguntó Jackson riendo a carcajadas—. ¡Me gusta! Así que te gustaría ver las estrellas—respondió riéndose y siguiéndole el juego.

Escucharlos me llevó a recordar la noche que conocí a Sophia, ese instante que estaba seguro que no volvería a vivir. Si ella estuviera aquí, quizás estos momentos fueran menos diferentes, no sintiera tanta tensión.

El especialista del sonido me tocó el hombro, indicándome que comenzarían en breve, devolviéndome a la realidad.

SOPHIA

Observé el lugar, notando las buenas condiciones del mismo, por unos segundos me sentí egoísta al negarle la oportunidad de que mis abuelos se sintieran orgullosos de lo que habían creado. Vi entrar a los Clifford y me escondí, era absurdo que lo hiciese, pero no me apetecía ser cordial cuando lo que deseaba era largarme cuanto antes.

Las luces cambiaron a varios colores hasta recaer la atención en el escenario donde la voz de un hombre informó que se daría el comienzo.

Primero salieron varias parejas de mayores bailando flamenco seguidos de otro grupo con un tango, unas pequeñajas con una representación de ballet que logró sacarme más de una sonrisa.

Después apareció Jackson junto al grupo de jóvenes que instruía Blake.

Me sorprendió su coordinación y la técnica usada, era limpia y divertida. Sentí alivio, ya que entre los bailarines no estaba Blake y asumí que no participaría. Me levanté para coger un poco de aire y, antes de salir, escuché indicaciones de la última actuación que sería por parte de uno de los mejores profesores de la asociación.

Las luces se apagaron, dejando a una pareja en el medio del escenario. La música hizo que me girara y lo vi junto a Jhoanna. Jamás hubiera creído que Blake pudiera también tener conocimientos de danza contemporánea.

Cada movimiento era con la mayor sutileza y esmero que solo la persona que amaba la danza podía expresar, la conexión entre los dos iba a más allá y me asusté con lo que sentí. La melodía me transportó a esos instantes que estuve en sus brazos. Había negado hasta la saciedad el no querer volver a sentir las manos de Blake en mi cuerpo y me daba cuenta que lo deseaba.

Empuñé las manos, frustrada conmigo misma y salí del lugar dando un portazo sin importar que me viesen. No podía dejar que los celos crecieran en mi interior cuando el hombre que amaba falleció meses atrás.

Salí de la asociación sin rumbo fijo mientras la conciencia se hacía presente, torturándome. Me limpié una lágrima que se escapó, tenía que sacarme de la cabeza a Blake, asumir que solo me había deslumbrado por su arrolladora personalidad.

Sumida en mis pensamientos, terminé tropezando con otra persona.

—Perdona, voy con retraso —me dijo—.Oye, yo te conozco.

—No, no creo —le respondí sin mirarla, deseaba seguir andando y dejar la asociación atrás.

—No voy a preguntarte qué ha sucedido —me dijo—, pero tengo la solución a tu problema y al mío.

—No tengo ningún problema —repetí.

—Sí que lo tienes y tengo la solución para eso. —Ladeé la cabeza para aclararle que los buenos samaritanos ya no existían.

—Dudo que tengas ese poder de ir solucionando los problemas del resto. —Ella rio.

—Estudio para ayudar a las personas a enfrentarse a sus problemas— me respondió.

—¿Y cuál es mi problema? —pregunté con ironía y su rostro se me hizo familiar.

—Empezaré con el mío, va más de tardanza a un evento de suma importancia, por lo que me llevaré una reprimenda.

—¿Cuál se supone que es la solución? —le pregunté asumiendo

de qué evento se trataba y deseando cortar la conversación con rapidez.

—Cerca de aquí hay una heladería que venden unos helados divinos de la muerte.

¿Helados? Abrí los ojos sorprendida.

—Suena bien para pasar el rato —le respondí con sarcasmo—. Lamento decirte que conmigo no funcionará, lo mío no tiene solución.

—Créeme, Sophia, es la solución perfecta para nuestros problemas.

Abrí los ojos sorprendida a que supiese quién soy.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le pregunté sin rodeos.

—Tus abuelos —me respondió—. Vamos por el helado y olvidemos por un rato al mundo.

Haló de mi sin darme tiempo a reaccionar.

—Te he dicho que tengo la solución a nuestros problemas, no que hablaremos de ellos.

La escrudiñé detenidamente, me era tan difícil confiar si venía con dobles intenciones. Entramos a la heladería hasta una pequeña vitrina donde vi los distintos sabores. Saludó a la dependienta y escogió un sabor para esperar que yo hiciese lo mismo

—¿Me recomiendan uno? —pregunté tratando de simpatizar y entrar en la conversación que mantenían las chicas.

—Por supuesto —dijo—. Ese que ves —indicó con el dedo—. Es de *Stradella*, el de allí, es de pistacho y ese no te lo recomiendo —— dijo señalando uno de color amarillento—. El mejor de todo ¡es el de *Snicker*! —afirmó mordiéndose el labio con picardía.

Acepté la recomendación y después de mi insistencia dejó que pagara y nos sentamos en unas mesas alejadas de la entrada y ahí hablaron de todo y de nada y le agradecí al sentir que necesitaba esta desconexión de todo lo que sucedía a mi alrededor.

JENNY

La observaba y me parecía perdida y triste. No sabía qué ocurría en su vida, pero me pregunté por qué mi hermano escogía súper mal sus ligues, aunque me lo negara, tenía la intuición que le gustaba más de lo que quería aparentar. Asumía que, si Sophia me había creído, pero conocía de ella por mis compañeros de la asociación y si estaba aquí lo más probable era que la esnob estuviera en estos instantes metiéndole mano a Jackson.

Sentí rabia a tal punto de querer gritarle que ese saco de huesos que tenía como amiga quería pasar el rato con ese que hasta unos días atrás creí que era mi novio, pero me conmovió verla deseosa de escapar como si acabase de ver morir a la madre de Bambi.

«¡Diablos! Bambi me hizo sufrir», me dije, resoplé y seguí conversando con ella de temas superfluos hasta que se excusó con ir a los servicios solo entonces aproveché para enviar un mensaje.

JENNY:
¿Cómo ha ido el ensayo general?

BLAKE:
De puta pena, Jackson está enfadado por tener que recurrir a Kelly como compañera y sabes muy bien a qué me refiero, lo peor es que Hellen y su marido han venido.

JENNY:
¿Y eso no es bueno?

BLAKE:
Para la asociación no, pero para Jackson y Jhoanna quizás.

JENNY:
No creo que Jackson acepte.

BLAKE:
¡Hermanita, eres demasiado ilusa!

JENNY:
Disculpa, don madurez andante.

BLAKE:
Acabas de darme la razón, enana.

Torcí la boca asumiendo que se reía de mí por lo que decidí castigarlo.

JENNY:
Ya que soy una niña inocente, me apetece jugar. Y si comenzamos diciendo que antes

de llegar a U.P.B. tropecé con cierta persona
que a alguien que conozco le interesa y que, casualmente, come un delicioso helado a mi lado.

BLAKE:
Se puede saber ¿de qué rayos estás hablando?

21

«El amor es ese micro—momento de calidez y conexión
que compartimos con otro ser vivo
Barbara L. Fredrickson».

JENNY

No tenía mucho tiempo para alargar la conversación, sin embargo, sus respuestas me asegurarían cuán pillado estaba mi hermano por Sophia.

No me gustaban las comparaciones y la lista caótica de ligues de Blake, Sophia era un ángel al lado de Jhoanna y Chloe. Tendría que observar sus pasos, no olvidaba todo el daño que Eliza le hizo y, en un esfuerzo sobrehumano.

BLAKE:
Jenny, ¿qué locura has hecho?

JENNY:
Te dije que estoy comiéndome un helado, por cierto,
mi nueva amiga sabe distinguir entre una ***pirouette***
y un ***port de bras***.

JENNY:
Si te soy sincera, tengo una enorme curiosidad de saber
por qué al tropezarme iba tan perdida**.**

BLAKE:
¡Iré para allá!

JENNY:
¡No seas aguafiestas!

BLAKE:
¡Deja de jugar conmigo!

JENNY:

Te juro que no lo hago.

Evitaba reír a carcajadas. Levanté un poco la vista al escuchar la puerta del baño abrirse.

JENNY:
Te dejo, acaba de volver S…

BLAKE

Solté el móvil apoyando la cabeza en la pared, me pasé las manos por la cara, busqué la cartera y salí de U.P.B., con rapidez. Quería aferrarme a que me tomaba el pelo, no podía ser ella, ni siquiera la había visto en los pasillos ni en el teatro.

Caminé el par de calles que había entre la heladería y la asociación, abrí la puerta con brusquedad y mi mirada chocó con la de ojos atigrado.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó—. ¿Lo has llamado? —le preguntó a Jenny que se mantuvo en silencio

Sophia se llevó las manos a la cabeza. Comprendía su actitud, estaba igual que ella de sorprendido y sin tener idea de qué hacer. Jenny suspiró ruidosamente, llamando nuestra atención.

—Él siempre ha sido un curioso y sé cómo empujarlo a que investigue. —Sophia frunció el ceño.

—No me interesa saber si es curioso o no —espetó con rencor y vi el rostro de Jenny cambiar. Levantó un dedo y decidí interrumpirla.

—Jenny, acepta que esto es pasarse de la raya —le hice saber—. No sé cómo comenzar…

—¡Esto es cruel!—me reprochó sin poder reprimirse—. Me siento como una mema y sabes muy bien lo que vivo cada día con otras personas para que os atreváis a jugar así.—Me maldije y miré a Jenny con rabia.

—No, no es así, no he querido burlarme de ti y si es cierto que omití decirte que… —Jenny soltó aire—. Blake es mi hermano. —Confesó con voz avergonzada. Sophia abrió los ojos y nos miró con rencor, negó con la cabeza y se levantó—. No te vayas —le rogó Jenny —. El hecho de que Blake viniera vestido así demuestra que le importas. —Esta vez se puso de pie mi hermana—. Solo quería ayu… —No pudo seguir y se alejó.

¡Vaya marrón! No se lo perdonaría, traté de acordarme cuándo había sido la última pelea entre los dos. Me pasé la mano por la cabeza maldiciendo a mi suerte. Jenny me la había jugado y me preguntaba cómo había reconocido a Sophia.

Si ya me parecía una mierda de día, deseé gritar que era uno de

los peores de mi vida comenzando con los interminables correos de Chloe lanzándome indirectas y manipulando a su antojo. Sin olvidar que la audición había sido un desastre, la conexión que mantenía con Jhoanna había desaparecido. Durante la interpretación íbamos a destiempo.

La larga fila de personas con la que tenía cuentas pendientes crecía: Jhoanna, su hermana…, pero la que creía que sería la más difícil era con Sophia. Enfrentarme a esa mirada cargada de rencor me hacía sentir miserable. Me pasé la mano por la cabeza, lleno de frustración al no saber por dónde comenzar.

SOPHIA

Jamás pensé que terminaría metida en un circo donde, al parecer, yo era la atracción. Unos me trataban con lástima, otros se burlaban por lo bajo y otros me engañaban para divertirse. Debía regresar a Durham y olvidarme de este tiempo que intenté cambiar mi vida, de estas personas y de todo lo que me rodeaba.

Me estrujé las manos debajo de la mesa, nerviosa. Odiaba estar en esta tesitura.

—Si te soy sincero, esta situación me sobrepasa —me confesó Blake sentándose frente a mí. Me enterré las uñas en la palma de mi mano evitando gritarle.

—No sé a qué juegos queréis que entre —musité—, pero no lo haré.

—¡Espera! ¡Espera! —exclamó Blake—. Ni se te ocurra pensar que ha sido planeado, yo no tenía ni puta idea… —Soltó una maldición, cogió una bocanada de aire—. Jenny va por libre y soy tan inocente como tú, también me la ha jugado, me envió un mensaje entre líneas y creí que solo era para que le pagara un maldito cono de helado.

—¡Es una mentirosa! —le eché en cara dolida.

—No voy a defenderla —me dijo, por lo que lo observé unos segundos, los suficientes para atreverme a contarle parte de mi versión.

—Me detuvo en medio de la acera, me dijo que mis problemas necesitaban un helado y yo he sido una idiota al dejarme llevar por la necesidad de huir —le confesé percatándome de lo último que había dicho. Había metido la pata por hablar de más.

Blake levantó una ceja y me observó con detenimiento. Me pasé la lengua por los labios, nerviosa, esto me sobrepasaba y solté aire cansada de todo esto.

—No puedo enmendar lo que ha hecho Jenny—me respondió—. Ni puedo defenderla, porque no tengo ni idea qué se le ha cruzado en la cabeza y tengo la impresión de que, aunque me disculpara, igual no

tendría tú redención…

¿Mi redención? Por qué necesita quedar bien conmigo cuando no ha cumplido ninguna de sus promesas. Sin embargo, sentí que estaba siendo honesto. Lo miré detenidamente, no quería más confusión en mi vida.

—¿Por qué crees eso?

Me maldije por lo bajo. Me estaba siendo difícil dominar los impulsos; esta lucha interna lograba que cometiera estos errores y no quería que Blake creyese en lo que no podía existir.

22

BLAKE

Más que sorprendido por su respuesta, me negaba a creer que no se diera cuenta de que, con esos pequeños gestos, lograba atraparme mucho más rápido de lo que me gustaría. Sophia era tan distinta a todas las mujeres que había conocido. Una vez más la observé y recordé cuando estuvo en mis brazos, sus conteneos sugerentes, las curvas de su cuerpo.

«¡Mierda!», era una batalla interna que no sabía cómo combatir. Sophia se mordió el labio y en este instante era bastante malo para mí, ya que me tentaba a querer besarlo.

Con una pequeña sonrisa, le señalé la copa con el dedo índice.

—Me gustaría compensarte las molestias.

—No hace falta —me respondió orgullosa—. Debería irme —me dijo.

—Si lo haces, perderás la gran oportunidad de conocer uno de los placeres de la vida. —Sophia frunció el ceño. Decidí adelantarme antes de que pasara a la defensiva de nuevo—. ¡Hablo del helado! —Sophia abrió los ojos y miró la copa sonrojándose.

—He comido y es suficiente—me respondió intentando salvar su honor.

—Lo dudo, porque te has comido uno muy común.

—Es el que me aconsejó Jenny —me respondió ofendida.

—Jenny no sabe de verdaderos sabores.

—¿Y tú sí?

Creía que el sexo era lo que lograba esa conexión en una pareja y me daba cuenta que no era así, de que, hasta ahora, solo había follado por necesidad física y Sophia cambiaba todas mis expectativas.

Era la primera vez en la vida que me daba miedo que me odiaran, era la primera vez en la vida que me jugaría todas las cartas en la primera ronda.

—Creo que ha llegado la hora.

—¿La hora? —preguntó.

—He de decirte que uno de los placeres de la vida es un buen helado —le expliqué—. Sobre todo, si es artesano, es lo mejor que puedes experimentar. —Ella parpadeó varias veces, tratando de entender lo que yo quería decirle entre líneas, mientras yo intentaba seguir luchando contra los impulsos.

Su cuerpo estaba inquieto, toqueteaba con un dedo la mesa y se

mordía de vez en cuando el labio hasta que sonrió y sentí algo parecido a la plenitud.

—Muy bien, don experto, ya que sabes tanto de helados podría decirme: ¿cuál es el mejor? —Levanté un dedo para señalar el mostrador donde estaban los distintos sabores y decidí hacer algo mejor. Me puse de pie y le pedí su mano.

—Conocerás el arte de hacer helados.

—¿Cómo?

— Conozco al dueño desde hace un tiempo y es la mejor forma de vengarte de Jenny, jamás ha entrado a ver el proceso de elaboración.

SOPHIA

Había olvidado a Jenny, había olvidado a Marian, a mis abuelos, había olvidado el mundo por estar pendiente de mis sensaciones y de lo que él quería ofrecerme.

Su mano tendida me atraía como si fuera una tabla de salvación, extendí los dedos y me levanté. Blake afianzó mi mano, dándome la seguridad que necesitaba y caminamos hasta el mostrador.

La dependienta nos recibió con una sonrisa de oreja a oreja hasta que se fijó en nuestras manos unidas y no pudo disimular decepción.

—¿Quieres el de siempre, Blake?

—¿Sabes si Franco está?

—Sí está —respondió la dependienta confusa—. ¿Quieres que lo llame?

—Si eres tan amable de hacerlo. —Ella suspiró, abriendo la puerta y se perdió tras ella.

Blake no me soltó la mano, me habló de ciertos sabores raros, supuse que lo hacía para distraerme y no me retractara. La puerta se abrió apareciendo un hombre maduro y atractivo.

—Que recuerde, Jenny no nos debe nada— dijo a modo de saludo y con un marcado acento italiano. De reojo miró a Marlind, la dependienta para constatar—. ¿O sí?

—Ella pagó los helados después de insistirle a Jenny.

—Tu hermana se ha equivocado de carrera, Blake —dijo el italiano riéndose.

—Algunas veces lo pienso—le respondió siguiendo la broma—, aunque si te contara cuánto me cobra con los pequeños favores que me hace, dirías que la carrera que escogió es la perfecta.

Ambos rieron.

—Dime ¿para que soy bueno?—preguntó el italiano, observándome y sentí mis mejillas arder.

—Mi amiga necesita conocer cómo nace uno de los mayores placeres de la vida.

—¡Sé cómo se hace un helado! —protesté. ¿Por qué asumía semejante tontería? El italiano fijó su mirada en mí con una ceja levantada—. Se hacen con máquinas industriales—afirmé con seguridad.

—Confieso que me ha dolido eso de máquinas industriales —repuso el italiano ladeando la cabeza—. ¡Ha sonado tan frío! —Está vez la dependienta no pudo reprimirse y rio, ganándose una mala mirada de mi parte—. Me parece que tu amiga necesita conocer a fondo la elaboración —concluyó abriendo la puerta—. Hoy estamos experimentando con uno nuevo.

Blake me tiró de la mano y entramos recorriendo un pasillo largo de paredes blancas en la que, al final de este, había tres puertas grises. El italiano abrió la de la izquierda y nos encontramos con una oficina. Allí, de un pequeño armario sacó tres batas, tres gorros y tres pares de guantes junto a varias mascarillas y nos invitó a ponérnosla.

Blake soltó mi mano y la sensación que tuve me confundió mucho más, una mezcla entre decepción y alivio.

Cerré los ojos unos segundos, encontrando la valentía para seguir adelante. Con timidez, me puse las prendas y esperé que abriera la puerta para ir a la habitación que tenían al frente, una espera de segundos que lograba que mi corazón palpitara más rápido de lo que podía aceptar.

23

«Cuando brotan esperanzas, el corazón se aprovecha y empieza a actuar por su cuenta.
Haruki Murakami».

BLAKE

—Aquí comienza el proceso rudimentario— dijo Franco, que nos contó que había nacido en Italia y que desde pequeño tuvo un sueño: viajar a los Estados Unidos, al país de las oportunidades y montar su propia heladería artesanal.

Nada más abrir la puerta, Flavio, con una paleta con la que mezclaba ingredientes en una cacerola bastante alta, nos saludó a la vez que alzaba las cejas con expectación.

—¿Blake, vienes a robarnos la receta?— preguntó logrando que Franco riera a carcajadas.

—Este no es de los que roba recetas, es de los que se las come —prosiguió Franco con la broma.

—Vuestro recibimiento me hace pensar que me he equivocado al traer a Sophia para que conozca los secretos de un buen helado —protesté a modo de defensa de este par de italianos que buscaban dejarme con el culo al aire.

—¿Qué hace una chica tan guapa con un fantasma como este? —Me señaló gesticulando con la boca, resoplé. Sophia sonrió—. Al menos ha hecho algo bueno, te ha traído a conocer nuestros mayores secretos—prosiguió Flavio—. Oye, Blake, eres buen alumno, has seguido los consejos de la *nonna*[11]*,* conquistar con la comida.

Ladeé la cabeza con ganas de mandarlo a la mierda a la vez que vi las mejillas de Sophia sonrojarse. De alguna forma estaban pasándola en grande tomándome el pelo. Flavio comenzó a explicar cada ingrediente que se entremezclaba, así como la duración del proceso entre bromas y anécdotas. La invitó a que mezclara. Sophia se acercó cogiendo la paleta y se sorprendió a la fuerza que necesitaba para poder moverla.

—¡Sí que cuesta! —exclamó. Flavio levantó su brazo y, subiendo la manga de la camiseta le mostró su bíceps.

—¿Dónde crees que ha salido esto? El cantamañanas que tienes al lado jamás podrá tenerlos igual, es un debilucho. —Sophia sonrió a las bromas y volvió a intentar mezclar sin tener éxito.

Me acerqué pasando el brazo por encima de sus hombros sin darme cuenta cuánto me afectaría tenerla tan cerca. ¡Joder! El agradable olor que desprendía el pelo recogido de Sophia me empujaba que mi nariz recorriera su cuello.

Me reprendí por ese impulso. No estaba pensando con frialdad. Minutos antes Sophia sonreía y se divertía, pero en cuanto me acerqué, su cuerpo se tensó. Me frustraba esta barrera que se empeñaba en mantener, no iba a poder olvidar esos segundos donde nuestras pieles se rozaron trastocándome más de lo que pudiera entender.

Ninguno de los que estaba allí podía imaginar lo que mi mente pedía: abrazarla, acariciarla, quitar todo lo que había en la mesa para hundirme en ella. Respiré con lentitud para evitar excitarme con solo este pequeño roce, pero no era fácil y más con ese movimiento constante que ejercían con su cuerpo y por culpa de la maldita paleta de mezcla.

SOPHIA

Minutos antes quería alejarme de él, ahora rogaba que el tiempo se detuviera y que esos segundos que estaba a mi lado se convirtieran en un bucle. Me gustaba su presencia, su aire de chulería y es que cada vez que me miraba con intensidad, conseguía lo que había perdido meses atrás, sentirme viva.

Y tenerlo detrás de mí llevaba a que mis sensaciones se disparasen sin marcha atrás, mi corazón iba acompañado por la respiración de Blake, lenta, seductora, sincronizándose como si fueran una sola persona y, por primera vez, me atreví a descubrir su olor, olía a una mezcla cítrica y varonil. Cada vez que inhalaba me obligaba a no cerrar los ojos para que no descubrieran cuánto me afectaba.

Y es que la respiración de Blake la sentía en mi cuello como una sutil caricia.

Franco carraspeó llamando mi atención y haciéndome sentir avergonzada por no poder disimular del todo. Nos invitó a la siguiente sala, separándose muy a su pesar, agradeciendo tener esa bata que lo ayudaba a disimular.

La siguiente sala era el doble de grande que las anteriores. Franco bromeó sobre las máquinas de las que le había hablado, nos explicó que una de ellas colaba y filtraba el chocolate. Flavio entró dos minutos después con la mezcla en un gran cubo hasta un refrigerador para luego sacar otro recipiente.

—Vais a probar de primera mano uno de nuestros próximos sabores, aún no le hemos puesto nombre, ya que seguimos en proceso de experimentación—nos explicó buscando una copa, unas cucharillas pequeñas y el cucharón para sacar el helado.

Extrajo un par de bolas y me fijé en los diferentes trocitos de ingredientes, que no supe definir, Flavio puso la copa frente a mí y se apartó al segundo con el único fin de que pudiese disfrutarlo a solas.

Raspé un poco la bola con la cuchara pequeña y me la metí en la boca.

La mezcla era magnífica, cerré los ojos tratando de reconocer los distintos sabores, chocolate blanco, oreo y otro que parecía vainilla. «No», me dije, el sabor de la vainilla era distinto, tersa y más dulce, podía jurar que tenía una pizca de nuez.

No recordaba cuándo había comido un helado con tanto gusto. Me pasé la lengua por los labios, abrí los ojos y miré a Blake con ilusión.

BLAKE

—¡Tienes que probar esto! —exclamó sorprendiéndome a su petición a la que me estaba arrastrando y dudé en qué hacer. La manera de saborearlo me había dejado sin habla. Jamás me hubiera imaginado que tendría una reacción tan inocente y que podía hacerme perder más de una batalla.

Me acerqué hasta la mesa donde estaba la copa, raspé con la cucharilla y probé. No podía asegurar qué sabores estaban entremezclados, Sophia me había nublado la mente al completo.

—Está bueno —respondí—. Debéis sacarlo antes de que Sophia se vaya de la ciudad.

—Pensé que vivías aquí —respondió Flavio.

—No —respondimos los dos la vez. Franco y Flavio se miraron con complicidad, ¡joder! conocía a la perfección esos gestos.

—No solemos sacar un nuevo sabor de repente sin antes pensar un buen nombre. — Franco dio una vuelta por toda la sala hasta que se giró de nuevo a nosotros sonriendo—. ¡Dulce Sophia! —exclamó sin dudar.

—¿Habla en serio? —me preguntó sorprendida.

—Por supuesto —respondió Franco—, he visto tu rostro y has captado el placentero sabor que se tiene cuando encuentras tu helado ideal. —Sophia me miró con ilusión, me mantuve cauto, reprimiendo las ganas de abrazarla, sujetar su barbilla y probar el helado de sus labios.

—¡Blake! —exclamó Sophia con ilusión—. ¡Tendré mi propio helado!

Sophia raspó el helado para otra cucharada y esta vez me la ofreció, sin percatarse de que se había acercado más de lo previsto al punto de que nuestros labios podían rozarse. Nos observamos por unos segundos en los que ella abrió la boca, soltó la cucharilla y se giró hacia Franco y Flavio.

—Grac… Gracias por todo —titubeó—. Debo irme —anunció. Quitándose por el camino la bata, el gorro y los guantes.

¡Maldita sea! Me enervaba pensar que fuese ese remordimiento de

conciencia que la llevaba a refugiarse en ese maldito sentimiento de culpa. Me pasé la mano por la cabeza, no era justo para ninguno de los dos.

—¡¿A qué esperas?! —me preguntó Franco. Chasqueé la lengua y decidí seguirla. Aceleré el paso hasta alcanzarla en la calle.

—Blake, por favor, no —me pidió.

—Solo quiero saber qué he hecho mal.

—No has hecho nada —me respondió apretando los labios—. Es mejor que olvidemos tu plan, evitar estos encuentros y, sobre todo, olvidar que nos conocemos.

—¿Qué hay de malo con lo que acabas de experimentar?

—¡No puedo! —me exclamó.

—Lo que he visto ahí adentro me ha demostrado que te sentías a gusto.

—¡Pero no lo quiero estar! —me gritó.

—¿Por qué tienes tanto miedo a seguir con tu vida?

—¡Olvídalo! No tengo que darte explicaciones.

Era cierto, yo no era nadie para exigirle y me cabreaba aceptarlo. Me pasé la mano por la cabeza, frustrado.

—Tienes razón—le respondí. ¡Joder! No me gustaba resignarme con tanta facilidad y no lo haría en este instante—. Que te quede claro que soy un hombre que no se deja vencer con facilidad.

Me miró a los ojos llena de dudas, intenté acercarme, pero ella retrocedió.

Su rechazo me dolió. El móvil de Sophia comenzó a sonar, con dedos temblorosos lo sacó de su bandolera.

—Hola —saludó con titubeo. La escuché con atención hasta que me miró de nuevo con vergüenza—. Debo irme —me dijo a modo de disculpa.

—Esperaré aquí para evitar cualquier habladuría.

—Gracias —me respondió a modo de despedida.

24

SOPHIA

En cuanto me detuve en la entrada de la asociación apenas podía respirar. Deseé tener unos minutos a solas, pero ahí me esperaba Marian con una sonrisa forzada. Me sujetó del brazo y me obligó a seguir una conversación que poco me importaba y apenas podía seguir el hilo debido a que la culpabilidad me estaba matando por dentro.

Ese acercamiento con Blake había traspasado toda barrera que mantenía en alto, su respiración en mi cuello, su mirada lasciva. Sentí ganas de llorar, por lo que respiré con profundidad y decidí como fuese fingir con toda mi fuerza de su voluntad.

No podía sentirme pletórica cuando alguien había muerto por mi culpa, no podía anhelar ser besada cuando había soñado durante muchas semanas con volver a ser besada por Kenneth. Me sentía una persona despreciable y miserable por lo que Blake no entendería que todo en mí no servía, nunca volvería a creer en el amor y él no se lo merecía.

—¿Qué os parece si vamos a comer? —sugirió Jackson pasando su brazo por el hombro de Marian. Alcé la mirada y fijé los ojos en ella, rogándole que no me obligase a ir.

—Me prometiste una cena los dos, no en grupo —le reprochó Marian a Jackson.

—Dudo que alguno quiera estar en una cita romántica—le respondió frotándose la nuca

—¡Puaj! —exclamó con un gesto de repulsión con su boca José. Marian lo miró con una ceja levantada

—Entonces dime ¿qué harás? — Jackson abrió los ojos y me miró a mí, quizás esperando que le salvara el culo, pero no era la mejor compañera en estos instantes.

—¿Seguro que no quieres venir? —me preguntó.

—Acabo de comerme un helado —le respondí.

—¿Helado? Vi a Blake andar con prisas hacia la heladería—dijo José. Esta vez la que abrió los ojos había sido yo. No deseaba más problemas, pero tampoco podía dar explicaciones, sobre todo, porque comenzarían a hacerse preguntas. Preguntas que también comenzaba a hacerme desde su interés hacia mí y tal vez llegaban a la conclusión que la mayoría, era la nieta de los Baute—. Y ya que habéis hablado de comida, ¡me apunto! Tengo hambre, así que seremos seis, ¿qué os parece, chicas, si os invito a comer una porción de pizza?

—¿Y quién nos invita? —preguntó Lauren.

—Jackson —respondió con una sonrisa socarrona. Jackson afirmó con la cabeza con una sonrisa forzada que me dio a entender que no estaba a gusto con este cambio de planes.

—¿Qué os parece si nos marchamos ya? —preguntó Jackson para mirarme al segundo—. ¿No te importará quedarte un rato a solas en la asociación? Ángeles estará en reunión con los benefactores.

—Por favor, Sophia no es una imbécil que no pueda valerse por sí misma —les hizo saber Marian—. Adelantaos, debo ir al baño o reventaré en el camino. —Jackson volteó los ojos y se giró del todo para ir a la pizzería.

En cuanto estuvieron lo suficientemente alejados me sentí aliviada, por lo que me giré para entrar a sabiendas que Marian me interrogaría, sin embargo, en la entrada estaba Jenny.

—Espero que estéis fingiendo —me advirtió Jenny. Evité mirarla a los ojos sintiendo que la culpabilidad recaía en mis hombros—. ¡Eres igual a todas las cabronas que se acercan a él!

Me mantuve en silencio y rogaba que no siguiera gritando, no estaba segura si aguantaría fingir que no me importaba lo que me decía, pero no me dijo nada más, me dio la espalda y siguió su camino.

Me aferré en que la mejor decisión que había tomado era pedirle a Blake que me olvidara por el bien de los dos.

—¿Qué coño me he perdido? —preguntó mi amiga siguiéndome en cuanto entraba a U.P.B.—. ¿Sophia? —Levanté la mano antes de que siguiera.

—Necesito diez minutos, por favor, los necesito de verdad —le rogué.

—Sabía que algo había pasado, le escribiré a Jackson.

—¡No! —exclamé sintiendo que la carga de mis hombros era cada vez más pesada—. No puedes depender del humor de la pobre Sophia para divertirte. —Marian se cruzó de brazos.

—En primer lugar, hago lo que me dé la gana. En segundo lugar, cómo vuelvas a decir “la pobre Sophia” te la verás conmigo, me duele que pienses de esa manera. —Me mantuve en silencio a la sinceridad de mi amiga mientras trataba reprimir mis lágrimas—. ¿Qué te parece si me esperas en algún salón? En cinco minutos estaré a tu lado.

Quise negarme, no solo estaba arruinando mi vida, también la de otros. Confusa, entré a la primera sala que encontré y era aquella donde impartía las clases Blake. Dudé en salir, pero me quedé y observé el lugar con un pequeño giro.

Cerré los ojos y, sin saber por qué, adapté la posición básica de *ballet* como cuando comenzaba los entrenamientos y rutinas. Mi

cuerpo siguió recordando los movimientos aprendidos durante años, extendiendo la pierna hacia atrás, al igual que uno de los brazos para terminar con el pie en media punta y volver a posición.

Justo al terminar sentí el tirón en la pierna. Tenía un presentimiento y me aferré a que no había hecho estiramientos desde hacía mucho, aunque muy en el fondo conocía la verdad. Toda mi vida se había ido a la basura y me dejé caer al suelo apoyándome a la pared.

«¿Por qué era tan injusto?». Tenía muchos frentes abiertos y lo único que quería era volver a esa maldita noche donde todo se había truncado. Cerré los ojos de nuevo, martirizándome por estar viva y cuando estaba a punto de dejarme vencer, mi mente me trajo los recuerdos inmediatos de cada pequeño detalle que había vivido en la heladería.

Aquellos anhelos profundos, dejando así que la imaginación ganara por esta vez. Me imaginé bailar con él, con Blake guiándome para deslizarme a un lado, uniendo nuestros cuerpos para sincronizarlos en un ritmo que solo los dos podíamos entender. Me tapé la cara, frustrada y llena de rabia por dejar que un par de bailes le dieran esperanzas a mi corazón y sentía que le era infiel a Kenneth.

La puerta se abrió junto a una Marian predispuesta.

—¿Me acompañarías? —¿Acompañar? No deseaba ver a nadie más y negué con la cabeza.

—Es tarde —le dije logrando que terminara sentándose a mi lado. Fijó los ojos en un reloj colgado en la pared e intuí que trataría de convencerme por lo que me apresuré a responderle—. Estoy cansada.

—Sé que lo estás, pero solo te pido que me complazcas por esta vez. —En los últimos meses, Marian me había demostrado cuán importante era para ella, por lo que acepté y nos levantamos para salir de la asociación—. Le he dicho a tus abuelos que nos vamos de copas hasta perder la conciencia. —Volteé los ojos a sabiendas que eso no era cierto y ella rio—. ¡Vale! Le he dicho que necesitábamos el coche, iríamos a un lugar alejado, y si querían que regresáramos temprano debían aceptar mi sugerencia, te confieso que se quedaron atónitos, pero Ángeles les pidió a esos viejos estirados que la llevaran a su casa.

Esta era la Marian que conocía. Entramos al coche y, como siempre, me senté detrás, con los músculos tensos. Encendió el motor y escribió en el GPS la dirección. Condujo durante unos cuantos kilómetros en los que me esforcé por mantener la mente en blanco, tratando de responder a la conversación que manteníamos.

Treinta minutos después entramos a unos aparcamientos y leí las enormes letras del cartel que tenía el edificio.

—¿Qué hacemos aquí?—le pregunté desconcertada.

—Para poder seguir avanzando tienes que enfrentar obstáculos—

me respondió.

—Es que para mí no es un obstáculo —contesté llena de resentimiento—. He decidido no volver a la rítmica y punto.

—¿Estás segura? —me preguntó. Apreté los puños y la ignoré mirando a otro lado. Estar aquí me traía el peor recuerdo de mi vida y no aceptaría aumentar el cargo de conciencia, no quería sentir más dolor del que llevaba a mis espaldas.

Me limpié una lágrima que se me escapó y me sorbí la nariz, diciéndome a mí misma que no lloraría. Era un golpe bajo por parte de Marian y no le daría la oportunidad de alguna explicación.

—Tienes dos horas para llorar todo lo que quieras, eso sí, yo iré a estirar un poco, he encontrado este lugar de casualidad. Es una escuela pequeña, nadie hará preguntas ni tendremos niñas revoloteando alrededor nuestro diciendo: «¡Enséñanos combinaciones y saltos!». Así que tú tienes la opción de quedarte aquí dentro del coche o enfrentarte a lo que una vez te apasionó de verdad para retomar con fuerzas la vida.

—¡¿Y es que nadie me escucha?! —grité finalmente con dolor en el pecho, apreté los labios y me callé. Marian lanzó las llaves al sillón de atrás y se bajó.

Gruñí de frustración y la maldije una y otra vez. No quería recordar segundo a segundo esa noche donde todo había sido error tras error, decepción, culpabilidad y, sin poder resistir más, me eché a llorar como los primeros días tras el accidente.

Pasaron los minutos y la ansiedad se engrandeció en mi pecho. Tenía que aceptar el giro que había dado mi vida y para que sucediera, debía enfrentarme a este miedo y a todo lo que se escondía detrás.

Respiré con profundidad varias veces, agarré las llaves con una mano, con la otra sujeté el manillar de la puerta y la abrí. Saqué una pierna, luego otra y, al menos durante un minuto, me mantuve luchando con la ansiedad que a ratos me ganaba la pelea.

Apreté los labios y otro par de lágrimas brotaron de los ojos, las limpié con el revés de la palma y me puse de pie. Cerré la puerta y me giré hasta el imponente edificio donde las enormes letras de neón se podía leer: «Academia infantil de danza y gimnasia rítmica». Tragué saliva y caminé hasta la entrada.

Cada paso lo hacía con pesadez, llegando a imaginar las innumerables sesiones de pesas en el gimnasio para fortalecer las piernas… Las piernas… Mi pierna, el miedo a enfrentarme a la verdad me hizo dudar.

Llegó a la puerta principal, el corazón me latía a mil por hora y juraba que las llaves del coche se habían adherido a mi piel por la fuerza con la que las sostenía.

Era una tortura lo que estaba viviendo, las imágenes volvían con detalle. Lloré durante el recorrido luchando por no detenerme y regresar, no era de las que dejaba los propósitos a medias. Una vez que traspasara esta puerta, era consciente de que aceptaría los nuevos retos que me impondría la vida.

Cogí otra bocanada de aire y la empujé, se me hizo tan pesada que temí que no pudiera hacerlo, sin embargo, logré derribar ese primer obstáculo que me dejó una sensación de paz en cuanto entré. La misma que experimenté cuando acepté salir de las cuatro paredes de mi habitación, aquella que sentí al lado de Blake mientras veía el oscuro firmamento y las estrellas aparecer.

Había sido tan injusta, él no tenía la culpa de mis frustraciones y miedos, solo quería ayudarme, pero era tarde, ya no tendría otra oportunidad, lo había echado de mi vida de forma cruel.

Apreté los labios y respiré con profundidad para no dejarme apabullar por el remordimiento. Tenía tantas batallas de las que había huido sin enfrentarme y aquí estaba, con la oportunidad de ganar una de ellas.

25

SOPHIA

Observé el lugar y lo primero que vio fue una cartelera informativa. Sin explicármelo, creí sentir un abrazo invisible envolviéndome, dándome las fuerzas de seguir adelante. Me llevé una mano al pecho para recrearme en ello.

Escuché la voz de una mujer que repetía un conteo junto a las notas de un piano, a su vez las quejas de Marian. Me giré de todo en cuanto me fijé que discutía quien sabe qué, por lo que me acerqué.

—¡Por favor!, no pido todo el salón de enteramiento, solo un espacio, dejad de esas exigencias que no sois *Idyllwild Arts Academy*[12]

—Pero es que el salón que pide, en este momento hay una clase.

—¿Y acaso no sabes quién soy? —le preguntó a punto de comenzar a gritar. Me acerqué a mediar y recordarle que no estaban en Durham.

—Es evidente que no todos recuerdan los rostros de los mejores gimnastas de los Estados Unidos —expliqué con cordialidad. La administrativa miró a Marian con asombro y antes de que se disculpara, proseguí—. Es mejor que tampoco se sepa que está aquí, quizás a los padres de las alumnas no le agradaría tener a la prensa local en la entrada, simplemente porque la gran Marian Grant ha escogido la academia como lugar de entrenamiento durante sus vacaciones.

Fijó sus ojos en Marian que resopló y sin dejar su orgullo de lado, prosiguió.

—Dime que conseguirás alguna hora libre.

—Podría mirarlo —le respondió dudando.

—Podrías no… Lo mirarás ahora —ordenó Marian solo para ponerla en apuros.

—Lo intentaré—dijo fijando sus ojos en mí, supuse que buscaba mi ayuda.

—Eres muy amable y podemos esperar para un salón más pequeño —le dije transmitiéndole tranquilidad con la mirada. Afirmó con cierto temor, mientras Marian se giraba para que no viese su sonrisa. Le di un codazo para que no siguiera atormentándola.

—No me gusta ser condescendiente —me respondió a modo de defensa. Ladeó de nuevo la cabeza cambiando su tono de voz—. Si logras encontrar un hueco, dejaré que te tomes un millón de fotos conmigo y que las cuelgues en las redes sociales.

La administrativa levantó la cabeza y me miró de nuevo y le

sonreí. Marian podía ser la persona más insoportable y amedrentadora por lo que con rapidez centró la mirada en la pantalla, tecleando sin parar.

Marian me observaba, definitivamente sus terapias bruscas, una vez más, le resultaban.

—Gracias —dije en tono bajo. No pudo resistirse y me abrazó. Un abrazo que me tomó desprevenida. No solía tener esos gestos y, una vez más, me sentí en deuda con ella.

—Recuerda que siempre estaré para ti —me respondió con una gran sonrisa—.Ahora quiero sinceridad… Si logras salir adelante ¿te atreverás a volver? —Apreté los labios, esa pregunta escondía cierta ilusión y debía contarle lo que comenzaba a preocuparme y antes de hacerlo, la recepcionista nos interrumpió.

—Tenemos un salón un poco más pequeño que el que deseabais y estará libre en cuarenta minutos—nos informó—. Serían los martes y jueves antes de cerrar.

—Muchas gracias —le respondí—. Tienes suerte, Marian —le dije a mi amiga bromeando—. Es jueves.

—¿Así que piensas que es solo para mí? —ironizó—. Si crees que puedes jugar conmigo, debes recordar que soy la reina.

—¡Vaya! No sabía que estaba frente a una reina —bromeé para fastidiarla por el mal trago que me había hecho vivir —. A mi amiga le gustaría decirte que te lo agradece y que no le importaría esperar. —Marian bufó por lo bajo y la obligué a apartarse para sentarnos en unas sillas que estaban en la entrada del lugar para esperar.

—Ya nadie nos interrumpirá, así que deja de dar rodeos y dime qué ocurre. —Apreté los labios en silencio, pensando en las palabras que necesitaba para lo que iba a confesarle—. Además, eres una mala pécora —protestó logrando que la mirase desconcertada a su reproche.

—¡Ha vuelto la insoportable Marian Grant! —Me miró frunciendo el ceño.

—Te aseguro que aparecerá la Marian que odias así que, si no sueltas eso que te tiene agobiada, la armaré a lo grande —me advirtió.

El miedo se apoderó de mi cuerpo e inconscientemente estiré la pierna, Marian observó el movimiento involuntario y maldijo.

—Creo que necesito otra opinión médica.

—¡Joder! —exclamó Marian, alzando la voz más de lo normal y pegando la cabeza en la pared. La administrativa nos observó con los ojos abiertos—. Lo siento —dijo con sinceridad para mirarme—. Siempre he confiado que con rehabilitación podrías recuperarte del todo, pero si crees que es lo mejor, hazlo y tal vez…

—No volveré—le repetí como tantas veces le había dicho—. Siento que no será igual y tal vez me centre en impartir clases.

—Antes de sacar conclusiones debemos ir a otro especialista para que te haga pruebas, estudios, te opere… —me sugirió Marian, frustrada a que me rindiera con tanta facilidad.

—¿Debemos? —le pregunté quitándole hierro al asunto. Marian frunció el ceño y me di cuenta que estaba preocupada de verdad por lo que suspiré en alto—. Iré solo para adaptarme al diagnóstico que me den, reconozco que la gimnasia es parte de mi vida y siempre la recordaré con intensidad.

»He vivido los mejores momentos de mi vida, pero esa noche se cerró ese capítulo y siento que debo culminar otras metas que he ido trazando con lentitud para seguir adelante.

—No sé qué decirte—me dijo girando su cuerpo hacia mí—.No estoy capacitada para estos momentos, solo sé dar caña y amedrentar a todo el que pueda. —Solté una carcajada—. No te rías, ¡joder! Me cuesta abrirme. —Le palmeé el muslo con cariño, cualquiera que la conociera no creería lo que decía, pero era la mejor amiga que podía tener.

—De vez en cuando hay que darte de tu propia medicina. —Abrió los ojos y volví a reír.

—¡Serás…! —masculló, seguido de una mirada asesina—. Ya que lo tienes decidido, pasemos a otro asunto que aún me debes una conversación.

Había olvidado la insinuación de José y el reproche de Jenny. Deseé que a Marian se le borrara la memoria, recordarlo conseguía que de golpe sintiera todas las sensaciones que solo él había hecho renacer.

—Blake no tiene cabida en mi vida.

—¿Qué quieres decir?

—Le he pedido que se olvide de mí.

— ¡¿Qué has hecho qué?!

BLAKE

Sí, sabía que debía dejarlo pasar, olvidarme de ella por completo, pero ¿cómo lo hacía? Ahora más que nunca se había metido en mi cabeza. Aún podía oler su pelo, ese aroma silvestre que me trasladó al campo, a cuando era niño, recordando el por qué no perdonaría a mi padre.

Los mejores momentos de mi infancia los disfruté junto a él cuando íbamos a *Fall Creek Falls*[13] hasta que todo cambió y terminamos en otra ciudad. Me obligué a desprenderme de esos malos recuerdos; se lo había prometido a mi madre y a mí mismo.

Sin embargo, la sensación que experimentaba en estos momentos era lo más parecida en aquel entonces. ¡Maldita sea!, quise gritar

cabreado, me senté en el bordillo de la acera tapándome la cabeza con las manos.

No podía darme por vencido, lo había visto en sus ojos; Sophia necesitaba salir de esa oscuridad en la que se obligaba a permanecer.

—Has dejado tu cartera y el móvil en la oficina —me dijo Marlind con cautela.

—Gracias —le respondí incorporándome—. Sé que soy un pelmazo.

—No sé de dónde sacas eso—me respondió.

—Supongo que has visto cómo ha salido de la heladería, así que para algunas mujeres lo soy.

—Los hombres os hacéis los tontos, ¿verdad?, no os dais cuenta de ciertos detalles. —La miré de reojo pensando en los análisis que las mujeres querían que siempre hiciéramos, pero nos costaba entenderlas.

—No tengo ánimo para pensar—le confesé—. Sea lo que sea que quieras decirme, dilo ya.

—Si lo quieres así—respondió encogiéndose de hombros—. Si fueras un pelmazo como te describes estaría encantada que lo fueses conmigo las veinticuatro horas al día y así como yo, una fila de mujeres pensarán igual. —Reí a carcajadas con desgana.

—No sabía que aparte de servir los mejores helados de la ciudad también eras especialista en subir el ánimo.

—Debo irme, pero, Blake, no tienes que rogarle a una mujer que te preste atención, hay muchas que estarían dispuesta a estar en su lugar.

—¡Marlind!

—Querías sinceridad y te la he dado. —Me dio la espalda y entró a la heladería.

Quizá tenía razón, debía quitársela de la cabeza. Me pasé la mano por el pelo, la solución la tenía y era la más fácil: olvidar esos ojos almendrados, sin embargo, no pudo ser.

Llevaba días sin saber de ella y los recuerdos se intensificaban cuando Chloe Clifford aparecía para insinuarse, mi mente aprovechaba para recordarme a Sophia.

Traté de centrarme en las clases de U.P.B., en hacer *kick—boxing*, pero a la hora de ir a dormir, mi mente se aferraba a ella, a ese ferviente deseo de probar sus labios y recorrer su piel.

El móvil vibró en la mesa, sabía muy bien quién llamaba y la ignoré volviendo al trabajo, iba retrasado, pero, de nuevo, la melodía interrumpía el silencio del lugar, suspiré con cansancio, Chloe estaba acabando con mi paciencia y el malhumor se incrementó.

Le debía mucho a Frank, pero se estaba convirtiendo en una tortura y culpaba a esa ambición desmedida en demostrar que sin su

padre había llegado al éxito que tanto había trabajado y aquí estaba pagando un precio alto.

Chasqueé la lengua, dándome por vencido; la poca concentración que tenía se había perdido con el tercer timbrazo y decidí dejarlo por ese día. Cerré los programas, metí el móvil en el bolsillo del pantalón y salí de la oficina dejando todo atrás.

Llegué a casa, deseando aislarme de todos y sabía cómo hacerlo, cambié mi ropa por un vaquero, una camiseta básica y la chaqueta para luego coger el bolso y una muda de ropa limpia para apagar el móvil sin fijarme en las llamadas perdidas y bajé hasta el sótano del edificio que quedaba en South East para salir a toda velocidad en la motocicleta.

26

ÁNGELES

Observaba los detalles de la invitación para el evento en el que todos habían trabajado con esmero. Aún teníamos tiempo de subsanar los problemas, sobre todo, en este año que sería especial; despediríamos a Blake y es que su paso por la asociación había concluido, su trabajo en Clifford & Asociados requería mayor tiempo y, de alguna forma, debían recompensarle su dedicación.

Escuché el frenazo de una moto y me desconcertó la entrada de Blake que apenas nos saludó a Elena y a mí cuando siempre había sido cariñoso y amable con todos.

—¿Has discutido con Blake? —le preguntó a Elena.

—¡Te juro por Dios que no! Lleva días así, cualquiera diría que se ha peleado con la vida misma.

Me crucé de brazos dando ligeros golpecitos a un lado de mi cara con los dedos. Lo conocía, solía estar así cuando alguna situación le afectaba de gran manera y lo que Elena acababa de contarme me llevó a que me diera cuenta de que no era el único con un comportamiento extraño.

Marian me había rogado que le prestara el coche sin darme más detalles un par de días antes y, al día siguiente, le lanzaba pullas a Sophia que para mí no tenían sentido.

Ni mucho menos me creía esas salidas a la playa cuando mantenían el mismo color sin dejar de lado esa sobreprotección que mantenía hacia Sophia.

Además, de buenas a primeras me hizo saber que necesitaban la casa para ellas, echándome casi a patadas y sin dejar de lado esa despedida tan extraña el domingo en el aeropuerto. Lo único que tenía claro en todo esto, que, si quería animarla, había logrado el efecto contrario. Sophia se escondió más en su caparazón al punto de dejar de hacer su rutina de rehabilitación.

—Elena, tengo que volver a casa—anuncié—. ¿Podrás seguir sin problemas?

—Sí —me respondió —. ¿Quieres que te sustituya en la clase?

—Te lo agradecería. —Tenía dos incógnitas que resolver y que, al parecer, tenía la misma respuesta—. Necesito un papel y un boli. —le pedí a Elena, que, sin preguntar, arrancó una hoja de su bloc de notas y me pasó el boli. Le di las gracias, escribí con rapidez y se lo entregué —. Llévaselo a Blake ahora mismo, nos vemos mañana. —Me despedí con la mano para ir hacia el coche, encender el motor con rumbo a

casa.

BLAKE

La clase fue un desastre, llevaba veinte minutos desconcentrado por lo que le pedí a Jackson que siguiera. Esa nota de Ángeles me tenía confuso, era muy raro de su parte, solía llamarme o decírmelo en persona.

«Necesito que me llames con urgencia y no quiero excusas». Volví a leer por lo que busqué el móvil y marqué el número, era la única manera de matar la curiosidad, pero, al tercer tono, Ángeles cortó la llamada.

Fruncí el ceño y volví a llamar, repitiendo la misma acción, insistí una última vez y si me cortaba de nuevo, la mandaría a freír espárragos.

—¡Blake!—me saludó más efusiva de lo normal—. Necesito hablar con urgencia sobre detalles de la presentación.

—¿No puede ser el lunes? —le pregunté desconcertado

—No.

—Verás, Ángeles, quiero llevar a mi madre a cenar y se me haría tarde si paso por tu casa primero. —No entendía su urgencia y recurrí a una mentirijilla. No quería tentar a la suerte y terminar en un lío por lo que tendría que llevar a mi madre a cenar después de todo.

—¿Qué te parece si os venís a casa a comer los tres? Sería genial ver a Alice mañana mismo.

¡Maldición! Las ganas de ver a Sophia aparecieron, pero no iba a tolerar otro desplante por su parte, el problema era que Ángeles insistiría hasta comprometerlo. Maldije a mi suerte pensando que todas las mujeres difíciles estaban cruzándose en mi camino.

—Sobre la una de la tarde, ¿te parece bien?

—Perfecto —me indicó para despedirse luego. Cerré los ojos, resignado a que tendría que mantener mis impulsos a raya a sabiendas que Sophia me ignoraría en cuanto me viese.

ÁNGELES

Vi por última vez a Sophia hablar con un grupo de pequeños desde las afuera del lugar. Había decidido ir a casa para saber qué le ocurría y en cuanto disminuí la marcha me percaté de que se subía a un taxi.

Pensé en llamarla y antes de hacerlo, recibí un mensaje de ella indicándome que saldría. Mi intuición me indicó que la siguiera y durante media hora lo hice hasta detenerme, dejándome sorprendida. ¿Por qué me ocultaba algo tan importante?

Me bajé y entré a la academia de danza, en ese tiempo una mezcla de emociones me invadía, pero el móvil comenzó a sonar y me retiré al ver el nombre de Blake reflejado. No me enorgullecía manipularlo, no me gustaba estas actitudes, pero necesitaba aclarar qué demonios ocurría.

En cuanto nos despedimos volví a observar a Sophia y sonreía como lo hacía cuando entrenaba, reflejaba esa ilusión que había perdido. Me retiré sin hacer ruido y volví al coche, encendiendo el motor y me dirigí a casa, no sin antes poner el manos libres y marcar el número de la única persona que me contaría la verdad.

—¡Hola, Marian!

—¡Ángeles! ¿Le ha pasado algo a Sophia?

—¿Debería tenerlo? —pregunté con voz fingida—. ¿Por qué tengo la intuición que va siendo hora de que me cuentes la verdad? ¡Ah! Y no te vayas por las ramas, ¡al grano!

Después de esa llamada, medité la conversación con Marian. Deseaba ayudar más que nunca a Sophia, pero su amiga me rogó que esperara que ella diera el paso por sí misma.

Los resultados de ciertos estudios que se había hecho sin decirnos serían la clave a una de las tantas conclusiones que les había dado el especialista que visitaron.

Me reproché por no haber comprendido el significado de «esa noche de chicas» y medité sobre Sophia y Blake.

Estaba a punto de llamarlo y cancelar la comida, pero mi intuición me gritaba que ambos necesitaban un nuevo encuentro. Me senté delante del portátil, buscando información sobre la academia a la que Sophia asistía a mis espaldas y encontré una competencia infantil este mismo día. La recordé por unos segundos deslizarse por el tapiz cuando era pequeña y lo feliz que se veía.

Me aferré en centrarme en la comida, era un momento crucial en el que todo podía cambiar, así que hice una lista con lo que debía hacer, desde ir con rapidez al supermercado, pensar en varias recetas y recordé una en especial y sonreí con ilusión, me levanté dispuesta a seguir su plan.

BLAKE

Me levanté de la cama con el gusanillo ansioso recorriendo mi interior, tal vez porque la noche anterior no me había atrevido a contarle a mi madre que Ángeles nos había invitado a comer sin un motivo real.

Me duché y le envié un mensaje antes de que apareciera y me reprochara el desorden invisible que, según ella, acampaba en mi casa. Exageraba, había aprendido a mantener en orden todas mis

pertenencias en la universidad. Me preparé el desayuno y revisé el trabajo atrasado, pensando cómo ocultar lo que me sucedía.

Desde la noche anterior me sentía como un adolescente ante su primera cita, reí con desgana por ser tan patético y es que la mente humana era magnífica para recrear toda clase de estupideces. Escuché el timbre y a la vez el ruido de la cerradura.

—¡No entiendo para qué tocáis el timbre! —grité. Jenny cerró la puerta mirándome con una ceja levantada.

—Lo hago para que mamá no vea alguna visita inesperada. —Me giré enfrentándome a su mala cara.

—Había olvidado ese detalle que… ¡MAMÁ, NO ABRAS!

Ella se detuvo ante mi grito, Jenny se sentó desternillada de risa en el sillón cercano a la mesa de trabajo. Mi madre nos reprendió con la mirada.

—¿Qué rayos harías que recurres a la burla? —preguntó con ironía Jenny—. Será un día súper divertido y mira que mamá estaba haciéndome muchas preguntas y con esto no tendrá piedad alguna.

—Tiene razón Jenny. ¿Qué está ocurriendo? Ayer me llevaste a cenar de manera sorpresiva y hoy me pides que venga con ropa decente porque Ángeles nos ha invitado a comer. ¿Con qué razón?

—Me olvidé de decírtelo.

—¡Blake! —exclamó con el ceño fruncido—. Si Ángeles quiere invitarme, me escribe a mí, no manda emisarios.

—Tal vez quiso cambiar —le exclamé levantándome con rumbo a la cocina al no darle una respuesta certera.

—¡A mí no me mires!—escuché a Jenny exclamar—. Ya Ángeles nos explicará tanto misterio.

Suspiré en alto, algo me decía que Jenny tampoco se creía que fuera una invitación sin más y maldije su sexto sentido. Se había enterado de lo sucedido en la heladería de Franco por Marlind que me echó en cara que si la volvía a ver no se callaría las verdades que deseaba decirle, esperaba que se le hubiera olvidado, no quería más problemas.

Terminé de preparar el café y regresé al salón con la taza para dársela a mi madre mientras la abrazaba y le dejaba un beso en la coronilla.

—¡No me halagues! —protestó mi madre —.Te conozco y sé que algo ocultas.

—Mamá, deja las paranoias —le respondí y tuve una idea para cambiar el tema—. Tengo una duda bastante seria: de los dos ¿quién es el que más te quiere?

—¿En qué problemas te habrás metido para recurrir a esa bajeza? —preguntó con burla Jenny. La ignoré abrazando de nuevo a mi madre, que se quejó por no dejarla en paz, aunque me dejó que

siguiera dándole besos en la mejilla.

27

SOPHIA

Me levanté de la cama con mejor ánimo, sería el primer día del cambio. Había logrado encontrar la fortaleza para enfrentarme a cualquier diagnóstico o prueba que se interpusiera en mi camino.

Me vestí y, siguiendo el consejo del médico, hice varios ejercicios que no forzaran a los ligamentos y músculos de la pierna. Me extrañó no tropezarme con mi abuela en cuanto bajé, y mi abuelo me explicó que había ido al supermercado, ya que teníamos invitados. Saqué de la nevera unas piezas de frutas y bebí una taza de café con rapidez, si había visitas tendría la excusa ideal para escaparme y asistir a la competencia que tendrían las niñas de la academia de danza.

Recordé la invitación de la directora de la academia a impartir talleres especiales para animar a las niñas. Con ello daría otro paso importante, ver de nuevo un tapiz y presenciar una competición. Me despedí de mi abuelo y salí a la terraza para hacer los ejercicios.

EDUARDO

Llevaba un par de semanas observando el comportamiento de algunos, no quería hacer conjeturas apresuradas, la vida y mi profesión me enseñaron a seguir los movimientos y mi intuición me indicaba que ese día la vida de dos personas cambiarían.

No estaba seguro si era una buena combinación, al igual que mantenía mi opinión sobre la actitud de Victor de actuar a espaldas de Sophia. Vi entrar a Ángeles bastante distraída y me extrañó, siempre cantaba o hablaba sobre cualquier detalle que había sucedido en el supermercado.

—¿Podría saber qué te sucede?—le pregunté.

—Ten paciencia, Eduardo.

—Dios sabe muy bien que la tengo, pero estás distraída y eso me lleva a sacar conjeturas.

Ángeles sonrió de nuevo y me premió con un pequeño beso en los labios para comenzar a preparar la comida.

—Sé que no te gusta que me entrometa y sabes que no soy de hacerlo, pero creo que es bueno ayudar de vez en cuando a que se arriesguen como una vez lo hicimos tú y yo. —Resoplé.

Quería a los dos chicos y sabía que ambos tenían fantasmas que no deseaban combatir, pero no estaba de acuerdo en empujarlos a lo que no están seguros de querer.

Ambos habían vivido situaciones traumáticas y necesitaban sanar sus corazones, también debía aceptar que Ángeles solía acertar en encontrar lo mejor de las personas que estaban perdidas en sus vidas. La miré moverse de un lado al otro y rogué que fuera una comida agradable y no terminase entre llantos y disculpas.

SOPHIA

Abrí la puerta de la terraza y me encontré a mi abuela de aquí para allá. Me saludó con entusiasmo y me dijo que le apetecía hacer *bucatini all'amatriciana*. Me encantaba ese plato, por lo que subí corriendo a darme una ducha rápida, cambiarme y bajar para ayudarla.

Hacía calor y puse un vestido veraniego corto junto a un jersey abierto que tapaba las cicatrices que aún se veían. Me hice una coleta alta y bajé con la intención de conocer el toque secreto de esa receta.

JENNY

Todo esto rozaba el absurdo y me mordía la lengua para no mandarlos a la mierda. Odiaba estar aquí, sentada en una mesa, viendo a todos fingir que estaban contentos.

En realidad, solo había una persona que desconocía lo que había sucedido entre Sophia y Blake, y era mi madre, el resto hacía su papel y eso me cabreaba. Movía la pierna nerviosa y tratar de mantener la compostura me estaba pasando factura, no era de tener paciencia, por lo que decidí pasar a modo ataque, yo no tenía nada que perder como otros.

—Es curioso saber que el impertinente de mi hermano te salvó el pellejo, pero se le olvida que soy curiosa por naturaleza y tú aún no me has respondido. —Blake fijó sus ojos en mí, pidiéndome que no siguiera. Lo llevaba claro…

Vi a Sophia tensarse y para fingir bebió de su copa de vino, me daba a entender que Marlind no me había mentido con lo miserable que había sido con Blake.

—Sé que te debo explicaciones y voy a dártelas ya —me dijo—. Hace unos meses tuve un accidente automovilístico. Desde entonces sigo en rehabilitación, perdí todas las competiciones de este año y decidí que había llegado el momento de cerrar esa… —Se pasó la lengua por los labios como si lo que me fuera a decir le costara la vida entera—. De cerrar esa etapa de mi vida y dedicarme a mi carrera universitaria, aunque siempre supe que algún día tenía que pasar.— Concluyó con un deje de tristeza.

¡Mierda! Mi conciencia se hizo presente en cuanto bajó la mirada

hacia el plato, se notaba el dolor que escondían sus palabras. Me removí en mi asiento, sonriendo avergonzada. Era una de las pocas veces que me había sentido así y me justifiqué al segundo, nadie me había contado nada de ella.

Me sentí observada como tantas veces lo había hecho Blake cuando quería reprocharme por mi actitud desmedida y quise hundirme en mi asiento.

A eso le sumaba el maldito silencio que se instaló en la mesa, solté un resoplido de frustración y me sinceré.

—¡Oye, Sophia! Siento si he sido una cabrona.

—¡Jenny! —exclamó su madre avergonzada.

—Te has definido perfectamente— me echó en cara Blake con rencor.

—No te preocupes —respondió Sophia tratando de aliviar la tensión que había creado en este instante—. ¿Qué te parece el entrante? —me preguntó tratando de quitarle hierro a la situación.

Ni siquiera lo había probado, ya que solo pensaba en cómo estropear la velada. Alargué la mano cogiendo uno, me lo metí en la boca y fruncí el ceño.

—¿Es queso? —pregunté saboreándome los labios y proseguí—. ¡Qué bueno está!

—Son bombones de queso azul —me explicó Sophia sonriendo con timidez—. Quedaba en el frigorífico un poco de queso y, al verlo, recordé la receta.

Y a pesar de creer que eso le subiría el ego, dejó de sonreír.

—Uno de los pocos pecados que he hecho sin cargo de conciencia.

SOPHIA

De nuevo era una prueba que tenía que superar y es que en cuanto decidí contar cómo se hacía, recordé que la primera vez que los había probado, había sido con Kenneth.

Un día, cansada por una semana de duro trabajo, se apareció en el centro de entrenamiento dándome la sorpresa. Me invitó a su apartamento, que había alquilado con dos compañeros cerca del campus. Era pequeñito para los tres, aun así, acogedor.

Ese día se había deshecho de sus compañeros. Kenneth me pidió que me sentara en uno de los taburetes y me rogó que cerrara los ojos, seguí el juego y al abrirlos, me encontré con unos curiosos platos con un dibujo de un tren y en cada vagón estaban los bombones.

«Es tu noche de pecar», me dijo. Sonreí, dejando que se acercara y me invitara. No lo dudó, y mucho menos en tener una noche que me llevó a pecar de diferentes maneras.

Traté de sonreír ante mi silencio, no quería que se preocuparan

por mí, el problema es que no llegué a conseguirlo, el dolor del recuerdo me pesaba mucho más.

28

BLAKE

Sujeté el mantel de la mesa, era duro verla hundida en ese foso del que le costaba salir. Deseé con todas mis fuerzas abrazarla, calmar su dolor y pedirle que se diese una nueva oportunidad y dejase de torturarse. Eduardo decidió darle un giro a la charla con una burla habitual referente a su estado físico y ciertos placeres que se negaba a dejar de lado.

Reconocía que no debía haber sido fácil explicarles que dejaría la mayor de sus pasiones y deseé haber podido conocer esa faceta de ella. Apostaba que se sentía en libertad, como me sucedía cuando bailaba.

Nuestros ojos se encontraron y la sonrisa que ella me otorgó me envolvió como ninguna mujer lo había hecho hasta ese instante. ¿Cómo podía pasar de ella?, ¿cómo podía alejarme si con solo sonreírme me desarmaba?

SOPHIA

Después de la comida, encontré la excusa perfecta para alejarme de todos manteniéndome ocupada en la cocina a sabiendas de que Blake no apartaba los ojos de mí.

Cada gesto de ayuda que tenía, me recordaba a Kenneth y se me hacía cuesta arriba fingir, lo que en realidad quería era que sus brazos me acunasen y escuchar los latidos de su corazón.

Lo más conveniente era salir de allí, aislarme en lo único que me podía dar la paz que necesitaba y que me ayudaba a mantener en la memoria a Kenneth.

—Disculpad, pero debo salir—anuncié al acercarme al salón donde estaban reunidos—. He recordado… —Inconscientemente la mirada la crucé con la de Blake, que me observó atento. Al segundo fijé los ojos en mi abuela, por alguna razón me sentía culpable al huir de esta ebullición que sentía dentro de mí—. He recordado que debo comprar un par de cosas que me hacen falta.

—Jenny podría acompañarte—insinuó mi abuela. Abrí los ojos e intenté pensar rápido para evitar ofenderla.

—Me gustaría, pero tengo que reunirme con unos compañeros para estudiar—respondió a modo de excusa y se lo agradecí en silencio. Miré el reloj y los observé a todos menos a Blake.

—Disfrutad la tarde y un gusto conocerte, Alice.—Me despedí

para girar y alejarme antes de que la conciencia hiciera de las suyas.

ÁNGELES

Estaba al corriente de hacia dónde iba y comprendí que esa competición tendría un papel importante al que Sophia estaba dispuesta a encontrar. El problema que veía era que ella se alejaba de cualquier indicio de volver a enamorarse.

Observé a Blake, perdido en sus pensamientos y suspiré en silencio al reconocer que el amor solía ser tan intenso en ocasiones que terminaba alejando a los que lo conocían por primera vez, al atemorizarse por lo que sentían.

Decidí ir a la cocina para servir algunas galletitas con café para Alice y Eduardo y antes de entrar, vi una de las fotografías que tenía colgada en la pared. Una de esas tantas que nos habíamos tomado Eduardo y yo en nuestra boda de Las Vegas.

Una foto que me recordaba que ninguno de los dos nos desmoralizamos ante tantos tropiezos en nuestros primeros años de pareja. Un joven recién llegado de España que quería conocer mundo y una chica que tenía otras metas y que, al encontrarse nuestro destino, cambió totalmente.

Llamé a Blake con la esperanza de que no diera todo por perdido, alguno tenía que dar el paso, alguno debía seguir intentándolo.

—No sé qué ocurre entre tú y Sophia—le dije mientras servía el café—, pero a ambos os afecta y no podéis ocultarlo.

—Ni yo lo sé, me siento confuso y es frustrante— me confesó —.Debería saber cómo actuar, no tengo quince años para no tener las ideas claras y me gusta más de lo que podría aceptar, las pocas veces que hemos estado juntos ha sido totalmente diferente a lo que he creído. —Respiró profundo y se pasó la mano por la cabeza—. Me gustaría consolarla, arrancarle esa tristeza de su interior, pero es casi imposible, inalcanzable, cuando tengo que ocultar lo que vosotros habéis decidido hacer.

Me enterneció su confesión. Blake había disfrutado tan poco de sus años de adolescente por esa meta que se había fijado, y lo que no sabía explicarle, lo conocía perfectamente. Podía explicárselo y me di cuenta que era mejor que él lo descubriera por sí solo.

Siempre había otra oportunidad y él se merecía una también.

—Olvídate de eso—le respondí dándole un empujón—, la responsabilidad recae en nosotros, en su padre, Victor, y no en ti.

—Te recuerdo que Frank me ha asignado ser parte del caso.

—Si tanto te incomoda estar en el caso puedo exigir que te saquen del mismo—le respondí cruzando los brazos—. Podría llamar hoy mismo a Frank para pedírselo.

—Tengo la sospecha que no lo aceptaría—me respondió.

—La solución la tienes frente a ti, pero me pregunto si estás dispuesto a dar el paso.

—¿Qué intentas decirme?—me preguntó.

—Blake, estoy convencida que solo tú puedes ayudarla. Sophia lleva meses perdida. Lucha por seguir adelante, pero la tristeza puede más con sus ganas de vivir y cuando la observo recuerdo a un adolescente perdido con ese sentimiento de querer desaparecer por un padre que lo abandonó.

Abrí un cajón, saqué un bloc de notas y un bolígrafo, garabateé un par de palabras y le pasé el papel.

—Ve allí, yo me encargaré de Alice y Jenny, tengo el presentimiento de que te ayudará a llegar al interior de Sophia.

—Pero… —Acuné su mano y lo miré, pidiéndole en silencio que se dejase llevar. Salí de la cocina dándole la libertad de escoger.

Aceptaría que escogiese el camino de alejarse, el más fácil y práctico, aunque la intuición me decía que no sería así.

—Debo irme —anunció minutos después—. Necesito aclarar la mente.

BLAKE

Guardé el papel en el bolsillo con un debate en mi interior, no quería aparecer sin siquiera saber qué decir, pero los impulsos me empujaban a que fuese tras ella. Me atusé el pelo nervioso, saqué el papel de nuevo, lo desdoblé para ver la dirección y fruncí el ceño al no entender qué diablos haría allí.

Doblé el papel de nuevo, lo metí en el bolsillo y me dirigí al salón para despedirme y salir de la casa. Encendí el motor del coche sin rumbo fijo hasta que me detuve dudando. La realidad me hacía poner los pies en la tierra, era mejor ser cauto, tomar otra dirección y no la que los instintos me pedían. Encendí de nuevo el motor dispuesto a regresar a casa, la mejor solución para los dos, pero me di cuenta que estaba jodido, por mucho que intentara sacarla, Sophia se había metido en mi mente y deseaba que fuera parte de mi vida.

Me había prometido que no estaría entre mis prioridades tener otra relación que no fuese más allá del sexo.

—¡Maldita sea! —exclamé en alto apoyando la cabeza en el sillón del coche. Saqué, por tercera vez del bolsillo, el papel con la dirección y escribí en el GPS a dónde debía ir.

Aparqué con la conciencia haciendo mella en mí confundiéndome más de lo que debía. La razón y la honestidad eran parte importante de mi vida, apoyé la cabeza en el volante, ya estaba allí, ya había dado el paso, ya me había dejado llevar por mis instintos y debía

seguir adelante.

29

SOPHIA

Pedí un taxi y agradecí a que apareciera con rapidez. Me subí dándole la dirección con el miedo invadiéndome en cuanto el vehículo comenzó a moverse. Cerré los ojos, imaginándome que el trayecto sería lo más deprisa posible, me obligué a pensar en la letra de la canción que se escuchaba, pero fue en vano, la primera imagen que apareció en mi mente fue Blake logrando que mi corazón se disparara.

Sabía que tenía que combatir estos sentimientos de culpabilidad que me atormentaban, desecharlos, pero la lucha era difícil, los demonios aparecían y mis fuerzas se estaban acabando.

En cuanto pisé el pabellón deportivo en donde se haría la competición, la adrenalina apareció en mi interior. Saludé con timidez a la administrativa y me senté en la grada cercana a la salida.

Todos los recuerdos vinieron de golpe y disimularlo se me hacía cuesta arriba. Los recuerdos de triunfos, de fracasos, de entrenamientos extenuantes y de lesiones que me había esforzado en cuidar para pisar el tapiz lo más pronto posible.

—Hola, Sophia, qué alegría verte por aquí —me saludó Steisy, la directora de la academia.

—Quería ver a las niñas —le respondí.

—¿Has pensado en la charla? —me preguntó. Sé que pensaba que las niñas serían afortunadas si les contase sobre la vida de una gimnasta de élite—. Sería muy importante para las alumnas que conozcan tus logros y esfuerzos.

—Todavía no me encuentro capaz de hablar en pasado —le confesé y vi la decepción en los ojos de Steisy. No quería defraudar a las pequeñajas y sentía que tenía muchos frentes abiertos como para enfrentarse a otro reto.

Quizás había asumido que lo haría cuando me había atrevido a pasar por las clases sugiriéndole mejorar ciertas posturas. En cuanto me vieron, las niñas se emocionaron y me rogaron que les hablara de mis experiencias.

—¿Aún tengo tiempo para pensarlo?

—Por supuesto —me respondió con ilusión.

—Lo pensaré, te lo prometo —le dije. Se escuchó la prueba de sonido y Steisy se despidió con premura. Fijé la mirada en el tapiz, recordando con anhelo cada una de las competiciones.

Observé a las niñas dirigirse al centro del tapiz. Mis ojos se llenaron de lágrimas por la emoción que sentía hacia este deporte que

me apasionaba. Veía el equilibrio y precisión con que las niñas hacían los movimientos, pero una figura masculina se detuvo a mi lado, ladeé la cabeza reteniendo el aire en los pulmones, Blake estaba allí.

Miles de preguntas se arremolinaron en mi mente. Solté el aire con lentitud y cansancio, luchar con su persistencia era más difícil de lo que creía; mi corazón palpitaba con tanta rapidez avisándome de que era imposible combatir con eso.

Se sentó a mi lado sin decir nada, limitándose a observar la competición. Hice el amago de levantarme y me sostuvo el brazo.

—No te vayas —me pidió. Su ruego me hizo girarme y sentarme de nuevo. Acercó su pulgar a mi rostro limpiando las huellas de las lágrimas que se me habían escapado minutos antes. Cerré los ojos con el deseo de que este gesto quedara en mis recuerdos.

Un simple roce que mi corazón anhelaba.

—Blake, no es tu lucha, es la mía —le confesé. Y era así, él no tenía que llevar una carga como la que sentía yo en esos momentos.

—Luchar acompañados nos hace vencer más rápido los obstáculos.

El sentimiento de culpa me invadió ante esa respuesta llena de honestidad, temía escoger y por ello me alejé, fijando los ojos de nuevo en las rutinas que hacían las gimnastas, la única manera de rehuir y esconderme en lo más recóndito de mí.

Un sentimiento de anhelo recayó en mí, poco a poco fue despojada de otro peso que llevaba a mis espaldas, dándome a entender que era momento de abrir una nueva puerta a pesar de que el miedo era mayor de lo que pensaba.

Otro par de lágrimas recorrieron mi rostro, mis manos estaban tensas y descansaban en mis piernas, mostrando la palidez de los nudillos hasta que la mano de Blake la acobijó, asemejándose a un abrazo que me transmitía refugio en un momento tan importante como este, había sido difícil acercarme a todo lo que tuviera que ver con la gimnasia.

Me había dado tantas alegrías, pero también me había quitado todo.

—Gracias —le dije.

BLAKE

—Recuerda que te lo prometí —le dije en voz baja. Me costaba horrores mantenerme tan pasivo, quería girarme y volver a limpiarle esas huellas de dolor y acariciarle el rostro con la mayor de las sutilezas que pudiese.

«¡Qué difícil era estar tentado a la suerte!».

—Lo recuerdo —me respondió Sophia—. Y también te di a

entender que soy un caso perdido.

Sonreí de lado. ¿Cómo olvidarlo? La honestidad de sus palabras había tocado la fibra más sensible dentro de mí.

—Todos hemos sido en algún momento un caso perdido —le hice saber.

—Eres el chico perfecto, según me ha contado mi abuela —me dijo. Me reí a carcajadas.

—Ángeles es encantadora y prefiere omitir detalles —le revelé—. Sería bueno que dejaras descansar esa cabecita. ¿Crees que si fuera perfecto llegaría a aconsejarte de cómo mandar a la mierda a todo aquel que piense que no eres suficientemente capaz?

—Entonces, debería comenzar conmigo misma —me confesó con la mirada en el suelo. Respiré profundo, conocía ese sentimiento, lo había vivido en dos etapas bastante duras de mi vida.

—Todos pasamos por situaciones difíciles, lo importante es saber que siempre existirá una solución, por muy oscuro que sea el camino.

—Me da miedo defraudarte, no quiero comprometerte y al final te canses.— Esta vez fijó sus ojos en los míos. La entendía a la perfección y deseaba que confiase, que me diera una oportunidad.

De alguna manera vi una pequeña ilusión, luchaba con fuerza y pasión para ser liberada de esa oscuridad que se mantenía.

—Es mi decisión —le respondí con firmeza—. Y el tiempo que pueda, te ayudaré.

SOPHIA

Todas las sensaciones me invadieron de golpe, sensaciones a las cuales me rendía finalmente, tenerlo a mi lado me daba la fortaleza necesaria para seguir adelante. Nuestros brazos se rozaron, erizándome la piel, cerré los ojos, preguntándome si no me cansaría de sentir esto que crecía cada segundo.

—He pensado que sería bueno que le reprocharas al mundo en hora punta en *Ocean Drive*—añadió, empujándome a que le abriera definitivamente las puertas de mi corazón, por lo que volví a sonreír mientras miraba al tapiz.

Estaba abrumada a todo lo que sentía, intentaba pensar qué responder, no imaginaba que esa chulería que aparentaba escondía un chico tierno y sincero. Este gesto de seguir cobijando mi mano me daba seguridad y deseé ser besada y abrazada, era imposible que mi cuerpo me pidiera semejante locura.

Necesitaba pensar en algo distinto y me obligué a centrarme en la competición, cerciorándome en el error que cometían.

—¡Noo! —exclamé en alto. La gimnasta que llevaba dentro siempre estaría presente.

—Espero que te refieras a lo que hacen allí, estaba convenciéndome aceptar ir esposado por ti. —Me giré de inmediato hacia él, sorprendida, enseguida le vi la sonrisa que escondía en sus labios.

—Había olvidado esa faceta de idiota que tenías —le respondí con ironía, sin importarme lo que sucedía a mi alrededor—. Y eso no se llama «allí» —le aclaré fingiendo estar ofendida—. Se llama tapiz. —Blake sonrió—. En todo caso, me refería a que debía haber estirado un poco más la pierna para hacer el *arabesque*[14]—le expliqué el ejercicio —. La batida no la ha hecho bien.

Blake torció los labios y frunció el ceño y supuse que apenas conocía los pasos de *ballet* básicos. Me causó gracia y no pude disimular una gran sonrisa.

—¿A que no tienes idea de lo que hablo? —le pregunté. Blake se frotó la nuca y, antes de que se defendiera, añadí con burla—. Muy mal para ser un profesor de baile.

—¡Oye! —protestó—. Tengo mis méritos que me he ganado con sudor, mucho esfuerzo y entrenamiento a diario. —Nos miramos y volvimos a sonreír. Le di un codazo, dejándome guiar por las emociones, lo miré de reojo y decidí dar otro gran paso, apoyar la cabeza en su hombro.

30

«Cuando menos lo esperamos, la vida
nos coloca delante un desafío
que pone a prueba nuestro coraje ***y***
nuestra voluntad de cambio.
Paulo Coelho».

BLAKE

Al terminar la competición noté cómo Sophia se apartaba de mí, y no iba a permitirlo, no iba a caer en ese ciclo en el que llevaba desde hace un par de semanas y lo primero que me vino a la mente fue invitarla a comer.

Conocía un buen lugar que ofrecía un ambiente acogedor y donde estaba seguro de que se sentiría a gusto, pero pasaron los minutos y me vi en una disyuntiva un tanto peculiar, cómo invitarla a cenar sin presionarla; no estaba acostumbrado a estas situaciones y me sentía increíblemente idiota.

Me dejé de tonterías e inseguridades, tenía veintisiete años y siempre estaba seguro del paso que daba en cualquier circunstancia de mi vida.

—Conozco un buen lugar que preparan una de las mejores pizzas de la ciudad y me gustaría que fueras conmigo.

—Blake… —No podía creer que fuese a decirme que no, porque entonces lo vivido minutos antes no había servido de nada. Decidí no abrazarme al pesimismo e intentar convencerla, sin embargo, no hizo falta cuando vi sus labios curvarse—. Me gustaría—me dijo finalmente.

Me sorprendí. Estaba seguro que se negaría y comenzaba a buscar las respuestas a esas excusas que me daría y aquí estaba, desarmado. Me di cuenta que luchaba contra sus demonios y que trataba de dar otro paso más.

Me era imposible juzgarla, conocía bien cómo se sentía, lo había vivido con mi madre cuando cayó en ese abismo llamado depresión, sintiéndose abandonada por la persona que le juró amor y allí estaba, siendo testigo de la lucha que Sophia mantenía.

Llegamos hasta el coche y le abrí la puerta para apresurarme, sentarme y encender el motor y me percaté en el cambio drástico que asumió Sophia. Su cuerpo estaba rígido y su mano sujetaba el apoyabrazos con fuerza.

Giré despacio hacia la salida para ir a la autovía y esta vez observé que empuñó la mano. Dudé en si había aceptado ir por mero compromiso, pero al segundo supe qué sucedía.

¿Cómo había podido olvidar ese pequeño detalle? Las secuelas del accidente seguían allí. Frustrado, sin tener ni idea de qué hacer,

supuse que lo mejor sería ir por las calles menos transitadas, evitando que sufriera cualquier ataque de ansiedad.

SOPHIA

Trataba de mantenerme serena para tener la fuerza necesaria para disimular, sin embargo, no pude resistir más, cerré los ojos rogando que el recorrido fuera rápido.

Respiré con lentitud, obligándome a abrir los ojos para encontrarme un cartel que señalaba la autovía. Blake aceleró y yo apreté los labios al escuchar la fuerza del motor.

—¡Necesito que te detengas! —exclamé sin resistir más.

—Pero…

—Por favor —le rogué. Sabía que no era fácil hacerlo, estábamos dentro de la autovía y tenían que esperar a la salida más próxima.

—Puedo bajar un poco la velocidad y cambiar de carril —me dijo apartando la mano del volante para palmear la mía.

—¿Qué haces? —le grité y cerré los ojos con fuerza—. No… No vuelvas a soltar el volante —le dije entre sollozos.

—Lo siento, siento ser tan imprudente.

—No es tu culpa, te he dicho que es mi lucha, son mis demonios.

—Y yo te he dicho que quiero ayudarte y que quiero ser parte de esa lucha.

—No puedes, Blake, estoy dañada, en mi vida ya nada tiene arreglo.

—¡Sophia!—exclamó—. ¡No sigas ese camino!—Su voz estaba cargada de frustración—. Todos hemos pasado por baches y situaciones difíciles y tú has aceptado seguir adelante, sé que el hacerlo sola no es fácil, por eso te pido que dejes que los demás te tendamos la mano, que te ayudemos, déjame hacerlo.

Escuché cada palabra con detenimiento, no era la primera vez que me la decían, pero Blake era un desconocido que apenas sabía de mi vida. Me pasé la lengua por los labios, resecos por culpa de los nervios que sentía, pensando qué responderle.

—No quería que lo supieras, tenía vergüenza —le confesé en voz baja.

—¿Crees que me burlaría de ti? —Se atrevió a preguntarme.

—Lo siento por llegar a meterte en el mismo saco, he llegado a pensar que todos pueden sacar conclusiones donde no las hay— le expliqué llena de vergüenza.

—Es mejor que lo olvidemos— me respondió—. Dime cómo puedo ayudarte.

—Es difícil hacerlo con el coche en movimiento, siempre voy en la parte trasera, intentando mantener la mirada al frente. Es muy duro

—le expliqué—. Pienso que en cualquier instante un coche nos sorprenderá y se repetirá todo.

BLAKE

Me sentía impotente, no podía detener el coche, por lo que solo podía hablarle hasta llegar a la intersección y allí encontrar las calles residenciales más próximas para detenerme.

—Pienso que eres una triunfadora —le dije siendo lo primero que se me ocurrió—. Estás luchando con ese miedo cada vez que te subes a un coche.

—No —me respondió—. No he tenido el valor de enfrentarme, he recurrido a lo más fácil y cómodo por miedo—añadió tapándose los ojos para volver a llorar.

—No llores, cariño—le pidió—. No es fácil y lo sé—continué frustrado, respiré lentamente intentando encontrar las palabras para calmarla—. Nada nos pasará, ¿qué te parece si cierras los ojos? —le sugerí evitando que no notase en mi voz lo nervioso que me encontraba.

—Los llevo cerrados —me respondió titubeando y me dieron ganas de darme un puñetazo por hacer el imbécil.

—Trataré de contarte alguna historia.

—¿Una historia? —me preguntó.

—Sí, de la ciudad —le respondí inseguro tratando de recordar alguna.

—Me gustaría saber ¿cómo llegaste a ser profesor de baile?

La pregunta más desafortunada qué podía hacerme, no era agradable contar sobre mi pasado, fueron días difíciles. Recordé la conversación con Ángeles sobre lo perdida que se encontraba Sophia y acabé entendiendo lo que quería decir con eso de que podía ayudarla.

Sería la primera vez que contaría lo que había hecho y de lo que no me sentía orgulloso.

—Mi padre nos abandonó—comencé diciéndole—. Dejándonos deudas y casi en la calle—le dije—. Mi madre intentaba encontrar un trabajo estable después de tantos años sin trabajar, pero no era fácil con una niña y un adolescente.

»Por lo que odié a mi padre por hacernos pasar esas penurias, odiaba al mundo por ser tan puñetero con nosotros y me odiaba a mí mismo, sintiéndome culpable de que nos dejara, así que pensé que la vida era una puta mierda y comencé a pasar de todo.

»Hacía novillos yéndome por ahí con algún que otro ganso que solo hacía estupideces, así probé mi primer pitillo hasta que una persona me ayudó, investigando la manera de que canalizara esa rabia —expliqué a la vez que conducía con precaución, entrando en la

intersección y relajando la tensión.

Omití decirle que había sido Ángeles quien me había ayudado, pero la necesidad de contarle la verdad nació, recordar lo frustrado y herido que me sentí por el abandono de mi padre, no era fácil.

Muchos años deseé buscarlo para partirle la cara y el día que decidí hacerlo, me imaginé que sería difícil, no fue así. En cuanto estuve frente a frente, entendí que debía olvidarlo para siempre, en ese momento decidí que mi madre y mi hermana serían lo más importante de mi vida.

—¿Por eso bailas? —me preguntó Sophia.

Me percaté que mantenía la mirada en mí, había captado su atención y esos escasos segundos, me fijé que el color volvía a sus mejillas. No sabía muy bien si eso era algo bueno, pero podía asegurar que, por primera vez, no me sentí avergonzado.

—Sí —respondí—. Al principio me parecía una pérdida de tiempo. En cuanto me invitaron a seguirles aprendí con rapidez y me gustó que me halagaran y me empujaran a seguir esforzándome, por lo que cambié el hacer novillos, escaparme hasta altas horas de la noche y las malas compañías por unos cuantos vejestorios que me dieron el cariño que mi padre, con egoísmo, me quitó.

»Un año después, tuvimos que mudarnos de estado y allí aproveché lo poco que había aprendido para ayudar a mi madre, a la vez que me esforcé en participar en diferentes clubs estudiantiles y sacar las mejores notas para entrar a la universidad.

—O sea, ¿que tienes un trabajo de verdad? —Reí a carcajadas a esa pregunta llena de inocencia.

—Sí, soy abogado, trabajo en el departamento especializado en derecho laboral y seguridad social.

—Es un poco raro eso de ser profesor de baile moderno y abogado. —Volví a reír.

—¿Qué le vamos a hacer? Por ahí dicen que los frikis liderarán el mundo. —Esta vez soltó la carcajada.

Reduje la marcha cuando vi el letrero de la pizzería, aparqué sintiéndome pletórico, a sabiendas de que había tumbado otro obstáculo para volver a retomar su vida.

—¡Aquí estamos! —exclamé.

—Gracias por lo que has hecho— dijo girándose hacia mí.

—No tienes que darme las gracias cada vez que te ayude—le pedí. Llevaba mucho tiempo sin hablar con una mujer con la que me sintiese a gusto y con la que pudiera expresar mis verdaderos sentimientos.

¿Qué pasaría el día de mañana? No tenía ni idea, solo que en ese instante quería tenerla a mi lado el mayor tiempo posible.

31

SOPHIA

Blake me aportaba esa paz que ansiaba, su tono de voz grave y rasgado lograba que me olvidase del mundo. Era como una mano invisible que me brindaba fortaleza y no quería deshacerme de esa sensación. Recordé esos momentos felices con mi familia.

Escucharle hablar de su vida y de lo que realmente hacía me recordaba una y otra vez a Kenneth, sus sueños de futuro y por lo que tanto trabajó. Me recordó cuando él hablaba de litigios y de los numerosos casos en los que los clientes le hablaban de sus preocupaciones y me daba cuenta de lo privilegiada que era mi vida.

Lo añoraba, su constancia fue lo que ayudó a que nuestra relación funcionara y era la misma persistencia que intuía que tenía Blake, pero aceptar que mi vida seguiría con nuevas personas no era fácil de asimilar.

Blake me abrió la puerta del coche tendiéndome la mano, sujetándola con fuerza a la vez que me guiñó el ojo. Caminamos uno al lado del otro hasta la pizzería y, gracias al buen tiempo que nos acompañaba, pasamos a la terraza, que era un lugar tranquilo.

Cada mesa tenía una enorme sombrilla de color crema y dentro colgaban pequeños farolillos con una luz tenue que iban conjuntados con el mobiliario rústico de alrededor.

—Aquí hacen una de los mejores *fetuccini* que he comido en mi vida, pero hoy quiero que pruebes la pizza —me explicó—. ¿De qué la quieres?

—Te confieso que no recuerdo cuándo fue la última vez que me comí una. —Él levantó una ceja y negó con la cabeza.

—Eso lo arreglaremos enseguida. —Llamó al camarero, pidiéndole la carta, que trajo al instante.

—Blake, jamás he comido una pizza entera —le hice saber en cuanto vi la cantidad de nombres e ingredientes que podían tener. Ladeé la cabeza y lo vi sonreír—. ¡Madre mía! Son tan variadas.

—Es lo bueno de las pizzas.—Fruncí el ceño y me di cuenta que apenas las probaba. Kenneth entendió que con el entrenamiento exhaustivo que mantenía para las grandes competiciones no podía comer habitualmente este tipo de comidas, por lo que, de alguna extraña razón, sentí que con Blake experimentaría las primeras veces de muchas cosas.

—Solía comer la de siempre.

—¿Recuerdas nuestro trato? —me preguntó y sonreí afirmando la cabeza—. Entonces hoy tendrás el placer de comerte una pizza entera y con los ingredientes que quieras. —Abrí los ojos y me di cuenta que me tomaba el pelo cuando rio a carcajadas.

—Pediré dos pizzas—le dijo al camarero—. Una con doble pepperoni y mucho queso en los bordes y la otra con jamón, mozarela y…

—¡Y champiñones! —exclamé. Blake bajó la carta alzando una ceja.

—Y champiñones —le indicó al camarero sin despegar los ojos de mí.

—¡Y también pimiento verde! —le pedí.

—Entonces dos pizzas; una con doble pepperoni y queso en los bordes y la otra con jamón, mozzarella, champiñones y pimiento verde. —Sonreí con el gusanillo de ilusión recorriendo mi cuerpo. Me acomodé con una sensación agradable en mi interior—. Me gustaría saber cómo rayos no caías en la tentación de una pizza después de cada competición— me dijo después de que el camarero se alejara—. ¡Solo espero que no te arrepientas de lo que he pedido! —advirtió fingiendo preocupación.

—Para eso te tengo a ti — le respondí sonriendo.

—Tendré que hacer muchas horas de baile —me respondió frotándose la nuca—. Todo sea por el bien de la mejor comida del mundo… La pizza.

BLAKE

Los dos sonreímos, pero lo que nunca pensé que sucedería volvió a desarmarme. Sophia se acercó un poco más y me acarició el mentón, había sido tan sutil que no pude disimilar lo que me afectó.

Ni siquiera Eliza me había hecho sentir de esta manera y me estaba costando horrores ser comedido cuando lo que deseaba era sentarla en mi regazo y abrazarla.

¡Maldita sea! Ya era bastante duro fingir ser solo su amigo, como para perder los estribos totalmente.

—Lo siento —dijo Sophia.

—No, por favor —respondí con rapidez antes de que se escondiera en su caparazón. La miré a los ojos de ese color atigrados que me invitaban a soñar—. Voy a ser sincero y no quiero seguir ocultándolo porque algo me dice que terminaré metiendo la pata, pero lo que deseo con ansias es besarte.

»¡Joder! Si te parezco un gilipollas y quieres irte lo entenderé y es que no estoy acostumbrado a esto. Si te quedas intentaré ser un chico bueno, me atiborraré de pizza mientras me cuentas eso de *developpe* o

las posiciones de la gimnasia rítmica.

Sophia se pasó la lengua por los labios.

—Creía que no sabías nada de posiciones de *ballet*—me respondió. No era lo que deseaba que me hubiese dicho, pero no podía esperar más después de la sarta de sandeces que le había soltado.

—Créeme, sé muy poco—le respondí resignado a que ella prefería sentirse segura en lo que podía controlar—. Y no quiero hacer el ridículo ante alguien que ha pasado casi toda su vida practicándolo. —Ella sonrió y comenzó a explicarme al detalle cada posición y rutina que solía hacer.

Los treinta y cinco minutos se pasaron volando. La pizza llegó y Sophia se le quedó mirando apretando los labios.

—¡Solo podré comerme dos trozos! —exclamó riéndose.

—Pero si es la pizza normal —protesté tomándole el pelo. Separé un trozo con el cuchillo, peleándome con el queso que terminó colgando y que, con agilidad, enrollé en la rebanada que doblé para darle el primer mordisco.

Me di cuenta que Sophia me observaba y trató de imitarme sin tener el mismo resultado. El queso terminó cayendo por fuera del plato. Evité reír y decidí seguir tomándole el pelo.

—El truco está en la experiencia—le dije haciendo el mismo gesto —. Cuando eres un universitario becado y en las noches de estudios, la pizza es tu mejor compañía, pero te contaré algo, cada gesto que haces para comerla tiene su significado. —Saqué el móvil del bolsillo y busqué en el explorador—. Te haré varias preguntas, pero antes comerás parte de la porción que has pedido. —Frunció el ceño.

—¡Te lo estás inventando!—protestó—. Solo te falta tratarme como una niña pequeña y decir: ¡ahí viene el avión! —Alcé los ojos y reí a carcajadas. Cogí la porción de la pizza que ella había pedido y enrollé el queso que se separaba de la masa para luego doblarla y acercársela siguiendo con la explicación.

—Según los estudios, si te gusta doblarla y no te importa ensuciarte un poco, eres una persona práctica y sin complicaciones. —Ella levantó una ceja y yo desdoblé la porción acercándosela. La mordió, pero, al hacerlo, un hilo de queso quedó en sus labios y, sin pensarlo, acerqué mi pulgar limpiándole la comisura de la boca.

—¡Maldita sea! Estoy metiendo la pata.

—No… no la estás metiendo —me respondió sujetándome la mano—. Según ese estudio ¿qué significa mi gesto? —me preguntó.

¡Mierda! Esta es la peor idea del mundo, me masajeé el cuello, asumiendo que estaba perdido, ya que cada vez estaba más cerca de ella. Traté de seguir y dudaba que pudiese.

—Dice que no eres práctica y da una explicación de tus gustos.

—Me conozco, sé lo que me gusta y lo que no —me respondió con

un deje sarcástico.

—No lo dudo —añadí sonriendo—, aunque siempre nos sorprendemos de actitudes que tenemos escondidas —concluí tratando de concentrarme en este maldito juego.

Sophia decidió cortar otra porción con un tenedor y cuchillo y yo fingí mirar el móvil intentando mantener los impulsos controlados.

—Por lo que dice aquí, eres tranquila, organizada, educada, presumida y ricachona. —Dejó el tenedor y el cuchillo a un lado y acto seguido se acercó a mí para quitarme el móvil.

Alargué el brazo y ella trataba de alcanzar el aparato electrónico hasta que perdió el equilibrio cayendo en mis brazos. Los dos nos mantuvimos en silencio, sin saber qué hacer, sin embargo, me atreví a acariciar su rostro.

—Mi instinto de adolescente se está apoderando de mí —le dije a modo de advertencia y a pesar de eso, la acerqué aún más, rodeándola con mis brazos como si fuera la última vez que podría volver hacerlo.

Sophia acomodó la cabeza en mi pecho y supe que ya no habría vuelta atrás. Me gustaba tenerla así, oler su pelo, sentir su respiración lenta. Todo ello me afectaba de miles de maneras y no era solo físico con un tirón en la polla iba más allá, pero rompió contacto cuando se levantó para secuestrarme el móvil.

—Aquí dice que si te comes el borde eres fan de la pizza tradicional. —Leyó mirándome de reojo, sonreí de lado, cogiendo un trozo de pizza, la mordí, mastiqué y tragué.

—¡Amo la pizza!—exclamé.

Sophia sonrió con sinceridad. Supe que todas sus barreras que me impedían acercarme habían caído. Ella cogió otra porción, mordiendo también del borde.

— *Mamma mía*! *Ché delizia*!

32

SOPHIA

Me desperté sonriendo.

La noche anterior, Blake me había obligado a comer cuatro pedazos de pizza mientras él se había comido el resto, culpándome de que tendría que pasar dos semanas ejercitándose con intensidad. Volvimos a casa de mis abuelos y deseé con ansias que me besase, a pesar de que la conciencia seguía haciendo de las suyas, pero la necesidad de mi corazón era mayor.

Blake mantuvo su promesa y eso lograba que mis expectativas creciesen. Me levanté pensando en explicarle a mis abuelos que lo verían más a menudo por allí, me sonrojé y me imaginé miles de cosas que podíamos hacer.

Bajé a desayunar encendiendo el móvil y encontrarme un mensaje de él.

BLAKE:
Buenos días, princesa, o al menos eso dicen en la película. ¿Qué te parece si paso por ti, damos un paseo por South Beach y tal vez puedas hacer lo que hemos planeado? Bueno, he planeado.

Me hablaba de gritar en medio de la calle. Si bien era una idea tentadora, no quería llamar a Marian y contarle que me habían detenido por escándalo público.

Me llevé la mano a la cabeza recordando que llevaba días sin enviarle ningún mensaje y era mejor que supiera por mí lo que estaba sucediendo y no por alguna foto que se colara en las redes, por lo que de inmediato le escribí.

SOPHIA:
Debes estar tomándotelo tan en serio lo de hacer el programa a la perfección que llevo días sin saber de ti.

MARIAN:
¡Qué te den, Sophia Baute!

Quedamos que me llamarías, ruego a Dios *que* sea
por un machote de bíceps fuertes con un torso
bastante peculiar y que espero que hayas
tocado, lamido y mordido.

Reí y decidí seguir tomándole el pelo, pero el móvil vibró y el nombre que apareció en la pantalla hizo que la realidad chocara en mi cara, logrando que, con mayor fuerza, el remordimiento se hiciera presente.

—Hola, Mandy—le dije en cuanto respondí la llamada.

—Hola, Sophia —me dijo la madre de Kenneth al otro lado de la línea—. Llevo tiempo sin saber de ti.

—Lo siento, mis abuelos me han tenido un tanto ocupada.

—¡Oh, vaya! Tal vez me aferré a esa promesa que me hiciste de que llamarías cada semana.

—No tengo excusas, lo siento por olvidarme por completo —le dije con una punzada en el corazón y la conciencia se removió con mayor fuerza.

—Quería contarte que ayer estuve en el cementerio y recordé la primera vez que viniste a casa, lo nerviosa que estabas—me dijo sollozando—. Es tan difícil vivir así… Me imagino que está por llegar, otras veces preparo la mesa y al sentarme pienso que su sitio nunca más estará ocupado y sé que nadie me llegaría a comprender como lo harías tú.

La piel se me erizó. El sentimiento de culpabilidad estaba ahí, señalándome, evitando cerrar la herida, obligándome a pensar que debía estar a tres metros bajo tierra. Me sujeté de la silla sintiendo las piernas flaquear. Minutos antes empezaba a creer que podía tener otra oportunidad y la verdad me golpeaba la cara diciéndome lo egoísta que estaba siendo.

—¿Sophia?

—No… no sé qué decir —le confesé.

—¡Oh Dios mío! —exclamó Mandy—. Me he dejado llevar por mis sentimientos, siento haberte reprochado, echo tanto de menos a Kenneth que creo que todos piensan igual que yo. —Eso me dolió, era peor que una bofetada, sentí rabia. Amaba a Kenneth, siempre lo amaría y me frustraba que la vida me diera este golpe bajo con esta llamada.

—Kenneth estará presente en mi vida y en mis recuerdos —le respondí—. Intento sobrevivir a diario, él había planificado tan bien nuestro futuro que he estado perdida, muy perdida —proseguí sintiendo una nueva punzada en el pecho.

—No he querido ofenderte —me dijo Mandy.

—Debo dejarte, he de ir a seguir con mi rehabilitación. —Me

despedí siendo cortante y colgué. Apreté los labios, apagué el móvil lanzándolo sin saber dónde caía y me llevé las manos a la cabeza por la frustración que sentía maldiciéndome una y otra vez.

—¿Qué ha pasado? ¡¿Sophia?! —me preguntó mi abuela.

—¡La vida es una puta mierda! —exclamé finalmente. Cerré los ojos y me abandoné a que las lágrimas me invadieran—. Desde ese maldito accidente mi mundo se ha desmoronado. No puedo volver a la gimnasia, no puedo ni tan siquiera hacer una rutina completa, tal vez tenga una lesión de por vida y tengo estas malditas cicatrices que no terminan de desaparecer.

»Todos me miran cómo un bicho raro o me tratan como si viniera de una maldita guerra y ni siquiera tengo el derecho de pensar en volver a querer, porque por mi culpa murió un chico que lo dio todo para que yo me fijase en él.

—Entiendo que quieras tirar la toalla—me dijo sacando de un armario de la cocina un par de servilletas y me las pasó—. Muchas veces nos hacemos los valientes dejando que la angustia se vaya apoderando de nuestro corazón. Sé por Marian que fuisteis a ver a un especialista —Bajé aún más la cabeza avergonzada, no quería ocultárselo, pero necesitaba esta vez hacerlo por mí misma para asimilar el diagnóstico fuese cual fuese—. Y que estás a la espera de los resultados, sin embargo, no es el fin del mundo. ¿Cuántos atletas han superado obstáculos peores y triunfan? Nunca te has dado por vencida y no es tiempo para eso.

»Cicatrices van y vienen, todos tenemos algunas escondidas o no, pero escudarte en ellas es la forma más fácil para seguir regodeándote en ese foso del no quieres salir. Creía que los cánones de belleza no eran importantes para ti, pero entiendo que eres joven y eso influye a mayor o menor medida.

»Solo te pido que detengas esta autodestrucción que te empeñas en tener, enfoca tu visión en la nueva oportunidad que te brinda la vida y todo lo que te está ofreciendo.

—Lo intento—le respondí taciturna—, pero con cada paso que doy, la vida me recuerda lo que sucedió.

—Sophia, ¿cuántas familias han perdido a sus hijos por diferentes motivos y siguen adelante? Es nuestro instinto como seres humanos. Ni hablar de accidentes como el que has tenido, y no por eso piensan que su vida se ha estancado en esos segundos, es hora de que pienses que es un bache, eres una Baute y saldrás airosa.

—Acabas de darme la razón, todos esperan algo de mí que no puedo dar —le respondí con rencor. Odiaba que me recordaran mis orígenes, siempre se lo escuchaba a mi padre. ¿Y de qué me había servido? El destino no me había otorgado algún beneplácito para que fuese intocable—. Con eso de que soy una Baute, me comienzo a

preguntar qué tiene de especial.

—No sigas por ahí —me advirtió—. Lo único que esperamos de ti es que vuelvas a sonreír y que entiendas que tienes un camino muy largo que recorrer, los triunfos y fracasos van de la mano, tienes más habilidades que te empeñas olvidar y no es justo para ti. —No quería escucharlo, no en este instante—. Dime qué te dice el corazón, te dice que sigas adelante, ¿cierto? Sé que muchas veces Victor suele decir que hay que pensar con la cabeza fría y me parece que ha olvidado las veces que se dejó llevar, y precisamente por ello hoy estás aquí.

Sujetó mi mano para obligarme a que la mirase, no era fácil, yo luchaba con mi mente.

—Hace un par de semanas tuvimos esta conversación, te pedí que confiaras en tu corazón. Hazlo por esta vez, confía en tus instintos, deja ir a Kenneth, lo necesita. Mientras sigas aferrándote él no descansará y no serás feliz.

Un nuevo sollozo salió de mi garganta y mi abuela me abrazó acunándome en sus brazos. Nadie se imaginaba la lucha interna que existía dentro de mí misma, mi conciencia hablaba, mi corazón y cuerpo también, y dos de ellos se rendían a Blake.

Le confesé sobre la llamada de Mandy y mi abuela trató de que entendiera que cada persona llevaba el duelo a su manera. Puso la tetera en el fuego argumentando que un buen té no solo calentaba el cuerpo, también ayudaba a reflexionar y encontrar el camino correcto.

—¡Así que aquí están mis dos chicas! —exclamó mi abuelo sonriente—. Hace buen día para comer afuera, antes… —Se calló abruptamente por unos segundos hasta que soltó aire—. Me parece que tendré que decirle a Frank que iremos otro día, será bueno que hoy nos quedemos en casa y ver un buen *western* —sugirió.

Los observé. Desde que había llegado su modo de vida había cambiado. Estaban acostumbrados a disfrutar de su jubilación y sus proyectos y yo comenzaba a ser una carga, tenía que aprender a andar este nuevo camino sola y, si pretendía quedarme un tiempo, tenía que aportar y evitar seguir cambiando sus vidas.

—No puedo aceptar que cambiéis vuestros planes por mí, sé que Frank os ha ayudado desinteresadamente con la asociación y rechazar su invitación no es justo —les dije—. Tendré que usar mucho maquillaje —añadí sin ocultar mi rastro de llanto—. Si me dais un par de minutos os puedo acompañar, aunque me gustaría regresar pronto.

—¿Y eso se debe a qué? —preguntó mi abuelo.

—¡Eduardo, eres un cotilla! —protestó mi abuela.

—¿Pero qué os pasa?, ¡estáis a la defensiva! —Sonreí con sinceridad—. El abogado que llevo dentro siempre aparecerá en cualquier momento.—Se justificó mi abuelo a modo de defensa.

—Sophia, recuerda lo que hemos hablado —me pidió mi abuela.

Lo entendí al instante, quería que sacara de mi mente todo lo que tuviera que ver con defectos físicos.

—Iré a por algo más decente, y gracias, abuela.

—Siempre estaré para escucharte —me respondió.

Subí y busqué en el armario un vestido floral, me miré en el espejo y lo alisé, apreciando sus colores vivos. Estas primeras batallas no estaban siendo nada fáciles, tal vez era preferible pedirles a mis abuelos que fueran ellos, pero los preocuparía.

Pensé en Blake, sintiendo un hilo de ilusión, un sentimiento que llevaba meses aparcado, me miré de nuevo al espejo y, por primera vez en meses, quise sentirme guapa, aunque enseguida vi el reflejo de las pequeñas cicatrices.

Me acerqué aún más pensando en las veces que Marian me dijo que apenas se veían y que, con el paso de los meses, se borrarían del todo y a pesar de animarme, ahí estaban como una especie de recordatorio. Me di la espalda, obligándome a no seguir ese camino, respiré con profundidad y dejé el vestido en la cama para cambiarme de ropa.

Una vez que me lo puse, volví a girarme. Aún no estaba preparada para mostrar al mundo mis imperfecciones, me acerqué de nuevo al armario, saqué un jersey que pudiera tapar mis brazos, pensando que esta vez había perdido y que así solían ser las primeras batallas, por lo que si iba a pelear de nuevo por mis sueños y metas sería con la suficiente fuerza para encontrar el camino y reconducir mi vida.

Escuché la voz de Ángeles pidiéndome que me diera prisa. Me senté frente al tocador con la única intención de empujar al fondo esta tristeza que se empeñaba en seguir a mi lado.

EDUARDO

Estaba convencido de que todo estaba precipitándose. Había discutido con Victor por su empeño de justicia. En cuanto me enteré que reabrirían el caso sin consultarle a su propia hija, concluí que era una decisión rastrera y se lo hice saber, pero mi hijo había sacado el carácter español y mantenía su postura con el único objetivo de querer tener de nuevo a la Sophia de hacía un año.

La experiencia me indicaba que tras de un hecho lamentable, las cosas nunca serían como antes. Todos queríamos ayudarla como fuese, deseábamos con ahínco que saliera de ese atolladero y nos estábamos equivocando.

A eso le sumaba la conversación de anoche de Ángeles con Frank, ella le pidió que sacara del caso a Blake, la respuesta apareció con una invitación a su casa para darnos buenas noticias. ¿Qué clase de buenas

noticias podría tener un caso sobreseído?

Me fijé por última vez en las dos mujeres y quise saber por qué Sophia lloraba, sin embargo, la complicidad que mantenían, me llevó a sacar mis propias conclusiones.

Solo deseaba la felicidad de mi nieta, a pesar de saber las andanzas del chico que le había echado el ojo, de Blake.

33

CHLOE

Odiaba que alguien me llamara un domingo a primera hora, sobre todo, cuando la noche anterior había experimentado todo tipo de excesos, pero ese maldito timbre del móvil comenzaba a taladrarme la cabeza.

—Es domingo y no estoy detenida—dije al ver quien era.

—No me hagas hablar —inquirió Frank—. Sé perfectamente qué hiciste anoche y te quiero en mi casa en treinta minutos.

—Dime que no es un castigo—protesté.

—Mi paciencia se agota con eso de que no te tomes en serio el ser una de las letradas que representan el bufete—me recriminó—. Le he dicho a los Baute que nos reuniremos para que les expliques las últimas novedades.

—¿Qué has hecho qué? —pregunté a la vez que un gruñido de protesta de Robert. Aparté su mano de mi vientre y me levanté de la cama para ir al salón para un cigarrillo y para que ese imbécil no escuchara cómo me iba a humillar Frank Clifford—. Hace tres días te dije que le pasaras el caso a Joshua —le reproché cabreada—. Me niego a seguir trabajando con un compañero que no responde mis llamadas, además no soporto a esa familia, mucho menos a esa mojigata que tienen por nieta, pero siempre quieres imponerte como ahora.

—Es una orden que cumplirás te guste o no. Sabes muy bien que estás a un paso de que te desherede. —Quería mandarlo a la mierda, estaba cansada de esas amenazas, me hervía la sangre que tuviera que acatar lo que exigía, pero me mordí la lengua para no gritarle que desearía que estuviese muerto como tantas veces había querido.

—Apostaría que si yo fuese la víctima ni te molestarías en llamar a un abogado un domingo temprano—le respondí a sabiendas cuál sería su respuesta.

No quería seguir en este caso, no deseaba ver a Sophia. La última vez que había hablado con Blake, él fingió no conocerla y descubrí que mentía. Zoe me había contado los rumores que corrían en la asociación y odiaba que me vieran la cara de idiota, así que fui al maldito ensayo para observarlos, pero no tuve éxito, ya que Frank Clifford estaba atento a cada paso que diese para no entorpecer sus planes.

—Los chantajes y manipulaciones se lo dejas a tus amigos—me

respondió—. Nunca más te atrevas a utilizarlos conmigo —me advirtió. Lo maldije en silencio, jamás le ganaría la partida y no me convenía discutir con él.

—Tendré que llamar a Joshua y preguntarle.

—No hace falta, toda la documentación del caso está en tu correo, tienes quince minutos para leerlo y treinta para estar en mi casa —me ordenó—. Y trae a ese perezoso de Robert, nos vendría bien para distraer a Sophia. —Sin más, me colgó.

Estaba cabreada porque esa mojigata estuviera por encima de mí, deseé lanzar todo lo que estuviera cerca contra la pared. No soportaba tanta atención por un simple accidente.

«Pobre Sophia», «Ten cuidado con lo que dices», «Advierte a tus amigos de que no deben ofrecerle nada», «Y más te vale que seas amigable».

¿Amigable? ¿Cómo podía ser amigable cuando la muy zorra había ido a la disco para encontrarse con Blake? Estaba segura de que ese encontronazo del que me habló era él. Lo peor de todo era que me costaba olvidar la broma de Robert refiriéndose a Sophia como la pobre chica que me estaba ganando la partida. Los maldije a todos y, de inmediato, supe la mejor forma de hacérsela pagar.

A mí nadie me ganaba la partida, volví a la habitación y alcé la voz.

—¡Levántate! Si quieres seguir follando conmigo tendrás que hacer un papel.

—¡Joder, Chloe! Es muy temprano.

—Frank acaba de llamar y debemos ir a su casa. —Robert resopló, se acomodó boca arriba y, con un brazo, me arrastró de una pierna obligándome a caer a la cama.

—Haré lo que quieras siempre y cuando me pagues antes.

—No estoy de humor—le advertí levantándome sobre la marcha —. Iré a darme una ducha y espero que en cuanto regrese no estés, te necesito en esa casa en una hora.

Caminé hasta el cuarto de baño sin mirar atrás, abrí el grifo, dejando caer el agua en mi cuerpo, el contacto despertó el deseo reprimido. Cerré los ojos dejándome llevar a esa noche que había follado con Blake, bajé las manos liberando mis instintos, moviendo los dedos con rapidez.

Hasta que sentí una mano detener mis dedos.

—¿Cómo te atreves? —inquirí tratando de separarme, pero Robert no me dejó, me atrajo de nuevo a él susurrándome al oído.

—Me has dado permiso de follarte cuándo y cómo yo quiera.

Me giré con la rabia en los ojos, sujetando su polla dura y erecta.

—Si creías que te correrías dentro de mí, olvídalo—le respondí saliendo de la ducha.

—¡Mierda, Chloe! —gritó frustrado.

—Tienes una hora para estar en la mansión Clifford y más vale que te metas en el bolsillo a esa zorra de Sophia. Es momento de arreglar este entuerto, llamaré a Blake y me las ingeniaré para que vaya y conozca a la verdadera Sophia.

—¿Cuándo te darás cuenta de que no le importas una mierda?

Ladeé la cabeza, otorgándole una mirada llena de rabia.

—Si quieres que siga dejando que te metas entre mis piernas, conoces el precio y tu opinión me importa un rábano.

BLAKE

Traté de mil maneras poder dormir y no pude. Era difícil hacerlo cuando en tu mente se mantenía la imagen de las horas que había pasado junto a Sophia.

Dulce y testaruda cuando quería y se lo perdonaba porque había aceptado luchar contra sus demonios. Esperaría con paciencia a que me respondiera, imaginándome todo lo que podía hacer sin reprimir las ganas de besarla, de saborear sus labios y su piel.

El móvil vibró en la mesita de noche, sacándome de la ensoñación, traté de ignorarlo, pero insistieron varias veces más. Rodé hasta alcanzarlo y cuando vi las llamadas perdidas, maldije pensando que nunca me dejaría en paz. Me tapé la cara con el brazo rogando que se cansara, pero de nuevo volvía a llamar.

—Pensé que me libraría los domingos de ti.

—Frank Clifford quiere que vayas a su casa —me respondió Chloe con la voz más cordial que pudo tener por teléfono.

—¿Para qué?

—No lo sé, solo sé que quiere que vayas y cuanto más rápido sea, mejor.

—¿No será una de tus tantas mentiras?

—¡Oh Dios, Blake! ¿Qué sé yo por qué tiene tanto interés? A lo mejor le gustas.

—Qué lamentable es perder el dinero en una educación privada —le respondí cansado de sus tonterías.

—No decías eso cuando me follabas como un bestia. —Decidí no responderle. Cuando Chloe no sabía qué decirme, soltaba ese maldito error.

—Creo que si fuera urgente me llamaría, él tiene mi número.

—Blake, si no me crees, entonces llámalo y pregúntale, yo no seguiré siendo la emisaria, esto me aburre—me dijo—. Y lleva bañador, hace calor y la piscina nos llama a hundirnos en ella. —Dejó caer lo que deseaba realmente.

Estaba harto de ceder. Dudé en llamar a Frank y cerciorarme de si

era cierto, la última vez lo había sido. Me pasé la mano por la cabeza, chasqueé la lengua y me levanté con una sensación que no me gustó.

JENNY

Escuché el móvil, soñolienta, parpadeé varias veces hasta darme cuenta de que no estaba a solas.

—¡Joder! —exclamé levantándome con rapidez en busca de mi ropa interior. El móvil seguía repicando mientras revolvía la ropa en el suelo. Bufé exaltada por no saber dónde estaba, me llevé las manos a las sienes centrándome en qué hacer. Miré a la cama, levanté la pierna y le di una patada al pie de Jackson que estaba dormido. Debía despertarlo antes de que a mi madre le diera por tocar la puerta, pero no me hizo el menor caso.

—¡Jackson! Despiértate o le diré a Blake que estás aquí —musité buscando el aparato que no dejaba de sonar con el reguetón que tenía por melodía hasta que dejó de hacerlo y solté aire, tenía un minuto de respiro por lo que me acerqué a la cama.

—Lárgate de una vez, ya has tenido lo que querías.

—¿Quién te entiende? —protestó levantándose, a la vez que yo recogía la ropa del suelo y se la lanzaba a la cama.

—Vístete rápido, distraeré a mi madre para que salgas sin hacer ruido. —Jackson se llevó las manos a los ojos para despertarse. Agarró la camiseta y se la puso de mala gana y, cuando fue a ponerse el bóxer, mi móvil volvió a timbrar.

—Tanto apuro por contestar me hace pensar que tienes un lío con otro. —Me giré mirándolo con rabia, pero el aparato llamó mi atención parpadeando entre las sábanas. Me apresuré a responder en cuanto vi el nombre que anunciaba.

—¿En qué lío te has metido, Blake? —le pregunté observando la cara de Jackson cambiar de color.

—Tienes diez minutos para estar vestida, estoy a punto de llegar, irás conmigo a casa de los Clifford.

—¿Es alguna venganza por lo de ayer? —le pregunté frustrada.

—No. —Soltó aire y prosiguió—. Necesito que vengas, tengo un mal presentimiento.

—Diez minutos es poco tiempo —le respondí a la vez que le indicaba a Jackson que se fuera con la mano.

—Diez minutos, Jenny, ni un minuto más.

Solté aire y colgué la llamada dejando caer el móvil en la cama e ir al armario a por ropa adecuada.

—¿Y bien? ¿Nos vemos esta noche? —me preguntó Jackson.

—Voy a serte sincera, si quieres que sigamos enrollándonos,

tendrás que hacer un esfuerzo en demostrar que tienes interés por mí. De lo contrario, es mejor que te busques a otra. Esta ha sido la primera y la última vez que sucederá.

—¡Anda, Jenny! Sabes que sé cómo ponerte a cien en segundos.

—Entonces te robaré segundos para que te pierdas detrás de esa puerta antes de que Blake la abra y te encuentre aquí.

Volteó los ojos y salió de la habitación. Me prometí en ese instante que iba a seguir con la advertencia, por muy enamorada que estuviese de él, no iba a seguir siendo la segundona.

SOPHIA

Volvía a contemplar la entrada de la mansión de los Clifford observando detalles de los que no me había percatado la primera vez. Mi abuelo detuvo el coche y sentí un cosquilleo de esos que te aparecen cuando algo malo va suceder.

Me bajé, y sin tener tiempo de respirar, Chloe apareció con una sonrisa más forzada de lo normal.

—¡Sophia! ¡Al fin coincidimos! —exclamó a modo de saludo, sujetándome el brazo con tanta fuerza que comenzaba hacerme daño —. Tienes que contarme lo que has hecho, ¿ya conoces U.P.B.?

—Sí —le respondí a duras penas. Chloe entrecruzó su brazo con el mío y me arrastró a la terraza donde estaba Zoe, que me observaba sin disimulo alguno, sintiéndome, de repente, en un *déjà vu*.

—¿Desde cuándo eres tan zorra? —le reprochó Chloe—. No todas necesitamos tostarnos al sol constantemente.

Zoe rio a carcajadas. Se levantó de la hamaca y caminó hasta nosotras.

—Disculpa si te he hecho sentir mal —me dijo Zoe con una sonrisa que rozaba la burla. No me gustó la actitud de ninguna de las dos hermanas.

—Hola, bombón —me saludó Robert rodeando mi cintura y dejándome un beso sonoro en la mejilla y que cualquiera podía malinterpretarlo. Me miró de arriba abajo haciéndome sentir desnuda —. La noche no te hace justicia, estás muy guapa.

La manera en cómo lo dijo me dio asco y debía ser rápida en mis respuestas para saber qué demonios se traían y alejarme con una buena excusa. Algo no terminaba de encajar y cuando iba a responderle vi a Blake.

34

JENNY

Mi hermano me contó esa rara llamada de Chloe y lo terminó convenciendo sobre venir a la mansión de los Clifford. Le advertí que todo esto me apestaba, pero, como siempre, ningún hombre escuchaba mis palabras y en cuanto llegamos, Blake comprendió que había vuelto a caer en una trampa de Chloe.

Era el mejor hermano del mundo, pero eso de la honestidad lo tenía tan arriba de los valores que se lo llevaban los demonios cuando alguien sobrepasaba los límites, y Chloe Clifford lo había sobrepasado con creces.

—¡Me has complacido! —exclamó Chloe acercándose a él como si fuera una novia enamorada para terminar dándole un beso en la boca, dejando a todos pasmados.

Me di cuenta que Sophia y Blake se observaron desconcertados a lo que sucedía y no solo yo me di cuenta, el gilipollas de Robert también y le plantó un beso cerca de la boca a Sophia. ¿Pero qué coño estaba pasando?

—Quítale las manos de encima a Sophia —le advirtió Blake. Robert rio de lado.

—Y si no lo hago ¿qué? —le respondió. Sophia se alejó de inmediato—. No fue a mí a quien detuvieron por meterme en peleas.

—¡Maldito miserable! —vociferó Blake abalanzándose. ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Me adelanté y me interpuse para que mi hermano me mirara a la cara.

—Mírame, Blake, ¡No caigas en su juego!—exclamé—. Es lo que quiere.— Me giré hacia ellos con rabia—. Eres una rastrera —le eché en cara a Chloe que me ignoró.

—Blake, cariño, ¿qué te ocurre? Nunca te había visto así —le dijo Chloe acercándose a él.

—Soy yo la no desea saber lo que ocurre—anunció Sophia—. No soporto estar ni un minuto más aquí.

—Te acompaño —sugirió Robert rodeándole de nuevo por la cintura.

—¡Sobre mi cadáver! —gritó Blake.

—¿A qué estás jugando?—le pregunté a Chloe. Era un sucio juego por parte de ellos. Suponía que Blake se maldecía por caer y no iba a permitir que las dudas aparecieran en Sophia por un par de cabrones como los que tenía al frente—. ¡Sois unos miserables! —exclamé

señalándolos a la vez que fingían estar ofendidos. Seguía sujetando del brazo a mi hermano, no toleraría que sacaran lo peor de él y menos por una chica que apenas conocía y que, tal vez, era como ellos.

SOPHIA

Todo era demasiado confuso, me solté de Robert nuevamente, apartándolo de malas maneras y caminé pasándole a un lado a Blake. Quería tener una nueva oportunidad, pero no de esta manera. Llegué a pensar que era un mal sueño que me torturaba mostrándome un futuro paralelo a lo que podía pasar.

—¡Sophia! —gritó Blake. Me detuve unos segundos, el corazón me pedía que lo escuchase, pero me obligué a seguir. No quería explicaciones, tenía tantas dudas que el miedo logró que se me abriera otro frente que batallar.

Era la segunda vez que veía una mujer marcar terreno sobre él y no tenía fuerzas para esas luchas absurdas. Caminé hasta la entrada principal de la mansión evitando llorar, luchando contra mi conciencia para que no ganara terreno.

Me abracé a mí misma arrinconándome en una de las puertas principales y me odié por ser la más ingenua del planeta, deseé desaparecer para olvidar este horrible día y la única persona que podía ayudarme estaba a escasos metros por lo que saqué el móvil y marqué el número de mi abuela.

BLAKE

—¡Debes estar feliz por haber ganado!—le eché en cara a Chloe.

No tenía ni puta idea de cómo arreglar este maldito enredo. Había aguantado por Frank hasta este instante, pero mi felicidad y la de Sophia dependían de ello. No me importaba si eso significaría mi descalabro profesional.

En cuanto Jenny se alejó no perdí la oportunidad y estrellé mi puño en el mentón de Robert logrando que trastabillara y cayera al suelo.

—No vuelvas a poner tus asquerosas manos en Sophia o te la verás de nuevo conmigo y no me importará que me detengan. —Me giré hacia Chloe—. Recuerda lo que te diré, ella es mil veces mejor persona que tú.

—Deberías darme las gracias—me respondió acercándose a mí predispuesta a abofetearme—. Lo que he hecho es para que ella no sufra cuando la dejes por aburrimiento, apuesto a que nunca podría satisfacerte como todas esas mujeres a la que te has follado.

—¡Vete al puto infierno!—le grité. De reojo vi a Robert acercarse,

pero Jenny se le adelantó.

—¡Hey tú!—le gritó Jenny a Zoe—. No te quedes allí viendo este lamentable espectáculo, coge del brazo a este miserable y sácalo del cuadro de visión de mi hermano o tomaré un par de fotos, primero a ti y luego a ellos partiéndose la cara y las subiré a Instagram etiquetándote. —Zoe abrió los ojos. Todos sabíamos que era capaz de hacerlo.

—¡Robert, para ya!—le advirtió Zoe—. No vale la pena caer tan bajo.

—¡Esta me las pagas, Clark!

—¡No te tengo miedo! —le exclamé. Este mamarracho no me asustaba en nada, estaba tan frustrado que deseaba darle otro puñetazo.

—¡Blake! ¡Basta! —Me pidió Jenny viendo el destello de odio en mis ojos—. Te dije hace meses que te alejaras y has dejado que esta lagarta hiciera lo que le viniera en gana.

—¡Cierra la boca!— le exigió Chloe—. Crees que lo conoces y no tienes idea de nada. Ese puto héroe que crees que es, no existe, Blake ¿por qué no le cuentas lo que ocurrió entre los dos?, no solo fue sexo, nos excedimos con todo lo que puedes imaginarte.

¡Maldita sea! Sabía que tarde o temprano mi error lo pagaría caro. Evité mirar a Jenny, ya hablaría con ella. Las palabras de Chloe daban a entender muchas cosas. Me pasé la mano por la cara y me acerqué a ella con rabia.

—Nunca más caeré en tus putos juegos— mascullé. Chloe sonrió era consciente de que este golpe había sido despreciable.

—Por favor, Blake, si siempre caes y lo sabes porque te gusta.

—¡Vete a la mierda! —vociferé. Ya no tenía nada que hacer aquí y me giré retomando el camino con una única idea: recuperar a Sophia.

Sin embargo, no la encontré por ningún lado, llegué a la entrada de la mansión y le di un golpe de frustración al capó del coche. Estaba frustrado, cabreado y me sentía el hombre más miserable del planeta. En cuanto subí al coche, Jenny subió en silencio y así nos mantuvimos durante largo rato hasta que decidí sincerarme con mi hermana.

—Jenny, yo... —No me dejó continuar.

—Voy a olvidar lo que ha dicho, pero no puedes negar que yo tenía razón, siempre te dije que te deshicieras de ella y creíste que podías sobrellevarla. —Solté aire y miré a los lados buscando un lugar para aparcar.

En cuanto lo hice cerré los ojos y recosté la cabeza en el cabezal del asiento.

—Cada día me arrepiento de lo que hice. Esos días quería olvidarme del maldito mundo, huir de la forma más cobarde. Me

importaba una mierda el resto de las personas fuese quien fuese.

»Quería desaparecer y para eso tenía que encontrar algo que no me hiciera pensar en nada más, por eso dejé de visitaros, y en ese tiempo me gustaban otras compañías y lo que me ofrecían, los lugares que frecuentaba y las mujeres a las que… —Quería buscar una palabra menos violenta, pero no la había, ya que era lo que hacía realmente, no era por placer sino por necesidad física, por pensar que yo podía ser igual a Eliza, pero decidí ser sincero—. Follaba con la primera que encontraba en esos clubes, me dejé llevar cayendo durante semanas en ello.

—No quiero saber nada más—me dijo Jenny.

—Sé que es duro escucharme—le dije avergonzado—. Jenny, he estado luchando por mucho tiempo con mis fantasmas. La situación se me escapaba de las manos sin darme cuenta y debo reconocer que esa reyerta me salvó. Lo intenté, Jenny, intenté ser un ejemplo para ti y lo siento, perdóname si te he defraudado.

»Me avergüenzo por haberos abandonado, por haber hecho lo mismo que hizo ese que nos engendró —le dije sujetando con fuerza el volante hasta que vi a mi hermanita llorar y con mi pulgar limpié sus lágrimas pidiéndole perdón nuevamente.

—Nunca más vuelvas a decir eso—me dijo abrazándome—. Eres un ejemplo para muchos y eres mi mayor orgullo.

—La cagué, Jenny, por primera vez, llegué a creer que todo sería distinto y que valía la pena.

—¿Hablas de Sophia? —Sonreí con desgana.

—Nunca en mi vida había deseado tanto tener al lado una mujer como deseo que lo esté ella.

35

ÁNGELES

La rodeé por la cintura mientras veíamos a Blake subir al coche y alejarse. En cuanto recibí el mensaje y la forma en que la encontré, me preocupé y al salir a por ella me abrazó con fuerza y me rogó irnos lo más pronto posible. No había podido hablar con Frank sobre Blake, lo más importante era tranquilizarla. La llevé a un recibidor cercano que conocía y donde nadie iba a molestarnos y allí Sophia me contó todo. Me sentía culpable, la había empujado a salir con Chloe. Conocía sus andanzas, aun así, ni en mis más remotos pensamientos imaginé que la tomaría como un juguete.

Ofendida, hablaría con Frank en otro momento y le pediría que abandonara el caso, ya me encargaría de Victor, al fin y al cabo, estaba a miles de kilómetros ignorando todo lo que sucedía. Le pedí fortaleza a Sophia y sobre todo que no juzgara a Blake con tanta facilidad, percatándome de que todas las piezas encajaban, siempre me había preguntado por qué ponía mala cara cuando las Clifford se acercaban.

«Pobre chico», me dije «siempre luchando».

SOPHIA

—No debí traerte, ¿verdad? —me preguntó mi abuelo en cuanto salimos de la casa. Apreté los labios y sonreí con tristeza.

—Si me quedo un minuto más creo que saldré corriendo.

No me preguntó nada más y subimos al coche y en cuanto escuché el motor encenderse cerré los ojos. Estaba harta de tantos golpes por parte de la vida en tan poco tiempo y deseé buscar la universidad más alejada de los Estados Unidos para irme a vivir allí. Y cuando quise aferrarme a esa idea, la canción que comenzaba a escuchar me trastocó. Hablaba del amor, de las oportunidades, de los errores y de las imperfecciones. El deseo de escribirle a Blake apareció, tecleé un par de palabras reprochándole y al segundo las borré.

Realmente no tenía la culpa, sabía de sobra que todo había sido premeditado y que yo era culpable por no haberme quedado a su lado. Me hice miles de preguntas y me tapé el rostro con las manos suspirando con cansancio, preguntándome por qué todo era tan difícil.

BLAKE

Después de dejar a Jenny en casa de mi madre, me refugié en la mía preguntándome de qué servía ser honesto si a la primera de cambio me daban una patada en el culo.

Maldije de nuevo el día que me tropecé con Chloe Clifford, maldije a Eliza por haberme empujado a caer en este foso y maldije el no poder recordar todo lo que había hecho esa noche.

Me sentía avergonzado de que Jenny supiese la verdad, me había prometido cuidar de ellas y no haberlo hecho me llenaba de frustración. Necesitaba terminar con este círculo en el que me encontraba o mi vida se iría completamente a la mierda.

Tanto esfuerzo no había valido para nada. Chloe le mentiría a su abuelo y me echarían a la calle como había hecho con otros. Cerré los ojos y la primera imagen que me vino a la mente fue Sophia en mis brazos, pegada a mi pecho, junto al olor de su pelo, una mezcla entre fresas y rosas.

Deseaba tanto probar sus labios, me llamaban a besarlos, lamerlos. ¿Por qué era tan difícil todo lo que tenía que concernir con ella?, ¿en qué momento se había metido en mi corazón? Me había prometido que ninguna mujer pasaría a ser prioridad en mi vida exceptuando mi madre y Jenny, pero en cuanto Sophia apareció en mi vida, esa promesa quedó rota.

Con ella podía hablar de cualquier tema o pasar a un silencio absoluto donde los dos nos sentíamos cómodos, ni tan siquiera tenía que planificar un futuro, solo dejarme llevar por lo que sentía.

Era una libertad que solo experimentaba con el baile y había creído que era suficiente. Suspiré en alto, dándome cuenta de que, simplemente, eran suposiciones, muy a mi pesar, me había demostrado que, a la mínima de cambio, dudaría de mí.

Me senté en la cama y me llevé las manos a la cabeza, era mi culpa por no haberle parado los pies a Chloe cuando pude y odié haber caído en ese juego que creí poder manejar. Lo había intuido, siempre me había demostrado su lado oscuro, pero no era la única que tenía uno, yo también lo tenía.

Un lado que deseaba que desapareciera y era imposible mientras siguiera ocultándole la verdad a mi madre. Maldije mil veces a mi padre. Por su culpa había ejercido de protector de la familia y no iba a perdonárselo jamás.

Quizá por eso no podía ser feliz, pagaba de la peor forma las consecuencias del error de mi padre y estaba cansado de ello. Iba siendo hora de que contase la verdad, quizás así la vida me sonreiría en vez de regalarme caramelos envenenados.

Me recosté de nuevo en la cama, tapándome el rostro con un

brazo. Toda una vida planificada y me había dado cuenta de que eso no servía de nada. La única forma de arreglar este embrollo era enfrentándome a los problemas y malentendidos; busqué el móvil para hacer dos llamadas que cambiarían mi vida.

SOPHIA

Mi abuelo decidió ir a una cafetería con terraza que estaba cercana al mar. Me excusé un momento para ir a los servicios y así tener unos minutos a solas. Me arrepentía por dejarme llevar por las actitudes de otras, el caso es que Blake era sumamente atractivo y de seguro estaba acostumbrado a estar con chicas guapas.

Sin ir más lejos, Jhoanna, alta, morena, con un bronceado que le envidiaba y esa seguridad que mostraba, incluso se veían tan bien los dos juntos y Chloe; era imposible competir con ella, no podía ocultar que era guapísima y con contactos que podían ayudarlo en lo que era sumamente importante para él, su carrera.

¿Qué podía esperar de mí, que estaba perdida en este mundo donde las competencias cada vez eran más desleales? Me miré los brazos, uno y el otro, estaba acostumbrada a competir, pero otro tipo de competiciones y hasta ahora había estado tan ajena a lo que era el mundo real.

—¡Basta ya! —exclamé en voz alta, era la primera vez en la vida que se hacía tan importante para mí, aunque tampoco había necesitado saber si de verdad un chico sentía algo por mí. No, no iba a caer en ese dilema, bastante tenía con lo que cargaba a mis espaldas y dejaría que el destino decidiera.

Estaba tan cansada de luchar con la conciencia que tiraba la toalla desde ese momento.

ÁNGELES

Sophia volvió a la mesa comentando el tiempo y lo agradable que era estar cerca de la playa sin sentir tanto calor. Les confesé que tenía demasiado trabajo acumulado y se me ocurrió pedirle ayuda en la asociación, pero, antes de sugerirle que me echara una mano, el móvil repicó. Lo saqué del bolso sorprendiéndome de quién era.

—Hola, Ángeles, no digas mi nombre —se apresuró a decir al otro lado de la línea Blake.

—Elena —respondí intuyendo lo que quería.

—Gracias —me dijo Blake—. Apúntalo en el saco roto de todos los favores que te debo. —No estaba para guasas, pero me interesaba escuchar su versión de lo ocurrido—. Necesito hablar con Sophia en un lugar neutral, en el que no pueda correr a esconderse.

—Casualmente íbamos a dar un paseo por el bulevar, me alegro de que estés por allí, así podemos planificar mejor la semana—le dije pensando que Sophia no volvería a confiar en mí—. Recuerda que ciertos asuntos me impidieron estar más tiempo en la asociación el viernes.

—¿Es la cafetería de siempre? —me preguntó Blake.

—Exacto—le respondí.

—Muy bien, lo que no estoy seguro de lo que me encontraré.

—Ni yo tampoco.

—Gracias por los ánimos —repuso Blake.

Solo esperaba que el haberme involucrado de esta manera sirviera de algo.

—Nos vemos en un rato—me dijo a modo de despedida.

36

BLAKE

No era la mejor manera de hacer las cosas, pero debía hacerlo si quería en mi vida a Sophia. Miré el móvil meditando lo que haría a continuación, me estaba jugando mucho con ello.

Busqué el número y llamé.

—Hola, Blake —escuché desde el otro lado de la línea.

—Hola, Frank, me gustaría tener una reunión contigo.

—¿Por qué tengo la intuición de que vienen problemas?

—Quizás.

—También tengo la sospecha que tampoco me gustará, podría concederte esa conversación mañana al mediodía.

—Te agradecería que no se lo comentases a nadie.

—No te preocupes, será una comida de negocios. Nos vemos a la una en el *Rugger*.

—Seré puntual.

—Hasta luego. —Estaba seguro que sería una conversación difícil, pero ahora debía centrarme en Sophia, cogí las llaves y me apresuré hacia la avenida más concurrida de la ciudad.

Aparqué en la asociación y caminé con rapidez hasta llegar al café donde muchas veces se reunían y la vi de espaldas.

En un principio me pareció ver a Eduardo fruncir el ceño. Le tenía tanto respeto y admiración que me dolería que exigiera que me apartara de Sophia.

—Buenas tardes —dije. Sophia dio un respingo.

—¿Así que era Elena?

—Me pidió que no dijera su nombre —se defendió Ángeles.

—Pues bien, quedaos hablando con Elena.

Se levantó arrastrando la silla, obligándome a apartarme. Salió de la terraza, atravesando la avenida.

—¡Esto no acabará nunca!—exclamé.

—Tal vez si la hubieses llamado, no se sentiría traicionada por Ángeles —aclaró Eduardo mirando a su mujer—. Ya que estás aquí, ahora tienes que pensar qué rayos hacer para acercarte a ella de nuevo.

—No seas cruel, Eduardo—le dijo Ángeles—. Blake, ve detrás de Sophia, es ahora o nunca.

Me pasé la mano por la cabeza y resoplé para ir a por ella.

Quería darle tiempo y darme tiempo para pedirle perdón, pero no, Blake tuvo que recurrir a otras personas y pedirles que mintieran. No me gustaban estas artimañas, estaba comportándose de la misma manera que Chloe.

En esta ciudad todos tenían la manía de manipular a otros a su antojo. Me detuve al sentir el tirón en la pierna y me maldije por ello, ¿por qué tenía que enfrentarme a las situaciones de manera violenta sin tan siquiera encontrar una forma de poder evitar que me doliera? Y eso me agotaba.

—¿Estás bien? —me preguntó Blake.

—¡No es tu problema! —exclamé.

—Voy a olvidar lo que has dicho—me contestó—. Me estoy jugando el cuello de que me detengan por creer que te estoy acosando.

—No es ninguna mentira.

—¡Sophia!—protestó. Sabía que le dolerían mis palabras, pero necesitaba que se sintiera en mi piel por unos segundos al no tener idea de quién confiar. Blake fijó la mirada en mí —. Sé que necesitas explicaciones. —Me acerqué y le apunté con el dedo.

—Los valientes no corren a llamar a la caballería para poder enfrentarse a la batalla.

Parpadeó sin entender de qué rayos hablaba, luego sonrió y me maldije porque odiaba que le causase gracia.

—En ningún momento he dicho que sea valiente, reconozco que recurrí a Ángeles, pero no tenía ni idea de si cogerías la llamada o si aceptarías que fuese a vuestra casa y te aseguro que si me hubiera dicho que seguíais en casa de los Clifford sería una tortura para mí, nunca más pisaré esa maldita casa.

—¿Qué te traes con Chloe? —le pregunté sin rodeos.

—Ella no tiene cabida en mi vida —me respondió Blake—. Ya que quieres ir al grano, ¿por qué aceptaste coquetear con ese gilipollas?

—¿Cómo te atreves a acusarme? —inquirí ofendida—. No fue a mí a quién recibieron corriendo y con un beso en la boca.

—¿En serio vamos a hablar de besos?—me preguntó—. Creo recordar que él también te besó y me hierve la sangre recordarlo, es un cabrón, siempre anda buscando una incauta.

—Olvidaba que discuto con don experto—ironicé—. ¿Quién te crees que eres para aparecer en mi vida cada vez que te plazca y con tres frases bonitas pensar que me tienes en el bote? ¡Que te den, Blake Clark! —Él abrió los ojos a mi lenguaje soez.

—¿Crees que soy igual que Robert?— me preguntó sujetándome del brazo—. Y no irás a ninguna parte, aún no hemos terminado.

—¡Suéltame o gritaré! —le advertí mirándole a los ojos con rabia.

—No lo haré, estoy cansado de que me acuses siempre sin poder defenderme.

—¿Crees que soy idiota? Te recuerdan algo estos nombres: Jhoanna, Kelly, Marlind y ahora Chloe.

—Esas son las malditas suposiciones que te imaginas, ¿acaso me has visto meterle la lengua a alguna?

—Lo vi con Chloe —le recordé. Blake me soltó, llevándose las manos a la nuca, maldiciendo mil veces a Chloe.

—No te mentiré —me confesó—. Creía que podía manejarlo, aunque la subestimé. He sido un idiota en toda regla, pero si algo tengo que jurar en este instante es que la única chica que me interesa la tengo frente a mí.

» Y si Jenny no me hubiera detenido, te juro que a ese cabrón le hubiera partido la cara, pero si aún sigues sin creerme, lo entenderé y te juro que desapareceré de tu vida para siempre.— Necesitaba alguien que me diera seguridad, no que pudiera llenarme de dudas y Blake era experto en eso—. Haz lo que quieras —me dijo Blake negando con la cabeza—. No llegaremos a nada con esta discusión.

Suspiré en alto pensando lo mismo y debía dejar mi orgullo de lado.

—Me di cuenta de que todo era un juego—le reconocí—. Lo comprendí muy tarde… —Blake clavó sus ojos en mí—. Me dejé llevar por el miedo en cuanto vi a Chloe darte el beso, me metí en la cabeza que a su lado soy una piltrafa y lo primero que pensé fue que pronto te cansarías de mí.

—¡Maldita sea, Sophia! —exclamó Blake acercándose—. ¿Acaso ayer no fui lo suficientemente honesto para que te dieras cuenta de lo que quiero?

—Blake, mírame bien, no soy nada comparada a ella.

BLAKE

No quise escucharla más, solo había una manera de demostrarle que la única que me interesaba era ella. La sujeté de la cara con mis manos y la besé con las ansias que tenía.

Sus labios sabían a menta suave y eran carnosos, apetecibles para morder una y otra vez. Subió sus brazos hasta mi cuello, yo las bajé hasta su culo acercándola aún más hacía mí. Quería que sintiera lo que podía hacer ella en mí, mis deseos iban más allá de un simple beso.

Volví a probar cada labio, lo mordisqueé y chupé, escuchándola gemir. Metí la lengua en su boca en cuanto me lo permitió, pero, al cabo de unos minutos, me alejé sintiéndome como un adolescente dando su primer beso.

Debía asumir que deseaba más de lo que este lugar podría permitirme, ansiaba estar a solas y demostrarle que ninguna mujer me ponía al límite como lo hacía ella.

«¡Mierda!», no iba a poder dejar de pensar en ella, ni mucho menos en su cuerpo, que acaricié con sutileza.

—Debemos parar —le dije. Sophia se separó respirando con dificultad, me acarició el rostro otorgándome un beso dulce que volvía a turbarme la mente—. No sigas, no quiero que nos detengan por escándalo público —le pedí. Ella sonrió con dulzura y reprimí el deseo de buscar algún callejón y empotrarla en él para saciar mis ansias, en cambio, la atraje hasta a mí y le besé la cabeza.

—No sé cómo lo haremos, pero quiero que salga bien.

—Solo te pido que aceptes lo que puedo ofrecerte en estos momentos—me pidió.

—Me importa vivir el presente, Sophia, ya veremos el mañana.

Esas palabras fueron suficientes para que se diera cuenta que no necesitaba construir un futuro, tenía miedo de ello, solo quería aprender a vivir el ahora.

37

«La felicidad suele colarse por una puerta que no sabías que habías dejado abierta.
John Barrymore».

BLAKE

Eso de ser buen chico me estaba costando más de la cuenta. Siendo adolescente, con tantas actividades en las que participaba, apenas tuve tiempo para una relación; salí con algunas chicas sin sentir nada especial, me atraían, nos liábamos y poco más.

Tal vez por ello, cuando perdí la virginidad no lo encontré tan excitante como llegué a escuchar y por ello opté por la practicidad.

En cambio, con Sophia era distinto, sabía que tenía que ir despacio, quería hacer las cosas bien, por mucho que mi deseo de llevarla a casa, desnudarla y enterrarme en ella fuese mayor.

Lo mejor para los dos era regresar a casa de los Baute, el lugar más seguro para mantener a raya los impulsos. Encendí el motor recordando su miedo y recurrí a contarle sobre mi vida universitaria. Verla reír me gustaba, era genuina y bonita, deseé que siempre lo hiciera y me gustó aún más que, con ilusión, me contase su corta carrera universitaria.

—¿Y te gustaría volver?

—Sí, me gustaría terminar las metas que me propuse junto a…

¡Maldición!, los fantasmas volvían. No sería fácil, luchar contra ellos sin tener idea de cuántos recuerdos los unían. Me removí en el asiento, celoso de no haber tenido la oportunidad de conocerla antes, tal vez mi vida hubiese sido distinta. La miré de reojo y se me ocurrió la idea más estúpida para sacarla de ese mundo oscuro.

—Me preocupa que Eduardo esté puliendo el rifle. —Sophia abrió los ojos y se giró hacia mí.

—¿El rifle?

—Se te olvida que vivimos en los Estados Unidos y la mayoría de la población tiene un arma. Si no la tenía antes, lo pediría prestado, pero estará limpiándolo. Recuerda que aparecí en medio de la comida y te secuestré.

—¿Me secuestraste? ¿En qué momento sucedió? Pensaba que me había ido en cuanto te vi. —Sonreí.

—¡Quería hacerlo más dramático! —protesté siguiendo la broma. Sophia frunció el ceño—. En todo caso —carraspeé evitando reír—. Ha tenido que pagar un plato que no te has comido y sabes que Eduardo

odia tirar comida a la basura.

—Pero ¿qué tiene que ver todo ello con un rifle?

—No puedo creer que los gimnastas de élite ni siquiera tengan tiempo para ver una película.— De reojo la vi torcer los labios, sonreí de nuevo y decidí proseguir—. Te pondré en contexto, el padre de la chica siempre saca un rifle para asustar al chico malo con el que sale. —Sorprendida, rio a carcajadas.

—¿Me estás tratando de decir que eres el chico malo, yo la chica rebelde y mi abuelo es el padre que sacará el rifle en cuanto nos vea llegar?

—Has dado casi en el clavo, menos en eso de que soy el chico malo —le respondí—. El chico malo nunca va detrás de la chica corriendo por *Ocean Drive*, es ella la que debería ir detrás.

—¡Idiota! —protestó y esta vez reí a carcajadas—. Ruego al cielo que te espere de verdad con un rifle.

—¡Dios no lo quiera!—exclamé burlón—. Ahora que recuerdo, le gustan los *westerns*. ¡Vaya suerte la mía! Lo cierto es que lo descubriremos en este instante —le dije aparcando el coche.

Sophia se giró al cristal de la ventana y se dio cuenta de que estaban en casa de sus abuelos, volvió a mirarme, emocionada por lo que había hecho por ella.

—Gracias —me dijo con sinceridad. Acaricié su rostro y la besé. Tratando de sacar de mis pensamientos los deseos de sentarla a ahorcajadas y dejar que mis manos volaran por debajo del vestido para acariciarle los muslos, pero me separé de nuevo.

—¡Qué difícil es contenerse! —exclamé pasándome la mano por la cabeza.

—No lo hagas —me murmuró.

SOPHIA

Mi corazón palpitaba con rapidez ante cada roce, ese beso de pocos segundos logró que me perdiera en el juego de seducción que me invitaba a entrar. Lento, profundo y lleno de intensidad, la misma que vi en sus ojos.

—No me tientes, que quiero ser el chico bueno —me murmuró Blake, pegando su frente a la mía.

—Yo no quiero que lo seas —le respondí.

—Te prometo que planearemos un finde juntos, pero es mejor que entremos.

—¿Hablas en serio con eso del fin de semana?

—Sí y como te he dicho, no quiero que Eduardo salga con su escopeta y me deje el culo como una flor. —Reí a carcajadas.

—¿Es una escopeta o es un rifle?

—La verdad es que no me gustaría saberlo —me respondió divertido y frotándose la nuca.

—No te creía de esos que se inclina por los planes improvisados.

—No, no lo soy, pero para llegar a ti he tenido que ingeniármelas e improvisar, por eso no quiero seguir jugándomela—contestó con la sonrisa en los labios—. Así que, si hoy tengo que ser un buen chico para que no me miren con lupa como a los adolescentes, lo seré.

—¿Quién diría que detrás de esa fachada de macarra existe un chico tierno? —Intenté con ello provocarlo.

—Voy a ignorar lo que has dicho o tendré que sacar al macho alfa. —Abrí la boca y reí pensando en provocarlo de nuevo.

—Ya que tu instinto de macho alfa quiere salir, me imagino que se enfrentará al hombre que viene con el rifle... —Blake asomó un poco la cabeza para darse cuenta de que le había tomado el pelo y volví a reír.

—Comienzo a preguntarme si he creado contigo un monstruo.

—No me conoces, Blake Clark —le respondí a la vez que abría la puerta del coche para andar con rapidez hasta el umbral de la de la casa.

BLAKE

Sonreí de lado, negando con la cabeza. Era cierto, apenas conocía a esa Sophia que acababa flirtear. Me gustaba, lograba que la deseara más de lo que mi cuerpo necesitaba. Me bajé hasta llegar a la entrada donde cogió mi mano para entrecruzar los dedos.

—Es hora de saber si Eduardo me espera detrás de la puerta con una escopeta, rifle o, en su defecto, con un látigo. —Sophia se giró sonriendo.

—Tienes una enorme imaginación y no sé si estoy preparada para ello.

—Yo tampoco estoy preparado para lo que podría suceder entre los dos.

Y era así, recordaba cuándo había sido la última vez que había estado tan nervioso. La escuché suspirar mientras abría la puerta, siguiendo hasta el salón y dándonos cuenta de que teníamos la casa para los dos, no me miró, supuse que su imaginación se echó a volar a lo que podíamos desatar.

—Blake, creo que…

—Sé que mis temores nunca serán como los tuyos, pero he asumido el riesgo; por alguna razón ha sucedido en cuanto te he conocido, tengo temor a lo que pueda suceder entre los dos.

Sophia me miró a los ojos, se pasó la lengua por los labios y terminó abrazándome. Me dejé llevar por los impulsos que me era

imposible controlarlos y la besé.

Un beso sediento, ella gimió entre mis labios, con ello me lo estaba poniendo difícil a medida que caminábamos hasta el sillón más cercano donde nos dejamos caer.

Tenía la polla dura y sentía que me palpitaba. Bajé las manos hasta el interior del vestido. Era consciente de que tenía que detenerme, pero Sophia separó las piernas dejándose llevar por las caricias que yo le profesaba en el interior de su muslo. La calidez de su piel me estaba volviendo loco, era tersa y se erizaba en cuanto mi mano la rozaba.

Mi mente se nubló y dejándome llevar mi miembro comenzó a empujar inconscientemente a que se deshiciera de todo lo que nos entorpecía, trayendo consigo un poco de cordura en mí. Si Eduardo y Ángeles aparecían, sacarían un rifle de la chistera y me pegarían un tiro de verdad.

—Tenemos que parar—le dije muy a mi pesar, sobre todo, cuando la vi respirar con dificultad. Acarició mi rostro, otorgándome un beso dulce que volvía a turbar mi mente al completo—. ¡Joder, cariño! Cada vez que me acaricias así me dejo llevar y estoy rozando el límite.

Me levanté, desde la altura que la veía me estaba excitando más de lo que se imaginaba. Su pelo revuelto y sus mejillas sonrosadas… era un manjar que deseaba probar con desespero. Solté aire y la obligué a bajarse el vestido. Me senté de nuevo cuando vi el bulto de mi polla que se notaba más de lo que podía disimular.

—Lo siento —murmuró avergonzada al darse cuenta de mi percance. La atraje hacia mí dándole un abrazo.

—Confío en que tendremos tiempo—le dije resignado.

—Creo que mi abuelo tiene algunas películas del oeste por allí.

—¡Así que es verdad!—exclamé tratando de pensar en otra cosa a pesar de que los testículos me estaban doliendo más de lo que debían.

—Pensé que conocías los gustos de mi abuelo, ya que has asegurado que tiene un rifle…

—Siempre lo escucho hablar de ello —me apresuré a decir siguiendo su broma. Sophia rio, tapándose la boca.

—Lo mejor es encontrar alguna en la tele —le respondí. Sophia alargó el brazo a por el mando y encendió el televisor, haciendo zapeo, pero lo hacía con tanta lentitud que se lo arrebaté.

—Jamás hallaremos una peli si lo haces con esa lentitud.— La escuché protestar y sonreí.

—¡Esto es un peliculón!—exclamé—. *El bueno, el feo y el malo*[15], es un clásico.

—Si lo dices por Clint Eastwood, lamento decirte que no es mi actor preferido.

—¡Sophia! —exclamé—. Eso es un insulto a la inteligencia. Te

pido… no, mejor aún, te ruego que no me digas que tu actor preferido es Leonardo Di Caprio, entonces creo que algo hicieron mal tus padres.

Abrió los ojos sorprendida y, al segundo, rio a carcajadas. Se acomodó a mi lado y no recordé cuando había sido la última vez que sentí tanta paz, incluso podía apostar que nunca había pasado y de nuevo el deseo de volver a besarla y acariciar cada parte de su cuerpo creció.

¡Esto es lo más parecido a una tortura! Resignado me centré en escuchar a Clint Eastwood decir: «Cada revolver tiene su voz, y yo esa la conozco».

38

SOPHIA

Soñé con Blake, con sus caricias y su sonrisa. Soñé que me quitaba despacio la ropa, cubriendo mi piel con sus besos, haciéndome temblar, gemir, y me dejé abandonar en sus brazos mientras entraba de una estocada en mí, pero cuando quise besarle, vi el rostro de Kenneth y todo se volvió negro.

Me levanté angustiada y sudando. Era la primera vez que tenía un sueño erótico tan nítido. Me senté en el borde de la cama, luchando con mi conciencia, ya no solo me torturaba a diario, sino que jugaba con mis sueños. No, no iba a dejar que me atormentara más. Por primera vez, después de llevar meses sin tener ilusión de vivir, había encontrado la forma de volver a hacerlo.

Me levanté, refrescándome la cara y vi la hora, era temprano, momento ideal para llamar a mi padre. Me arrepentí al segundo al percatarme que si lo llamaba me reprocharía de apenas respondiera sus mensajes. Estaba cansada de que me preguntara una y otra vez si ya había decidido qué hacer.

Lo que quería era estar con Blake, mi corazón me lo pedía. La noche anterior se me hizo corta y en cuanto mis abuelos aparecieron, las indirectas no dejaron de caer. Magistralmente, Blake les siguió la corriente hasta que se confabuló con mi abuela, comprometiéndome a ir a U.P.B., y me vi entre la espada y la pared.

No tuve otra opción que aceptar, con condiciones. Sonreí sintiendo ese gusanillo de ilusión en mi interior, busqué el móvil y moviendo los dedos con rapidez le envié un mensaje para sorprenderle.

SOPHIA:
Buenos días, ¿seguirás con eso de ser un chico bueno?

Suspiré ilusionada y pensé que lo mejor era salir un rato a caminar sin tener que forzar mucho los músculos, quería recuperar mi vida.

BLAKE

De nuevo, pasé la noche en vela pensando en Sophia. No estaba

seguro de aguantar más duchas frías. Me atusé el pelo, pensando que era una apuesta arriesgada. Este día sería importante para mí, tal vez volvería a las listas de desempleo y nunca más tendría una oportunidad como aquella.

Clifford estaría enterado de lo que había ocurrido y esperaría a esa comida para humillarme por despreciar a su querida nieta. Chloe no me dejaría en paz hasta que se aburriera. Llegué al trabajo más temprano de lo normal, si iban a echarme a patadas que fuese por culpa de Chloe y no por ser irresponsable.

A media mañana encendí el móvil, encontrándome con el mensaje de Sophia, que me sacó una sonrisa.

BLAKE:
Buenos días, cariño, sigo experimentando con lo que significa ser chico bueno, pero creo que el experimento me saldrá mal.

Y era cierto, quería hacer tantas cosas junto a ella, pero lo que más deseaba era volver a tocar su piel y besarla hasta que gimiera como lo había hecho el día anterior, solo pensarlo comenzaba a excitarme.

—¡Mierda! —exclamé sin importar si mis otros compañeros me escuchaban, era imposible que esa simple imagen lograra empalmarme. Suspiré en alto centrándome en el trabajo y en lo que hablaría con Clifford.

Al llegar a *Rugger* me encontré a Frank esperándome. Nos dimos la mano con un saludo frío que me confirmó mis sospechas, en cualquier momento me pediría que recogiera mis pertenencias y no volviera a pisar Clifford & Asociados.

Una vez que nos sentamos, un camarero se acercó sirviéndome una copa de vino. Frank le dio las gracias y esperó que se fuera.

—Me gustaría conocer tu versión antes de tomar una decisión que pueda afectar tu futuro.

—No soy hombre de hablar mal de las mujeres, pero tampoco aceptaré que me usen para burlarse de otras. —Frank se acomodó las gafas observándome.

FRANK

Antes de ofrecerle el puesto de trabajo, lo había investigado. El día que lo conocí me había causado una buena impresión y en cuanto supe cuál era su profesión decidí apostar por él, uno de los departamentos del bufete necesitaba otro litigante en integración

social con ambición. No tomé en cuenta la reyerta en la que había terminado involucrado, sin embargo, no me gustó que hubiera estado en el mismo lugar en que había encontrado a Chloe en un estado lamentable y, a pesar de dudar, esas ganas de escalar posiciones era lo que me había gustado.

Había pensado que era un simple capricho y lo dejé pasar, pero el problema se me fue escapando de las manos y detestaba los cabos sueltos, sobre todo, cuando conocía a Chloe, ya que no era el primero que había perjudicado en el bufete. Bastantes dolores de cabeza me habían causado mucho antes de nacer y debía darle un escarmiento si se atreviera a seguir pasando por alto mi advertencia.

—Eres consciente de que si renuncias darás un paso atrás en tu carrera.

—Sé que es una gran consecuencia—me respondió—. He deseado mucho este puesto, pero tampoco soy el juguete de nadie.

—Tengo la sensación de que no tiene que ver tanto con Chloe.

—Tienes razón —me confesó—. Es por Sophia y su caso, no quiero mentirle, confía en mí, pero no quiero ocultarle secretos.

Fijé mis ojos en él, esa lealtad era parte de su personalidad, que conocía de sobra. Cuando tenía la edad de Blake, la lealtad solía ser importante, pero, desgraciadamente, la vida te enseñaba a dejarla a un lado ante decisiones significativas e intuía que iba más allá de amistades y trabajo.

Lo poco que conocía a Sophia Baute era por Eduardo. Llevaba una vida con rigurosa disciplina, algo que me hubiese gustado que Chloe hubiera tenido. Mantenía una cuenta pendiente con Eduardo y cuando recibió la llamada de Victor, acepté de inmediato ayudarlo.

No tenía nada que perder si llamaban a Sophia a testificar, en cambio, por lo visto Blake podría perder más que la confianza. Honestamente, estaba seguro de que no era más que atracción física, el apetito sexual de la edad.

La chica era bastante bonita y si seguía encaprichado por ella, se arriesgaba a perderlo todo para nada, ya que, según Victor, en cualquier momento volvería a Carolina del Norte y retomaría su vida. Además, yo tenía otros planes para él y no iba a dejar que se deshicieran por escarceos amorosos. Quizá sería bueno que supiera que los padres de Sophia habían aceptado que visitara el estado para que retomara las fuerzas necesarias para volver a las competiciones, llegando a la conclusión de que no estaría jamás al alcance de Blake.

Me froté la mandíbula pensando que el amor era el peor consejero para un futuro prometedor, podía lograr que cometiera el peor de los errores y llevarlo a arrepentirse toda la vida.

Un claro ejemplo era Chloe, que no escuchó mis consejos y se dejó llevar por esos detalles y el cariño que le ofreció Ryan. Siempre le

dije que no se entregara en totalidad, estaba convencido de que había aprendido, pero olvidé decirle que no todos tenían esa visión de la vida que tanto solía aconsejarle.

Es por ello por lo que me encontraba en este restaurante, escuchando las dos versiones para meditar una solución rápida. El día anterior, Chloe apareció en mi despacho advirtiéndome que no accedería a representar a los Baute y si se lo exigía avergonzaría de verdad a la familia.

Solo con una mirada severa supe lo que había sucedido y me enfureció. Le advertí que no siguiera por ese camino, pero sus palabras fueron en vano, esa clase de espectáculos en mi propia casa era el colmo, logrando que apareciera lo peor de mí.

No solo le exigí seguir en el caso, si mantenía su actitud de creer que podía amenazarme, se encargaría de que jamás la contrataran en ningún bufete de abogados en todo el país. Nadie, absolutamente nadie alteraría mis planes para con Blake, y menos por creer que el amor era más importante.

—Verás, el día que te conocí supe el potencial que tenía delante— comencé diciéndole—. Y no puedo permitir que se quede estancado por problemas de faldas, prefiero que la próxima llamada que me hagas sea para explicarme que te vas porque te han ofrecido un mejor puesto.

»Si te preocupa Chloe, me encargaré que no pise el departamento de integración social. Con esto quiero decir que no acepto tu renuncia, todo lo contrario, si mantienes la decisión, te aseguro que te acarreará grandes consecuencias y si todo tiene que ver con Sophia Baute, disfruta con ella el tiempo que puedas.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó Blake frunciendo el ceño.

—Yo también fui joven y nos dejamos llevar por las emociones. Eres astuto y entenderás mis palabras. —Miré mi reloj dando por finalizada la conversación, no quería escuchar ninguna otra excusa y, antes de que lo hiciera, pensé en una solución que no iba a despreciar y que le ayudaría a darse cuenta de que yo tenía razón—. Desde que entraste al departamento te has dedicado a él dejando de lado las vacaciones, es hora de que te tomes unas, así me darás tiempo para hablar con Chloe.

—¿Vacaciones?

—Lo que has escuchado, tómate lo que queda de mes, que yo me encargaré del resto. —Llamé al camarero, que de inmediato se acercó, le di las instrucciones de enviar la cuenta al bufete, me levanté alargando la mano—. Debo irme, ha sido grato poder hablar contigo.

BLAKE

Me levanté, estrechándole la mano con la sensación de que Frank Clifford había impuesto su decisión bajos sus propios intereses sin importar lo que yo pensase. Lo vi alejarse y me senté, maldiciendo por no encontrar salida a este círculo que solo me traería problemas.

39

SOPHIA

Después de regresar de caminar, me duché, bajé a desayunar y escuché a mi abuela discutir por teléfono. Hablaba de que tenían que hacer el baile a la perfección, eran profesionales y no permitiría que rencillas y celos destrozaran la presentación. Colgó soltando una palabrota que me llevó a alzar las cejas, sorprendida.

—¡Voy a matar a tu novio!—exclamó.

Abrí los ojos y la boca, quería aclararle lo que acababa de decir. Blake no era mi novio, un par de besos distaba mucho a que le colgara esa etiqueta, además, que yo no estaba preparada para eso y la conciencia apareció obligándome a empujarla al fondo de mi mente para que no volviera a fustigarme.

—Me gustaría aclararte que entre Blake y yo solo hay algo especial.

—En mis tiempos eso se le llamaba noviazgo, que ahora prefiráis omitir esa palabra es otra cosa.

—Pero no hay ningún compromiso. —Recordé las promesas que nos hicimos, apreté los labios y decidí seguir aclarándolo—. Apenas llevo un par de días conociéndolo.

—Está bien, cómo soléis decir: sois amigos con derecho a roce.

—¡Abuela! —exclamé sonrojada.

—¡No os entiendo! —Resoplé y opté por cambiar el tema quería saber qué era lo que ocurría.

—¿Por qué estás tan enfadada con Blake?

—Jhoanna se niega a bailar con él, la última vez que lo hicieron era un cúmulo de error tras error, iban a destiempo, no sé veía *feeling* y sin ellos sería un desastre la presentación.

—Pero Kelly y Lauren podrían sustituirla—respondí a sabiendas que parte de esa discrepancia era por mi culpa—. Las vi bailar en el *flashmob* y lo hacían genial.

—No sabía que habías estado allí —me dijo y me observó concienzudamente frunciendo el ceño—. Ahora que lo pienso, conozco a una persona que me podría sacar las castañas del fuego y la tengo frente a mí.

—¿Yo? —me señalé sorprendida—. Olvidas que estoy a la espera de los resultados de los estudios. Además, todo ello me recuerda a una competición y cuando decidí no volver a la gimnasia conllevaba todo lo que sea exhibiciones.

—Sophia, vendrán inversores importantes por primera vez.

—No—le respondí aferrándome a mi decisión—. Me cuesta salir adelante luchando cada día contra mis demonios.

—¿Y si el volver a bailar lograra el efecto contrario?

—Pensé que estabas de mi lado —le reproché desconcertada a su insistencia. Mi abuela se acercó cogiéndole las manos.

—Lo estoy y también sé que para vencer los miedos hay que aprender a ser resiliente, no es fácil cuando se pasa por situaciones duras, un tiempo atrás lo hubieras hecho, pero no te estoy obligando. En caso de que Jhoanna siga con su tontería, recurriré a Lauren.

—Aunque te dijera que sí, jamás podría llegar a hacerlo, eso se lleva semanas de preparación y tengo entendido que es a final de mes.

—Cuando se trabaja con la pasión que sientes, todo es posible.

Me mantuve en silencio. El cuerpo me imploraba volver a bailar con Blake, recordando la forma cómo sus manos me envolvían la cintura guiándome y me estremecí solo de pensarlo. Me centré en buscar algo que desayunar; a pesar de seguir con la piel erizada y el corazón latiendo con rapidez, era inevitable ignorar estas sensaciones.

Regresé a la habitación con dudas en la cabeza, busqué un libro tratando de leer y de nada me sirvió. Estar en una pista de baile me trasladaba al tapiz, a mis rutinas y los dibujos que creaba con la cinta.

Las últimas palabras de mi abuela lograron su propósito, recordé que me había enviado un mensaje, me apresuré a coger el móvil con el cosquilleo de saber qué había escrito. Lo leí y por primera vez soñé despierta después de largos meses, imaginándome todo tipo de escenas que me llevarían a la felicidad absoluta.

BLAKE

El resto de la tarde en la oficina no pude concentrarme en el trabajo. Las palabras de Frank no dejaban de darme vueltas en la cabeza. Frustrado por no encontrar solución alguna, era el momento de aceptar que necesitaba desconectar de este lugar que una vez me había dado la mayor oportunidad de mi vida.

Mi compañero me entregó un memorándum que informaba de mis vacaciones. Apreté los puños por unos instantes sintiéndome el títere de los Clifford, lo acepté de mala gana, dejándolo en la mesa y retomando el rumbo a la salida. Si pensaba que podía llegar a un acuerdo, acababa de saber que era improbable. Encendí el coche y conduje hasta U.P.B., con la esperanza de ver a Sophia. Allí hice tiempo con el fin de verla aparecer, sin embargo, no apareció.

Me dirigí a los casilleros para cambiarme, no podía hacer esperar a los alumnos y comencé la clase, pero, a medida que pasaban los minutos, mi humor cambió. Terminé la hora exigiéndoles mucho más de lo que hacía habitualmente.

Esperé a que todos salieran para quedarme a solas con mis pensamientos, tal vez tenía razón y estaba arriesgando mucho. Me levanté para ir a la ducha y recoger mis cosas del casillero, pero antes de hacerlo me interceptó Larry en la puerta.

—Sabes que no soy de meterme en la vida de nadie, lo que no quiero para mí no quiero para un colega, por lo que tampoco puedo pasar por alto es que un día vienes de buen humor y al siguiente te llevan los demonios.

»Te peleas con Jhoanna a pocas semanas de la exhibición y siendo tu última temporada todo va de mal a peor, no me cabe en la cabeza que todo sea por una mujer, lo que no sé si es Chloe Clifford o, en el peor de los casos, la nieta del jefe.

—Esto no es *Dirty Dancing*—le respondí escueto—. Sophia no es inalcanzable y ella no es la culpable de nada.

—Por supuesto que no lo es, pero cuando está cerca no te reconozco y me pregunto si vale tanto la pena, con lo que te has esforzado durante meses para que todo salga perfecto. Además, no la veo con la paciencia de Jhoanna, como cuando se te han acercado a ti tantas chicas en Bongos para que te las folles.

—En primer lugar, no eres nadie para decirme qué tengo que hacer.

—¡Hey! Soy tu colega —me dijo con la mano levantada—. Solo intento entender qué coño pasa, estamos a poco más de quince días para la exhibición y el baile principal ha sido un desastre en el ensayo general. No sé tú, pero yo quiero que U.P.B. progrese.

—Es lo que quiero y me revienta que creas que paso de todo. —Me pasé la mano por la cabeza—. Tengo el compromiso con la asociación, si tengo que dejarte a ti o Jackson a cargo de la clase y hablar con propiedad con Jhoanna, lo haré.

Tenía otro problema, necesitaba una sustituta para Jhoanna, que había decidido no presentarse, y eso me cabreaba aún más, ya que lo hacía como venganza. Tendría que convencer a Lauren o Kelly si no conseguía una sustituta cuánto antes.

—Hablaré con las chicas —le indiqué.

—Pero no son Jhoanna —me respondió.

—¿Recuerdas por qué se ha creado U.P.B.? Y creo en la capacidad de las chicas para lograrlo.

—Siento ser tan gilipollas—me dijo—. Me preocupa todo ese lío que te traes.

—Es mi problema, Larry—le advertí—. Y te aconsejo que dejes de insinuar que entre Jhoanna y yo había una relación. Ella lo supo desde el primer momento, nunca le creé ilusiones. Sí, en un par de ocasiones nos liamos, pero en ningún momento le pedí ir más allá, sabes que no estaba dispuesto a mantener otra relación.

—Hasta que llegó Sophia.

No pude responder, me había calado y eso era muy malo para mí. No podía ocultar que entre Sophia y yo había una conexión especial y entendía la preocupación de Larry. Puse la mano en su hombro y lo miré a los ojos.

—No será igual, he aprendido la lección.

—Entiendes mi preocupación.

—Sí, pero esta vez es diferente—le aseguré—. Me gusta y mucho más de lo que puedo aceptar.

—Blake, colega, esa chica tienen problemas.

—¿Y quién no los tiene? —le hice saber dando por zanjada la conversación.

Comenzaba a cansarme de que todos estuvieran en mi contra. Me duché evitando darle más vueltas a esa conversación con Larry, quería volver a casa, ya que, al parecer, la única persona que se estaba convirtiendo en su vía de escape también se había alejado.

Sin embargo, al salir de los casilleros la encontré esperándome con las manos entrecruzadas.

—Me parece que he llegado tarde —me dijo Sophia.

—Creía que no vendrías.

Abochornada, se acercó a mí, pero no me moví del sitio.

SOPHIA

Entendía esa frialdad. Después de que mis abuelos regresaron a casa, le prometí a Blake que pasaría por la asociación, el problema surgió cuando comencé a dudar en hacerlo en cuanto sentí el tirón en la pierna. No quería que el resto asumiera que aparte de ser una muerta andante también arrastraba una posible lesión.

—Pensé que yo no estaba preparada, lo siento.

—¿Preparada? No es una prueba, ¿crees que sería capaz de darle una patada en el culo a alguno de mis alumnos si se equivocan en un paso o se caen? —me reprochó.

Bajé la cabeza avergonzada a que esa Sophia competitiva que estaba acostumbrada a dar lo mejor de sí, a rutinas exigentes y horas exhaustivas de trabajo duro, me llevase a esto.

—Lo siento, he tenido un mal día —me dijo. Fijé la mirada en él e intenté acercarme, pero se mantuvo en el mismo lugar. Nos miramos largamente y comenzaba a reprocharme el estar perdiendo la batalla contra mi conciencia, ya no solo la escuchaba decirme traidora, ahora le añadía lo egoísta que era.

Deseé hacerla callar por unos instantes para dar otro paso más y abrazarlo hasta que me perdonara, pero me daba miedo que me rechazara y lo entendería. Blake alargó el brazo y me atrajo hasta

chocar con su pecho, ahí nos mantuvimos unos segundos mirándonos hasta que me sujetó de la mano y caminamos con rapidez para entrar al primer salón que encontramos.

Una vez dentro, apenas podíamos vernos, la oscuridad era nuestra cómplice, excepto unos pocos rayos de luz que entraba por una ventana.

Blake me sujetó la barbilla y me besó con rudeza, obligándome a que abriera la boca y apropiándose de ella, exigiéndome con su lengua que bailara su mismo son. Me tragué un gemido silencioso, olvidándome de todo lo que nos rodeaba. Me acorraló contra la pared subiendo una de sus manos por el muslo gracias al vestido veraniego que llevaba.

Yo le subí la camiseta tocándole el pecho y el abdomen a la vez que sus besos me dejaban sin aliento. Perdida entre gemidos, besos y caricias me percaté de que me quitaba el jersey que llevaba puesto y recordé mis cicatrices de los brazos. Lo empujé, respirando con dificultad. Él se quiso acercar y lo rechacé.

—¿Qué ocurre ahora? —me preguntó.

—Lo siento —le respondí acercándome a la ventana y quitándome el jersey como si me quemara el hacerlo para así alargar los antebrazos—. Te he dicho que estoy dañada.

BLAKE

Me acerqué y viendo pequeñas cicatrices que resplandecían en la piel blanquecina de Sophia. Algunas más grandes que otras, pero eran cicatrices que le recordaban algo en concreto y lo supe; su accidente.

Cerré los ojos, comprendiendo otra de sus tantas batallas.

—¿Ahora me creerás? —me preguntó—. Es el recuerdo que llevo marcado y que indica que debí ser yo. Kenneth seguiría vivo si no se hubiera apresurado por verme competir, por confiar en que, en algún momento, lo que una vez soñó se cumpliría.

»Por complacerme se desvió, tratando de que olvidara que había perdido la competición y por mi culpa, murió. Siempre será un maldito recordatorio que todo lo que una vez deseó, nunca existirá.

De nuevo aparecía el fantasma de ese chico. De nuevo giraba todo en torno a ese maldito accidente, tenía que hacerle entender que no había sido su culpa y que no era justo que se fustigase de esa forma.

Si pensaba que por unas cicatrices yo o cualquiera nos apartaríamos de ella, le demostraría lo equivocada que estaba. Sujeté su mano y la obligué a arrodillarse, al igual que yo lo hice, y con sutileza giró sus brazos para que la luz de atardecer nos dejara ver a los dos las cicatrices. Sin decir nada, bajé mi boca, dejando besos en ellas hasta que me detuve y la miré a los ojos.

—No sé por qué has creído que voy a menospreciarte—le aclaré —. Todos tenemos cicatrices, unas que duelen más que otras y si alguien te ha despreciado por eso, es un gilipollas. —Sophia rio y yo también lo hice. Me levanté a la vez que la ayudé a hacerlo, dándole un beso casto en la boca—. Prométeme que no dejarás que ningún capullo te menosprecie, aunque ese capullo sea yo.

Ella respiró con lentitud y yo volví a acariciarle el rostro y abrazarla.

—Es mejor que salgamos de aquí antes de que el de seguridad nos pille y Eduardo saque el rifle de la oficina. —Sophia sonrió.

—¡Así que también tiene uno en la oficina! —Sonreí de lado.

—Nunca se sabe—le respondí—. ¿Qué te parece si damos un paseo por el bulevar?

Ella afirmó con la cabeza y concluí que la vida siempre sería así de compleja para todo, solo esperaba que este combate con ese fantasma terminara en este instante o me sería imposible seguir.

40

«Encuentra el éxtasis de la vida; la mera sensación de vivir es alegría suficiente. Emily Dickinson».

SOPHIA

Vi unos jóvenes alquilar unas bicicletas y la necesidad de montarme en una nació. Esta vez no dejaría que las dudas ganaran también la batalla. Guiada por mis impulsos y mi corazón apresuré el paso.

—¿Cuándo fue la última vez que subiste en una bicicleta?

—Si cuentas la motocicleta, hace un par de días… —Torcí la boca alzando una ceja y él rio a carcajadas.

—¿Estás segura de querer subirte en una?

No estaba segura de nada, esa era la verdad, aceptaba que, minutos antes, él tratara de brindarle seguridad a esta chica asustadiza que se negaba a vivir. Apreté los labios y respiré con profundidad.

—No, pero debo hacerlo—le dije. Blake me observó, se atusó el pelo y sacó la billetera del bolsillo junto con la tarjeta de crédito.

—A este paso terminaré perdiendo la cabeza por ti—dijo con una sonrisa socarrona.

—Intentaré que eso no suceda —le respondí. Blake negó con la cabeza y pagó.

Le acaricié el rostro dándole un beso que lo tomó desprevenido empujándome a morderle el labio inferior y entrar en su boca buscando la lengua para enroscarla con la mía y Blake me rodeó la cintura acercándome más a él.

—Te deseo, Sophia —me dijo al separarse y mantener nuestras bocas unidas—. Si fuera por mí te arrancaría la ropa ahora mismo.

—Pero quieres ser un chico bueno —le respondí con burla.

—No me tientes—me advirtió—. Por ahora vamos a montar las bicicletas que para eso las he pagado.

Sacó las bicicletas y yo agarré el manillar para subirme. Mi corazón comenzó a palpitar más rápido de lo normal. Subí el pie en un pedal, luego el otro y comenzó a rodar por *Ocean Drive.*

A medida que lo hacía desconectaba del ruido de su alrededor de lo que comenzaba a descubrir.

—¡Blake! —le grité—. ¡Pensé que serías más rápido pedaleando! —vociferé. Él soltó una carcajada ante mi provocación y se dejó llevar, pedaleando con rapidez.

Él aceleró mucho más y me adelantó un par de metros.

—¡Ahora quién es el lento, cariño!—me gritó. Aceleré sintiendo a

mi corazón bombear y la conciencia me trajo los recuerdos que tenía con Kenneth.

Volvía esa batalla que no terminaba de ganar en un momento que no debía, levanté la cabeza tratando de pedirle ayuda a Blake, pero lo veía tan alejado que no me escucharía con el ruido de la avenida y el oleaje. Los recuerdos se mantenían, las risas, los abrazos, los besos y las infinidades de veces que hicimos algo parecido, pero Kenneth ya no estaba.

Ahora mis recuerdos estarían asociados a Blake, ese momento era de él y no dejaría que fuera estropeado; mi mente se bloqueó y una sensación de bienestar me invadió.

Cerré los ojos a la vez que seguía pedaleando, solté aire y, a medida que recorría el boulevard, nació ese deseo de abrir los brazos sintiéndome como un ave en plena libertad.

BLAKE

De vez en cuando, miraba hacia atrás y me detuve en cuanto vi a Sophia con los ojos cerrados, abriendo sus brazos con una sonrisa genuina. No sabía exactamente qué significaba para ella, pero intuí que había logrado dar un paso importante hasta que abrió los ojos, su rostro reflejaba felicidad.

—Te hacía de vuelta —me dijo con burla cuando se acercaba a mí y se detuvo.

—No me gusta esta Sophia que le gusta provocar, aunque si es en la cama me lo pensaría.

—Te dejaré con la duda. —Me miró mordiéndose el labio. Ese gesto no era nada bueno, algo tramaba—. ¿Recuerdas que me dijiste eso de gritar en plena avenida?

—Y quieres que este pringado lo haga ahora.

—No fui yo quien lo sugirió—me respondió riéndose.

—Hablaba literalmente —me justifiqué maldiciéndome por ser bocazas.

—Fuero dos veces que lo sugeriste.

—¡Joder con la memoria de las mujeres! —exclamé. Ella se rio a carcajadas—. Diré lo que me plazca y tú —la señalé— gritarás: que le den a todos los que me miran con lástima.

—No tengo ningún problema con tal de que no sea: estoy loco por tener sexo con Sophia, puedes gritar lo que sea.

—No lo había pensado, es muy buena idea —le dije. Subí el pie en el pedal y me impulsé con prisa para no escucharla protestar en venganza por haberme provocado.

—¡Blake! —me gritó subiéndose a la bicicleta también—. ¡Era una

broma! —chillé.

—¿Que quieres qué? —le pregunté a voces.

—¡Blake, no!

—¡Claro que quiero follarte, nena! —exclamé riéndome a sabiendas que ella se avergonzaría. Solo esperaba que ningún medio estuviera en ese momento por allí ante la sarta de tonterías que quería soltar, me daba igual la gente, era como si el cuerpo le urgiera hacerlo —. ¡Quiero que sepáis que estoy loco por Sophia!

—¡Que te calles! —exclamó riéndose—. ¡No le creáis, está loco!

—¡Y podrán existir miles de Chloe que quieran darme por culo, pero solo me importa Sophia! —seguí gritando—. ¡Y quiero que sepáis que no me alejaré tan fácilmente porque me pone cachondo!

—¡Te voy a matar!—vociferó sin parar de reír, dejándose guiar por sus impulsos y por mis provocaciones—. ¡Odio a todos los que me miráis con lástima!—volvió a gritar—. ¡Que os den! ¡Y Chloe Clifford, que te den con un cactus!

Escuché cada frase sin parar de reír viendo cómo la gente que dejábamos atrás nos miraba desconcertados. Era liberador y no desaprovecharía la oportunidad.

—¡Qué te den, Frank Clifford! —grité—. ¡Y muero por follar con la chica que va detrás de mí en la bicicleta!

CHLOE

Me había importado muy poco que la mujer que había contratado para la limpieza tuviera que recoger todos los cristales rotos y esparcidos por el salón, al igual que tuviera que ingeniársela para sacar esa mancha amarillenta de líquido regado en el sillón.

Esperaba que todo estuviera reluciente y con nuevas copas en el lugar que estaban las antiguas, no iba a tolerar ninguna excusa o se encargaría de que la mandasen a patadas al lugar de donde era. Desde el día anterior todo me salía mal, pero lo que más me cabreaba era que Frank me llegara amenazar.

—¡Maldito Frank Clifford!—exclamé en cuanto aparqué sin importarme si lo había hecho bien o no. La rabia me tenía cegada y me encargaría de cobrársela, no iba a durar para siempre, solo era cuestión de tiempo o de mala salud.

Cerré los ojos recordando que me había ayudado cuando el imbécil de mi ex me humilló en público, por lo que no podía odiarlo como quisiera, pero no soportaba tampoco que estuviera a favor de esa familia. Comparados a nosotros, los Clifford, no eran nadie.

Ellos eran un par de inmigrantes que habían tenido suerte.

¿Quién era Eduardo en comparación a Frank?

Esa ayuda que le dio a Frank debió ser muy importante para que

su gratitud fuera eterna. Enterré las uñas en mis manos con rabia, deseando que hubiera muerto esa mojigata y no estuviese follando con Blake.

Si pensaban que se rendiría, no la conocían. ¿Cómo se atrevía Blake a insinuarle a Frank que dejaba el puesto por ella? ¡Qué poco conocía a los Clifford!

Pero por alguna razón, Blake se mantenía en sus planes advirtiéndole que, a partir de ahora, serían sus normas. Tendría paciencia para esperar, conocía los gustos de Blake y, en cualquier momento, volvería a los clubs y allí es donde sería para ella y demostraría sus vicios.

Abrí la puerta de mi casa y escuché la melodía de jazz a bajo volumen. Me maldije por no arrebatarles las llaves a Robert, era un puto inútil que solo tenía una única tarea: exponer a Sophia.

—La última vez te dije que pisarías mi casa si yo lo permitía. —Robert me esperaba en el sillón con una copa y su tintineo del hielo la invitaba a que bebiera un poco y lo vio sonreír.

—Sé lo que necesitas, te dejé un poco en la mesa.

—¡Lo que quiero es que te largues!

—Sabes que me necesitas y vengo por mi pago; que no saliera como lo tenías planeado, no es mi culpa.

—No te debo nada —le respondí entre dientes acercándome a la mesa donde estaba lo que le había sugerido—. Si crees que con esto follaremos, debes haber mezclado esa copa con otras sustancias. Has olvidado que yo elijo cuándo y cómo. —Robert rio y se levantó.

—Si no fuera porque me gusta follarte buscaría tirarme a Sophia lo más pronto posible, una gimnasta debe tener resistencia y quitar flexibilidad. —Robert sabía que era mi punto débil y no se lo permitiría. Ningún hombre tenía ese derecho. Le quité el vaso y bebí hasta la última gota, al igual que acepté probar un poco de las drogas que estaban en la mesa.

—Si piensas que aún no se han acostado eres un iluso o a lo mejor sí, con lo puritana que intenta creer que es debe haber exigido un exhaustivo análisis. —Roberts rio a carcajadas—. Me importa muy poco si te la quieres follar o no, pero esta batalla no la ha ganado y estará lejos de Blake tarde o temprano.

Me levanté, limpiándome la nariz para llenar de nuevo la copa. Rober cogió mi brazo arrinconándome de espaldas a la pared y se frotó en mí para sentir su polla subiéndome a la vez el vestido.

—¿Esto es lo que te gusta? —Se bajó la bragueta e hizo a un lado el tanga para enterrar su miembro sin contemplaciones.

Cerré los ojos, no iba a responderle, pero si quería que me hiciera olvidar, quería ser embestida con rudeza. Estaba segura que pasaría tarde o temprano, Blake terminaría en mi cama y pasaría antes de que

se reabriera el caso.

Esperaría hasta ese momento para contárselo a Sophia y poder disfrutar de su caída. Robert sujetó mis caderas para volver a embestirme como esas tantas noches que me hacía perderme entre el sexo, las drogas y el alcohol.

41

BLAKE

Regresamos a U.B.P. para recoger el bolso y refrescarnos un poco. Subimos al coche y en el camino bromeamos sobre la probabilidad de que algún conocido nos reconoció.

—Tienes la culpa —le reproché en broma—. Me sugeriste que lo gritara y seguí tus órdenes.

—Es decir que, si te dijera que te lanzaras por un puente, ¿lo harías?

—Por supuesto, no es la primera vez que hago *puenting* —le respondí burlón a lo que Sophia resopló y reí a carcajadas.

Proseguí con la conversación explicándole esa vez que había saltado y creía que el corazón se me saldría por la boca. La adrenalina corría por mis venas, el salto había sido para mí un antes y después en mi vida. Le conté que era una conexión a un mundo que no tenía límites de libertad.

—Por eso se grita, ya que muchos liberan sus fantasmas.

Al menos esa parte no me funcionó, pero me ayudó a reflexionar que la vida se pasaba en segundos.

SOPHIA

Me mantuve en silencio meditando. Durante meses estuve en la oscuridad, sin tener motivos para salir, debía darle las gracias a Marian y su terapia de choque.

Me sentía feliz, nunca pensé que gritaría en una arteria tan transitada como *Ocean Drive*, había sido liberador y lo retendría en la memoria para siempre, sonreí con ilusión y seguí escuchado a Blake contarme que el día siguiente comenzaría sus vacaciones impuestas.

No quiso darme detalles, pero recordé lo que había gritado sobre Frank y presentí que algo me estaba ocultando.

—Entonces, tendrás tiempo libre para planificar alguna salida.

—Eso de planificar no sirve de nada cuando estoy a tu lado—me respondió—. Creo que haré lo que se me ocurra al instante.

—Como gritar: muero por follar con la chica que va detrás —le recordé—, no sé si es peor que fuera yo la que iba o que hubiera sido un ejército de mujeres. —Nos miramos y nos reímos de nuevo, solo entonces me di cuenta que aparcábamos en casa de mis abuelos; había olvidado mi miedo en ir en coche.

—Pero has sido tú que has mandado a otros a que le dieran con un cactus, por cierto, estuve un rato pensando si eso dolería o no.

Lo miré sonreír y me encantaba que lo hiciera, me mordí el labio y dejándome guiar por los impulsos me quité el cinturón de seguridad, sorprendiéndolo me senté encima de él esperando que no me echara por ensuciar la tapicería de su *Dodge Challager* del cual se sentía orgulloso.

—¡Santos cielos! —exclamó Blake—. Los ataques sorpresivos son considerados acto de guerra, ¿lo sabías? —Reímos hasta que le sujeté el rostro con mis manos y lo besé con ansias—. ¡Espera! —me dijo echando hacia atrás el asiento y sin tener tiempo me acerqué probando con lentitud sus labios.

Las manos de Blake subieron por mis muslos hasta rozar la ropa interior haciéndome gemir.

—Voy a ir a la cárcel por tu culpa —me dijo haciendo malabares entre los dos obteniendo un poco más de espacio.

—No irás —le respondí mordisqueándole la oreja. Una de las manos de Blake la llevó a mi cintura y subió la otra a la mejilla pegando nuestros rostros.

—Mírame —musitó. Lo miré.

Sus ojos denotaban deseo, subió la mano por mi muslo haciendo a un lado mi braga e introdujo un dedo masajeándome el clítoris—. No dejes de mirarme —me ordenó de nuevo y a medida que movía su dedo, sucumbía al placer, me sujeté del asiento, deseando cerrar los ojos y sentir la intensidad con que la mano experta jugueteaba.

Me mordí el labio para no gritar.

—Ciérralos —me ordenó de nuevo y lo hice sintiendo como nacía ese frenesí en mí. Fijé los ojos en él y bajé la mano hasta la de él para guiarlo y para sentir mucho más, él me complació y con ello volví a cerrar los ojos pegando mi cabeza en su hombro acercándome a su oreja soltando un gemido que acalló sujetándome la cabeza con la otra mano besándome con fiereza.

El calor que me recorrió me llevó a querer mucho más y se lo hice saber. Blake apresuró los movimientos pellizcando y jugueteando sin detenerse llevándome a un orgasmo distinto, rudo, salvaje, uno que me insinuaba qué experiencias viviría a su lado.

Era la primera vez que tenía sexo en un coche, otra primera vez junto a Blake.

—No sé qué decir —le confesé en cuanto volví a verle con la respiración entrecortada.

—Con tal que no sea que ha sido una mierda. —Reí.

—Creo que la que perderá la cabeza seré yo —confesé avergonzada. Blake buscó mi boca de nuevo dándome un beso tierno y me acunó en sus brazos.

—Te prometo que encontraré mil y unas formas para quererte y que vuelvas a amar.

Nos despedimos en la puerta sonriendo, con la promesa de que volveríamos a vernos al día siguiente y, antes de irse, Blake me preguntó si seguía con la rehabilitación y le confesé que estaba siendo más lento de lo que creía.

Se despidió con un beso fugaz y lo vi alejarse sintiendo que cada segundo la ilusión me invadía y de esa manera entré a la casa. Con Kenneth había sido diferente, nuestra relación había comenzado en la universidad y de allí se las ingenió para estar en mis competencias y entrenamientos.

—Buenas noches —me dijo mi abuelo.

—He llegado en buen momento —le respondí viéndolo trastear en la cocina.

—Pensé que te había invitado a comer —respondió en tono burlón. Me sonrojé pensando lo que había hecho quince minutos antes.

—Nos entretuvimos y una cosa llevó a otra —le dije frotándome los dedos.

—Me parece que iré a limpiar el rifle. —Abrí los ojos.

—¡Dios mío! ¡Blake tenía razón!— No pude reprimir el borboteo de la risa.

Mi abuelo, que preparaba un emparedado, dejó el cuchillo de lado. Me limpié las lágrimas y me apresuré a coger un par de rebanadas de pan, tratando de encontrar las palabras más sencillas para contarle la broma que tenía Blake con ello.

—Ha prometido ser un chico bueno… —Apreté los labios al acordarse del orgasmo que me había dado y evité que se me notara con cualquier gesto—. Tiene miedo a que saques el rifle y le dejes el culo como una flor. —Mi abuelo alzó una ceja.

—Tendré que defender tu honor si se atreve a burlarse. —Volví a reír mientras colocaba la lechuga encima del pavo—.Ya veremos qué hará cuando se encuentre con tu padre —me dijo mirándome fijamente, dejé de reír—. Está enfadado, cariño, recibí su llamada y me ha dicho que apenas hablas con ellos.

—Le he contado todo lo que he hecho.

—Sabes que no y te aconsejo que lo hagas lo más pronto posible. —Me senté a sabiendas qué significaban esas palabras.

—No sé ni que está ocurriendo, solo me dejo llevar. Estos días han sido una montaña rusa de emociones y si se lo contara no descansaría hasta verme de nuevo en Durham. Por primera vez siento que puedo seguir viviendo, por primera vez siento ilusión y volver con ellos es enfrentarme a todo y no quiero.

»Quiero vivir este momento, lo necesito y papá no lo entendería.

En estas últimas semanas he llegado a creer que quiere seguir planificando mi vida, no sé si eso le hace sentir más tranquilo, pero ya nada es como antes. —Mi abuelo suspiró en alto de nuevo.

—Cuando eres padre, los miedos pasan a ser interminables. Quieres labrarle un futuro sin darte cuenta de que solo son los primeros años, luego son ellos quienes deciden. Es normal que se preocupe —me dijo—. Casi te pierde y no está aquí para ver lo que vivimos a diario, por lo que, si no le eres sincera, un buen día se levantará una mañana y cogerá el primer avión a Florida.

»Tampoco quiero presionarte, no soy tonto, sé lo que siente ese corazón y conozco a Blake desde que era un adolescente. No sé qué te ha contado, lo cierto es que, tu vida ha sido muy diferente a la de él. Ha tenido que crecer de sopetón, luchar con sus demonios, que no los ha vencido del todo, y me preocupa que los mismos se interpongan entre vosotros.

—Si te preocupa que me haga daño, más del que me he hecho yo misma, no sucederá, es imposible saber qué pasará mañana —le dije con sinceridad—. Hace tres días me hundía en mis miedos y hoy he disfrutado como nunca, he sentido las ganas de hacer muchas cosas. Sacrifiqué mucho por mi carrera de gimnasta y no me arrepiento, es lo más bonito que he podido vivir y disfrutar.

»Pero ahora quiero descubrir lo que Blake desea mostrarme, creo que no es difícil de entender y no he olvidado mis metas, solo intento encontrar esas ganas para seguir. Creo que es lo me detiene para llamar a mi padre; siento que podría defraudarlo.

EDUARDO

La observé y vi ese brillo en los ojos, el mismo que tenía Ángeles cuando la conoció. Durante la tarde lo había meditado y no se interpondría si Blake hacía feliz a Sophia.

Sin embargo, después de esa llamada de Frank invitándolo a jugar al golf, supuse que lo sucedido con Chloe traería consecuencias. Estaba llegando el momento de intervenir y no solo era su amigo, también estaba su hijo que, una hora antes, lo había llamado preocupado por las respuestas escuetas que recibía de Sophia.

No sería yo quien le diera la noticia, conocía a mi hijo y no aceptaría esa relación, para Victor eran de diferentes mundos, por lo que, al escuchar a Sophia, comprendí que estaba en esa etapa de la búsqueda de su destino.

Una etapa difícil para todo joven cuando se encontraba perdido. Cada vez más me convencía que el reabrir el caso era la peor idea que se le había ocurrido a Victor.

No tenía más remedio que hablar con él, recordarle que la etapa

con más libertad plena era la juventud, la que Sophia había aparcado para que Victor se sintiera orgulloso de ella.

—Está bien, me haré cargo de tu padre, aunque puedes decirle a Blake que no me tiente con el rifle. —Sophia sonrió con sinceridad.

—Gracias.

—No me gusta ocultarle información y me sigue preocupando esta relación con Blake, pero confío en ti y en esas ganas de conocer mundo como yo las tuve en su momento. Quizás Ángeles tenga razón, os necesitáis para luchar y encontrar ese camino que tanto ansiáis recorrer.

Sophia me abrazó.

—Ahora, si me dejas, tengo que comerme el sándwich antes de que tu abuela baje y me lo quite por la maldita dieta.

Sophia se levantó, miró hacia las escaleras.

—No hay moros en la costa… —Le guiñé el ojo, dándole un buen mordisco al emparedado.

42

BLAKE

Recorrimos varios kilómetros en los que evité de mil maneras que Sophia descubriera a dónde íbamos, tratando de que olvidase que estaba dentro del coche.

Mi cabeza era un hervidero de ideas; desde la más descabellada, como saltar de *puenting*, que dudaba que lo hiciera, hasta la más inocente, como pasear por un centro comercial o la que nunca faltaba, ir de compras. De alguna forma me servían para distraerla y así conocer esa Sophia sonriente, cabezota, imaginativa, pasional.

Deseaba detenerme en cada semáforo para besarla, pero no podía, debía mantener la vista siempre al frente y las manos en el volante para que se sintiera segura. Le había pedido ropa desgastada y a ella no se le había ocurrido otra idea que ponerse una minifalda con estampado de flores que no dejaba mucho a la imaginación, al igual que su blusa.

Esa prenda había logrado que mis pensamientos volasen y que mi polla saltara en protesta, esa maldita cremallera que terminaba justamente en su canalillo me incitaba a bajarla en su totalidad.

De nuevo volvería a tener ese dolor en mis partes bajas por contenerme para no cambiar de idea, llevarla a mi piso y desfogar todas esas ganas de enterrarme en ella.

Bajé la velocidad hasta aparcar, Sophia leyó el nombre del cartel, frunció el ceño y me miró.

—¿Qué hacemos en una academia de arte?

—Hoy vamos a asistir a una clase de pintura.

—¡Oh, Dios mío! Es lo último que me hubiera venido a la cabeza.

—Lo sé, estoy comenzando a temer por mi vida. —Sophia se giró hacia mí con la boca abierta y reí a carcajadas—. ¡Venga, cariño!, Estaba ilusionado con lo que podíamos hacer hasta que sugeriste eso de querer ir a ver los caimanes…

—¡Eres un idiota! —protestó.

—No es mi culpa —le dije mirándola de reojo—. Por cierto, te pedí que te pusieras ropa degastada y has decidido provocarme y llevarme por la calle de la amargura.

—Cuánto lo siento, Blake.

El sonrojo de sus mejillas me enterneció, le acaricié los labios con el pulgar para luego besarla, con un beso lento y delicado, mordiéndole con deliberación el labio inferior y robándole más de un

suspiro.

—Estoy por encender el motor y llevarte a mi casa —le dije mordiéndole la barbilla—, pero nos están esperando.

SOPHIA

Estaba feliz por su iniciativa de presentarse por sorpresa y de traerme a esta escuela sin saber qué haría. Su preocupación por mi bienestar logró que confiara en él y eso de saber que podía excitarlo con un par de besos me hacía sentirme sexy.

No quería aceptarlo, no podía entender cómo había pasado, pero me estaba enamorando perdidamente de él.

Lo esperé en la entrada del lugar y cuando se acercaba me quedé sin aliento. Se atusaba el pelo y junto a esas gafas estilo safari presentaba una imagen sensual que podía fácilmente decir que acababa de rodar algún anuncio publicitario. Debía escribirle a Marian o no me perdonaría ser la última en enterarse de lo que estaba viviendo.

—¿Preparada?

—Si es a tu lado, sí—le respondí. Me sujetó la mano y entramos a la academia.

En cuanto vi a José me sentí a gusto, ya que él siempre había sido amable conmigo, incluso en este momento que me saludaba con entusiasmo.

—He tratado de conseguir batas de vuestra talla —nos explicó y nos invitó a seguirlo. No comprendía que había querido decir, pero lo supe segundos después—. ¡Chicos! Hoy tenemos a unos curiosos que quieren ver cómo es nuestra clase. —Los niños nos observaron curiosos y desconcertados.

—¿Quiénes serán los tutores de estos dos? —les preguntó José y algunos levantaron las manos invitándonos a que nos acercáramos.

—Está me las cobro—le dijo Blake señalando con el dedo a su amigo, debido a que había omitido lo más importante.

—Te dije que vinieras con ropa degastada—le recordó.

—Y no me respondiste quiénes eran los alumnos.

—¿En serio le tienes miedo a un grupo de críos? —le preguntó con burla—. Si quieres, podéis venir el miércoles por la noche, que es la clase con modelos de verdad y totalmente desnudos.

Blake frunció el ceño, pero no le respondió. Me miró y me aguanté la risa preguntándome si era capaz de hacer de modelo.

—Yo me apuntaría a esa clase si haces de modelo—le dije con la sonrisa en la boca. Blake me miró torciendo la boca.

—Para ver a modelos en pelotas, me ves a mí en casa el tiempo que quieras.—Me eché a reír. Blake no quiso hablar más del tema.

—Muy bien, chicos —se dirigió José a los niños—, recordad que es un juego. La imagen la tenéis en vuestra mesa, cerrad los ojos y dejad que vuestra imaginación libere a la espontaneidad. —Evité reír a carcajadas en cuanto Blake se dio cuenta de que el único taburete que quedaba era más pequeño de lo que creía. Me aproximó a una niña rubia que había levantado la mano con ahínco en cuanto José preguntó quién quería ser nuestros tutores; con amabilidad me cedió una silla junto al caballete y un lienzo en blanco.

Blake no tuvo esa suerte; el niño lo ignoró, no había levantado la mano y no entendía por qué escogía estar a su lado. Ni tan siquiera le dijo dónde podía encontrar el material, el muy orgulloso lo miró con rabia y esperó a que su profesor diera comienzo a la clase.

Me causó gracia el enfado que demostraba y al verlo en el taburete, disimulé mi sonrisa. De reojo observé resoplar y resoplar al niño y negué con la cabeza divertida a la situación.

—Piensa en formas y los colores que te gustaría que tuviera el lienzo —me explicó la niña.

—Gracias —le respondí evitando reír ante la seriedad de su pequeño rostro. Cerré los ojos tratando de imaginar qué debía hacer. Era curioso, no recordaba cuándo había sido la última vez que había dibujado, tal vez cuando era una niña, como los que estaban a mi alrededor.

Sonreí con ilusión e hice caso a la sugerencia imaginando un bosque frondoso de los que podía encontrar en Carolina del Norte, una pradera donde las flores salvajes campaban a sus anchas y yo estaba allí, junto a Blake, encima de un mantel para picnic; él con lentitud iba hasta mí besándome como minutos atrás, chupando mi labio y enroscando su lengua con la mía. Me bajaba la cremallera del vestido y metía la mano para acariciar uno de mis pechos.

—Deja para después los pensamientos pecaminosos —me susurró Blake al oído, erizándome la piel—. Estás provocando que te saque de la clase y entremos al primer salón desocupado que encontremos. —Me pasé la lengua por los labios y fingí respirar con lentitud, a pesar de que ladeé la cabeza y le lancé una mirada de odio por haberme pillado, su respuesta fue una sonrisa dibujada en su rostro.

Me reproché que adivinara mis pensamientos, por ser un libro abierto para él, aunque no podía engañarme, quería que fuese así y es que era una de esas primeras veces que experimentaba.

Nunca había estado delante de un caballete y mucho menos pensando en cómo un hombre me embestiría. Me mordí el labio y me centré en dibujar cualquier cosa antes de que mi mente volviera a jugarme una mala pasada.

Diez minutos después, escuché a Blake discutir con el niño acerca de materiales, paletas, diluyente y mezcla de colores. José les pidió un

poco de silencio y se aproximó a otros niños que le pedían ayuda, seguidamente, puso música que tenía en el portátil.

Quise ver qué hacía Blake en cuanto escuché al niño llamarle idiota, pero él cubrió el lienzo. Fruncí el ceño por su misterio, observé a mi alrededor sorprendida. Estos niños hacían obras de artes comparada a la mía. Maldije por lo bajo, recordando por qué no dibujaba, lo hacía tan mal que nunca me empeñé en mejorar.

—Dibujas de pena —me dijo con burla Blake, regresando al taburete que lo hacía ver como un Oompa Loompa[17].

—No sabía que salía con Da Vinci —ironicé. Blake rio sin mirarme. Intenté acercarme, pero de nuevo puso la mano, por lo que me giré al mío, ofendida porque no compartía su dibujo, en cambio, él jugaba con ventaja, podía espiarme.

Cogí el pincel más grande que tenía lo llené del color morado, y en dos segundos manché la camiseta de Blake. Sorprendido ante mi acto de guerra, también cogió uno de los suyos y lo cubrió de negro, para terminar, manchándome la cara con una línea que iba desde el principio de mi pelo hasta la barbilla, gemí sorprendida al tener el mal sabor en los labios.

—¡Tienes mal perder! —exclamó Blake provocándome.

—¡Te has burlado de mí! —protesté, acto seguido lo ataqué, mezclando varios colores para mancharlo. Blake se dio cuenta de mis intenciones y se adelantó, sosteniéndome el brazo.

Intenté librarme, pero el espacio libre era estrecho para los dos y acabamos en el suelo junto a las pequeñas mesas que sostenían las paletas de los niños. Blake me llenó la cara y el pelo de restos de pintura que había esparcida. Asombrada porque no me daba tregua e hice lo propio.

—Pero ¿qué co...? —Preguntó José en cuanto entró y vio el desastre. Los niños, al unísono, nos señalaron y gritaron: «han sido ellos».

Sentí vergüenza, pero debíamos levantarnos y, al hacerlo, me percaté que el suelo estaba manchado por colores que hubo alguna vez en las paletas.

—Tú y tú. —Nos señaló—. Tenéis quince minutos para recoger el desastre y pedir disculpas a la clase. —Blake se quejó y José se sorprendió aún más.

—Ha sido mi culpa—le dije—. Yo lo he provocado—. José cruzó los brazos y con el ceño fruncido me miró.

—Se supone que sois adultos y no podéis caer en estos juegos.

—El problema es que su nueva alumna no acepta que dibuja de pena—exclamó Blake. Abrí la boca sorprendida y sin poder aguantar mucho más, él rio a carcajadas, descubriendo que su chica, que yo, tenía muy mal perder.

BLAKE

—¡Eres un cabrón! —exclamó tapándose la boca al instante—. Lo siento, chicos—dijo a la clase y se llevó las manos al rostro avergonzada. Los niños se acercaron pensando que iba a llorar.

—No llores, te enseñaremos —le dijo una. Sophia volvió a mirarlos y sonrió a modo de respuesta.

—Me encantaría. Al menos no os burláis de forma ruin como ese grandullón que está allí —me dijo señalándome con el dedo. José no pudo contenerse más y se burló.

—¡Así que el grandullón es el culpable! —exclamó con una ceja levantada para fastidiarme—. Pediré que vengan a limpiar el suelo para que no os resbaléis, seguid con la clase, que el grandullón y la gimnasta serán lo que limpiarán el desastre que han causado.

—¿Eres gimnasta? —preguntó una niña. Vi que Sophia se sonrojaba y afirmó con la cabeza.

—¡Una de las mejores! —exclamé. Me miró agradeciéndome.

—¿Qué clase de gimnasta? —preguntó uno.

—Yo practico *ballet* —dijo otra niña.

—Te ayudaremos a mejorar si nos cuentas más de la gimnasia —indicó otro y la clase volvió a ser un bullicio por lo que sonreí.

José les pidió que se calmaran y me miró con rabia; supuse que deseaba darme una patada en el culo por haber revolucionado su clase, pero cuando Sophia se levantó, ellos hicieron silencio esperando que ella les contara.

—Está bien, primero recojamos el desastre que el grandullón ha creado —les pidió.

—¡Ya veo que la etiqueta de chico malo me la he ganado a pulso! —protesté.

—¡Gradullón! —me gritó José para burlarse a gusto—. ¡Recoge ya!—ordenó para girarse luego a Sophia—. Puedes volver cuando quieras, te enseñaré técnicas básicas, pero sin este—me señaló. Ella sonrió agradecida por la invitación.

En cuanto los niños volvieron a sus mesas aproveché para acercarme a Sophia.

—Al final siempre te ganas el corazón de los demás—le murmuré —, pero ten en cuenta que no me gusta compartir. —Le di un beso fugaz en los labios y suspiré al ver todo el desastre que iba a recoger.

43

«Escribe en tu corazón que cada día
es el mejor día de tu vida.
Ralph Waldo Emerson».

BLAKE

Recorrimos varios kilómetros en los que evité de mil maneras que Sophia descubriera a dónde íbamos, tratando de que olvidase que estaba dentro del coche.

Mi cabeza era un hervidero de ideas; desde la más descabellada, como saltar de *puenting*, que dudaba que lo hiciera, hasta la más inocente, como pasear por un centro comercial o la que nunca faltaba, ir de compras. De alguna forma me servían para distraerla y así conocer esa Sophia sonriente, cabezota, imaginativa, pasional.

Deseaba detenerme en cada semáforo para besarla, pero no podía, debía mantener la vista siempre al frente y las manos en el volante para que se sintiera segura. Le había pedido ropa desgastada y a ella no se le había ocurrido otra idea que ponerse una minifalda con estampado de flores que no dejaba mucho a la imaginación, al igual que su blusa.

Esa prenda había logrado que mis pensamientos volasen y que mi polla saltara en protesta, esa maldita cremallera que terminaba justamente en su canalillo me incitaba a bajarla en su totalidad.

De nuevo volvería a tener ese dolor en mis partes bajas por contenerme para no cambiar de idea, llevarla a mi piso y desfogar todas esas ganas de enterrarme en ella.

Bajé la velocidad hasta aparcar, Sophia leyó el nombre del cartel, frunció el ceño y me miró.

—¿Qué hacemos en una academia de arte?

—Hoy vamos a asistir a una clase de pintura.

—¡Oh, Dios mío! Es lo último que me hubiera venido a la cabeza.

—Lo sé, estoy comenzando a temer por mi vida. —Sophia se giró hacia mí con la boca abierta y reí a carcajadas—. ¡Venga, cariño!, Estaba ilusionado con lo que podíamos hacer hasta que sugeriste eso de querer ir a ver los caimanes…

—¡Eres un idiota! —protestó.

—No es mi culpa —le dije mirándola de reojo—. Por cierto, te pedí que te pusieras ropa degastada y has decidido provocarme y llevarme por la calle de la amargura.

—Cuánto lo siento, Blake.

El sonrojo de sus mejillas me enterneció, le acaricié los labios con

el pulgar para luego besarla, con un beso lento y delicado, mordiéndole con deliberación el labio inferior y robándole más de un suspiro.

—Estoy por encender el motor y llevarte a mi casa —le dije mordiéndole la barbilla—, pero nos están esperando.

SOPHIA

Estaba feliz por su iniciativa de presentarse por sorpresa y de traerme a esta escuela sin saber qué haría. Su preocupación por mi bienestar logró que confiara en él y eso de saber que podía excitarlo con un par de besos me hacía sentirme sexy.

No quería aceptarlo, no podía entender cómo había pasado, pero me estaba enamorando perdidamente de él.

Lo esperé en la entrada del lugar y cuando se acercaba me quedé sin aliento. Se atusaba el pelo y junto a esas gafas estilo safari presentaba una imagen sensual que podía fácilmente decir que acababa de rodar algún anuncio publicitario. Debía escribirle a Marian o no me perdonaría ser la última en enterarse de lo que estaba viviendo.

—¿Preparada?

—Si es a tu lado, sí—le respondí. Me sujetó la mano y entramos a la academia.

En cuanto vi a José me sentí a gusto, ya que él siempre había sido amable conmigo, incluso en este momento que me saludaba con entusiasmo.

—He tratado de conseguir batas de vuestra talla —nos explicó y nos invitó a seguirlo. No comprendía que había querido decir, pero lo supe segundos después—. ¡Chicos! Hoy tenemos a unos curiosos que quieren ver cómo es nuestra clase. —Los niños nos observaron curiosos y desconcertados.

—¿Quiénes serán los tutores de estos dos? —les preguntó José y algunos levantaron las manos invitándonos a que nos acercáramos.

—Está me las cobro—le dijo Blake señalando con el dedo a su amigo, debido a que había omitido lo más importante.

—Te dije que vinieras con ropa degastada—le recordó.

—Y no me respondiste quiénes eran los alumnos.

—¿En serio le tienes miedo a un grupo de críos? —le preguntó con burla—. Si quieres, podéis venir el miércoles por la noche, que es la clase con modelos de verdad y totalmente desnudos.

Blake frunció el ceño, pero no le respondió. Me miró y me aguanté la risa preguntándome si era capaz de hacer de modelo.

—Yo me apuntaría a esa clase si haces de modelo—le dije con la sonrisa en la boca. Blake me miró torciendo la boca.

—Para ver a modelos en pelotas, me ves a mí en casa el tiempo que quieras.—Me eché a reír. Blake no quiso hablar más del tema.

—Muy bien, chicos —se dirigió José a los niños—, recordad que es un juego. La imagen la tenéis en vuestra mesa, cerrad los ojos y dejad que vuestra imaginación libere a la espontaneidad. —Evité reír a carcajadas en cuanto Blake se dio cuenta de que el único taburete que quedaba era más pequeño de lo que creía. Me aproximó a una niña rubia que había levantado la mano con ahínco en cuanto José preguntó quién quería ser nuestros tutores; con amabilidad me cedió una silla junto al caballete y un lienzo en blanco.

Blake no tuvo esa suerte; el niño lo ignoró, no había levantado la mano y no entendía por qué escogía estar a su lado. Ni tan siquiera le dijo dónde podía encontrar el material, el muy orgulloso lo miró con rabia y esperó a que su profesor diera comienzo a la clase.

Me causó gracia el enfado que demostraba y al verlo en el taburete, disimulé mi sonrisa. De reojo observé resoplar y resoplar al niño y negué con la cabeza divertida a la situación.

—Piensa en formas y los colores que te gustaría que tuviera el lienzo —me explicó la niña.

—Gracias —le respondí evitando reír ante la seriedad de su pequeño rostro. Cerré los ojos tratando de imaginar qué debía hacer. Era curioso, no recordaba cuándo había sido la última vez que había dibujado, tal vez cuando era una niña, como los que estaban a mi alrededor.

Sonreí con ilusión e hice caso a la sugerencia imaginando un bosque frondoso de los que podía encontrar en Carolina del Norte, una pradera donde las flores salvajes campaban a sus anchas y yo estaba allí, junto a Blake, encima de un mantel para picnic; él con lentitud iba hasta mí besándome como minutos atrás, chupando mi labio y enroscando su lengua con la mía. Me bajaba la cremallera del vestido y metía la mano para acariciar uno de mis pechos.

—Deja para después los pensamientos pecaminosos —me susurró Blake al oído, erizándome la piel—. Estás provocando que te saque de la clase y entremos al primer salón desocupado que encontremos. —Me pasé la lengua por los labios y fingí respirar con lentitud, a pesar de que ladeé la cabeza y le lancé una mirada de odio por haberme pillado, su respuesta fue una sonrisa dibujada en su rostro.

Me reproché que adivinara mis pensamientos, por ser un libro abierto para él, aunque no podía engañarme, quería que fuese así y es que era una de esas primeras veces que experimentaba.

Nunca había estado delante de un caballete y mucho menos pensando en cómo un hombre me embestiría. Me mordí el labio y me centré en dibujar cualquier cosa antes de que mi mente volviera a jugarme una mala pasada.

Diez minutos después, escuché a Blake discutir con el niño acerca de materiales, paletas, diluyente y mezcla de colores. José les pidió un poco de silencio y se aproximó a otros niños que le pedían ayuda, seguidamente, puso música que tenía en el portátil.

Quise ver qué hacía Blake en cuanto escuché al niño llamarle idiota, pero él cubrió el lienzo. Fruncí el ceño por su misterio, observé a mi alrededor sorprendida. Estos niños hacían obras de artes comparada a la mía. Maldije por lo bajo, recordando por qué no dibujaba, lo hacía tan mal que nunca me empeñé en mejorar.

—Dibujas de pena —me dijo con burla Blake, regresando al taburete que lo hacía ver como un Oompa Loompa[1].

—No sabía que salía con Da Vinci —ironicé. Blake rio sin mirarme. Intenté acercarme, pero de nuevo puso la mano, por lo que me giré al mío, ofendida porque no compartía su dibujo, en cambio, él jugaba con ventaja, podía espiarme.

Cogí el pincel más grande que tenía lo llené del color morado, y en dos segundos manché la camiseta de Blake. Sorprendido ante mi acto de guerra, también cogió uno de los suyos y lo cubrió de negro, para terminar, manchándome la cara con una línea que iba desde el principio de mi pelo hasta la barbilla, gemí sorprendida al tener el mal sabor en los labios.

—¡Tienes mal perder! —exclamó Blake provocándome.

—¡Te has burlado de mí! —protesté, acto seguido lo ataqué, mezclando varios colores para mancharlo. Blake se dio cuenta de mis intenciones y se adelantó, sosteniéndome el brazo.

Intenté librarme, pero el espacio libre era estrecho para los dos y acabamos en el suelo junto a las pequeñas mesas que sostenían las paletas de los niños. Blake me llenó la cara y el pelo de restos de pintura que había esparcida. Asombrada porque no me daba tregua e hice lo propio.

—Pero ¿qué co...? —Preguntó José en cuanto entró y vio el desastre. Los niños, al unísono, nos señalaron y gritaron: «han sido ellos».

Sentí vergüenza, pero debíamos levantarnos y, al hacerlo, me percaté que el suelo estaba manchado por colores que hubo alguna vez en las paletas.

—Tú y tú. —Nos señaló—. Tenéis quince minutos para recoger el desastre y pedir disculpas a la clase. —Blake se quejó y José se sorprendió aún más.

—Ha sido mi culpa—le dije—. Yo lo he provocado—. José cruzó los brazos y con el ceño fruncido me miró.

—Se supone que sois adultos y no podéis caer en estos juegos.

—El problema es que su nueva alumna no acepta que dibuja de pena—exclamó Blake. Abrí la boca sorprendida y sin poder aguantar

mucho más, él rio a carcajadas, descubriendo que su chica, que yo, tenía muy mal perder.

BLAKE

—¡Eres un cabrón! —exclamó tapándose la boca al instante—. Lo siento, chicos—dijo a la clase y se llevó las manos al rostro avergonzada. Los niños se acercaron pensando que iba a llorar.

—No llores, te enseñaremos —le dijo una. Sophia volvió a mirarlos y sonrió a modo de respuesta.

—Me encantaría. Al menos no os burláis de forma ruin como ese grandullón que está allí —me dijo señalándome con el dedo. José no pudo contenerse más y se burló.

—¡Así que el grandullón es el culpable! —exclamó con una ceja levantada para fastidiarme—. Pediré que vengan a limpiar el suelo para que no os resbaléis, seguid con la clase, que el grandullón y la gimnasta serán lo que limpiarán el desastre que han causado.

—¿Eres gimnasta? —preguntó una niña. Vi que Sophia se sonrojaba y afirmó con la cabeza.

—¡Una de las mejores! —exclamé. Me miró agradeciéndome.

—¿Qué clase de gimnasta? —preguntó uno.

—Yo practico ballet —dijo otra niña.

—Te ayudaremos a mejorar si nos cuentas más de la gimnasia —indicó otro y la clase volvió a ser un bullicio por lo que sonreí.

José les pidió que se calmaran y me miró con rabia; supuse que deseaba darme una patada en el culo por haber revolucionado su clase, pero cuando Sophia se levantó, ellos hicieron silencio esperando que ella les contara.

—Está bien, primero recojamos el desastre que el grandullón ha creado —les pidió.

—¡Ya veo que la etiqueta de chico malo me la he ganado a pulso! —protesté.

—¡Gradullón! —me gritó José para burlarse a gusto—. ¡Recoge ya!—ordenó para girarse luego a Sophia—. Puedes volver cuando quieras, te enseñaré técnicas básicas, pero sin este—me señaló. Ella sonrió agradecida por la invitación.

En cuanto los niños volvieron a sus mesas aproveché para acercarme a Sophia.

—Al final siempre te ganas el corazón de los demás—le murmuré —, pero ten en cuenta que no me gusta compartir. —Le di un beso fugaz en los labios y suspiré al ver todo el desastre que iba a recoger.

44

BLAKE

Una vez más, Sophia me sorprendió por su desenvoltura con los niños; les habló de la gimnasia rítmica, de sus esfuerzos y sus experiencias y noté su añoranza al deporte.

También observé a José escabullirse de nuevo con el móvil al oído. No era habitual que le diera tanta importancia a las llamadas, por lo que lo seguí. José guardó en el bolsillo el móvil y caminó con rapidez hasta que se detuvo.

No podía creer con quién discutía en voz baja y me pregunté por qué lo había hecho mientras controlaba mis impulsos para no partirle la cara.

—Te pedí que no lo hicieras —le reclamó José a Kelly.

—Pensé que eras mi amigo —le echó en cara Johanna con rencor —. Me acabas de demostrar que es mejor quedar mal con los amigos que con los Baute.

Era suficiente para mí, le había pedido que no le dijese nada a Kelly y me había traicionado. Me acerqué sin disimulo alguno.

—Tiene razón, Johanna—le dije—. En eso de quedar mal con los amigos.

—Yo no se lo dije, Blake—me dijo—, intuyó que algo sucedía.

—¿Qué te está pasando, Blake? —me preguntó Kelly—. Actúas sin pensar y estás dejando responsabilidades de lado. Lo supe con esa llamada, saqué mis propias conclusiones—me reprochó—. Sophia me es indiferente, en cambio, contigo me da la sensación de que estás perdiendo el norte y que tus intereses son otros.

¿De qué diablos hablaba?, me pregunté y antes de que se me fuera de las manos, sujeté del brazo a Jhoanna, obligándola a salir para alejarnos unos cuantos metros hasta soltarla. Le haría saber que no permitiría que mi profesionalidad quedara en entredicho.

—¿Se puede saber por qué has venido? Espero que no sea lo que pienso, te has empeñado en culparla sin pensar que tiene bastantes problemas que asimilar.

—¿Crees que es por ella? No me hagas reír —ironizó Jhoanna—. ¿Y quién no los tiene, Blake?

—Jhoanna, ¿a qué has venido? ¿Qué te parece si quedamos en algún café en dos horas y hablamos como adultos civilizados?

—¿Café? ¿Crees que soy una hermanita de caridad? Ver que te arrastras por esa niña ricachona es demasiado y te advierto que no

estaré cuando se canse de ti, no seré plato de segunda mesa.

—No sé cuántas veces tendré que pedirte disculpas, pero ya es hora de que lo aceptes —le dije—. Si piensas que me castigas a mí, no es así. Estás castigando a tus compañeros de U.P.B., y no se merecen dejar a medias la exhibición por tus berrinches. —Jhoanna soltó bufido indignada.

—¿Me estás culpado a mí?—me preguntó indignada—. No soy yo, eres tú que has roto toda la magia por alguien que apenas conoces y que se está burlando de ti hasta que se canse.

—Esta discusión no va a llevarnos a nada —le respondí.

Jhoanna entornó los ojos y miró a un lado.

—He sido honesto, he intentado ser amigable, pero no me lo pones fácil. —Jhoanna fijó sus ojos en mí.

—Todo esto es por esa deuda que tienes con los Baute de la que siempre me has hablado—me echó en cara—. Te cansaste de decir a todos que no cabía otra mujer en tu vida excepto Jenny y Alice y ahora cambias de idea de un día para otro y lo que no te das cuenta que tarde o temprano escogerás erróneamente y espero que no te arrepientas. —Johanna apretó los labios me miró con resentimiento—. Lo que me duele —añadió señalándose y luego a mí—. Me usabas refugiándote en mis brazos cuando Chloe se te insinuaba una y otra vez, pero al fin caíste en los juegos sucios de una de esas ricachonas de las que tanto renegaste, algo me dice que será cuestión de tiempo que te aburras y me volverás a buscar.

Me di cuenta que no dejaba de mirar hacia atrás y me giré topándome con Sophia, que comenzó a caminar hacia atrás para girarse con paso apresurado.

—Y te repito, no estaré a tu lado cuando suceda.—Me giré de nuevo a ella.

—Te creí más sensata…— le reproché por su bajeza, maldiciéndome a la vez por lo que Sophia pudo haber escuchado. Cerré los ojos evitando decir cualquier sandez, no iba a permitir que esas palabras envenenadas hicieran mella en Sophia. La busqué, pero era tarde, había desaparecido.

—¡Maldita sea! —grité frustrado.

¿Por qué no podía tener un día feliz? Siempre terminaba en malentendidos. Saqué el móvil del bolsillo, la llamé, pero no contestó.

Deseé que a esos tres los partiera un rayo, regresé al aparcamiento a por mi coche para llamarla las veces necesarias, la vida no podía jugármela de esta manera cruel.

SOPHIA

Entré en el primer autobús que vi detenerse en la parada, no tenía

ni idea a dónde iría, solo quería alejarme cuanto antes. Cada palabra que Jhoanna le reprochó a Blake me retumbaba en la mente una y otra vez.

¿Por qué de nuevo inmiscuía a mi familia en medio? Me tapé la cara. No, Blake me había demostrado que sentía algo, pero ¿y si todo lo que dijo Jhoanna era cierto? Mi corazón me gritó que olvidara esas ideas.

Me limpié una lágrima rebelde que saltaba llena de frustración, me daba igual que la gente me viera llorar y manchada de pintura, lo único que deseaba era ir al lugar más recóndito del planeta y vivir ahí para siempre.

Aunque también pensé que todo tenía un por qué. Blake podía seguir viviendo su vida acostándose con quien quisiera, pero había decidido no hacerlo, a cambio solo le pedía que confiara en él.

Cerré los ojos y me obligué a no pensar en nada más. Treinta minutos después me bajé en cuanto vi que era la última parada. Me negaba a encender el móvil para no caer en la tentación de responder cualquier llamada que tuviese y me bajé abrazándome a mí misma.

Tenía que enfrentarme tarde o temprano con Blake y acabar con esta montaña de emociones que comenzaba a conformar mi día a día. Entré en la primera cafetería que encontré y me senté, obligándome a desafiar a mi conciencia, que me atacaba con fiereza recordándome una y otra vez las palabras de Jhoanna.

«Tendrás que escoger», «tu prioridad son Jenny y Alice», «será otro error del que te arrepentirás». Tenía razón, me enfrentaba a todos cuando apenas me conocía y tal vez ese afecto que sentía por mis abuelos era la verdadera razón de que se acercara a mí.

—¡No! —exclamé en alto. Lo había visto en sus ojos, me quería en su vida, me lo había demostrado, no podía dejar que la conciencia ganara la batalla. Me tapé la cara sin estar segura de poder superar esta cruzada conmigo misma, pero la voz de la camarera me hizo reaccionar.

—Disculpa—le dije sin mirarla.

—Le preguntaba si ya sabía qué iba a pedir. —Busqué una de las cartas que había en la mesa y me decanté por uno de los zumos de moda.

Debía ser fuerte y valiente, saqué el móvil del bolso y lo encendí. Enseguida aparecieron varias llamadas perdidas de Blake, así como mensajes de *WhatsApp*. Creía que podía enfrentarme y supe que no tenía las fuerzas para hacerlo.

Necesitaba meditar y para ello no podía caer en la tentación de escribirle, lo mejor era olvidarme, pero una llamada entrante me asustó.

—¿Hola? —contesté al descolgar.

—Buenos días, ¿hablo con Sophia Baute?

—Sí.

—Le llamamos del centro de medicina deportiva para informarle que los estudios ya tienen resultados y a la especialista le gustaría que pasara por aquí lo más pronto posible. —Sin más volví a sentir ese miedo que mantenía aparcado.

—¿Podría ser hoy mismo? —le pregunté a sabiendas que sería imposible concederme una cita con tanta rapidez, pero no quería seguir torturándome lentamente, fuera bueno o malo quería saberlo lo más pronto posible.

Hubo un silencio desde el otro lado de la línea, aunque al minuto respondieron.

—Tenemos la última hora de la mañana libre, ¿le parece bien?

—Sí.

—Muy bien, confirmamos, que tenga buen día.

En ese instante deseé tener alguien a mi lado y quise que fuese Blake. Al segundo comprendía que yo era una carga llena de problemas para cualquiera. Realmente estaba sola y, sin tener que luchar con la conciencia, acepté que la única persona que nunca me había mentido no volvería a estar en su vida y me eché a llorar.

MARIAN

La rutina no me estaba saliendo como quería. En algunos segundos iba a destiempo. En cuanto hacía un movimiento técnico podían penalizarme si no lo perfeccionaba. Quizás no era mi día, pero hasta el *sous-sus*[18] me salía de pena. Lo intenté de nuevo, moví los brazos con elegancia para luego saltar en *chassé*[19], lanzando la cinta dando unos giros de media punta y perdí el equilibrio.

—¡Joder! —grité. No había ni empezado los primeros movimientos y volvía a equivocarme.

—Marian, llevas una hora y media tropezando con técnicas básicas —me hizo saber mi entrenadora—. Como las piernas libres flexionadas, te has sentado sobre los pies, la onda que has hecho con el tronco es desastrosa, vas a destiempo…

—¿Crees que no lo sé? —le respondí enfurecida conmigo misma.

—Entonces procura concentrarte o no llegarás ni a las eliminatorias —me aseguró. La miré con odio, tenía un mal día como cualquiera, pero le demostraría que no solo llegaría a las eliminatorias, ganaría el oro.

Volví al inicio, ejecuté cada movimiento y técnica, está vez los *relevé*[20], las zancadas y giros los ejecutaba como siempre, a la perfección que, junto al balanceo y las espirales que acompañaba con la cinta, lograban el equilibrio que necesitaba para el programa.

En cuanto terminé, vi de reojo la sonrisita de Sherry y la volví a odiar. Me acerqué para beber un poco de agua y reprocharle por ese sarcasmo que mantenía en sus labios en vez de decirme cualquier gilipollez.

—¿Te gusta hacerme rabiar?

—De alguna forma tengo que presionarte; se acerca la competición y sigues teniendo pequeños fallos. —Resoplé—. Y faltan quince días para salir del país.

—¿He fallado alguna vez para que estés tan alarmada?

—No, pero desde el accidente de Sophia te veo con más escrúpulos —respondió sin rodeos.

Parpadeé varias veces, preguntándome a qué demonios venía eso. Me mordí por dentro del labio para no mandarla de regreso al pueblo de donde había salido, pero en el fondo tenía razón por lo que me enfadé aún más por ser una blandengue y dejar que vieran más allá de lo que podía aceptar, que otros conocieran de Marian Grant.

Mi móvil comenzó a sonar, Sherry alzó una ceja y entornó los ojos, la había provocado suficiente para que termináramos en una discusión por olvidarme una regla fundamental. Confiaba que, tras sus advertencias, me centraría y volvería a subir la coraza.

Sherry me echaría la bronca y odiaba que me reprocharan. Me acerqué hasta mi bolso para apagarlo, aunque el número que aparecía en pantalla me hizo dudar y respondí.

—Marian, soy Blake.

—Has escogido el peor momento para llamarme—le respondí cabreada por su llamada—. Hace dos segundos no estaba enfadada, ahora estoy dispuesta a pagar una enorme suma de dinero para ir a cortarte las pelotas. —Blake resopló.

—Iré al grano —me dijo desconcertándome por su tono de voz—. Sophia ha escuchado una discusión con Jhoanna y ha salido corriendo.

—¿Cómo? ¿Qué hacías con Sophia?

—No tengo tiempo para tantas explicaciones, necesito que me ayudes a encontrarla.

—¡Voy a rebanarte las pelotas, maldito capullo! ¡Y se las tiraré a los caimanes! —chilló enfurecida.

—Solo quiero encontrarla —resaltó Blake—. Me preocupa lo que pueda pensar, no quiero que se vuelva a llenar de dudas.

—¡Me estoy perdiendo algo! —reiteré—. ¿Cómo de grave es lo que ha escuchado?

—No es lo grave, es cómo puede tomárselo.

—¡Maldita sea! ¡Te juro que te mataré! —Y le colgué. Llevándome la mano a la cabeza y arrepintiéndome de haberla empujado a ir a Florida, llevaba días con un mal presentimiento y Sophia apenas me

respondía los mensajes.

Busqué el número y lo marqué. Que Blake me llamara no pintaba nada bien y me pregunté cómo había encontrado mi número, solo podía habérselo dado el idiota de Jackson. Ya lo llamaría y lo mandaría a la mierda por andar dando mi número e ignorarme desde que había vuelto a Carolina del Norte.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó Sophia sorprendida.

—¿Por qué la gente se empeña en creer que cuando os llamo es que sucede algo? Tengo tiempo libre y he recordado a una idiota que tengo como amiga que se niega a broncearse en Florida mientras yo estoy que me llevan los demonios porque la rutina no termina de salir a la perfección.

—Te has peleado con Sherry —afirmó.

—Últimamente está más histérica de lo normal, ¿puedes creer que se ha atrevido a decirme que no pasaré las eliminatorias? ¡A mí! ¡A Marian Grant! —exclamé disimulando el motivo de la llamada. La escuché reír, aunque intuía que no era genuina.

—Sí que lo debes estar haciendo mal para que dijera eso —me respondió Sophia.

—He pensado que debía pagar mi mal día con alguien y ¡magia! He recordado a Sophia Baute, por lo que creo que debería mandarte a la mierda. —Me concentré en escuchar el ambiente donde estaba. Había música de fondo y gente hablando—. ¿Dónde diablos estás? No me digas que al fin has dado el paso.

—He dado el paso para muchas cosas y creo que va siendo hora de contártelo, pero lo primero que debo decirte es que hoy me darán los resultados de los estudios.

—¿En serio? —le pregunté a sabiendas de cuán importante era para Sophia—. ¿A qué hora?

—En menos de dos horas.

—Sea bueno o malo, recuerda que estaré a una llamada.

—Gracias, pero es hora de enfrentarme sola. —Estaba completamente segura de que luchaba contra sus miedos y, si a eso le añadía lo que Blake habría hecho, mi amiga estaba en la cuerda floja —. Debo irme—me respondió—. En cuanto sepa los resultados te llamaré.

—Por favor, no dejes de hacerlo.

—No lo haré. —me dijo para colgar al segundo.

45

MARIAN

Recogí mi bolso resoplando. Era imposible seguir entrenando cuando mi mente estaba ocupada con lo que podía pasar en cuanto le diesen los resultados a Sophia. Por mucho que le dijera que lo asumía, siempre quedaba un mínimo de esperanza. Me di cuenta de que Sherry se había ido y supuse que estaría enfadada, tendría que entrenar más horas para demostrar que me llevaría el oro.

Me puse el pantalón deportivo y salí de la escuela de danza donde solía entrenar, me subí al coche, lo encendí y marqué el número de Blake.

—¿Dónde está?

—Calma, colega, jamás pensé que estuvieras tan colado —le dije con ironía y lo escuché maldecir. Ya buscaría la forma de vengarme por hacer sufrir a Sophia, pero me gustó confirmar mis sospechas—. Ya que tengo razón en eso de que te gusta y no es que me lo dijera la muy imbécil, pero tu desespero a llamarme demuestra lo evidente. Ve al centro de medicina deportiva, allí la encontrarás.

—¿Los resultados del estudio?

—Sí, la han llamado y, a pesar de que tengo unas enormes ganas de romperte las pelotas, me quedaría más tranquila si estuvieras a su lado.

—Gracias, Marian.

—¡No la cagues, maldito capullo! Te envío la dirección. —Blake prefirió no responder y era mejor que estuviera calladito.

Por primera vez, dudé de mí misma; estaba tan descentrada que hasta comenzaba a odiarme por tener la sensación de que estaba dejando de ser la hermana perdida de Soraya Montenegro[21].

Respiré profundo, tenía que solucionar un problema mayor, llamé a mi entrenadora para hacer lo que más detestaba en el mundo, pedir disculpas.

BLAKE

Tenía una nueva oportunidad y no la iba a desperdiciar. Busqué la dirección, afortunadamente estaba muy cerca, y me dirigí hasta allí. Si algo me caracterizaba era en que cumplía las promesas y esta no sería la primera que rompería.

Aparqué y esperé en la entrada, evitando que me viera, parecía

un psicópata esperando a la próxima víctima. La probabilidad de que aceptara a[BPS1] escucharme era poca o ninguna, sin embargo, quería intentarlo una vez más. Llegué a pensar que Jhoanna tenía razón, enseguida lo descarté; lo que sentía por Sophia cuando la tenía tan cerca no podía compararlo con nada de lo había vivido hasta ahora y me gustaba.

Ella me hacía sentirme mejor persona y quería seguir teniendo esa sensación el resto de mi vida.

SOPHIA

Pagué al taxista y me bajé tratando de calmar mis nervios después del trayecto. Durante el camino pensé en los miles de diagnósticos que podían darme, y todos eran malos. Me estaba acostumbrando a pensar en lo peor y eso no podía ser bueno. También medité sobre Blake, su vida era tan diferente a la mía que me sentí culpable por haberlo comprometido, debía ser honesta con los dos, decirle que en cualquier momento regresaría a Durham y no quería que todos me señalaran por haberle hecho daño al dejarlo y seguir con mi vida.

Además, por mucho que sintiera algo por él, por mucho que lograse despertar estos instintos apasionados, sentía que no confiaba plenamente en mí. En cuanto llegué a las puertas de la clínica se abrieron de inmediato solo entonces escuché su voz grave detrás de mí. Solo una persona sabía dónde estaría y odié sentirme utilizada por lo que me giré a él.

—¿Ha sido Marian? —le pregunté sin rodeos.

—Sí, ha sido ella —me respondió con honestidad, jugándose a que lo mandara a la mierda.

—¿Ninguno de vosotros podéis dejarme un día a solas?

—¿Es eso lo que quieres? —me preguntó mirándome a los ojos.

¿Era lo que realmente quería? No estaba segura de esa respuesta.

—No es el mejor momento—le respondí.

—Sé que no es el mejor momento, por eso he venido.

—No tenías que hacerlo.

Tenía miedo a lo que me informaran y debía aceptar que llevaba rato tratando de evitar que mi mente se llenara de más pensamientos negativos.

—Se te ha olvidado lo que... —Levanté la mano a sabiendas de lo que iba a decirme.

—No lo olvido y quiero creer en ti, pero se me está haciendo cuesta arriba. Cada día alguien o algo me hace pensar lo contrario.

—Y, por supuesto, te vas por la salida más fácil —me reprochó dolido.

—¿Qué quieres decir? ¿Te parece que es fácil escuchar a otras

decir que soy una carga para ti o que estás a mi lado por compromiso?

—¡Maldita sea, Sophia! Ni siquiera tuve tiempo de defenderme, preferiste huir como siempre haces.

—¿Y qué tenía que preguntar? ¿Te parece razonable que Jhoanna me eche en cara que te conoce mucho mejor que yo? Eso sería muy humillante para mí.

—¿Humillante?—me preguntó—. No sé qué llegaste a escucharle a Jhoanna, si estoy aquí es por voluntad propia y no dejaré que nadie vuelva a interferir. Lo que siento por ti no lo logro entender, he pasado un mal rato pensando que podía perderte, he tenido que llamar a la insoportable de Marian para pedirle ayuda y escuchar su amenaza de cortarme las pelotas, no entiendo esa fijación por mis testículos.

»Me siento como un adolescente dando explicaciones de cada paso que doy y es frustrante. Tengo dudas, como las que tienes tú, me he estado preguntando una y otra vez si soy capaz de hacerlo de nuevo y sí, lo haría, pero ¡maldita sea! Me lo pones muy difícil —me dijo para apoyar su cuerpo en la pared.

Mi corazón palpitaba con rapidez e intenté no escucharlo. Quería aferrarme a las palabras de Jhoanna, pero las sensaciones que me embargaban eran mayores y supe que no solo quería que estuviese allí, deseaba que me besara y que me diera fuerzas para calmar los nervios.

—¿Qué haré contigo? —le pregunté ubicándome a su lado. Nuestros brazos se rozaron y sentí una corriente eléctrica por todo el cuerpo, era imposible que, con solo eso, los deseos más profundos naciesen.

—Me siento un imbécil—me respondió—. Debería estar besándote y tenerte en mis brazos hasta que cedieras en vez de reprimir los deseos desde que te he visto.

—No lo reprimas —le murmuré. Blake se giró hacia mí, me abrazó dejando un beso en la cabeza.

—He de pedirte que, por favor, confíes en mí. Prométeme que en el momento en el que escuches algo que me inmiscuya, me lo preguntes, odio esta ansiedad por temor a perderte y que desconocía que podía sentir.

Lo miré a los ojos y Blake volvió a besarme para luego estrecharme entre sus brazos.

BLAKE

Rogaba que se diera cuenta de que estaba allí para apoyarla, fuese cual fuese la noticia. Sujeté su mano para entrar, subimos al ascensor y caminamos hasta la puerta de la consulta, esperando a que fuese

llamada.

Cuando escuchó su nombre, soltó aire y entró saludando a la especialista estrechando la mano y nos sentamos.

—Verás, Sophia, de acuerdo con los estudios he visto que el nervio ha quedado dañado, puede que la rehabilitación no haya sido del todo exitosa y por ello continúa afectado.

—¿Quiere decir que no todo está perdido? —le pregunté, esperando que fuera una buena noticia.

—Depende de una nueva rehabilitación y del tiempo que sigas en Florida. En la anterior visita me dijiste que tenías pensado volver a finales de mes a Carolina.

—Sí. Debo volver a la universidad.

Evité mostrar cualquier gesto de sorpresa, era consecuente que quisiera retomar su vida, pero yo había olvidado ese detalle y me di cuenta que no estaba en sus planes.

Me dolió pensar que la podía perder, pero me había prometido que viviría el presente y cumpliría mi promesa hasta que Sophia le diera fin.

—Muy bien. Hasta hace poco estabas en rehabilitación —le dijo Holly, la especialista—. Dejemos pasar este mes, si no funciona, podríamos programar una cirugía reconstructiva lo más rápido posible, en caso de que desees regresar a las altas competiciones. Por el momento te recomendaré un excelente fisioterapeuta en Carolina del Norte.

—Gracias por la información, lo meditaré—le dijo apesadumbrada.

—A ti por confiar en nosotros —indicó la especialista.

Se estrecharon las manos y salimos en silencio.

—Creo que te debo una explicación—me dijo a cabo de unos minutos—. Lo siento si no te he hablado de mi regreso a Durham.

—Hemos hablado de que viviríamos el presente y quiero enfocarme en eso, además la noticia es buena, ¿no te parece?

—Espero que sí —me respondió con dudas, no iba a permitir que su cabeza se hiciera un lío por lo que me detuve obligándola a mirarle a la cara.

—No dejes que las dudas hagan mella en ti—le advertí dándole a entender que tenía que aprender a aferrarse a la última esperanza.

—Es difícil que no aparezcan en la cabeza, no volveré a las competiciones, quiero graduarme por…—Se calló sin más y se pasó la lengua por los labios—. Era una de mis metas y anhelo cumplirlas.

Supo de inmediato que de nuevo aparecía el fantasma de ese hombre que había muerto en cuanto sus ojos se entristecieron. Me acerqué y la besé en los labios con la esperanza de borrar de su mente y de su corazón a Kenneth. La escuché suspirar; y la acorralé en la

pared del ascensor para dejar mi huella como fuese.

La seguí besando con rudeza, mordiéndole el labio y apretándole las nalgas hasta que mi miembro protestó ante mi evidente egoísmo. Me estaba comportando como un loco posesivo y yo no era así.

Me separé, dejándola desconcertada, cerré los ojos, sintiendo que luchaba con un recuerdo, una persona que había marcado la vida de Sophia y por la que, tal vez, nunca lo igualaría. El ascensor se abrió, pero los dos nos mantuvimos dentro sin saber qué paso seguir. No podía estar en esta tesitura y rompí el silencio con la primera idea que se me cruzó por la cabeza.

—¿Qué te parece si vamos a un sitio que conozco muy bien y donde te aseguro que nadie nos molestará? Estaremos tú y yo.

SOPHIA

—Me gusta el plan —le respondí. Sabía que le debía una explicación a Blake y la culpabilidad aparecía, como lo predijo Jhoanna. No quería dejarlo, solo pensarlo hizo que sintiese una punzada en el corazón.

Estaba segura de que no volvería a las competiciones. Conocía las estadísticas de las cirugías, la gran mayoría eran exitosas, podía aceptar hacérmela, aunque siempre cabía la posibilidad de que cayera en ese porcentaje que no logró lo esperado.

Acataría las recomendaciones y, si no funcionaba, me sometería a una operación. Lo miré de reojo pensando que, al salir del ascensor, algo había cambiado en él; qué difícil era tomar una decisión cuando no estaba segura. Me pasé la lengua por el labio, su beso me lo había dejado hinchado y fuera de combate. Una vez más, tenía razón, debía vivir el presente a pesar de que, en el fondo, el deseo de soñar un futuro juntos nació.

46

CHLOE

Acababa de salir de una mesa de negociación bastante extenuante. Me sentía ofendida porque Frank prosiguiera con su castigo, dándome la orden de que me encargara de los casos de divorcios sin complicaciones. Abrí la puerta del despacho y lo encontré con las manos cruzadas en su espalda, mirando al mar. Frank se giró sin mostrar un ápice de cariño y fue al grano.

—He recibido la llamada de la oficina del fiscal Foster con una excelente noticia.

—No será para mí —le respondí, admitiendo para mí misma que el día iba a peor. Desde luego que no iba a esperar un gesto de ánimo de su parte, me había ignorado deliberadamente.

—Avisaré a Eduardo y a Victor —continuó—. Y tendrás que viajar a Carolina del Norte. —Suspiré pesadamente y lo miré con el ceño fruncido.

—Dime la verdad, ¿Eduardo te salvó de ir a la cárcel?

—¿Has olvidado que he sido uno de los mejores abogados del país?

—¿Y qué? Los abogados también nos equivocamos.

—Supongo que lo dices por tus experiencias —me respondió.

Apreté los puños con rabia, de nuevo me echaba en cara mi vida. ¿A quién le preocupaba lo que hiciera? Solo a él, ni siquiera a mi padre le importaba, sin embargo, para Frank Clifford la reputación del bufete y su apellido estaba por encima de todo.

Odiaba tener que hacerme cargo de ese caso tan fácil de resolver, odiaba ese maldito accidente y que Sophia Baute fuera un enorme problema sin apañar.

—Descubriré los verdaderos motivos de este interés por tu parte —le hice saber—. Siempre consigo lo que quiero, así como también supe sobre la orden de darle vacaciones a Blake, ¿desde cuándo el accionista mayoritario se toma la molestia de llamar para que habiliten lo más rápido posible un trámite que estaba programado?

—Estás jugando con fuego —me advirtió con parsimonia—. Te daré una última advertencia, eres una Clifford, pero también puedo dejarte en la calle en segundos. Harás tu trabajo como es debido, tengo planes para ti y si mantienes esa postura por un hombre que nunca podrá estar a tu altura, te saldrá caro.

—¿Acaso crees que estoy enamorada de Blake?

—Tu comportamiento no deja mucho a la imaginación. —Lo miré con rencor.

—¿Por qué lo ayudas si para ti no es digno de casarse con tu nieta? ¿Acaso es tu obra de caridad? —Frank entornó los ojos.

—Es ambicioso —me respondió—. Clifford & Asociados necesitaba tener personas reinsertadas en la sociedad, así como abogados laborales que luchen con uñas y dientes contra la administración pública cuando se requiera, y Blake reúne las dos condiciones. —Me giré sorprendida por la frialdad de sus palabras.

—¡Blake no es un delincuente!— exclamé. Frank sonrió de lado.

—Interesante tu manera de defenderlo, con ello me afirmas que estás enamorada de él —me dijo con ironía.

—No lo estoy —intenté asegurarle.

FRANK

No me apetecía discutir, encontraría la forma de que olvidara de una vez por todas a Blake, no me convenía echarlo o invitarlo a irse, por eso rechacé su renuncia, si lo hacía dejaría mala fama para la firma. Años antes me comprometí en reinsertar a jóvenes y cumplía esa promesa aun sabiendo que no me beneficiaba a nivel económico, aunque sí de cara a la sociedad.

—Se me hace tarde —le hice ver, dando por finalizada la conversación—. Te llamaré en cuanto tenga más detalles y, por el amor a Dios, es hora de que busques un hombre que esté a tu altura, deja de mirar a los bajos fondos o buenos para nada como Robert, sabes perfectamente que hay abogados de buena familia.

—Como Ryan, ¿verdad? —me reprochó Chloe con rencor.

—Pensaba que te habías dado cuenta—le dije mirándola a los ojos —. Evidentemente, cuando te enamoras te dejas llevar por los sentimientos y cometes estupideces.

—¿Qué quieres decir? —me preguntó.

—Eres una Clifford y demostrarás que somos unos de los mejores bufetes del país. —Di por finalizada la conversación. Me levanté esperando que mi advertencia comenzara a darle temor.

Me conocía y sabía que no iba a volver a tolerar otro error.

CHLOE

Me senté en cuanto cerró la puerta y me llevé las manos a la cara. había dicho tanto en tan pocas palabras. «Una Clifford», ¿cuántas veces me amedrentaría con eso? Comenzaba a entender lo que podía influir en una persona.

«¿Enamorada?». Ryan me había humillado. Después de eso me

convencí de que no volvería a amar, aunque me costaba olvidar a Blake y esa seguridad que emanaba era todo lo que buscaba en un hombre.

Llevaba un año siendo amigable; debía haber sido más directa y no dar tantos rodeos, ni ser tan orgullosa, a lo mejor estaríamos juntos y follando cada noche. Di un golpe seco a la mesa, frustrada a las órdenes que me acababa de imponer Frank. Me jactaba de gritar al mundo que era libre de hacer lo que quisiera y solo era un espejismo.

Frank era quien tomaba la última decisión, pero eso se iba a acabar, movería hilos para que no siguiera pasando por encima de la junta de accionistas y averiguaría qué había pasado realmente entre él y Eduardo.

Eso me ayudaría a recuperar el control de mi vida y centrarme en sacar de mi camino a Sophia.

—¡Zorra! —mascullé. A buena hora se me tuvo que cruzar en el camino.

47

BLAKE

Abrí la puerta de mi piso y vi que Sophia lo observó con detenimiento. Sonrió en cuanto notó en una mesilla varios portarretratos con mi madre y Jenny. Se giró hacia mí.

—¿Así que tu casa era el lugar donde nadie nos iba a molestar?

—Apostaría a que es así. Tal vez Jenny aparezca y en cinco minutos tendríamos los marines aquí.

—¿No hablas en serio? —Reí a carcajadas y la atraje a mí—. ¡Eres un imbécil! —protestó Sophia. Atrapé su mano y la entrecrucé con la mía. Nuestros pechos chocaron y aproveché para morderle el labio. La necesidad de entrar entre sus piernas creció. Era la primera vez que había tardado tanto en tener sexo, pero tendría que esperar a que Sophia fuese la que tomara la iniciativa por lo que me aparté muy a mi pesar.

—Deberíamos comer algo.

—¿Comer? —preguntó aturdida. Ladeé la cabeza y sonreí.

—Sí, comer, ¿qué diablos estás pensando? —Ella se sonrojó, reí a carcajadas para estrecharla de nuevo entre mis brazos—. He de confesarte que no solo tengo hambre de comida.

—A veces eres tan insoportable… —La llevé a la cocina sin parar de reír.

—A decir verdad, que no quiero seguir provocándote.

Nos miramos unos segundos y estallamos a carcajadas. Tratando de centrarnos en la comida, pero al abrir la alacena y el frigorífico; me di cuenta que tenía poco que ofrecerle. La mayoría de las veces comía fuera o en casa de mi madre.

—Me parece que he venido en mal momento —dijo con burla.

—Puedo prepararte un *risotto* con setas, pollo y jamón, según leo en el sobre, o algo más natural, como quinoa con verduras.

—Así que prepararás *risotto* de sobre. —Torcí la boca, al no poder contradecirla.

—En mi defensa diré que es mi madre la que se encarga de abastecerme con posterior factura.

—Te creía suficientemente capaz de hacer la compra solito.

—¡No te pases, listilla! —Me gustaba conocer a esta Sophia que no cesaba de burlarse de mí—. Si quieres que te prepare un verdadero *risotto* con setas lo haré, pero cuando tenga todos los ingredientes correctos y naturales. —Le dije con una ceja levantada—. Y para no

romper tu régimen haré una ensalada de tomates, lechuga y quinoa.

—¿Mi régimen? —preguntó Sophia—, ¿me ves gorda?

—¿De verdad quieres saber cómo te veo? —le pregunté arrinconándola entre mis brazos y la encimera de la cocina—. Te veo apetecible... —Y me alejé de nuevo esperando que ella respondiera a mi provocación.

—No te veo comiendo quinoa—me dijo torciendo la boca—. Recuerdo cómo te comiste la enorme pizza.

—¿Y qué sugieres?

—¿Tienes el número de un buen restaurante chino o japonés?, yo invito.

—Es la primera vez en mi vida que una mujer que no fuese mi madre me invita a comer. No sé si tomarme la propuesta de forma indecente o que tiene verdaderas intenciones.

—¡Que gracioso! —protestó y reí de nuevo atrayéndola a mí.

—Solo lo soy contigo y comeré lo que quieras, aunque mis deseos sean comer otras cosas.

Después de llamar para pedir comida china, recibí llamadas de Elena. Al abrir el *WhatsApp* me encontré también mensajes de su parte y suspiré de cansancio sentándome en el sillón.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Sophia sentándose a mi lado—. Llevas rato recibiendo llamadas que cortas.

—Es Elena y seguimos con un problema que necesita pronta solución.

—¿Y qué harás?

—No lo sé y tampoco me importa si Jhoanna sigue con esa cruzada estúpida de no querer bailar. He pensado enviarle un vídeo a una conocida bailarina y pedirle ayuda, aunque tenga que sacar dinero del bolsillo, pero no dejaré a Eduardo y a Ángeles con el culo al aire. Si ella se quiere ir con otros pensando que tendrá más oportunidades, puede hacerlo sin hacer tanto daño.

SOPHIA

El repartidor tocó el telefonillo y pagué como había prometido, esperé que Blake terminara de poner la mesa, llamándome la atención la perfección con que lo hizo y la botella de vino que había en ella. Nos sentamos y comimos en silencio. Me dolía la situación por mis abuelos, que habían confiado en Jhoanna, y también la enorme responsabilidad que tenía Blake.

Por unos segundos dejaba de aparentar ser ese chico duro y se convertía en alguien que estaba perdido como yo. Apreté los labios desconcertada a la poca profesionalidad y los intereses detrás de todo ese asunto. No estaba segura de lo que sucedería después de contarle

mi decisión, pero si lo meditaba comenzaría a dudar y no quería eso, así que debía ser ahora o nunca.

—Me gustaría ver el vídeo de uno de los ensayos.—Blake se atragantó al escucharme, se giró a mí y bebió un poco de vino.

—¿De verdad quieres verlo?

—Sí, bueno… —Blake no pudo disimular la sonrisa—. No estoy segura y si sigues preguntando, me arrepentiré.

Cogió su móvil para buscar el vídeo, se levantó y abrió un par de cajones, encontrando cables que conectó al televisor. Lo encendió, invitándome a levantarme para quedar frente a la gran pantalla.

—Ahí lo tienes—me dijo.

Me había tomado tan desprevenida que las ganas de comer se me quitaron en cuanto vi el baile. Sentí celos y fueron creciendo dentro de mí. Era la segunda vez que notaba la conexión entre él y Jhoanna y era más que profesional.

Deseé detenerlo y no ver nada más, pero no podía actuar con inmadurez. Fingí lo mejor que pude llegando a imaginar las miles de veces que ensayaron y que pudieron terminar en la cama mientras él la embestía.

Pensé en alguna excusa, pero me vi girando sobre mí misma hasta quedar frente a él. Blake me sujetó por la cintura, segundos después, mi espalda estaba pegada al pecho de él.

—Estoy pensando si follarte ahora mismo —me dijo con seriedad, mientras bajaba sus dedos por mi cuello. Estaba más que dispuesta a sentir sus caricias, mi cuerpo me lo exigía. Sus manos bajaron con lentitud a mi abdomen para acariciarlo. Mi sexo imploraba que no parase. Con la respiración acarició mi oreja y cuello, logrando que se me erizara la piel y solté un suspiro.

Después de varios pasos y giros mi corazón iba a mil revoluciones, no dejaba de pensar que era lo más alucinante que había hecho. Estaba excitada, deseé más, él se giró dándome la espalda y me imaginé poder morderla y enterrar las uñas en ella; era la primera vez que deseaba con tanta intensidad a un hombre.

Blake se giró de nuevo quedando frente a mí, me sujetó el rostro con las dos manos y me besó. Me supo a vino y a sabores intensos. Bajó las manos hasta sujetarme el trasero y así enroscara mis piernas en su cintura. Nos miramos a los ojos, respirando con dificultad.

Blake volvió a besarme con posesividad, tropezándonos con el sillón donde caímos. Le ayudé a quitarse la camiseta, observando su torso desnudo mientras él bajaba la cremallera de la blusa y así una de sus manos atrapó uno de mis pechos que respondió al instante.

Siguió reptando hasta meterla entre los muslos y llegar a mi sexo. Eché hacia atrás la cabeza y gemí. Me regaló besos en cada uno de mis brazos y me sentó a horcajadas, besándome con fervor.

Me acomodó de espaldas al sillón, alcé la pelvis, buscando que aliviara ese calor que se arremolinaba en mi bajo vientre.

BLAKE

Suspiré en alto ante ese movimiento involuntario. La pasión que reprimía me estaba volviendo loco y si seguía siendo tan explícita en sus gestos y gemidos, terminaría corriéndome con apenas tocarla y cuando le bajé la cremallera, sentí que moría dulcemente. La respiración acelerada de Sophia me regalaba una imagen que no borraría en mi vida.

Su sujetador era blanco con tela transparente que me mostraba los pezones erectos, rogándome ser acariciados. Aparté la tela y chupé uno de ellos, sintiendo las uñas de Sophia clavarse en mi espalda, de nuevo volvió a levantar la pelvis ofreciéndose en totalidad.

A tropezones le bajé la minifalda, descubriendo una diminuta braguita. ¡Mierda! ¿Por qué trae ropa tan condenadamente provocativa? De haberlo sabido antes no hubiera perdido tanto tiempo.

Se las quité pensando que ya le reclamaría por no advertirme y, a cambio, la castigaría con mi dedo entrando dentro de su coño, otorgándole movimientos rápidos y lentos para llevarla al límite.

—Voy a estar torturándote hasta que estés a punto de correrte —le susurré con voz ronca al oído. Sophia bajó su mano hasta encontrar el botón y la bragueta de mi vaquero notando mi polla erecta, lo cogió con seguridad por el tronco.

Gruñí. Si no me enterraba en ella en ese momento me derramaría allí mismo.

—No sigas o me correré —le advertí. Me bajé los pantalones como pude junto al bóxer y saqué de la billetera un preservativo que siempre tenía de emergencia.

La besé de nuevo, necesitando ver sus ojos brillar cuando llegara al orgasmo. A duras penas pude abrir el envoltorio y colocármelo con rapidez. Mi mano bajó desde su cuello hasta la entrada de su sexo, separando los pliegues y entré.

Segundos que se me hicieron eternos. Salí para volver a entrar con rapidez, me urgía que fuese así, con rudeza.

—¡Mírame, Sophia! —le ordené con voz ronca—. Quiero verlo en tus ojos.

Me miró a la vez que llegaba a lo más profundo y cuando ella no pudo más, gritó mi nombre, cerrando los ojos y dejándose arrastrar por el estallido de su interior.

No tardé mucho en seguirla, ver sus ojos brillar, morderse el labio a la vez que enterraba sus uñas en el sillón consiguió que con un par

de embestidas me corriera. Pegué la cabeza a la de ella tratando de respirar con regularidad.

—Será difícil que no piense en cómo meterme entre tus piernas cuando sé que llevas ropa tan provocativa —le dije y le pasé la lengua en sus labios como una pequeña caricia después de la tortura que habían dejado sus dientes.

Salí de ella para tirar el preservativo a la papelera para luego alzarla y llevarla entre mis brazos.

—¿Prefieres ir a la cama o la ducha? En las dos opciones tendrás mi compañía y no responderé por mis actos. —Sophia sonrió mirándome directamente a los ojos.

—La cama.

—Mala elección, allí no tendré piedad, pero como ordenes, princesa.

48

SOPHIA

Nunca me imaginé que estaría el resto de la tarde enredada entre sábanas, besos y orgasmos. Blake me llevaba al límite hasta sentir que llegaba a la cima del cielo, sus caricias dejaron huella en mi cuerpo, en todo mi ser.

Me acompañó a la entrada de la casa y allí, como si fuéramos un par de adolescentes, nos despedimos prometiéndonos que al día siguiente pasaría por mí para ensayar sin esfuerzo el baile.

Cerré la puerta principal hambrienta y, con una enorme sonrisa.

—Esa sonrisa la conozco —me dijo mi abuela—. Espero que comieras algo.

—Un poco —le respondí apretando los labios.

—Tengo la sensación que ese un poco es producto de tanto ejercicio físico. —Me sonrojé. Me resultaba violenta esta conversación con ella. Mi estómago gruñó dejándome en evidencia—. Con decir sí, era suficiente.

Mi abuela se giró hacia la nevera y saqué el móvil del bolso que acababa de vibrar encontrándome un mensaje de Blake y de Marian junto a algunas llamadas perdidas. La había olvidado por completo.

SOPHIA:

¡Estoy viva! He estado un tanto ocupada, aunque no debería responderte; me manipulaste de una forma vil. Así que estoy pensando si contarte o dejarte solo con los resultados, te lo mereces y lo sabes bien.

Los resultados eran lo que esperaba, el nervio ha salido afectado, tengo la opción de descansar y no seguir forzándolo durante un tiempo para volver a la rehabilitación o una cirugía reconstructiva.

Eres la primera que lo sabe aparte de Blake, no te negaré que he tenido miedo y que te odié por engañarme, pero te doy las gracias. Si no hubiera aparecido, no tendría la fuerza necesaria para mirar de frente a las dos posibilidades y eso conlleva que no te contaré nada de lo que ha sucedido por confabular a mis espaldas. Debo contarle a mi padre, que estoy segura de que se enfadará con mi decisión.

Al terminar de escribir el texto me encontré a mi abuela mirándome fijamente.

—Sophia, sea lo que sea, prefiero que me lo digas a enterarme por otras bocas—me advirtió—. Me pasó un sándwich cortado a la perfección mientras se servía una copa de vino. Suspiré en alto y le conté.

Mi abuela se mantuvo en silencio y la necesidad de seguir contándole sobre mis sentimientos.

—Todos, en algún punto de nuestras vidas, creemos que estamos preparados para asimilar noticias que pueden cambiarlas y no es cierto—le confesé—. Reconozco que ha sido un alivio que Blake fuese. Sé que he hablado sobre mudarme, pero Durham pertenece a mi pasado y he comprendido que mi presente está aquí, aunque esto último aún no lo he hablado con Blake. —Respiré profundo y la miré a los ojos—. Si antes veía mi futuro incierto, ahora solo quiero conocer mi presente.

—Me suenan a las palabras de Blake.

—Podría decirse que he pensado en él, sin embargo, creo que él está seguro de que me iré.

—Antes de tomar decisiones, recuerda que todos los días es un nuevo comienzo, cariño—me dijo palmeando mi mano con cariño—. Quizás no sea el mejor momento, pero tenemos un problema que afrontar… ¿Quién se lo dirá a tu padre?

Apreté los labios, ese asunto pendiente con mi padre no tenía ni idea de cómo enfrentarlo y se lo hice saber, así como también que había decidido intentar ayudarlos con la exhibición siendo la compañera de Blake. Se quejó y dramatizó más de lo que pensé, al final sonrió y me dio las gracias.

BLAKE

Me tapaba la cabeza con un brazo, tratando de ignorar cuánto echaba de menos a Sophia, pero me era difícil de olvidar que volvería a Durham.

No podía persuadirla, quería que fuese ella la que tomara la decisión. Tal vez juntos llegaríamos a un acuerdo de mantener una relación a distancia, muchas parejas llevaban sus relaciones así.

De lo que yo no estaba seguro era de si estaría preparado para ello. Eché la cabeza hacia atrás. En el fondo sentía que el compromiso de Sophia iba más allá de metas impuestas, quizás tenía que ver con ese fantasma que no terminaba de desaparecer. Resoplé, no era la única a la que los fantasmas del pasado le atormentaban. Tenía que hablar con mi madre y contarle la verdad sobre mi padre, arriesgándome a causarle más dolor.

No podía borrar de mi mente ese día que entré a la cárcel interestatal y nos vimos cara a cara, ni tampoco todo lo que le grité por habernos creado una vida de papel. Sentí vergüenza de ser su hijo y temí que mi madre descubriera la verdad y no pudiese recuperarse del impacto de descubrir el despojo en el que se había convertido, su marido. Si no hubiera sido por Eduardo, Jenny no hubiera podido tener una niñez y adolescencia normales, algo distinto a lo que yo viví. Me llevé las manos a la cara. Pero debía seguir adelante, él no merecía ni tan siquiera ser recordado.

Alargué la mano buscando el móvil para dejarle un mensaje a la única persona que ocupaba sus pensamientos.

BLAKE:
Mañana será difícil controlarme cuando esté enseñándote los pasos que debes seguir, pero buscaré cualquier rincón de la asociación y daré rienda suelta a lo que mi imaginación quiera hacerte.

Dos minutos después, Sophia respondió.

SOPHIA:
Espero estar a la altura de tus expectativas en todos los sentidos.

BLAKE:
Lo estarás, eres increíble en todos los sentidos, nunca dudes de ti.

SOPHIA:
Eres un perseverante nato que no quiero perder, hasta mañana, chico bueno.

SOPHIA

Mi mañana no fue muy diferente a la tarde anterior. Llamé a mi padre, evitando todo tipo de preguntas que pudieran delatar lo que sucedía. Lo que no se esperaba eran sus reproches por no llamar a Mandy, consiguiendo que mi conciencia se removiera torturándome con Kenneth.

No tenía ni idea de cómo comenzar la conversación final con Mandy. Mi padre siguió presionándome sobre los estudios y le prometí

hablar de todo ello en cuanto nos reencontráramos.

No quería volver a Durham, por lo que pediría el traslado y me inscribiría en la Universidad de Florida. Parte de la noche lo había meditado, solo esperaba que mi padre aceptara mis decisiones.

Desayuné y me vestí con la ropa habitual de entrenamiento, había quedado con Blake que durante esos días aprendería los pasos para la exhibición sin esforzarme demasiado y por la noche ensayaría un par de veces.

—Ninguna se ha ofrecido a sustituir a Jhoanna—me dijo Blake después de subirme al coche—. Pienso que es por miedo; las chicas son geniales, siempre han acogido al resto, pero a veces se dejan influenciar más de lo debido—. Hasta que llegó una desconocida que se enrolló al chico malo. —Blake rio a carcajadas.

—No sabía que era un premio. —Resoplé volteando los ojos.

—¡Algunas veces eres insoportable! —protesté mientras él reía a carcajadas.

—He estado pensando en quitar algunos movimientos que puedan llegar a perjudicarte.

—No tenías que hacerlo —le dije—. Estructurar una coreografía no es fácil, y menos a una semana de la exhibición, ahora me haces sentir culpable.

—¿Culpable?

—Es injusto que asumas toda la responsabilidad cuando la presentación es cosa de dos.

—No es cierto—me respondió—. Lo he coordinado junto con Jackson, Prince, Albert, Susan y Elena, por lo que, si Jhoanna no quiere actuar, es mi deber encontrar una solución, además habría recurrido a mi amiga, la bailarina profesional, si, finalmente, hubieras decidido no participar.

—Gracias por confiar en mí, Blake, espero poder hacerlo de acuerdo con las directrices y exigencias que necesitáis y que mi instructor pueda controlarse. —Él volvió a reír.

—Será difícil —me respondió—. Te confieso que también he estado pensando en los lugares de la asociación que… —Abrí los ojos y giré hacia él—. La culpa es de esas braguitas y sujetador que llevabas ayer. Solo espero que no te lo hayas puesto o tendré que cambiar de dirección con un único fin.

—¡Blake! —exclamé y me reí.

—No puedo creer que ahora te dé vergüenza, hace unos días, cuando te abalanzaste sobre de mí, no la tuviste.

—¿Que yo qué? —Nos miramos unos segundos, los suficientes para reír a carcajadas.

Este Blake juguetón, tierno y apasionado desapareció en cuanto comenzó a darme indicaciones de cada paso o movimiento que debía

hacer. Era disciplinado y exigente. A veces los deseos que reprimía me asaltaban, acariciándole más de lo que debía y recordaba donde nos encontrábamos.

Con el pasar de los días fingía los últimos diez minutos, el nervio del ligamento empezó a ser molesto. En cuanto daba por finalizado el ensayo, le pedía unos minutos para ir al baño, allí me sentaba en el suelo tocándome la pierna. Me había prometido ayudarlo y yo no estaba acostumbrada a dejar el trabajo a medias, encontraría alguna solución a sabiendas que estábamos a pocos días de la exhibición.

Me levanté más aliviada, me di una ducha rápida pensando que hallaría la forma de calmar el dolor.

Dos días después, el dolor en el ligamento se mantenía.

Trataba de disimular para que Blake no se preocupara. Habíamos adelantado mucho en la coreografía y él se enorgullecía de que memorizara con rapidez cada paso, sin embargo, yo no lo veía así.

El *Street dance* me resultaba más difícil, a pesar de conocer todo tipo de ritmos de bailes, con este, la precisión no era a la que estaba acostumbrada a eso le sumaba que Blake se había acostumbrado a mi rapidez en aprender que ya no se ablandaba cuando me equivocaba. Sin embargo, olvidaba todo cuando terminábamos en su casa para perdernos entre embestidas y gemidos.

Se había convertido con tanta rapidez en parte de mi vida, de mis pensamientos, de mi cuerpo y de mi corazón.

Algunas veces pensaba en Kenneth, pero no podía explicar lo que sucedía, ya que ni yo misma podía entender cómo había surgido. Seguía echándolo de menos, aunque no como antes. Comenzaba a asumir que al fin le había ganado la batalla a la conciencia y no sentía esa puntada de culpabilidad.

Me duché y vestí con rapidez, y cuando salí de los baños, el tirón fue tan fuerte que no pude evitar disimular una mueca. Traté de mantener la compostura y caminé con esta dolencia hasta Blake y Jackson que mantenía una discusión en voz baja y en cuanto me vieron, se callaron.

—Por favor no os calléis—le pedí. No iba a dejarlo pasar, prefería que me contase antes de enterarme por otros—. Si es algo malo, podéis decirlo.

—No es nada importante—me respondió Blake.

—¡Venga, Blake! —protestó Jackson—. Debe saberlo.

—¡No! —exclamó para luego mascullar quien sabe qué—. El sábado es el cumple de Kelly y me pidió que te llevara conmigo.

—Sophia —intervino Jackson—, no todos pensamos como Jhoanna y reconozco que, al principio, creí que éramos poca cosa para ti, pero te he visto esforzarte para ayudarnos, además me gusta como ríes cuando me sigues el juego y eso… —Se dio dos golpes en el

pecho.— Me ha llegado.

Estaba desconcertada y a la vez halagada por la honestidad de Jackson, miré a uno y al otro.

—A decir verdad, no creo que sea buena idea y no quiero ser aguafiestas —repuso Blake.

—Si lo dices por Jhoanna, nos encargaremos de que se mantenga alejada —señaló Jackson. Me percaté que Blake, sin disimulo, lo miró ceñudo y no me gustó.

Aceptaba que no quería caldear más el ambiente, pero sus amigos me estaban ofreciendo la paz.

—Quiero ir. —El rostro de Blake cambió por completo.

—Muy bien, si eso es lo quieres —me respondió con acritud.

Solo deseaba devolverle un poco de normalidad a su vida, pero, al parecer, él no quería que yo tuviese que ver con sus amigos.

—Gracias, Jackson por la invitación—le dije—. Ahora queda a disposición del cromañón que tienes como amigo llevarme o no.

Le di un beso en la mejilla y me dirigí a la salida, dándome igual lo que pensara Blake.

—¿A dónde demonios crees que vas? —me gritó Blake.

—¡Soy una mujer libre y puedo ir a donde me plazca!

—Eso no lo pongo en duda—me dijo acercándose a mí.

—¡No quiero discutir! —exclamé deteniéndome frente a su coche.

—Ni yo. —Se apresuró a abrirme la puerta del mismo.

Resoplé en alto y me senté a la espera que se subiera para ponerlo en marcha y me llevara a casa. Había tenido suficiente por ese día.

49

BLAKE

Durante largo rato, un silencio tenso se instaló en el coche. Reconocía que me había comportado como un gilipollas; eran mis amigos que trataban de integrarla. Quizás el ver cómo disimulaba delante de mí era lo que me había hecho actuar así.

Llegué a pensar que todo lo que había hecho por ella no había sido suficiente. Era tan orgullosa que prefería mantenerse en silencio, ensayando durante muchas horas, repitiendo una y otra vez mientras aguantaba el dolor.

Solté aire y chasqueé la lengua al asumir que sería yo quién sacaría el tema.

—Llevo tres días preguntándome por qué tienes miedo de contarme que te duele el ligamento. —Sophia parpadeó y se mantuvo en silencio—. He esperado a que dieras el paso, pero has optado a forzarlo durante horas, arriesgándote a que puedas tener un daño irreparable. ¿Quieres que viva con esa culpa toda la vida?

Sophia cerró los ojos y se tapó el rostro.

—Lo siento—me dijo—. Son viejas costumbres que no se olvidan.

—¡No es una puta competición!—exclamé—. Aquí nadie ganará el oro. U.P.B. no tiene ese fin. La gran mayoría llega con un problema de trasfondo y encuentran su vía de escape allí y el solo hecho de lograr participar, los motiva.

»Muchos de esos chicos a los que instruyo intentan no caer en bandas callejeras, por eso les exijo, para que el día de la exhibición puedan sentirse orgullosos y se propongan otras metas, pero lo que menos permitiría es que alguno se lesionara por culpa de mis exigencias.

Se mantuvo en silencio meditando. Supuse que el choque de los distintos modos de ver la vida acababa de aparecer.

Ella acostumbrada a dar hasta el último aliento en competiciones y yo había olvidado esa parte de su vida, ya que para todos los que participábamos en la asociación ayudábamos a demostrar que la mayoría tenían aptitudes y así lograban cumplir su sueño sin ataduras, sin una gran responsabilidad y tensión en los hombros como los que podía haber tenido Sophia.

—He sentido pinchazos a lo largo de los días —me confesó y la forma que lo hizo me removió la conciencia por haber sido tan rudo

—, creo que solo puedo aguantar cuarenta y cinco minutos.

¡Maldita sea! Eso era una mala noticia. Solté aire de nuevo pensando lo exigente que era con ella misma.

—No puedo creer lo cabezota que eres y que me dejaras que te forzara a repetirlo una y otra vez. Creí que confiabas en mí.

—Confío en ti, solo que… —Se tapó la cara de nuevo—. No estoy acostumbrada a quejarme.

Y de nuevo el silencio nos acompañó de nuevo. Me sentí culpable por dejarme llevar y no parar cuando vi las primeras señales. Decidí encontrar un lugar libre para aparcar y, cuando lo hice, me giré a Sophia acariciándole rostro.

—Lo siento, intentaba protegerte.

—No tienes que hacerlo —me respondió apretando los labios para evitar que las lágrimas brotasen—. Entiendo tu preocupación.

—¿Quieres pasar por el hospital? —Sophia negó con la cabeza.

—Con un poco de hielo es suficiente.

—¿Hielo?—pregunté desconcertado, me recordaba a esas personas que pensaban que el *Vaporub* era milagroso—. Comienzo a pensar que estoy a tiempo de encontrar otra sustituta.

—¡No! —gritó—. Quiero seguir intentándolo, pero es mejor que vuelva a casa.

Respiré hondo con su testarudez, no entraría en razón.

—Prométeme que al mínimo pinchazo me lo harás saber o, de lo contrario, cancelaré esa coreografía.

—¿Harías eso? —me preguntó escandalizada a mi advertencia.

Por supuesto que lo haría, no podría soportar que, por mi culpa, ella terminara con una grave lesión.

—Prefiero una exhibición a medias a que te lesiones de por vida. Además, Eduardo sacaría el rifle y me pegaría un tiro de verdad.

Sophia se giró a mí, tal vez pensó que le tomaba el pelo, pero no era así, estaba decepcionado a que no confiara en mí. Le di un beso dulce, me separé para encender el motor y retomar el camino.

SOPHIA

—Es mejor que cambiemos de tema, aunque tengo la sospecha que volveremos a discutir, en todo caso, me gustaría hablar sobre el cumpleaños de Kelly. Es al sur del estado.—En cuanto supe eso comencé a luchar con mi conciencia para evitar dudar.

—No me imaginé que fuese fuera de la ciudad.

—Se reservó un pequeño hotel todo el fin de semana con el único propósito de desconectar del estrés y nervios de la semana que viene. Seré honesto, suele ir mucha gente, es por eso por lo que me negaba a ir. —Ahora entendía su actitud. Blake creía que no estaba preparada

para que me preguntaran una y otra vez qué me había ocurrido y tenía razón, el temor me embargó de inmediato—. Si no quieres ir, dímelo, solo tengo que llamar y darle una respuesta.

Si decía que no, todos me odiarían y si iba, tendría que enfrentarme al miedo por el rechazo. Me miré los brazos cubiertos por mi habitual jersey y, tras unos segundos, entendí que debía seguir.

—Iremos.

—¿Segura?

—No lo estoy, pero necesito demostrarme a mí misma que puedo. —Blake sonrió y llevó la mano a mi pierna, sintiendo mis vellos erizarse.

Intentó quitarla, quizás había recordado mi miedo, pero no lo dejé, cada vez me sentía más segura dentro de un coche, por lo que cobijé su mano y sonreí.

La promesa la cumplí y ante los primeros pinchazos me detuve. Con ello, Blake daba por terminado el ensayo, pero realmente no solo me afectaba el ligamento, también estaba nerviosa y con sentimientos contradictorios por lo que iba suceder el viernes.

Blake me dijo varias veces que siempre estaría a mi lado, pero no estaba muy segura de sí aguantaría las miradas en cuanto me despojara del jersey. Traté de no pensar y sonreí con ilusión, sería la primera vez que pasaría una noche completa con Blake.

Solo pensarlo me llevó a recordar cómo él se las ingenió para entrar a la ducha de la asociación y sorprenderme allí. Mi cuerpo reaccionó reconociendo sus manos grandes que recorrían muy bien mis curvas.

Le mordí la oreja y luego el hombro, obligándome a que me sostuviera de la pared mientras el agua caía entre los dos, el roce con las baldosas logró que mis pezones terminaran erectos y, con firmeza, entró en mí embistiéndome con rapidez. Había dejado de usar preservativo después de hacerse una prueba de enfermedades de transmisión sexual y al saber que tomaba píldoras anticonceptivas.

El roce de nuestros miembros sin ningún obstáculo, logró que fuese más intenso al punto de querer gemir y gritar. La adrenalina que sentí me llevó a experimentar uno de los mejores encuentros de mi vida. Con la poca fuerza que tenía, me giré para estimularlo con la mano y así lograr su goce.

Él cerró los ojos evitando gruñir, me acercó con una mano y me beso dejándose ir.

Al volver a casa imaginé cómo sería ese fin de semana y recordé que ni siquiera me había esmerado en comprar bikinis estilosos, ya que no tenía en mente ir a la playa el tiempo que estuviera en Florida. Me imaginé el lugar lleno de chicas exhibiendo sus cuerpos sin tapujos y coqueteando alrededor de Blake.

Me miré una vez más los brazos como tantas veces lo hacía. No podía competir con ninguna. Solo entonces el móvil vibró lo cogí.

BLAKE:
¿Estás segura de querer ir?
Puedo inventar una gastroenteritis y
tenerte para mí las próximas sesenta horas.

Sonreí, sintiendo la confianza que, sin él saberlo, me había otorgado. Tenía que seguir avanzando, por lo que decidí ir al centro comercial y comprar los bikinis más sexys que encontrara.

SOPHIA:
Voy con retraso, ¿te importaría pasar
una hora más tarde de lo previsto? Y no
preguntes por qué. Un beso.

Era mejor ser precisa antes de que me llamara y pidiera explicaciones. Terminé de meter lo necesario mientras llamaba a un taxi para ir con rapidez al centro comercial. Al volver al centro comercial me cambié con rapidez y bajé en cuanto escuché el claxon del coche. Mis nervios iban en aumento y en cuanto entré al coche, lo primero que vi fue a una Jenny cabreada.

—Llegas cinco minutos tarde —me dijo a modo de saludo.

—Definitivamente hablo otro idioma —protestó Blake.

—Hola, Jenny —la saludé.

—Hola—me respondió con sequedad—. ¿Podemos irnos ya? Necesito abrir los ojos de una vez por todas.

50

BLAKE

En cuanto subió, me quedé sin respiración. Ese vestido entallado dibujaba sus curvas y mostraba parte del canalillo. Traté de centrarme en la conversación, a pesar de que lo que deseaba era bajar a mi hermana en cualquier lugar y meterme entre sus piernas.

Sin embargo, después ese saludo de Jenny todo cambió.

—Hola, cariño —la saludé dándole un beso en la mejilla para luego mirar a mi hermana por el retrovisor—. Te advierto que no correré.

La escuché mascullar un par de palabras. Sería un viaje muy largo por lo que me encargué de llevar gran parte de la conversación a pesar de que ambas me respondían con monosílabos. Suspiré en alto y al llegar al lugar, me di cuenta de que el coche de Jhoanna estaba también.

—¿Te vienes conmigo, Sophia? —preguntó Jenny.

—¡Sí, claro! —exclamó Sophia sonriente.

—¡No! —exclamé—, es mejor que dejemos el equipaje en la habitación y bajemos juntos luego.

—¡Deja de ser tan controlador! —me reprochó Jenny—. Pareces un psicópata.

Quería matar a Jenny, estaba manipulándonos como solía hacer.

—No hablo contigo, sino con Sophia— le advertí a Jenny.

—¡La estás condicionando!—protestó Jenny indignada—. Ya tendréis tiempo de conocer cada rincón de la habitación. ¡Vamos, Sophia! No quiero que te convenza.

—Tienes dos segundos para desaparecer, se quedará a mi lado y no hablaré más del tema.

—¿Cómo? Las únicas órdenes que he recibido son las que me daba mi entrenadora. —Me echó en cara y maldije a Jenny por entrometida. Algo me decía que era mejor que Sophia apareciera de mi mano en caso de que sucediera cualquier imprevisto.

—Cariño, es mejor que entremos juntos porque muchos de los que están allí deben estar borrachos.—Intenté explicarle tratando de ocultar lo que realmente me preocupaba.

—¿Crees que no sé defenderme?

—¡No! —exclamé cansado de esta discusión absurda, Sophia abrió los ojos, al segundo me di cuenta que me había pasado de gilipollas otra vez. Me pasé la mano por la cabeza y la miré—. Sé que eres perfectamente capaz de hacerlo, pero conozco a...

—Me pides que confíe en ti, pero tú no lo haces conmigo.

—Intento evitar algún percance.

—He venido para enfrentarme a mis miedos y lo haré con o sin tu ayuda.

—Sin mí no podrás—le advertí adelantándome a lo que iba hacer y me maldije por mi impulsividad.

—¡Blake, vete a la mierda!

Sophia me dio la espalda y se alejó.

—¡Joder!—¿Por qué todo acababa siempre así? Miré a mi hermana—. Lo que le pase será tu culpa—le advertí—. Jhoanna está aquí, vi su coche aparcado.

—Te comportas como un jodido controlador y eso no es bueno —repuso Jenny—. Yo cuidaré de ella.

—¿Tú? ¡Por favor! ¡Eso no se lo cree nadie!

Jenny me ignoró y siguió el camino por donde se había perdido Sophia.

SOPHIA

El lugar estaba atestado de gente que bailaba al ritmo de un DJ cercano a la piscina. Blake me había hablado de un par de amigos, pero estaba a punto de creer que era media ciudad.

Y a pesar de la música alta, logré escuchar el rugir de las olas. Deseé estar ahí y no junto a una piscina con farolillos colgando de un cable que no sabía dónde terminaba a la vez de algunos que se lanzaban a la piscina totalmente vestidos.

Kelly me saludó a modo de disculpa por lo ocurrido en la escuela de arte. Traté de no darle importancia y dejé que me llevase con el resto, siendo Jackson el primero en acercarse.

Me sujetó de la mano y me dio una vuelta sobre mí misma mientras me decía lo guapa que estaba. Sin embargo, en cuanto vio a Jenny, se olvidó de mí por completo. El resto que estaban presente me saludaron por mera cortesía. Crucé los brazos sintiéndome diminuta en un mundo que estaba descubriendo y en el que dudaba que pudiera encajar.

Decidí volver a la recepción y esperar a Blake y, al hacerlo, me tropecé con la persona con la que menos quería encontrarme, Fred.

—¿Te conozco de algo? —me preguntó—. Este año sí que se han lucido en traer chicas guapas.

Sus ojos estaban enrojecidos y dilatados. Recordé la advertencia de Blake y me maldije por ser una orgullosa, aunque él se había comportado como un maniático.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó Jhoanna. Cerré los ojos pensando que Blake había tenido toda la razón.

—Hola, Jhoanna.

—Te he preguntado qué haces aquí —repitió de forma autoritaria.

—¿La conoces, Jhoanna? Porque está buena —le preguntó Fred situándose entre las dos.

—¡Fred, lárgate con tus mierdas a otro lado! —exclamó junto con una mirada asesina—. ¿Cómo ha sido Blake capaz de traerte? ¡Es nuestra fiesta! ¡Tú no tienes nada que hacer aquí!

Era mejor ignorarla y alejarme. Sin embargo, me di cuenta que Jhoanna estaba borracha y se cobraría ese dolor que Blake le había causado conmigo.

—¡Vamos, Jhoanna!— exclamó Kelly—. Todo el que es amigo de uno de los nuestros está invitado —le hizo saber—. Además, se lo merece, está trabajando duro para la exhibición. —Jhoanna abrió los ojos mirándonos a las dos.

—¡¿Es ella quién me ha sustituido?!

—¿Por qué no me acompañas? —sugirió Kelly al escuchar cómo el sonido de la música iba bajando.

—¡No! —gritó Jhoanna—. No porque seas la nieta de Ángeles y Eduardo tienes derecho a llevarte lo mejor. No eres nadie, no te lo mereces, eres poca mujer comparada con las que Blake suele estar.

—¡Jhoanna! —gritó Kelly.

—Lo vuestro terminó—le dije sintiéndome humillada—. No me importa con quién se haya acostado antes de conocerme. En este momento está conmigo le guste o no al resto. —Jhoanna soltó un bufido—. Y por si se te olvida, debo recordarte que dejaste tirado a U.P.B. y, por ello, haré tú trabajo.

—¿Estás diciéndome que eres mejor que yo? —me preguntó Jhoanna—. Eso lo veremos. —Dio otro paso echándome la cerveza encima. Grité ante el frío líquido y, sin percatarme, me quité la cazadora vaquera que llevaba puesta, dejando al descubierto las pequeñas cicatrices de mis brazos hasta que vi cada uno de los rostros llenos de sorpresa.

—Ahora lo entiendo el por qué se ha empeñado en estar a tu lado, simplemente le das lástima. —Me sentí vulnerable y culpándome de provocar la situación—. Te daré un consejo, no es por celos que quiero que abras los ojos—prosiguió Jhoanna humillándome—. Estoy evitando causarte una profunda decepción; tarde o temprano se cansará de ti y ¿qué harás?, ¿correr junto a mami y papi y llorar como la niña rica que eres?

—¡Sabía que te conocía de algún lado! —exclamó Fred—. Pensé que eras una frígida… Veo que solo te hacías la difícil. Ya entiendo el cabreo de Chloe.

Mis peores temores se cumplían y Blake no estaba. Estaba sola, siendo abochornada por una mujer que me llenaba de dudas y un hombre que me miraba con obscenidad. Deseé desaparecer, pero la

realidad es que estaba atrapada.

—Deja a ese paleto, yo puedo ser tu acompañante—me sugirió Fred con una sonrisa que no le duró mucho en cuanto recibió un derechazo por parte de Blake.

51

«Aquel que tiene un porqué para vivir
se puede enfrentar a todos los "cómos".
Friedrich Niestzche ».

BLAKE

—¡Lárgate ahora mismo o te patearé el culo! —le advertí sujetando la mano de Sophia atrayéndola a mí.

—Mira a quién tenemos aquí —dijo mientras se frotaba la mandíbula—. ¿Dónde has dejado a Chloe Clifford? ¿Ya te has cansado de ella y la has cambiado? Me pregunto ¿cómo logras tirarte a las que están más buenas? —Le dio otro puñetazo por cabrón.

—Vuelves a decir otra gilipollez como esa y te daré una zurra. —le advertí para luego mirar a Jhoanna con resentimiento—. Jamás pensé que llegarías tan bajo. ¿Desde cuándo un par de cicatrices pueden condicionar a las personas? ¿Acaso ninguno de vosotros tenéis? —le pregunté al resto.

—No intentes cambiar mis palabras —me respondió Jhoanna retándome—. Sabes muy bien de qué hablo.

La consideraba una de mis mejores amigas y me estaba apuñalando por la espalda

—Sophia es mi chica— le aclaré para mirar a Kelly con rabia—. Quería evitar estas mierdas, acepté venir por Sophia y por vosotros y mira cómo ha acabado. —Me giré llevándome conmigo a Sophia. Apartando a todo aquel que se nos cruzaba por el camino hasta llegar a la arena y allí la solté alejándome de ella.

—¡Esta era la razón por la que no quería venir! —vociferé sin mirarla—. Te dije que esperaras, pero te dejaste llevar por tu orgullo. ¡Maldita sea! —grité de nuevo alejándome de ella de nuevo.

Estaba a punto de mandar todo a la mierda y, sobre todo, quería matar a Jenny. Me había dicho que la cuidaría y la había dejado a solas. Odiaba que faltase a las promesas, pero Jenny siempre quería salirse con la suya. Era hora de que supiera la verdad y dejara de creer que la vida siempre la iba a favorecer. Sentí el agua en los pies y me detuve llevándome una mano a la cabeza.

SOPHIA

Nunca había sido tan humillada, ni siquiera aquella vez que Marian me gritó delante del resto de compañeras. Si esa era una prueba, era sumamente dura y difícil de asimilar.

Las palabras de Jhoanna calaron en mí, me dolía que Blake no se

pusiera en mi lugar y que me reprochara con palabras cargadas de resentimiento.

—Quizás, en el fondo, Jhoanna tiene razón—le respondí.

—No te atrevas a cambiar el tema, no caeré en ese juego —me advirtió Blake—. Te pedí aparecer juntos, porque no sabía qué podías encontrarte, pero preferiste pensar las palabras de Jenny de que Blake era un maldito controlador.

—Y yo te dije que quería enfrentarme a mis miedos. —Blake negó con la cabeza y en cuanto se giró dispuesto a increparme apenas pude verle.

BLAKE

La noche se hacía paso y poco a poco, el reflejo de la luna me ayudó a observarla mejor y cuando la vi, me arrepentí y me maldije por haberme cegado por la rabia. Sophia temblaba de frío y se daba calor con los brazos cruzados. Me quité la camiseta y la abracé. Ella se sobresaltó a mi inesperado gesto.

—Siento haber sido un cretino—le dije arrepentido—. Siento haber llegado tarde —volví a decirle, sujetándole el rostro para descubrir el pesar en sus ojos.

—Ha sido humillante —confesó Sophia—. No pensé que actuaría así, además, todas esas caras…

—Olvídalos, más de uno ni lo recordará mañana.

—Necesito saber qué quiso decir Jhoanna con «sabes bien de lo que hablo»—me preguntó sin rodeos.

—No lo sé —le mentí. Sabía lo que había insinuado y estaba decepcionado de que Jhoanna hubiese caído tan bajo—. Sophia, tengo un amigo con una casa familiar cerca de aquí y podría echarnos una mano.

—¿Crees que es buena idea?

—También podemos quedarnos en la habitación, lo que tengo claro es que me niego a volver a la ciudad, no estoy dispuesto a que me estropeen el fin de semana.

—No sé, Blake. Ahora mismo no sé qué pensar, tengo dudas y no quiero tomar decisiones precipitadas.

—Hemos venido a disfrutar, sé que me he comportado como un energúmeno, la rabia que he sentido me ha enervado. Ha pasado justo lo que trataba de evitar y me siento frustrado por ello. —Me observó acariciándome el rostro, pegué la mejilla en su mano, a la vez que le rodeé la cintura.

—Es mejor que por esta noche nos olvidemos de todos—le pedí atrayéndola hacia mí como si quisiera ser su escudo protector solo entonces supe lo que debía hacer. Saqué de mi bermuda el móvil,

necesitaba comprobarlo y al hacerlo, sonreí—. Tengo el mejor plan para esta noche, uno que nunca olvidarás. Cierra los ojos —le pedí, pero Sophia los abrió aún más—. ¡Venga, cariño! Ciérralos por unos segundos. —Suspiró en alto y los cerró. La giré con suavidad y bajé los labios hasta su oreja—. No los abras hasta que te lo diga. Imagina que ves el firmamento y, poco a poco, las estrellas comienzan a aparecer, con ello descubres que entre ellas juegan a esconderse fugazmente y, en ese juego, se van uniendo muchas más, logrando que tu mirada, tu atención y todo lo que está alrededor se centre en ello, en solo observarlas aparecer y desaparecer.

SOPHIA

—Ábrelos ahora—me ordenó.

Los abrí y vi que las estrellas hacían lo que él acababa de susurrarme mientras sentía los latidos del corazón de Blake que me mantenía sujeta. La primera vez que nos conocimos, observamos en silencio el cielo oscuro junto al sonido del oleaje, acompañados de una paz que se percibía en ese instante.

Vi una estrella fugaz aparecer velozmente, parpadeé para cerciorarme que no era producto del cansancio y, al cabo un segundo, varias hicieron el mismo recorrido.

—Es la primera vez que veo una estrella fugaz… —le dije con ilusión.

—Se le llama Lluvia de Perseidas —me respondió Blake. Nos mantuvimos en silencio disfrutando de ello. Me giré a y lo besé. Un beso cargado de sentimientos y ternura.

—¿Es otra de las primeras veces? —le pregunté mirándole a los ojos.

—Sí —respondió—, Es otra de esas oportunidades que te demuestran que vale la pena vivir.

52

«Las cosas más bellas y mejores en el mundo no pueden verse ni tocarse, pero se sienten en el corazón. Helen Keller».

BLAKE

La solté para quitarme la bermuda y el bóxer, quedándome desnudo.

—¡Espero por ti, cariño! —le grité incitándola a que se atreviera a hacer lo mismo.

—¿No hablas en serio?—me preguntó y volví hacia ella que me miró de arriba abajo.

—Cómo me sigas mirando así, comenzaré a pensar que tengo algo fuera de lugar en mi cuerpo.

—¡Engreído!—me echó en cara torciendo la boca.

—¡Anda, vamos!, habíamos quedado con eso de experimentar primeras veces. No me hagas quitarte la ropa y adelantar lo que quiero hacer.

Sophia abrió los ojos y se quitó la camiseta que le había dado para cubrirse del frío y, al ir a quitarse el vestido, no pude dejar de observarla. No bromeaba con eso de que la deseaba y se dio cuenta de ello.

Había visto muchos cuerpos de mujeres, pero ninguno me excitaba como el de Sophia; sus largas piernas, sus caderas junto a sus pechos redondos acompañados de esa piel tan suave que no me cansaba de besar y sin dejar de lado la sensualidad que derrochaba cuando se despojaba de la ropa.

Primero un hombro, luego el otro y así sucesivamente hasta dejar caer el vestido. Estaba logrando que olvidara lo que quería hacer y era envolverla entre mis brazos disfrutando de la fragancia impregnada en su cuerpo, una mezcla de dulzor y frutas que me atormentaba todo el tiempo.

Respiré con profundidad dejando que siguiera, se quitó el bikini, quedándose desnuda ante mí.

—¿Lista? —le pregunté extendiendo el brazo y juntos entramos al mar saltando las olas y su rompiente que, al chocar con nuestros cuerpos, gritamos por lo fría que estaba hasta que el agua nos cubrió por la cintura.

—¡Oficialmente eres una chica mala! —le grité—. Y si nos pilla la poli, diré que todo ha sido idea tuya.

—¡Serás idiota! —gritó. Le rodeé la cintura y la besé con dulzura y devoción, nos acercamos frotando nuestros sexos, sintiendo la calidez del agua que nos envolvía junto con la melodía del oleaje.

—Debemos parar —le dije muy a mi pesar.

Quería seguir, volver a sentir piel con piel, escuchar sus gemidos mientras la penetraba y solo pensar cuanto se entregaba hacía que mi polla se endureciera mucho más.

—Sophia —musité mientras la besaba—, necesito saber si eres consciente dónde estamos.

Me miró a los ojos.

—Si no me follas ahora mismo, no volverás hacerlo en la vida.

Sonreí de lado; era lo que deseaba y cumpliría sus órdenes. La alcé sobre su peso y Sophia cruzó las piernas alrededor de mis caderas. Sujeté con rapidez mi polla y entré de una sola estocada.

Las sensaciones que tuve con el roce de nuestros cuerpos húmedos junto a la adrenalina de lo prohibido que me llevó a acelerar nuestro encuentro, y aceptando que para mí también era la primera vez. Sophia enterró las uñas en mi espalda y con ello logró que terminara de perderme en el cobijo del calor que emanaba su interior.

Sophia pegó la cabeza en mi pecho y supe que había llegado al orgasmo casi al mismo tiempo que lo hice yo. Nos miramos a los ojos y nos regalamos carantoñas. Nos separamos para volver a la orilla vistiéndonos con rapidez.

Nos abramos y nos miramos de nuevo ignorando el mundo a nuestro alrededor y comprendí lo que era enamorarse de verdad por primera vez. La ayudé a ponerse mi camiseta para protegerse de la brisa fría que comenzaba a hacer y caminamos hacia nuestra habitación.

ZOE

Busqué de nuevo el vídeo, si bien parecía un simple abrazo, estaba segura de que no era así. No me llevaba bien con Chloe, mi hermana mayor, sin embargo, no permitiría más habladurías por otro mequetrefe.

Dudé durante días si era conveniente ir y, finalmente, concluí que no me la perdería a pesar de saber que alguien tenía que acompañarme, era una Clifford y no íbamos a sitios solas. Lo que no me imaginé era que presenciaría semejante discusión.

Escuché los gritos de Jhoanna, en un principio creí que eran esos instantes en los que saltaba a relucir la poca clase que tenía, pero, a medida que me fui acercando y comprobar a quién humillaba, me sorprendió.

Desde ese desencuentro en la mansión, no tenía noticias de Sophia, incluso llegué a tener lástima por ella, eso de saber que el chico con quien comenzabas a salir se tiraba a la chica que sería tu abogada era muy surrealista, pero aquí estaba, una vez más,

presenciando cómo era humillada por otra mujer que marcaba su posición sobre el insulso de Blake.

Decidí grabarlos y enviárselo a Chloe como trofeo, por muy bueno que estuviera y esa imagen de honorabilidad que trataba de dar, era el peor de todos. Pero Fred lo entorpeció al mezclar a mi hermana en este asunto. La gran mayoría de los que estaban en el lugar frecuentaban Bongos.

Conocía de sobra las advertencias de mi abuelo, no era un secreto que varias veces se les había visto juntos en Bongos, *así* que cualquiera podía sacar sus propias conclusiones. Me alejé antes de que recordaran que también estaba ahí y terminara envuelta en la discusión.

Larry y José se llevaron a Jhoanna que gritaba toda clase de perjurios, Blake sujetó a Sophia por el brazo y salió de la multitud. Traté de seguirlos hasta que Fred me encontró y no pude deshacerme de él.

—¿Me has traído a este bodrio de fiesta para que me peguen una paliza? —me preguntó con la nariz ensangrentada.

—Solo te han dado dos puñetazos—exclamé con burla—. ¡Nenaza!—Seguí burlándome—. Más te vale que desaparezcas por un tiempo. ¿A quién se le ocurre meternos en estos líos de bajos fondos? ¿Se te ha olvidado el poder que tenemos en esta ciudad?

—No he dicho ninguna mentira —masculló ofendido—. Estuve esa noche.

—Eres un puto camello—le recordé—. Y eso lo sabe todo el mundo.

Fred no era nadie para Chloe, podía sacarlo de la ecuación cuando quisiera ella.

—Y el tuyo —me respondió provocándome con la sonrisa de lado —. Para eso me has traído aquí o ¿me equivoco? —Lo miré de arriba abajo.

—Es hora de que te largues—le exigí—. No creo que quieras pasar la noche en el calabozo. Con solo gritar y fingir que has intentado sobrepasarte es suficiente y es que, con mirarte, me creerán.

—¡Eres una zorra! —me gritó señalándome, a la vez que se alejaba lanzando toda clase de maldiciones que ignoré. Tenía un interés mayor.

Suspiré en alto y seguí buscándolos por las afueras del hotel sin tener resultado, solo me quedaba la playa y ahí estaban.

Dudé en llamar o no a Chloe para que de esta manera se le cayera esa venda de los ojos y abandonara ese capricho que tenía por ese don nadie de Blake Clark.

Terminé de grabar el vídeo y pensé qué escribirle exactamente. Sonreí y envié el vídeo con la descripción: «tienes pésimo gusto con los hombres».

Me di la vuelta y decidí irme del lugar, ya no tenía nada que hacer aquí.

53

SOPHIA

Volvimos a la habitación más compenetrados que nunca, pensé en agradecer de por vida a la dependienta que insistió en la lencería que había comprado para sorprenderlo.

Desde que había entrado, apenas pude ver un par de detalles de la habitación y es que Blake se había encargado de llevarme al baño, meterme allí para abrir el grifo y dejar que el agua fría cayera en mi cuerpo. Lo odié por unos segundos por jugármela de esta manera.

Y ahora que estaba en la ducha me fijé en la cama: grande y sencilla como el resto de inmobiliario que había en la habitación estilo barroco, un estilo que vi en cuanto entramos al hotel.

El edificio era antiguo, en la entrada con diferente mobiliario restaurado. Un ambiente que solían encontrar en muchos hoteles de la costa de los Estados Unidos y, mientras observaba la habitación, terminaba de ponerme la lencería acercándome al tocador, pero en ese momento tocaron la puerta y lo primero que hice fue buscar la bata de baño. Supuse que Blake había pedido en cuánto hizo el chequeo y al abrirla me llevé una sorpresa.

—Hola, Sophia —me dijo Lauren en nombre de los tres que estaban a su lado—. Hemos venido a disculparnos por el comportamiento de Jhoanna. Tratamos de evitar el percance, pero no podíamos escoger entre ella y vosotros.

—No teníais que escoger —respondió Blake saliendo del baño con la toalla sujeta en sus caderas y secándose la cabeza. Las chicas se sonrojaron—. Tú y tú—señaló a José y a Kelly—. Os vais a cargar nuestra amistad si seguís cagándola de esta forma. ¿Por qué no estuvisteis pendiente de ella?

Todos hicieron silencio, menos yo, que no pudo reprimir una carcajada ante ese momento bizarro.

—Lo siento, pero es que si fuera a mí a quien le estuvieras reprochando no podría tomarte en serio— le dije a Blake. Frunció el ceño entendiendo el mensaje, otorgándome una mirada de severidad.

—Si nos disculpáis, Sophia y yo debemos adecentarnos para discutir con formalidad nuestras discrepancias. —Esta vez fueron ellos los que rieron a carcajadas.

—¡Vendehumos! —exclamó Larry. Blake no dijo nada más y cerró la puerta centrando de nuevo sus ojos en mí.

—Trataba de meterles miedo —me murmuró.

—Eso se llama coacción—le respondí frunciendo el ceño.

—A decir verdad, quería que se largaran para poderte follar a gusto, pero ahora los tenemos detrás de la puerta con la oreja pegada en ella. —Sin perder tiempo la abrió y los pilló en la acción que acababa de describir—. ¿Lo entiendes ahora?

—¡Blake! —exclamó Lauren.

—Sois demasiado previsibles—le respondió—. Así que, carretera y manta, mañana hablaremos durante el desayuno, que lo que habéis escuchado quiero cumplirlo al pie de la letra.—Se despidió con la mano a la vez que Larry le respondía con el dedo corazón y cerró la puerta—.Una vez despachados los intrusos, iré al grano. —Me llevó a trompicones hasta el pie de la cama y allí me abrió la bata de baño descubriendo el conjunto de lencería y soltó un bufido—. Si pensabas que me iba perder la oportunidad de disfrutar verte quitar esto, estás loca.

Lo empujé para que cayese en la cama quitándome la bata del todo, pero de nuevo fuimos interrumpidos. Blake maldijo, jurando que iba a matar a los chicos, pero cuando abrió, se encontró el pedido especial que había hecho.

Dio las gracias, me miró y sonrió.

—¿Conoces el juego de la comida en el cuerpo…?

BLAKE

Habíamos construido nuestro mundo, nuestro paraíso. Lo que en principio comenzó mal volvía a su cauce. Era la primera vez en mucho tiempo que descansaba abrazando un cuerpo que se amoldaba al mío.

A lo largo de la noche nos hicimos preguntas de lo más curiosas, así como descubríamos una y otra vez nuestros cuerpos. Le confesé a través de caricias cuánto me excitaba un lunar que tenía cerca de un pezón y otro en su sexo. Bromeé preguntándole si de pequeña tomaba el sol en pelotas y ella me preguntó por los tatuajes, el significado de ellos.

Sonreí al conocer sus suposiciones y sorprenderme al entender el significado de la brújula y no era más que un recordatorio del tiempo que estuve perdido. Hablamos de sueños y de anhelos, pero ninguno nos atrevimos a hablar de futuro y con ello mi conciencia se removió acompañándola con un dolor en el pecho. Esa sensación que muchas veces escuché a algunos decirme cuando era becario en organizaciones de ayuda filantrópicas, pero yo estaba acostumbrado a arriesgarme y lo haría.

Esperaría a la exhibición y le pediría que se quedase, no me acostumbraría a estar separados por largos periodos de tiempo. Me levanté para una larga ducha con pena de no poder arrastrarla, de lo

contrario, dejaría a mis amigos en la estocada. Sin embargo, era hombre de palabra y había prometido que hablaríamos durante el desayuno.

Esperé que se vistiera y cuando salió con el bikini que usaría, respiré con lentitud disfrutando de las vistas. Era una diosa, sin lugar a dudas y sentí una oleada de celos al pensar en otros poniendo los ojos en ella.

Lo sorprendente es que ella ignoraba ese pequeño detalle, incluso no iba con ningún tipo de jersey que le cubriera los brazos como solía hacer. Desde la noche anterior había dado otro gran paso y eso me enorgullecía.

—Hoy será un día bastante difícil para mí—me dijo preocupada.

—Y para mí también— le respondí suspirando y mirándola de nuevo con resignación—. Se nos hace tarde, no quiero que esos entrometidos toquen la puerta justo cuando te esté arrancando ese bikini.

—¿Te gusta? —me preguntó Sophia y no pude resistirme para reír. Si hubiera sido otra chica aseguraría que esa pregunta era con doble intención, pero viniendo de Sophia, estaba cargada de ingenuidad.

—No puedes decirme eso cuando estoy conteniéndome, nena. —Me sonrió a modo de agradecimiento. Se puso un pareo blanco que mostraba con disimulo su cuerpo torturándome mucho más y decidí andar hasta la puerta—. Será terriblemente difícil.

En el comedor nos esperaba el grupo, que comenzó a gritarnos y soltar toda clase de insinuaciones y burlas.

—¡Lo he entendido! —exclamé—. ¿Sabéis qué? ¡Qué os den a todos! —Busqué a Jenny y a Jackson, ya que uno de los propósitos del día era hablar con los dos.

—Se fueron a primera hora —me informó Kelly.

—¡Voy a matar a Jackson!—exclamé—. Y Jenny tendrá que esconderse en el rincón más recóndito de Florida, no me importa que se lo digáis, sabéis que no soy de hablar por hablar.

—Lo sabemos y ellos también —me respondió Lauren—. Toda la noche se han fustigado, incluso querían acompañarnos y le dijimos que no, por esa razón decidieron irse. Jenny nos dijo que te dejaría un mensaje. —Bufé, sabía que no lo haría.

—Le aconsejé que era hora de que decidiera, ya sabes de lo que hablo —continuó Larry. Volvieron a pedir disculpas a su manera.

—Habéis tenido razón de que Blake es un tirano de mucho cuidado— dijo Sophia para calmar el ambiente ante tanto sentimiento de culpa. De inmediato empezaron a tomarme el pelo.

—¿Por qué tengo la sospecha que lo que realmente quieres es

usurparme el poder?—le respondí, cruzándome de brazos. Sophia escondió su sonrisa detrás de un vaso de zumo, se limpió los labios con la servilleta y se acercó a mi oído.

—Juraría que ya lo tenía.

—Sabes que tienes mucho más que eso. —Y sin decirle nada más, la besé.

SOPHIA

Me atreví a quitarme el pareo, y en el momento en que lo hice sentí liberación y seguí adelante en cuanto Blake me sujetó la mano invitándome a acompañarlo. No recordaba cuándo había sido la última vez que había disfrutado de esta manera.

Él no se apartó de mi lado, tal vez no confiaba del todo en el resto y esa sobreprotección finalmente le trajo la burla de los chicos.

—¿Qué es lo que quieren? —le pregunté a las insistentes burlas de los amigos con movimientos extraños que hacían en el borde de la piscina.

—¿Si te lo cuento no te reirás? Hace tiempo se me ocurrió hacer el tonto imitando una película, no te negaré que me burlé de ellos por hacerlo tan mal y creo que quieren vengarse. —Me mordí el labio y ladeé la cabeza—. ¡Olvídalo no lo haré!

—Tengo curiosidad en saber de qué película hablas.

— Acabas de demostrarme que eso del chantaje viene en vuestro ADN.—No me dejé amilanar. Tenía la sensación de que, en el fondo, lo necesitaba, Blake finalmente sonrió de lado—. Si me echan del trabajo, será por tu culpa.

—Dudo que por divertirte en la piscina olviden al Blake con alma de viejo—lo provoqué una vez más.

—¡Manipuladora! —protestó. Escuchó de nuevo a sus amigos burlarse con gestos obscenos mientras gritaban que no pararían si no se les unía—. ¡Sois una banda de embaucadores! —vociferó—. Lo haré con una condición.

—¡Siempre hay condiciones! —protesté alzando la voz junto a ese cosquilleo de saber que me complacería de nuevo. Tenían tanto escándalo que terminaron de llamar la atención del resto.

—¿Aceptas o no? —me gritó Blake para que todos se dieran cuenta que lo hacía por mí.

—¿Cuál es la condición? —le pregunté tratando de mantener un tono serio. Había disfrutado de mi adolescencia en su justa medida con mis compañeras de instituto, así como también tenía instantes bonitos con el equipo nacional, pero era la primera vez que veía a otros tontear sin preocupaciones de habladurías.

—¿Cenarás esta noche conmigo a solas, sin estos paletos? —Los

chicos volvieron a dedicarles insultos.

—¡Dile que sí! —me gritó Larry—. Y tú. —señaló a Blake—. Deja de ser tan fantasmón, terminemos de una vez con esto —vociferó.

—¡No sé cómo me he dejado arrastrar a esto! —protestó Blake y la voz del DJ terminó de dar el pistoletazo de salida.

—A continuación, veremos a tres chicos de la asociación de bailes U.P.B. darnos una pequeña demostración de la exhibición que realizarán el próximo viernes. Si os soy sincero, para mí no es más que una prueba de chulería.

Los chicos protestaron y sus insultos divertidos pasaron a recaer en el DJ, que adelantó parte de la canción y con ello una imitación bastante graciosa de *Lay all your love on me*.

Las risas de todos los que estaban allí se hicieron eco hasta que ellos cayeron en la piscina, los aplausos aparecieron de inmediato y los tres chocaron sus manos en el agua. Blake se giró a mí y me guiñó el ojo.

Sin ninguna duda, quería vivir estas experiencias y para ello tenía que contarle a mi padre la decisión que había tomado.

Blake me invitó a que me uniera y lo hice disfrutando el resto del día como nunca lo había hecho. Jugamos en el agua, comimos del mismo plato y nos besamos a escondidas, demostrándonos cuánto nos deseábamos, cubriendo nuestras bocas con fiereza.

—Te deseo, Sophia —me susurró al oído. Mi piel se erizó y la adrenalina recorrió mi cuerpo deseando que me invitara a irme con él a algún lugar en donde me volviera a besar y acariciar con la pasión que mantenía reprimida.

54

SOPHIA

Una vez caída la noche, Blake me pidió que me tomara mi tiempo mientras él preparaba la mejor cita que hubiese tenido en mi vida y yo no había llevado nada que pudiera deslumbrarlo.

Solo tenía un vestido palabra de honor de verano ajustado al cuerpo, supuse que poco le importaba cómo fuese, cuando intentaba demostrarme a cada instante que valía la pena sentirme viva y que me aceptaba tal como yo era.

Recordé a Kenneth con añoranza, esta vez el sentimiento de culpa había desaparecido. Por primera vez en meses, me sentía llena de ilusión, de esperanza. Una ráfaga de aire fresco entró por la terraza, dándome a entender que mi vida volvía a su cauce y que esas metas aparcadas debía culminarlas.

Y me di cuenta que añoraba entrar al tapiz, bailar junto a la cinta, ejecutar los giros y movimientos, verla volar cuando la soltaba en el aire creando hermosas figuras, sin olvidar las coreografías, mis compañeras, la adrenalina de las competiciones, la perfección de cada salto o los giros y equilibrios.

Recordé todo con tanta claridad que, de inmediato, me vino a la mente el momento del accidente. Una broma cruel de mi conciencia ligar mi pasión con ese momento tan triste.

Otra batalla que tenía que ganar; recordaba, cada segundo, el impacto, las vueltas y los cristales que saltaron a mi cuerpo. Debía volver a Durham y despedirme como se merecía de Kenneth.

Escuché el sonido del móvil y me levanté. Había respondido unos cuantos mensajes de mi padre y Marian, me imaginé que era alguno de ellos, pero esta vez me equivocaba; el mensaje era de Mollie, mi exentrenadora, la persona a la que tenía que dar la cara.

Suspiré en alto y decidí llamarla como le había prometido. Por mucho que deseaba quedarme en Florida, tenía que enfrentarme al pasado para seguir con el futuro.

BLAKE

Gracias a José que convenció a la directiva del hotel para que nos cediera un espacio del hotel cercano a la playa. Un pequeño jardín con varios árboles junto con un par de mesas y sillas rústicas con un mantel sencillo y una hilera de farolillos entre los árboles.

Estaba convencido de que sería una noche inolvidable, me gustaba verla feliz, sus ojos no dejaban de brillar de ilusión y su

seguridad aumentaba cada instante dejando al descubierto una chica pícara, atrevida y pasional que no me imaginé que estaba detrás de esa estela de tristeza.

Cada minuto sentía que no podía separarme de ella, la necesitaba a mi lado y la quería. No era una simple atracción, ni cariño o ternura, la quería de verdad. ¡Mierda!, era difícil entender lo que estaba sintiendo. Meses atrás había jurado que nunca volvería a abrirle la puerta al amor. No solo la había vuelto abrir, sino que estaba tatuándose en mi piel, en mi alma.

La amaba, necesitaba todo de ella, su olor cada noche, su sabor cuando la besaba, su cuerpo cuando se amoldaba al mío, la mirada que me transmitía con sus ojos atigrados.

La amaba de verdad, ninguna mujer me había hecho sentirme así. Debía decírselo y, sin entender, sentí miedo de perderla.

El móvil repicó y al ver el nombre en pantalla, temí lo peor.

—Buenas noches, Blake —me dijo Frank al otro lado de la línea —. Espero que no estés fuera de la ciudad, te prometí sacarte del caso de los Baute, pero tenemos un problema. Jeremy ha caído enfermo y el lunes será la reunión con el juez, lamento cortarte las vacaciones, pero te necesito allí.

Me maldije, tenía que enfrentarme a situaciones difíciles y estaba corriendo el riesgo de dejar en entredicho mi honestidad ante Sophia, pero no podía negarme. El mismo Frank Clifford me había llamado y la última vez que hablamos me lo había dejado claro, no iba a permitir que una relación sentimental interfiriera en mi vida profesional.

—Está bien, estaré ahí —le dije resignado.

—A primera hora deberás ir al bufete y en recursos humanos te entregarán lo pertinente para las reservas de avión y el hotel.

—¿Hotel?

—Sí, es mejor prevenir por si se alarga —me informó Frank—. No te cruzarás con Chloe, no lo permitiré. Nos mantendremos en contacto —me dijo a modo de despedida.

Me sentí frustrado, muy frustrado. Por mucho que Frank lo asegurara, estaba convencido que ella encontraría los medios para terminar en el mismo lugar que yo. Escuché unos pasos y respiré hondo, no permitiría que esa llamada me amargara la noche.

SOPHIA

Me acerqué a un pequeño jardín rodeado de árboles y flores, me llamó la atención la intimidad que reflejaba. Escuché a Blake hablando y para cuando llegué a su altura tenía el teléfono en la mano.

Sentí como si hubiera interrumpido algo importante. Sin embargo, en cuanto me vio, sus rasgos se suavizaron. Me invitó a sentarme y me encontré con una bonita mesa decorada que estaba acompañada con una rosa roja, en el medio, unas pequeñas velas aromáticas.

En la cena había ensaladas frías y platos de lo más pintoresco, pero, a pesar del esfuerzo de Blake de mantener una conversación y hacerla amena, su mente no estaba aquí. El hombre que había estado a mi lado durante el día había desaparecido y me preocupó que esa llamada fuese la causante de este cambio.

—Gracias por la cena —le dije con sinceridad, intentando que así pudiera contarme qué era lo que le preocupaba.

—No debes dármelas, te mereces mucho más —me respondió. Me di cuenta de que sus palabras eran vacías y me dolió. Convencida de que esa llamada era algo grave, decidí guiarme por los sentimientos.

—Te confieso que no creí que esto funcionaría, no sé si es ilusión o curiosidad de saber, de descubrir qué nos deparará cada día.

BLAKE

No quería guardar ningún tipo de secreto, llevaba muchos años con uno que era una carga pesada y estaba cansado de ello. Me dolía mentirle, había pedido confianza entre los dos, sin embargo, contarle sobre la llamada me llevaría a darle más explicaciones y confesarle lo que los Baute aún no le habían contado.

No lo entendía, ¿a qué esperaban? No entendía por qué no se daban cuenta que de esa forma le harían más daño aún. La miré a los ojos sintiendo culpabilidad.

Le sujeté la mano acariciando los nudillos viendo en sus ojos su preocupación, le prometí mil maneras de aferrarse a la vida y lo cumpliría. Me levanté invitándola a que también lo hiciera y la cargué en brazos de forma sorpresiva.

—¿Qué diablos quieres hacer ahora?

—Llevarte a la habitación. Esta vez no vamos a echar ningún polvo, voy a hacerte el amor con tanta sutileza que jamás olvidarás esta noche. —Sophia parpadeó sorprendida.

Pasamos por la cocina del hotel y la recepción mientras le decía al oído con detalle lo que quería hacerle. Abrí la puerta de la habitación y, sin perder tiempo, la besé con agresividad, mordisqueándole el labio, penetrándola con la lengua, insinuándole lo que deseaba hacer.

Sophia me quitó con rapidez la camiseta de hilo a la vez que seguía otorgándole besos febriles. Mis manos bajaron al culo, apretándolo y acercándola más para que sintiera cuanto me excitaba el solo tocarla y besarla.

Sophia desabrochó el botón de mi pantalón para bajar la bragueta y sacar el tronco de mi polla con el único fin de acariciarlo sin obstáculo alguno. Cerré los ojos intentando no gruñir.

—No tienes ni idea de cuánto te deseo—le dije en cuanto vi que no tardaría en correrme si seguía masturbándome—, pero quiero que esta noche nunca la olvides —le dije a la vez que terminaba de bajarle el vestido, que cayó al suelo mostrando un sujetador sin tirantes y una braguita transparente. Solté aire admirándola—. ¡Te gusta torturarme! —exclamé, y con rapidez le quité una de las prendas dejando sus pechos al descubierto.

La acerqué a la cama, obligándola a que se sentara, y allí me incliné metiéndome uno de sus pezones en mi boca, chupándolo y lamiéndolo con lentitud. Enterró los dedos en la sábana, dejándose llevar por cada lametazo que le daba.

Con parsimonia le bajé la braguita recorriendo su cuerpo, subiendo desde los pies hasta enredar nuestras lenguas, haciéndole sentir el desespero de mi polla por sumergirse dentro de ella. Me aparté para quitarme el bóxer y me acerqué de nuevo separando con una de mis rodillas las piernas, apoyé la frente contra la suya y la penetré con calma.

SOPHIA

—Mírame, cariño—me dijo. Estaba tan turbada que lo que deseaba era que siguiera. Cada vez que entraba con esa lentitud me llenaba por completo, dejándome sin respiración, volvía a besarme con suavidad hasta que salía de mí sintiendo las quejas de mi cuerpo hasta que volvía a invadirme sintiéndome completa.

El calor me abrasaba en el vientre, mi cuerpo exigió más y mis caderas se levantaron. Blake aceleró los movimientos, entrando con ímpetu hasta llegar a un orgasmo frenético.

En cuanto abrí los ojos, me besó en la frente.

Me acomodó en uno de sus costados, abrazándome como nunca. Metió la nariz en mi pelo y lo olió como tantas veces lo había hecho.

—Te quiero, Sophia —me confesó—. No sé desde cuándo, pero te quiero como nunca había querido a ninguna mujer. —Esa revelación me trastocó. Giré la cabeza viéndolo a los ojos, sintiendo un nuevo estallido dentro de mí.

—Llegaste a mi vida en el peor momento—le confesé—. Y has entrado en mi corazón, curándolo y dándome las ganas de vivir, yo también te quiero, Blake.

Me subí encima de él, besándolo con fervor. Blake me sujetó de las caderas con fuerza, dejando que llevase las riendas de un nuevo encuentro.

55

SOPHIA

Abrí los ojos encontrándome a Blake de pie y ausente, mirando por el ventanal el amanecer, seguía desnudo y me dediqué a observar su cuerpo, su espalda y piernas bien ejercitadas junto a su brazo y el tatuaje. Se veía sensual, pero lejos, muy lejos de ese lugar, de mí.

Era más que evidente que algo ocurría y era tan grave que el confesarnos que nos queríamos era insuficiente para atreverse a contármelo. Me aferré a que fuese la exhibición o su trabajo y no por esa llamada.

Me levanté para abrazarlo desde atrás. Me recibió con cariño, sintiendo que lo necesitaba, entrelazó nuestras manos y, una vez más, traté de que se abriera como lo había hecho los días anteriores.

Luchaba con ese temor que quería instalarse en mi corazón, que cobrara fuerza y lo achaqué a la inseguridad que había nacido después del accidente, debía parar de una vez en lugar de seguir alimentando el miedo.

BLAKE

Apenas había podido dormir pensando en cómo convencer a Frank para que aceptara mi renuncia definitiva. Estaba entre la espada y la pared por lo que me levanté y de reojo la vi, apenas cubierta por las sábanas. Disfrutaba de sus curvas, que me seducían y volvían loco junto a su forma de ser.

Había encontrado mi complemento, mi otra mitad, por lo que no podía ser partícipe de una mentira, de un secreto que ni siquiera me pertenecía. La amaba tanto que se lo haría saber a Frank Clifford, aunque no estuviera de acuerdo con ello.

Sophia envolvió con sus brazos mis caderas y cerré los ojos, sujetándole las manos, manteniendo esa sensación placentera de tenerla a mi lado. Sería imposible dejarla ir.

—Blake, ¿qué ocurre? —me preguntó.

¿Cómo podía explicarle sin mentirle?, y es que el cambio que había dado era de lo que más me sentía orgulloso. La Sophia que florecía era valiente y cabezota, y me gustaba seguir descubriéndola. Sin embargo, estaba preocupado, podía hablar con Ángeles y Eduardo, pero estaba cansado de deberles tanto, no tenía otra opción que enfrentarme, buscaría algún lugar lejos que no olvidara nunca para luego dejarla en casa de los Baute y llamar a Clifford arriesgándome a

saber si podíamos reunirnos esta misma noche.

Me froté la cara despejándome de todos esos pensamientos, arrepintiéndome por haber aceptado la manzana envenenada de los Clifford. Mi afán de demostrar que no sería como mi padre me había llevado a tener una idea fija.

Mi padre… Lo maldecía por haberme destruido la juventud y la vida. Por obligarme a tener que guardar ese otro secreto durante tanto tiempo. Si mi madre hubiera indagado aquellos viajes de trabajo que solía hacer…, se hubieran muerto de vergüenza, pero había llegado el momento de contarle la verdad, sobre todo a Jenny, que cada día estaba más obsesionada con Jackson.

Era su amigo y no permitiría que su hermana se convirtiera en el hazmerreír de todos.

—Blake, confía en mí —me susurró sacándome de mis pensamientos.

—Eres lo más importante para mí —le respondí con toda la seguridad que podía ofrecerle en ese momento—. Quiero que me acompañes a un lugar único.

—¿Tan temprano?

—No es temprano y es mejor aprovechar del día.

No estaba seguro si se atrevería cuando lo viese, pero esperaba que viviera otra fascinante experiencia. Con rapidez nos vestimos y bajamos para desayunar. Comimos ligero y partimos. Durante casi tres horas, traté de que Sophia me contara más de su vida y esa amistad con Marian.

Cuando aminoré la marcha, se quedó descolocada con el nombre del lugar, aparcamos y le pedí que dejase lo menos importante en el coche. Sophia siguió las recomendaciones y, al bajarse, sonrió observando el lugar lleno de manglares y pantanos.

Caminamos hasta una oficina y allí la sorprendí en cuanto nos dieron un equipo de snorkel compuesto por gafas, tubo y aletas.

—¿A dónde me llevas? —preguntó con intriga.

—Ya lo verás. —Le sujeté mano y seguimos un pequeño puente de madera hasta llegar a unas mesas, dejando allí las toallas.

—No me digas que entraremos allí. —Le afirmé con la cabeza, entrelacé mi mano a la suya y la guie hasta dentro, se detuvo a contemplar el paisaje que teníamos frente a nosotros.

CHLOE

Me sentía tan perdida que creí que la mejor forma de olvidar lo que le ocurría era refugiándome en uno de esos tantos lugares en los que me había tropezado con Blake.

Ese vídeo que me envió Zoe me dejaba expuesta y todo por culpa

de Sophia Baute. Tenía que pensar la forma de vengarme y para ello necesitaba perderme entre el alcohol, drogas y sexo sin restricciones, pero no fue así.

Diez minutos después, salí sintiéndome más vacía que antes y, por primera vez en muchos años, me eché a llorar. Llevaba días intentando buscar una salida a este atolladero en el que había entrado. Darme cuenta de que mi vida siempre había sido dirigida por Frank me asfixiaba cada vez más.

Traté de buscar apoyo entre los más importantes letrados de la firma, pero ninguno me respaldó. Ni siquiera mi padre, que había decidido marcharse a Asia y desentenderse de lo que para él solo era un berrinche de niña malcriada, caprichosa y desagradecida, sin olvidar recordarme cómo había acabado mi madre. Todos me aconsejaron seguir los dictámenes de Frank que, según ellos, quería el bien para mí.

Lo único cierto y que, al parecer todos coincidían, era la misma historia de la amistad con los Baute. Los problemas con cárteles de la droga fueron el origen de un caso que no llegó a buen término, uno de los pocos que la firma perdió y el único que le tendió la mano a Frank había sido Eduardo Baute. Sin embargo, no supo en qué sentido.

Creció pensando que Frank era poderoso e influyente en el mundo de las leyes, llegando a donde nadie podía imaginar por sus numerosos contactos, por lo que era mejor no seguir enfrentándolo.

Pensó que sería fácil perdonarle que por intereses y negocios políticos hubiera aceptado ese compromiso con Ryan y no pudo. Esa humillación aún le pasaba factura, así como tampoco podía perdonarle que hubiera seducido a Blake, invitándolo a trabajar en el bufete con un fin que no le convencía del todo.

Eso de que quería explotar su ambición era un pretexto. No lo había hecho con su propio hijo, ¿por qué hacerlo con un joven que para él era poca cosa? Había mucho más, estaba segura. Blake no era un hombre frío, ni calculador como Frank; lo había visto trabajar con la misma pasión con que disfrutaba del sexo, la misma que me demostró.

Cada uno de los litigios de los que se encargó los defendió con fiereza y tenía esa obsesión de ayudar a las personas desfavorecidas.

Supuse que era por la clase social de la que provenía y, a pesar de que todos argumentaban que solo era un capricho para volver a tener sexo con él, ni yo me había dado cuenta de que lo admiraba, lo envidiaba. Me había enamorado de ese hombre con cualidades que nunca pensé que necesitaba que las tuviera la persona que estuviese a mi lado.

Era la segunda vez que sucedía y odiaba que Frank se lo echara en cara, por lo que presentía que no permitiría que volviera a perder

la cabeza y, por esta vez, le daba la razón, por lo que me sentía decepcionada conmigo misma, había jurado que jamás volvería a enamorarme. Me había burlado de Sophia Baute, de su vida de pacotilla y una mujer sin deseos de vivir me había ganado la partida en todos los sentidos.

Mi vida era peor que la de esa chica, ya que los únicos hombres que realmente me habían importado me habían menospreciado.

Llamé a Robert, mi pobre premio de consuelo, y le pedí que fuese a mi casa con lo que necesitaba, me dijo que enseguida llegaría. Recibí un mensaje diciéndome que me esperaba con una sorpresa y cuando abrí la puerta del piso, encontré a Robert al lado de Frank que estaba sentado en el sillón, fumando un puro con parsimonia.

No creía fuera la sorpresa de la que me había hablado, por lo que deduje que lo había pillado infraganti.

—Vete, Robert —le ordenó Frank—. Y procura meterte en una clínica de desintoxicación o me veré en la obligación de contar tus secretos más sucios. —Robert se levantó y llegó hasta a mí.

—Lo siento, Chloe, prefiero desaparecer antes de que me deshereden por culpa de Frank.

De nuevo se inmiscuía en mi vida, solo quería aislarme por unas horas a mi manera, pero no la que Frank quería.

—¿Cuándo aprenderás? —me preguntó en cuanto Robert cerró la puerta—. Te he advertido que tus fetiches y adicciones los mantengas en secreto y sigues desafiándome.

—Frank Clifford ha venido a la morada de las perversiones para darme lecciones de reputación siendo el primero que tiene trapos sucios.

—No juegues conmigo —me advirtió dándole una calada a su puro. Encendió una pequeña lámpara que estaba a un lado y fijó sus ojos en mí—. Te he aconsejado varias veces que no sigas indagando, no me gustaría que, por equivocación, llegase a manos de algún periodista información certera de tu vida.

Sorprendida al evidente chantaje me pasé la lengua por los labios y le pregunté sin rodeos.

—¿Por qué me odias tanto? —Frank se levantó acercándose a mí.

—¿Por qué insistes en saber la verdad cuando no estás preparada para escucharla? Nunca lo estarías y comienzo a pensar que esta rebeldía debe venir de los genes maternos—ironizó con desprecio—. No te he formado para que, al final, te desvíes del camino—me echó en cara—. No quiero que te conviertas en otra Carol. Llevo muchos años manteniendo a tu madre con la boca cerrada, como para que comiences a ser un dolor de cabeza como lo fue ella en su momento.

—¿Así que todo tiene que ver con mi madre?

—No, tiene que ver contigo. ¿Acaso no te has dado cuenta de que

a Franklin poco le importas? Yo, en cambio, te he dedicado tiempo, te he aconsejado, te he dado incluso mucho más que a Zoe y al resto. He pagado a cada periodista que quería chantajearnos para que tu reputación siguiese intacta, pero te la has ingeniado y una y otra vez a que pudieran terminar saliendo a la luz tus deslices y, a pesar de eso, lo he solventado, porque siempre has sido la más importante para mí u ¿olvidas lo que sucedió con Ryan? —le preguntó mirándome a los ojos.

Claro que lo recordaba, mi ex había dado unas declaraciones públicas donde me dejaba como una mártir y poco después desapareció del país, dejando todo el peso de miles de preguntas de los que nos conocían a mis espaldas. Si para él eso era defenderme, estaba equivocado. Ryan no tuvo que enfrentarse a las habladurías con la cabeza en alto.

—Recuerda muy bien esto, Chloe, nadie juega con Frank Clifford. —Lo miré con odio, a pesar que de que eso no le afectaba en nada. Todos estaban acostumbrados a aceptar sus dictámenes—. Mis condiciones como cabeza de esta familia estarán por encima de del resto y he venido para recordártelo, así como lo que te corresponde asumir. En tu correo está la reserva del hotel y nuestro avión te esperará en el hangar al mediodía. —Se despidió con un beso en la mejilla acercándose al oído—. ¿Quieres escuchar la verdad? Te he dejado pistas, no tienes más remedio que aceptarla como lo hizo Franklin.

Se alejó cerrando la puerta, dejándome temblando y con la respiración entrecortada. No podía ser verdad, siempre me habían dicho que mis padres se habían separado por diferencias irreconciliables, pero lo cierto es que apenas conocía a Carol, mi madre.

Siempre me habían hecho creer que renunció a mí para seguir viviendo sin responsabilidades. En esos instantes sentía cómo mi vida se desmoronaba como una pirámide de cartas. Nada de esto habría estado pasando si Sophia Baute no hubiera tenido ese accidente.

¿Por qué tenía que aparecer esa maldita chica en mi vida? Me incliné al suelo con rabia y me eché a llorar, queriendo desaparecer.

Todo era una maldita mentira. Entendía por qué Franklin, quien creía que era mi padre, apenas había pasado mi infancia a mi lado. Me limpié las lágrimas con el revés de la mano. Jamás le perdonaría a los Clifford el dolor que sentía, desde ese instante actuaría bajo lo que sentiría, dándome igual las consecuencias que eso tuviera.

56

SOPHIA

Era imposible olvidar esa primera vez que buceaba y había sido gracias a Blake. Un lugar precioso con el agua cristalina. Una cueva tan bonita que mirase donde mirase me maravillaba a través de las rocas que servían de escondites, viendo los peces que terminaban nadando a mi lado.

En cuanto entré sentí temor y, a medida que fui bajando y el agua cubría mis pies, me sentí diminuta ante la naturaleza de mi alrededor.

Blake me invitó a que lo siguiera y lo hice.

—Tranquila —me dijo cuando el agua me cubría parte del cuerpo. Me ayudó a ponerme las gafas, las aletas y, finalmente, el tubo —. Solo debes respirar por la boca.

—¡Qué fría! —grité.

—No seas quejica, enseguida se te quita —se burló Blake.

—Creo que intentas asesinarme —le dije y él rio a carcajadas.

—Créeme, prefiero que mueras de placer a ahogada. —Levanté una ceja y él volvió a reír—. Te prometo que en cuanto te sumerjas, olvidarás todo a tu alrededor.

Seguí el consejo y, a medida que entraba, descubrí otro mundo en el que solo estábamos mis pensamientos y yo. Blake me sujetó la mano y me guio hasta observar el choque de los pequeños rayos del sol en las rocas, descubriéndome el camino que debía tomar.

—¿Sucede algo? —me preguntó Blake quitándose el tubo en cuanto me vio emerger.

—¡Es increíble!—exclamé quitándome el tubo—. ¿De dónde viene el agua?

—Es un río subterráneo de miles de años.

—¡Es precioso! Lo más cercano que he estado de peces ha sido en acuarios y tiendas de mascotas. Oye ¿no me saldrá algún pez raro tipo el de *Buscando a Nemo*? —Blake rio.

—En ese caso no te garantizo salvar tu vida. —Abrí los ojos sorprendida, me acercó y me mordió el labio provocándome, y mi respuesta fue envolver su pelvis con mis piernas

—Te estás convirtiendo en un ser diabólico que busca que me detengan. —Reímos y me alejé para seguir explorando.

Los peces, las rocas y el reencuentro conmigo misma fue un descubrimiento inigualable, un momento único. Las voces de las personas y el chapoteo no me molestaban; junto a Blake todo era distinto y ese lugar estaba siendo lo más cercano al paraíso terrenal

que tanto había buscado meses atrás.

Sin embargo, al regreso todo cambió. El Blake sonriente, bromista y pacífico se había perdido en sus pensamientos, apareciendo el de la noche anterior, el de semblante taciturno. Si bien confiaba que esta escapada de fin de semana nos uniría, no fue así. Me dolió que no confiara en mí como tantas veces me había pedido.

Llegamos a casa de mis abuelas y Blake se despidió de inmediato, dejándome desconcertada.

—Tengo que ir a casa de mi madre y hablar seriamente con Jenny antes de que consiga escaparse de nuevo. —Mentía y lo sabía. Decepcionada, me despedí con frialdad y salí del coche sin mirar atrás, entré y pegué la espalda a la puerta, sacando fuerzas de mi interior y disimular una felicidad que acababa de desaparecer.

BLAKE

Me arrepentí enseguida de mi comportamiento, de mi mentira y del maldito secreto. Necesitaba tener la mente despejada para enfrentarme a Frank, aunque el hecho de pensar que Sophia dudara de mí, me afectaba.

Habíamos vivido unos días increíbles. La cueva y el río subterráneo lograron que olvidara mis problemas por unas horas. La vi sonreír, disfrutar como nunca y me dejé llevar por los impulsos dando rienda suelta a ese adolescente que había enterrado tiempo atrás.

Dudé unos segundos en bajarme y pasar la tarde del domingo a su lado, pero tenía que buscar una salida a ese compromiso impuesto. Encendí el motor del coche a la vez que llamé a Clifford.

—Buenas tardes, Blake, estaba a punto de llamarte —me respondió enseguida al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, Frank. Me gustaría saber si podíamos hablar sobre ese viaje de mañana.

—Justamente por eso iba a llamarte —me dijo—. Ayer te dije que pasases por el bufete para los billetes, pero, ya sabes, soy un poco torpe con estas modernidades. Nancy me ha dicho que están en tu correo junto a la reserva del hotel por lo que no tienes que ir.

—A decir verdad, me parece que no es buena idea, no tengo conocimiento del caso, ni siquiera le corresponde a mi departamento.

—Irás porque lo he decidido y no hay vuelta atrás, esperaré vuestro informe y discúlpame que corte la llamada, pero estoy en plena partida de golf. —Maldije al universo. Todo esto comenzaba a ser asfixiante.

Pasé la noche en vela tratando de encontrar alguna salida, tenía que ingeniármelas para explicarle a Sophia que no iría a ensayar. Enseguida supe del grave error que había cometido, por mucho que le

explicase no me creería, por protegerla, por evitar hacerle daño.

Esta mentira cada vez era más grande. Me di una ducha y terminé de arreglarme la corbata mirándome en el espejo, recogí la chaqueta y la pequeña maleta que llevaba mientras me preguntaba qué era lo correcto: llamarla o dejarle un mensaje por WhatsApp; este último era una medida bastante cobarde, pero me evitaría preguntas.

Años atrás me prometí no dejarme llevar por el temor. Cogí el móvil y marqué.

—¿Blake?—preguntó desconcertada.

—Hola, cariño, buenos días.

—¿Pasa algo?

—Nada importante. —Sin perder más tiempo decidí contarle parte de la verdad—. El sábado recibí la llamada de mi jefe indicándome que tendría que viajar para resolver un caso. Te parecerá tonto, pero no sabía cómo explicarlo, te prometí que no me separaría de ti e incumplo la promesa.

—Es trabajo— me respondió.

—Lo sé, cariño, pero sabes que todo esto para mí es nuevo, hasta hace poco no le rendía cuentas a nadie.

—No había necesidad de tanto misterio, llevo dos días preguntándome qué ocurría.

—Lo siento —le dije con sinceridad—. Me gustaría que me comprendieras por esta vez, son asuntos importantes. Intenté buscar alguna forma de solucionarlo y no la encontré.

—Espero que puedas resolverlo lo más pronto posible.

—Sophia, no quería que te preocuparas.

—¿Preocuparme? ¿Por qué crees eso? ¿Acaso hay algo más? —me preguntó sin poder reprimirse.

—No —le respondí apesadumbrado—. Siento romper lo que te prometí, de estar todos estos días a tu lado.

—¡No me trates como una desahuciada! —exclamó indignada—, sé que he vivido una situación traumática y estoy intentando salir de ella, pero no por ello tienes que protegerme las veinticuatro horas del día. Que tengas buen viaje. —Y cortó la llamada.

—¡Maldita sea! —vociferé. Me pasé la mano por la cabeza, ya hablaría con ella personalmente, busqué en el móvil el número de la teleoperadora para pedir un taxi.

SOPHIA

Herida ante la falta de confianza, prefería que no me diera más explicaciones, ya que no comprendía por qué le había costado tanto contármelo.

Respiré con profundidad, intentaría que no me afectara. Me dolía

que hubiera esperado hasta el último minuto para explicarme que se iría de viaje, me dolía que me viera como una mujer débil. No permitiría que nadie me siguiese viendo así, necesitaba despejar la mente y olvidarme por completo de lo que sentía.

Saqué un pantalón deportivo y un top y me vestí para correr a sabiendas de las recomendaciones que me dieron, sin embargo, la única manera de descargar la rabia que sentía sería ejercitándome de alguna forma.

Bebí un poco de agua y salí. Aunque estuviera más que dispuesta a que no me afectara, la frustración apareció dando paso a las lágrimas que me acompañaron en el recorrido. Por mucho que había empujado al fondo de mi mente esas ideas producto de la imaginación, aparecieron. No quería tomar una decisión precipitada por culpa de los celos, pero estaba segura de que Blake me ocultaba mucho más.

Regresé a casa, apenas desayuné y me duché, caminé como león enjaulado en la habitación, tenía que salir o me volvería loca. Miré la hora, solo conocía un lugar donde podría aislarme del mundo.

Busqué unas mallas y un top que Marian había dejado junto a una camiseta. Me acerqué a una pequeña mesita y abrí el cajón donde días atrás me encontré unas punteras que mi amiga también había dejado con algún propósito.

Una vez que le di la dirección al chófer del taxi cerré los ojos, centrándome en mantener la mente en blanco, no quería pensar ni siquiera en la música pegadiza que se escuchaba, solo deseaba estar en paz conmigo misma. Pagué y entré a la academia de baile saludando a la administrativa.

Me indicó la sala que estaba disponible y sentí cómo mi cuerpo, mi mente y mi espíritu se unían en una conversión ante el paso que había decidido dar.

Los nervios afloraron junto con la adrenalina, había llegado el momento de demostrarme a mí misma que podía hacerlo. Tantas veces que juré que no volvería a pisar un tapiz y ahí estaba, volviéndolo a hacer.

Estiré un poco sintiendo el primer tirón y sin amilanarme seguí, no solo me lo demostraba a mí misma, quería probarle al mundo entero que no era una blandengue, no iba a negar que había sido consecuencia de mis inseguridades y la culpabilidad, que me había atrapado en esta espiral de autodestrucción.

Una vez que calenté, decidí realizar un ejercicio de manos libres que hacía de vez en cuando en los entrenamientos. En posición básica, extendí las piernas arqueando los brazos y espalda, por lo que cuando fui a ello, Steisy abrió la puerta.

—Hola, Sophia —me saludó—. Kristy me ha dicho que estabas

aquí, te he visto por el cristal y creo que esto te serviría. —Extendió su brazo para darme una cinta. Con sentimientos encontrados la acepté, sonreí con nostalgia, respiré con profundidad para ir al final de una esquina del tapiz.

Cerré los ojos, conté hasta tres y comencé con una circunducción desde el frente, pasándola por detrás de la espalda. Seguí con varias serpentinas, dando una corta carrerilla y lanzando al aire la cinta, acompañándola con volteretas en el suelo para levantarme con rapidez y recogerla con la mano. Levanté el talón dando un giro junto a varias transmisiones, creando formas con la cinta sin llegar a pisarla, seguí con un *relevé* a la vez que dibujaba un ocho. Giré con lentitud para hacer otras circunducciones, esta vez por encima de mi cabeza, apoyando el talón del pie en el suelo y la punta de la cinta terminó en el tapiz.

Respiraba con dificultad. Había olvidado las sensaciones que aparecían en mi interior cuando pisaba el tapiz, había olvidado la felicidad al disfrutar moverme con libertad creando figuras armoniosas, había olvidado cuánto me apasionaba la rítmica.

Me limpié las lágrimas producto de la emoción y me giré para ver a Steisy, que sonreía emocionada.

Todos los demonios con que luchaba se deshicieron, sentí un latigazo en la pierna, pero no me importó, sabía que tenía dos soluciones e iba a apostar por las dos, después de la exhibición me sometería a ello y así como cumpliría mis sueños.

BLAKE

Durante las casi tres horas de vuelo pensé en esa verdad a medias que le conté a Sophia. Quizás la vida estaba cobrándome cada acción a la que no me había enfrentado y de la forma más cruel; a través de la mujer de la que me había enamorado y confiaba a ciegas en mí.

Llegué a preocuparme de que, en algún momento, Sophia terminara de enterarse del por qué Chloe se creía con derechos y debía reconocer que era mi culpa. Muchas veces, a lo largo de este tiempo, había aceptado seguirle el juego. Quizás esta maldita idea de no volver a tener ningún compromiso era lo que lo había metido en este lío. Una relación abierta como con Jhoanna y otras tantas.

Cerré los ojos con enorme decepción, no estaba a la altura de Sophia. Mi vida siempre había sido una mentira, llena de secretos, comenzando con el miserable de mi padre.

Sonreí con amargura recordando cuántas veces mi madre, orgullosa, contaba a todos que su hijo era todo un abogado y que se había esmerado en ser el mejor, pero ¿de qué me había servido?

Allí estaba, en medio de problemas a los que nunca di

importancia, ya que solo tenía un único propósito: ascender en mi profesión y como si hubiera visto la luz en el camino, comprendí el plan de Frank Clifford. Sentí ganas de llorar por haber cedido, mi intuición me decía que ese día iba a perder a Sophia.

Pensé en llamarla y contarle toda la verdad, incluso la del juicio, pero no me creería y, lo que hubiese sido peor, decepcionaría a Eduardo y Ángeles.

Estaba perdido, estaba seguro que la culpa de todo recaería en mí y el saberlo, dolía. Por culpa de mi ambición estaba en esta disyuntiva, no me quedaba de otra que enfrentarme a cada una de estas situaciones que mantenía a medias y aceptar que, tarde o temprano, la chica que había aparecido una noche en mi vida y con la que podía ser yo mismo, con la que había experimentado varias primeras veces de una forma única, se alejaría tarde o temprano.

Maldije a la vida por haberme enseñado la felicidad plena para luego arrebatármela de esa forma cruel. Debía arriesgarme, sí, debía hacerlo como estaba siendo habitual cuando se refería a Sophia.

La llamaría en cuanto aterrizara y así lo hice, sin embargo, me saltaba el contestador. Atravesé la puerta de salida de pasajeros y me encontré a un joven con un cartel con mi nombre escrito. Desistí en seguir intentando hablar con Sophia, pero en cambio, me acerqué hasta el desconocido, que se presentó como uno de los letrados que ayudaba a la firma Clifford & Asociados en la ciudad.

Me llevó a recordar hace un par de años atrás cuando buscaba ser fichado por una de las grandes firmas. Lo seguí hasta un coche de lujo con cristales tintados aparcado en el arcén y al abrir la puerta vi unas largas piernas de mujer acompañadas de unos tacones de marca reconocida. Me maldije al tener que entrar de lleno en este macabro juego.

—Buenos días, Chloe.

—Buenos días, Blake, tenemos que hablar.

57

CHLOE

Se me hacía cuesta arriba lo que estaba viviendo. Desde que supe la verdad me prometí no seguir siendo el juguete de Frank Clifford. Entré a la web de una aerolínea regular y busqué un billete de avión en primera clase.

No, no ganaría esta vez, si él quería que fuese un ser sin escrúpulos, lo sería, pero con él, con Frank Clifford.

Después de comprarlos, llamé a Jeremy, que avisara a la firma que nos ayudaba en Durham sobre el cambio de hora y vuelo. Me mantuve con el móvil en la mano dudando si dar el paso, pero la necesidad de escapar de esta prisión me empujó a llamar a Eduardo Baute y contárselo todo.

Apenas había podido dormir, el despertador sonó y me levanté para ducharme y prepararme con rapidez. Busqué una pequeña maleta metiendo lo imprescindible. Saqué del armario un vestido liso y entallado de color bermejo que me llegaba hasta media pierna junto a unos zapatos altos y algo de maquillaje para ocultar las ojeras de la noche anterior. La conversación de horas atrás había sido difícil, odié a Carol por abandonarme por dinero y a Franklin por aceptar todo ese montaje, pero sobre todo a Frank Clifford por crearme una vida de mentiras.

Eduardo solo pudo darme pocos detalles que confirmaban la verdad y, para mi sorpresa, mientras esperaba que subieran los últimos pasajeros, vi a Blake, aunque él no me vio. Su semblante era taciturno y supe de inmediato que era otra manipulación de Frank Clifford.

No solo quería hacerme la vida miserable, también se la haría a Blake. Tanto que me enorgullecía pertenecer a una familia con gran renombre y era el peor de los linajes. Una lágrima se me escapó llena de frustración, debía tranquilizarme, pensar con la cabeza fría y evitar que este desengaño pudiera afectar a lo que haría.

Lo había meditado durante la noche, sería la última vez. Ahora que sabía la verdad, me aprovecharía de ello, por algo había aprendido de un gran maestro, pero antes debía hablar con Blake para advertirle, tenía la oportunidad en este viaje, al final no iba ser tan malo este manipulado encuentro. Tenía la esperanza de que después de esto me mirase como una chica normal, como la chica con la que podrían triunfar y se diera cuenta que su futuro no estaba con Sophia Baute.

Esperé largamente las tres horas del trayecto y cuando aterrizamos, me apresuré a salir encontrándome con un chico que tenía mi nombre escrito en un papel. Era mucho más joven de lo que creía, llevaba un traje un poco arrugado y más perfume del que debería.

—Soy Chloe Clifford —le dije a la vez que le quitaba el papel de la mano—. ¿Tienes el mismo rotulador con el que escribiste mi nombre? El chico, aturdido, metió la mano dentro de su traje y lo sacó. Se lo arrebaté para escribir rápidamente el nombre completo de Blake. Sonreí con dulzura, la misma sonrisa que infinidades de veces me sirvió para ganar favores en la Corte de Florida—. Verás…

—Tobey —dijo carraspeando entendiendo que no se había presentado.

—Tobey —repetí—, durante el fin de semana he tenido ciertas diferencias con mi compañero, ya sabes lo que suele suceder al trabajar a diario con otras personas—expliqué sin darle importancia —, así que debe estar por bajar, os esperaré en el coche.

—Pero…

—Lo encontraré —le aseguré aludiendo que hablaba del coche—. Puedo adivinar: negro con cristales tintados y de alta gama.

Tobey me afirmó con la cabeza. Y me alejé con la misma premura con la que me había acercado, esperando que no tuviera la idea de llamar al bufete y preguntar.

Salí en busca del coche y me encontré a un hombre fumando con el cuerpo apoyado en el maletero; en cuanto me vio acercarme tiró la colilla y me dio los buenos días, quitándome el equipaje que traía. Al entrar tenía el corazón en vilo.

Cinco minutos después, la puerta se abrió y el aroma de robles y bosque que tanto caracterizaba a Blake me embriagó, se sentó a mi lado ataviado con un traje en su justa medida. Era imposible evitar mirarlo, se había afeitado mostrándose más atractivo, respiré con lentitud girándome a él en cuanto me saludó.

—Buenos días, Chloe.

—Buenos días, Blake, tenemos que hablar.

—Así es, no sé a qué jugáis, pero no me prestaré a ello, estoy aquí por Sophia. —Apreté los labios, un golpe bajo que me dolía, a pesar de creer estar preparada para enfrentarlo, no era así.

—Siempre directo —le respondí, sin embargo, fuimos interrumpidos por Tobey.

—Os daré una carpeta con lo referente al caso—nos explicó—. La firma en la que trabajo ha podido averiguar ciertos incisos que se habían ocultado, no sé si por suerte que está la sustituta de turno o por la influencia de Frank Clifford —dijo sonriendo. Carraspeó un poco y prosiguió—. Como sabéis, el accidente se produjo por un

impacto en el lateral izquierdo del coche de la víctima. Para no enredarnos llamaremos a los vehículos por letras. «A» sería la víctima, «b» el primer acusado y «c» el otro acusado.

»En el informe final explicaba que el impacto fue producto de la imprudencia de la víctima al saltarse el semáforo por distracción; con las nuevas investigaciones encontramos las primeras declaraciones de un testigo que descartaron días después. Es la pieza que faltaba. Nos relató los acontecimientos de manera diferente a como está en el informe final.

»Si bien es cierto, el vehículo «b» embistió al vehículo «a», no fue de manera aparatosa. El tercer vehículo, que se descartó como prueba y el que afirmaron que no fue partícipe, es el que produce el impacto de forma brutal. El vehículo «a» giró sobre sí mismo, lo que hizo que el conductor perdiese el control y, en consecuencia, su empotramiento con el local de comida.

No sabía a lo que quería llegar, pero para mí no era novedad lo que contaba.

BLAKE

—Ese primer testigo declaró que tanto el conductor «b» como «c», se bajaron y corrieron hasta el vehículo de la víctima, comprobando un hecho que tira por la borda la defensa del acusado—prosiguió explicando Tobey—. Kenneth Hicks aún estaba con vida. —En cuanto lo escuché, levanté la mirada—. Ese testigo oyó que alguien gritaba que aún vivía y que debían irse antes de que alguien llamase a la policía; hubo un altercado entre ellos, el conductor «b» le indicó que deberían llamar a emergencias, pero el más corpulento, como nos indicó el testigo, señaló al otro a voces que volviera a casa, su familia se encargaría de todo y saldrían impunes. Subieron a los coches y huyeron.

—¡Maldita sea! —vociferé—. ¿Por qué nadie había vuelto a interrogar a ese testigo?

—Sí lo hicieron, pero no iba precisamente sobrio, por lo que decidieron pasarlo por un control de alcoholemia. Su nivel era bastante alto y si a eso le añadimos que estuvo detenido en reiteradas ocasiones por conducir bajo los efectos del alcohol, además de que, como ya sabéis, los conductores «b» y «c» son hijos de gente influyente en la región… Por lo que fue descartado.

—Entonces ¿qué nos garantiza que es nuestro testigo clave? —preguntó Chloe.

—Sophia Baute. Los periódicos y algunos cronistas se hicieron eco de la noticia y de las repercusiones del accidente, el testigo nos confesó que después de ver cómo la carrera de la joven se había

frustrado, la conciencia le removió y decidió entrar a un programa de desintoxicación en otro estado y hace un par de semanas vino por primera vez a visitar a su familia.

—Es evidente que es un homicidio imprudente con agravante de omisión—indicó Chloe añadiendo su veneno con ironía—, sabía que sería un juicio sencillo.

—No lo será—le respondió Tobey—.Sus familias son respetadas en el estado. —Chloe se rio.

—Has olvidado que quien los llevará a juicio es Clifford & Asociados —le dijo con la vanidad que le caracterizaba—. En todo caso, siempre supe que el abogado que los representó no hizo bien los deberes, quizás porque piensa como tú. —Resoplé ante su grosería.

—Es evidente que no todos nacemos en cuna de oro y tenemos que currarnos el puesto—le respondí—, pero no te da derecho de restregarlo en la cara y, para ser sincero, ¡me importa una mierda de quiénes sean hijos! Son culpables y pagarán.

No podía dejar de pensar en Sophia. Si no fuera por ese homicidio de omisión, Kenneth estaría vivo y tal vez no la hubiera conocido. Me removí un poco y egoístamente agradecí que estuviera muerto; de inmediato deseché esa idea al percatarme de lo que trataban de hacer los Clifford: involucrarme del todo en el juicio.

Me giró a Chloe frunciendo el ceño.

—¡Esta es otra de sus tretas!

—No tengo nada que ver—me dijo con los ojos abiertos—. Blake, ¿acaso no lo ves? —me preguntó Chloe—. Estamos aquí porque es parte de su juego.

—De vuestro juego —le rebatí—. Quiero saber la verdad y por una vez sé honesta, cuéntame, ¿qué demonios hago aquí?

Me miró a la vez que sus ojos recaían en Tobey, que se mantenía expectante a lo que ocurría entre los dos.

—Entonces, de acuerdo con la ley—dijo dirigiéndose a Tobey—. El juicio se reabrirá al existir un delito grave según el código penal.

—Sí—afirmó Tobey—. Homicidio culposo con tentativa de omisión y si llamamos a Sophia Baute como testigo, podría añadirse actuación negligente. ¡Está chupado! —concluyó sonriente.

—¿Cómo?

Trataba de descubrir los verdaderos motivos del cambio de tema de Chloe. ¿Por qué no me había respondido? y, en vez de sonreír como solía hacer, dejó entrever nerviosismo que nunca había visto en ella. ¿Qué ha querido decir con sus juegos?, ¿realmente era otra víctima? Enseguida descarté esa idea, era Chloe Clifford, la reina de las manipulaciones.

Sin embargo, en cuanto escuché esa sandez que soltó Tobey, me di cuenta que quería congraciarse con Chloe.

—Espero que no uses ese lenguaje si en algún momento tienes que representarnos y mucho menos delante de Frank Clifford si quieres un puesto en el bufete.

—¡¿Yo?! —exclamó Tobey—. No pretendo sorprenderlo.

—¡Por supuesto! —exclamó Chloe.

—Supongo que la reunión de hoy es porque el juez quiere escuchar las dos partes—intervine para que fuese al grano.

—Sí, pensaba que lo sabíais—me respondió Tobey—. Jeremy envió la petición con las pruebas hace unas semanas y, de inmediato, fue respondida. La verdad es que, en el estado, casos así no suelen ser frecuentes. —Tensé la mandíbula al comprobar que una vez más me usaban.

—En vista de que estamos siendo francos, os seré sincero. No tengo la menor idea del procedimiento que utilizaba Jeremy, en cambio tú conoces el caso más que yo, por lo que sería adecuado que fueras el que hicieras la petición—les hice saber.

—¡Blake! —protestó Chloe sorprendida. Me daba igual si temiese que estuviera en entredicho el prestigio de la firma.

—¿Qué es lo que te preocupa?, eres una de las litigantes con más éxito de Florida, mi participación sería tratar de convencer al juez si a nuestro colega le traicionan los nervios. ¿A qué hora es la audiencia? —Chloe volvió abrir los ojos sorprendida a mi decisión.

—A las once y media de la mañana—respondió Tobey—. Debo aclarar que la mediación comenzó hace una semana, fue bastante escabrosa para Jeremy y para mí. —El coche se detuvo frente al edificio gubernamental—. Allá vamos —anunció Tobey, siendo el primero en bajarse.

Me bajé de inmediato y durante el corto recorrido, barajé todas las posibilidades y llegué a la conclusión de que la presencia de Sophia solo era imprescindible si el juez no aceptara el testigo. En eso debía centrarme en evitar que la llamasen.

—En el caso de tener las pruebas y un nuevo testigo, se puede evitar que Sophia suba al estrado—aclaré dentro del ascensor en el que acabábamos de entrar.

—¿Por qué? —me preguntó Chloe—. Todos vosotros queréis sacarla de la ecuación y ninguno se ha atrevido a preguntarle si ella quiere participar.

—No está preparada.—Trataría por todos los medios a que no participara en esto. El ascensor se abrió y dieron un par de pasos hasta llegar al despacho del juez.

—Sophia es testigo y debe estar en el juicio —reiteró Chloe desafiándome.

—No lo será—le aseguré—. No permitiré que pase ese trago amargo.

—¿Y se puede saber por qué? —preguntó un hombre que se acercó de inmediato a nosotros.

CHLOE

Reconocí enseguida esa voz rasgada y descubrí el plan de Frank Clifford. De alguna manera lo había persuadido para que se presentase. Sabía de sobra que Victor estaba informado de cada paso que estaba dando la firma sin olvidar.

Era la venganza de Frank, que no le perdonaría a Blake el haber apartado sus ambiciones por amor, quería que se diera cuenta que no encajaba en los Baute por mucho que Ángeles y Eduardo lo apreciaran. Una vez más, todos éramos títeres de Frank.

58

BLAKE

Me giré ante la pregunta formulada, encontrándome con un hombre tan alto como yo, con rasgos latinos, pero lo que me llamó la atención fueron los ojos del mismo color de los de Sophia. Parpadeé varias veces, manteniéndome en silencio, tratando de recordar esa cara que juraba haber visto antes.

El hombre también se fijó en mí y sonrió cinco segundos después.

—Eres Blake Clark, soy Victor Baute.

Le estreché la mano preguntándome qué rayos responderle. Con respecto a tu pregunta, el motivo es tan sencillo como que salgo con tu hija. Sería la respuesta ideal en este caso, sin embargo, Sophia no estaría de acuerdo, ya que lo más probable era que quisiera contarle ella.

Otro secreto. Definitivamente me he equivocado de profesión; el papel de clérigo me queda a la perfección.

—He de imaginar que conoces a mi hija y tengo curiosidad por saber por qué afirmas que no es conveniente. —La manera que me respondió era desafiante.

—Tenemos otro testigo que está dispuesta a dar su testimonio y no veo necesario que tenga que revivir una situación traumática.

—Me tiene desconcertado lo seguro que estás cuando hablas de mi hija; no sabía que os conocíais y teníais tanta confianza. —De nuevo usaba ese tono y a eso le sumaba que sus hombros se tensaron, una actitud prepotente que distaba mucho de la de Eduardo y Ángeles.

No quería más problemas, pero si quería escuchar la verdad, se la diría, ya nada me intimidaba, siempre había luchado contra gente como él y no iba hacer la excepción.

—Más que confianza, ella es…

—¿Ese que se acerca es el representante de los acusados? —preguntó Chloe interrumpiéndonos.

VICTOR

—Sí —respondió Tobey—. Es Anderson, el representante de Tom Morgan. —Poco me importa conocer quién era el abogado de los acusados, estaba cabreado. Sophia me había dicho que estaba meditando y desde entonces cambió al completo y mi intuición me indicaba que Blake tenía algo que ver.

No era un hombre de prejuicios, pero la historia que llevaba a sus

espaldas Blake no era fácil y no quería eso para mi hija, ya había sufrido mucho, solo deseaba verla feliz el resto de su vida.

Me pasé la mano por el pelo entendiendo por qué Frank Clifford había movido tantos hilos para que presenciara esta mediación, ahora comprendía el interés y me sentí un completo imbécil. Mis padres me lo habían aconsejado, pero la necesidad de encontrar culpables y que pagaran fuese como fuese me cegó.

Nunca me hubiera imaginado tener que descubrir de esta manera lo que Sophia evitaba contarme y que mis padres tenían conocimiento. Me habían traicionado, me sentía frustrado. El chico que se encontraba con Blake me pidió que lo acompañase y pasamos a la mediación.

Una hora después todo era como lo imaginaba, el caso se reabría y el juez aceptaría los nuevos testigos, así como unas pruebas que había encontrado Tobey, el joven que acompañaba a Blake y Chloe, sin embargo, ya no me importaba al confirmar mis sospechas en cuanto Blake dio una cantidad de argumentos para que Sophia no testificara.

Estaba colérico a que mi propia familia no confiara en mí para contarme lo que ocurría. Durante semanas me dediqué a encontrar pruebas y contactos para que se hiciera justicia. En cambio, Sophia me ocultaba su verdad; jamás creí que llegase a tanto y lo único que se me ocurría era que había sido persuadida por Blake.

El móvil comenzó a repicar, lo saqué del bolsillo de mi pantalón.

—Dime ¿qué tal ha ido? —me preguntó Frank. No iba a perder la oportunidad de saber qué ganaba en todo esto.

—Cómo predijiste—le respondí—. Y me ha tomado por sorpresa el cambio de abogado.

—Los letrados que trabajan en mi firma están cualificados para representar a cualquier otro compañero en casos excepcionales como este, en el que Jeremy está enfermo.

—Me gustaría saber qué ganarías en cuanto me diera cuenta de que el tipo que has enviado es el que sale con mi hija —le dije sin tapujos. Frank rio.

—Sabía que lo descubrirías enseguida, siempre he pensado que debiste seguir los pasos de tu padre, sabes negociar y encuentras la verdad de los hechos al minuto, pero ya que quieres saber la verdad, te diré que quería dar un pequeño escarmiento a mi pupilo.

—Hablas conmigo, no con los abogados que trabajan en tu bufete. —Clifford volvió a reír.

—Sabes que no soy de andar por las ramas. Cuando te digo que es para dar un escarmiento es porque lo necesita, algunos olvidan de dónde provienen y quieren creer que tienen oportunidades, ¿entiendes a qué me refiero?

—Es hora de que él vea la realidad. Hasta pronto. —Me giré para despedirme, pero Chloe estaba frente a mí mirándome fijamente.

—Es un placer volver a verte.

—Victor, si me permites ¿podría darte un consejo?

—En otro momento, voy con prisas —le respondí dándole la espalda. Conocían de sobra las andanzas de Chloe Clifford, por lo que no tenía tiempo para ella.

—Te daré un consejo, Blake Clark—le dije sin tapujos en cuanto estuve cerca de él—. Aléjate de mi hija en cuanto termine el juicio.

—Es ella quien lo decidirá—me respondió.

—Lo hará en cuanto sepa quién eres realmente.

—¿Y quién se supone que soy? ¿El chico que decidió salir adelante a base de esfuerzo y perseverancia? ¿Eso te molesta? ¿Cuándo te convertiste en un esnob? —Di otro paso hasta estar cara a cara.

—¡Aléjate de mi hija!—le advertí de nuevo—. Sé muy bien quién eres, tarde o temprano terminarás como tu padre. —Sin esperar su respuesta me alejé.

BLAKE

Maldije a esa sombra que me perseguía.

—Es hora de que nos sentemos a hablar —me pidió Chloe sujetándome la mano, pero me solté con brusquedad.

—Vosotros, los Clifford, habéis creado todo esto y os felicito, lograsteis lo que deseabais, destruir mi vida.

—Yo no tengo nada que ver, es lo que intentaba contarte, pero ya no importa, entiendo ahora por qué Frank se fijó en ti. En lo único que piensas es en sus propios intereses. —Se giró alejándose de mí.

Cerré los ojos apoyándome en la pared, maldiciendo una y otra vez mi suerte. No tenía ni idea de cuál sería el siguiente paso de Victor, pero había sido una bajeza de su parte compararme con mi padre, me había humillado y sabía que eso me cabrearía. Toda la vida había intentado ser transparente y mi único delito había sido dejarme llevar por la rabia, haciendo estupideces, no era el primero que lo hacía ni tampoco sería el último.

Doce años llevando esta carga, tratando de demostrar que no era como él y, a la primera de cambio, me lo echaban en cara; de nada había servido tanta lucha. Solté aire decidiendo salir del edificio. Lo que ocurriera a partir de ese instante debía aceptarlo siempre y cuando pudiera defenderme.

No me apetecía ver a Chloe, pero debía asistir a esa maldita reunión acordada después de la mediación. Rogué que fuese rápida para volver al aeropuerto y cambiar el billete de avión. Deseaba ver a

Sophia, no estaba seguro, pero quizás fuera la última vez y tenía la esperanza que no me juzgara a pesar de tener todo en contra. Abrí la puerta del coche y entré, encontrándome a Tobey.

—¿Dónde está Chloe?

—Decidió irse en taxi al hotel, pero me pidió que te diese esto. —Me entregó una nota doblada. Fruncí el ceño y la leí.

«Siento que seas parte de todo, intenté decírtelo».

Arrugué el papel y concluí que debía acabar con este maldito juego de una vez y para siempre, dándome igual si me costaba mi carrera.

—Tobey, quiero ir a ese hotel.

—Pero…

—Eres muy bueno y serás capaz de hacerlo en cuanto Jeremy te dé las directrices que necesitas. —Tobey parpadeó varias veces y se giró al frente dando las indicaciones al chófer. Chloe llevaba toda la mañana insistiendo que necesitaba hablar y le daría la oportunidad, simplemente para mandarla a la mierda.

¿En qué momento se me había escapado de las manos mi futuro? ¿Cuándo se ha vuelto todo en mi contra? Al llegar al hotel, me bajé con mi equipaje y me despidí de Tobey.

—Te aconsejo que no te dejes impresionar con tanta facilidad.

—Trabajar en Clifford & Asociados parece que no va conmigo—me respondió. Sonreí y anhelé que alguien me hubiera dado un consejo parecido. Le estreché la mano y me alejé.

Después de lograr que el recepcionista me diera el número de habitación de Chloe, subí de inmediato y toqué la puerta.

—Aquí estoy.

—Hubiera preferido otro lugar, pero me lo has puesto difícil—me respondió.

—¿Cómo quieres que confíe en ti cuando has intentado destrozarme la vida?

—Lo siento —dijo con pesar Chloe. Por primera vez desde que la conocía me di cuenta que no era una estratagema más, sus ojos la delataban por completo lo que yo había vivido una vez: estar perdido en este mundo.

Sin saber por qué, la abrazó, y Chloe lloró con desconsuelo. Decidí entrar a la habitación y averiguar qué demonios pasaba, cerré la puerta y esperé que se tranquilizara.

TOBEY

No sabía muy bien a qué venía todo esto, pero me importaba bien poco, así que decidí seguir las órdenes dada y después de hacer las fotos, las envié.

TOBEY:
Espero que le sirva, he cumplido
con lo que me ha pedido

CLIFFORD:
Buen trabajo, bienvenido a Clifford & Asociados.

59

SOPHIA

Volví a casa sintiéndome más segura a como había salido, le prometí a Steisy visitar a las futuras gimnastas y hablarles de mi experiencia. Me lancé a la cama, saqué el móvil del bolso encontrándome con varias llamadas perdidas de Blake, preferí no responderle, en cambio, llamé a la especialista que me había tratado pidiéndole información de centros de rehabilitación en la ciudad para los próximos meses.

Bajé de nuevo hasta el despacho de mi abuelo, abrí el portátil para hacer el traslado de universidad y una vez que recabé toda la información, sentí una paz absoluta. Cerré los ojos imaginando el futuro inmediato, el poder terminar la carrera. Mi intuición me indicaba que no podía seguir arriesgando la salud, aunque sí podía evitar futuras recaídas.

Me atreví a soñar por unos segundos con volteretas, serpentinas, saltos y lanzamientos; solté una risita cargada de ilusión y al abrir los ojos pensé en que debía contárselo a Blake comprendiendo también su actitud. Quería protegerme y debía hablar de ello; las próximas pruebas a las que debía enfrentarme debía hacerlo sola. Me levanté y tarareando la melodía que usaría en la exhibición a la vez que trataba de hacer algún que otro paso.

BLAKE

Regresé a Florida en el primer vuelo que pude encontrar. Lo que me había contado Chloe sobre sus orígenes era desolador. Sentí pena viendo reflejado parte de mi pasado, el engaño de mi padre, sin olvidar la frustración al enterarme de esa venganza por parte de Frank Clifford.

Sin defensa ante un Goliat como ese, sabía que la tenía todas perdidas y odiaba perder. Me aferraba a que los Baute no tuvieran conocimiento de ello, pero la duda estaba sembrada. Volví a casa, dejé la maleta y decidí arriesgar mi última oportunidad por lo que busqué el casco, la chaqueta y bajé para ir en moto hasta casa de los Baute.

Aparqué alejado y llamé por el móvil a Sophia, que siguió sin responderme, hice un segundo intento y sucedió lo mismo. Me llevé la mano a la cabeza y se me ocurrió la idea más absurda que jamás me había imaginado, aunque en lo referente a ella, siempre terminaba de hacer el papel de adolescente.

Sin hacer ruido salté la puerta trasera y ahora me quedaba lo más importante, ubicar cual era la ventana que daba a la habitación de Sophia. Recogí un par de piedrecillas del jardín, cerré los ojos recordando la ubicación de la casa y al abrirlos di unos cuantos pasos hasta llegar a varias ventanas. Había sido un iluso al creer que sería fácil. Tragué saliva y lo dejé al azar, ya no tenía más nada que perder, lo que podría pasar era que Eduardo se enfadara y me echara a patadas.

Lancé la primera piedrecilla sin resultado alguno, lancé tres más, una luz se encendió y una persona se acercó a la ventana.

SOPHIA

Al caer la noche tuve un mal presentimiento y lo achaqué a que mi mente siempre jugaba con mis sentimientos por lo que evité pensar en ello, pero fue en vano.

Intenté ver una película bastante patética con un único fin: que pensase en cualquier otra cosa menos en él. No sabía nada de Blake desde esa extraña llamada y me reprochaba por no llamarlo para saciar mis inquietudes.

Pero ese orgullo que salía de vez en cuando era el culpable de ello. Un ruido desde la ventana me hizo reaccionar, evité darle importancia antes de que las paranoias aparecieran, sin embargo, volví a escucharlo. Me levanté y supuse que tal vez llovía y eran las gotas que chocaban con el cristal y me llevé una enorme sorpresa en cuanto vi a Blake.

Mi corazón se aceleró, dudé qué hacer, de inmediato pensé en mis abuelos y salí de la habitación bajando con cuidado las escaleras hasta abrir la puerta de la terraza.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté sin susurrar.

—¿Por qué demonios no coges mis llamadas? —me reprochó Blake entre susurros evitando responderme.

—Mi móvil ha muerto por batería descargada.—Fruncí el ceño pensando por qué le daba explicaciones cuando era él quién tenía que aclararme muchas cosas—. ¿Puedes decirme qué haces aquí?

—Quería verte.

—Podías haberte esperado hasta mañana.

—¡Joder, Sophia! Llegué hace una hora y media, y no quise esperar más —me dijo acercándose. Mi corazón se aceleró, a punto de ceder, pero no podía ser tan blandengue. Era hora de que sintiera un poco de pesar al igual que lo había vivido durante el día—. Sé que te debo muchas explicaciones, pero, por favor, no me rechaces.

—Explicaciones… Supongo que lo dirás por los vecinos si te han visto entrar como lo has hecho.

—Les explicaría que venía a ver a mi chica como cuando ellos eran jóvenes y salían a hurtadillas a sus encuentros furtivos. —Me tapé la boca para no reír a semejante respuesta. Di un par de pasos y Blake me recibió con un abrazo, subiendo la mano a mi rostro para acariciarlo con ternura hasta besarme.

—Dudo el poder dejarte ir.

—No quiero irme —me respondió.

—Si no entráis creo que los vecinos van a echarnos la bronca —aconsejó mi abuela desde la entrada de la terraza. Lo último que imaginaban era que nos pillaría infraganti.

BLAKE

Nunca se me había pasado por la cabeza entrar a hurtadillas en una casa para poder liarme con alguna chica con las que había salido. Mi único cometido era lograr una beca y llegar a lo más alto, pero supuse que para Sophia también era una de esas primeras veces. Sus entrenamientos y competiciones la mantenían con un horario estricto, evitando todo tipo de distracciones.

—Fingiré que no he visto nada—dijo Ángeles—. Lo que si os aconsejo es que los ruidos los dejéis para otra ocasión, no creo que Eduardo lo permita.

Después de que nos dejó a solas sonreímos ante un momento bizarro. Sophia me tendió la mano y juntos entramos a la casa sin hacer mucho ruido, pero la primera en dar el paso en besarme fue ella y no pude contenerme y en cuanto cerré la puerta de la habitación olvidé el consejo de Ángeles.

Nos quitamos la ropa con rapidez, Sophia acarició mi torso, mirándome a los ojos, besándome de nuevo con dulzura hasta que me empujó para caer en su cama. Me desabrochó el botón y me quitó el vaquero para sentarse ahorcajadas y volverme a besar con lentitud hasta que la giré del todo bajando por sus pechos y estómago. De nuevo me demostraba que su entrega era sincera e inocente, mientras yo era un miserable y egoísta que le ocultaba todo lo que sabía.

Chloe tenía razón, me había convertido en el hombre que deseaba Frank Clifford. Me detuve y me alejé para admirarla, acariciando su rostro, quería recordar cada gesto, forma e imperfección para que jamás se borrara de mi mente.

—Blake, ¿me contarás qué sucede? —me preguntó preocupada.

Deseaba hacerlo y, a la vez, tenía miedo de perderla. No, no podía contarle la verdad, prefería amarla y tener ese recuerdo para siempre. Volví a besarla, primero en la cabeza, bajando por sus mejillas y cuello, llevándola a perderse entre murmullos de gemidos para enterrarme dentro de ella como había estado deseando.

SOPHIA

Me desperté de nuevo sola, después de asearme bajé con la esperanza de encontrarlo hablando con mis abuelos, pero tampoco sucedió. Desayuné lo que pude. Los nervios se aglomeraban en la boca de mi estómago con un sentimiento de inquietud que no me gustaba.

Decidí dar un paseo y en el camino me mordía el labio, evitando que las lágrimas saltaran. Al volver me llevé una amarga sorpresa en cuanto escuché la voz de mi padre discutir bastante alto.

—Papá, mamá, ¿qué hacéis aquí?

—¿No puedo darle una sorpresa a mi hija? —me preguntó con cierta ironía. Observé a mi abuela afligida y mi abuelo prefirió darme la espalda.

—Por supuesto —le respondí aún sin comprender qué sucedía.

—¡Hola tesoro!—me saludó mi madre—. Estar en Florida te ha sentado tan bien. —Mi padre bufó, algo no iba bien, pero opté a que me lo dijese después de abrazarlo y darle un beso.

—A decir verdad, es una sorpresa veros aquí, que no sé qué decir.

—No sabía que dar sorpresas a los hijos no eran bien recibidas— soltó mi padre.

—Victor, por favor —rogó mi madre. La sensación de que algo malo iba a suceder se engrandecía mucho más. El ambiente era tenso entre todos, nunca había visto a mis abuelos ni a mi padre conteniéndose de la forma que lo hacían.

—¿Qué te parece si salimos un rato y os invito a todos a comer como la gran familia unida que somos? —No era una simple sugerencia, era más que evidente que era una orden.

Mi abuelo soltó un largo suspiro y, sin decir nada, salió del salón, pero mi abuela se acercó y me sujetó las manos.

—Ve a darte una ducha rápida para que disfrutes el día con tus padres —me aconsejó—. Lamento no poder ir, tengo miles de cosas por terminar antes de la exhibición.

—¿Como encubrir?

—Sí, como lo he hecho alguna vez contigo —le respondió mi abuela—. Mel, estáis en vuestra casa.

No entendía qué demonios ocurría, solo se me ocurría pensar que mi padre se había enterado de mi decisión de dejar la gimnasia. Siempre se había opuesto a ello y, por tanto, estaba enfadado con todos por no habérselo contado, incluso tenía la sospecha que iría a peor cuando se enterase de mi cambio de universidad.

—Papá, tengo algo que contarte.

—Soy todo oídos —me respondió.

—Hoy es el último ensayo general de la exhibición y, como sabes, he prometido ayudarlos. —Fijó su mirada en mí.

—¿A qué hora es?

—A las siete de la tarde.

—A esa hora estaremos libres y, como me imagino que has tenido tiempo suficiente para conocer la ciudad, dejaré que nos guíes.

—Gracias, papá, conozco un par lugares que os gustarán.

—Ya lo creo, siempre me sorprendes. —Volví a mirarlo sin saber cómo interpretar esa respuesta. Me limité a sonreír y subí a cambiarme.

ÁNGELES

Entré al despacho donde estaba mi marido tamborileando los dedos en la mesa. Desde un principio no estuvo de acuerdo con que Frank se hiciera cargo del caso, pero Victor había insistido tanto que decidí mantenerme al margen. Ahora veía que dos de las personas que más quería sufrirían en cualquier momento.

No sabía hasta qué punto Blake estaba pagando las consecuencias de no ceder a los deseos de otro, pero me dolía lo que pudiera sucederle. Comprendía por qué la noche anterior había aparecido y por qué se fue en el amanecer, todo tenía que ver con Frank y Victor.

—Dime que podrás detener a Frank.

—El domingo me llamó Chloe bastante afligida —me confesó—. Me era imposible creerlo y, tras meditarlo, comprendí que esto viene de hace tiempo. No es más que una venganza de Frank hacia el padre de Blake. Creí que había pasado página viéndolo en prisión, pero veo que no, tal vez, como solía decir en esos momentos, su apellido había quedado manchado a pesar de que lo ayudase a salir airoso.

»Lo que me duele de todo es descubrir que nuestra amistad siempre fue por un motivo en concreto y era poder llegar hasta Blake. Como si eso pudiera hacerle daño a su padre. Haré todo lo posible para que no suceda, creo que es hora de llamarlo para averiguar qué tanto sabe y es momento de que hables con Jhoanna, de pedirle que, por esta vez, te ayude. Tengo la intuición que hoy será el último día que veremos a Sophia.

Lo miré a los ojos y afirmé con la cabeza, evitando llorar. Los secretos siempre traían consecuencias.

SOPHIA

Recorrimos varios sitios de interés turístico, comimos cerca de la playa y al entrar a uno de los museos, recibí un mensaje de Blake.

BLAKE:
No tienes ni idea cómo has cambiado mi vida
y me has hecho recordar que todos merecemos ser felices.

Cada vez estaba más convencida que algo no marchaba bien y de que ese mensaje era el comienzo de ello, hice un esfuerzo para sonreír

en cuanto vi a mamá acercarse y miré el reloj contando las horas para el ensayo.

BLAKE

Acepté reunirme con Eduardo para contarle los verdaderos motivos de Frank Clifford. En ningún momento había imaginado que los casos se entrelazaban y lo odié con todas mis fuerzas. ¿Qué ganaba al hacerme su pupilo?, lo comprendí al instante, quería verme hundido.

Una consecuencia de los actos de mi padre. Había llegado la hora de contarle a mi madre lo que había ocurrido.

Nos levantamos para despedirnos, Eduardo me estrechó la mano, pero sin poder contenerme, lo abracé. Todo con lo que había soñado se me escapaba de las manos en segundos. Tanto esfuerzo para derribar cada obstáculo y allí estaba, sin salida.

—¡La vida es una mierda! —mascullé con gran decepción.

—No, no lo es —me respondió Eduardo—. Y tú más que nadie encontrarás la solución, como siempre lo has hecho.

61

«Aquel *que tiene un porqué para vivir se puede enfrentar a todos los "cómos". Friedrich Nietzsche».*

SOPHIA

A las seis y media de la tarde llegué a U.P.B. con mis padres. Los chicos me saludaron con cariño y familiaridad, seguí hasta los vestuarios para cambiarme por unas mallas y un top y así ir a bastidores a calentar.

Blake apareció y me dio un beso en la mejilla, me acarició el rostro y me abrazó.

—Después del ensayo hablaremos, te lo prometo.

—Está bien —le respondí. Nada marchaba bien desde esa llamada y ese sentimiento embargó mi corazón. Elena me llamó para preguntarme sobre unas telas del vestuario y desde allí observé a un Blake triste, con la mirada perdida, lo que me llevó a preocuparme mucho más.

BLAKE

Después de meditarlo decidí que nadie, ni siquiera Frank Clifford, me humillaría. Asesorado por Eduardo regresé al bufete Clifford & Asociados dejando la renuncia definitiva.

También me recomendó presentarme para fiscal en otro estado, ese último consejo debía meditarlo con mesura después de hablar con mi madre y hermana. No quería huir y seguir dejando problemas sin resolver. Si tenía que empezar de cero lo haría con la cabeza alta. Llegué a los bastidores donde vi a Sophia sonriendo y hablando con Kelly.

Sería duro alejarse de ella, sería duro que la decisión que tomara fuera regresar a Durham llevándose mi corazón. Me acerqué a ella para saludarla y besarle la cabeza, manteniéndome unos segundos más de la cuenta para no olvidar su fragancia tan peculiar a fresas, bosques y dulces. Elena la llamó después de decirle que hablaríamos, no sé si hice lo correcto, sobre todo, cuando el rostro de Sophia cambió.

CHLOE

A las siete menos diez, aparqué frente a la asociación debatiéndome en seguir o no adelante. Una hora antes, me había enfrentado a Frank Clifford, conociendo la verdad de mis orígenes.

Había sido el producto de un juego de seducción.

No conforme con destrozarme la vida, aprovechó para decirme que mi desafío tenía consecuencias y, entre ellas, sería sacarme fuera del país hasta que aprendiera de qué lado debía estar mientras me contaba su empeño con Blake, su sed de verlo hundido.

—Al enemigo siempre es mejor tenerlo cerca—me aclaró Frank. Asqueada a todo lo que me rodeaba le di la espalda para marcharme, no sin antes escucharlo por última vez—. Mañana estarás volando a Europa, no porque yo quiera, sino porque te sentirás culpable de lo que sucederá.

Esas palabras me taladraban el cerebro. Tenía que llamar a Blake y advertirle de cualquier treta de Frank Clifford; lo intenté un par de veces saltando el contestador. Estaba completamente segura que él haría todo lo que fuera para que Sophia no sufriera y eso me carcomía por dentro, ya que nadie se preocupaba de esa manera por mí.

La odiaba, por su culpa mi vida jamás volvería a ser la misma, pero no podía dejar que Frank siguiera haciendo daño a su antojo o por mero escarmiento, creyéndose tener el poder de juzgar y señalar como si fuese un dios.

Apagué el motor y me bajé con la esperanza de haber llegado a tiempo.

SOPHIA

Miré el reloj y era las siete menos cinco, escuché al del sonido dar la orden para comenzar el ensayo. Recordé las competiciones y de nuevo la adrenalina corrió por mis venas. Decidí apagar el móvil y, antes de hacerlo, la señal de un mensaje apareció. El número que figuraba lo desconocía, a punto de borrarlo me intrigó, por lo que abrí.

DESCONOCIDO:
La verdad siempre puede ser
cruel al final.

Abrí la primera imagen tratando de pensar que era producto de mi imaginación, pero no lo era. La segunda imagen era el mismo lugar y las mismas personas y la tercera imagen terminaba en la entrada a la habitación. Miré a Blake, que se acercaba deteniéndose abruptamente.

—La verdad siempre puede ser cruel al final—mascullé estrellándole el teléfono en el pecho, y me alejé de él que giró el móvil de inmediato

—¡Maldita sea! —gritó mientras seguía andando hasta la salida, pero me detuvo en la puerta de entrada donde nos tropezamos con

Chloe.

—Y ahora viene la parte en la que me decís que todo era un maldito juego por vuestra parte— me apresuré a decir girándome a uno y al otro.

—¡¿Qué?! —gritó Blake—. ¿Crees que soy capaz de eso? Estas fotos no demuestran nada, solo que algún miserable quiere separarnos.

—Si es como dices, tienes diez segundos para contarme la verdad. — Blake se pasó la mano por el pelo mirando a Chloe, que se mantenía en silencio. Vi que no tenía cómo defenderme, sentí un dolor aún más fuerte que el que había sentido cuando supe que Kenneth había fallecido—. He confiado en ti, he creído en ti, pero solo me has usado, me has mentido todo este tiempo.

—Sophia, él dice la verdad —me dijo Chloe.

—¿Y cuál es la verdad? —le pregunté quitándole el móvil a Blake de la mano para dárselo a Chloe—. Dime que no eres tú.

Chloe abrió la imagen y cerró los ojos, se pasó la lengua por los labios y me miró a la cara.

—Estoy pasando un momento muy difícil y ayer me estaba ayudando, apoyándome en cuanto vio mi estado.

—¿Ayer? —Me giré a Blake—. Ahora comprendo esa llamada y que te aparecieras en la noche con esa urgencia, era solo remordimiento de conciencia. Me habéis engañado todo este tiempo. He creído en ti, Blake—le reproché—. Por una vez dime la verdad, te lo ruego ¿te has acostado con ella?

—Te ha dicho la verdad y creo que no es el mejor momento para responder.

—¡Lo habéis hecho!

—¿Crees que te engañé?—me preguntó Blake—. ¿Me crees capaz de eso?

—¡Ya no sé ni en lo que creer!—exclamé desolada.

—¿Y qué importa si nos acostamos? Es soltero y puede hacer lo que le dé la gana, ¿es lo que realmente quieres escuchar?, comienzo a preguntarme, pero, para mí desgracia, no fue así. Lo intenté varias veces y el muy idiota solo ha tenido ojos para ti desde que te conoció y Dios sabe cómo maldigo ese día, aunque si prefieres seguir creyendo en esas fotos, adelante, hazlo, al menos me dejas el camino libre. —Se giró a Blake y le dio el móvil—. Te lo advertí, él haría lo que fuese para hacerte daño.

Sin entender nada de lo que ocurría miré de nuevo a Blake, había tantas lagunas en esto que me hacían dudar y dudar de seguir a su lado o no.

Necesitaba seguridad, no temor y, sobre todo, esa confianza que tanto me prometió.

—Apareciste en mi vida en la peor época—le dije—. No es la primera vez que me humillan con crueldad y no sé cómo se puede amar a una persona cuando ni siquiera confía en ti. Creí que te conocía y me he equivocado. —Blake intentó acercarse, pero me alejé con las lágrimas en los ojos.

—Desde la primera vez que te ofrecí mi ayuda fui sincero—me dijo Blake—. Lo que siento por ti jamás lo había sentido. Esa noche que me pediste ayuda y nos sentamos uno al lado del otro encontré la paz que tanto necesitaba. Desde esa vez no pude olvidarte, he tenido que luchar con todos, incluso con mis demonios, porque me enamoré de ti y ahora ¿creerás en unas puñeteras fotos que se hicieron con un solo propósito?

—¿Propósito?—le pregunté—. ¿Y quién quiere hacerme daño? ¿No es suficiente con lo que he vivido? Mi prometido agonizó a mi lado y muriendo con él todos nuestros sueños, mi vida cambió esa noche.

—¡Kenneth, Kenneth, Kenneth! —exclamó Blake—. De alguna forma termina interponiéndose, he llegado a pensar que me comparas con él y lo siento por no ser el perfecto Kenneth. Estoy tan harto de luchar con un fantasma que ya no tengo fuerzas.—Abrí los ojos sorprendida al resquemor que sentía hacia él—. Y lo que más me frustra es que lo volvería a hacer por ti.

—¡Te dije que te alejaras de ella! —le gritó mi padre. Desconcertándome aún más de lo que ocurría.

—Creo que Sophia es capaz de defenderse sola—le respondió Blake—. Es una mujer fuerte, a pesar de que creas lo contrario.

—Te recuerdo que es mi hija y no permitiré que le hagas más daño con tus mentiras.

—¿Mentiras? Yo no le he mentido. ¿Por qué no le cuentas la verdad?—le preguntó Blake a mi padre.

¿Verdad? ¿De qué verdad estaba hablando Blake?

—Todo tiene su momento—le respondió papá encarándole.

—¡Que hipócrita eres!—le reprochó. Mi respiración comenzaba acelerarse sintiendo que esto no podría soportarlo—. Al final no soy yo quien me parezco a mi padre. —Y sin verlo llegar mi padre le dio un puñetazo que lo hizo tambalear. ¿Por qué se enfrentan así? Blake se frotó la mandíbula sin dejar de mirarlo. Deseé acercarme a él, pero ambos conocían la respuesta que deseaba conocer—. Con esto me has dado la razón— Blake siguió provocándolo—. Cuéntale por qué Chloe tuvo que ser amigable con ella cuando tu única intención era reabrir el caso.

—¡Eres un hijo de puta! —vociferó papá abalanzándose sobre Blake. Jackson y mi abuelo se adelantaron para sujetarlo y evitar que la situación empeorara.

¿De qué rayos hablaba Blake? ¿De qué caso? Solo entonces recordé que nunca había testificado, así como tampoco me habían permitido despedirme de Kenneth, me llevé las manos a la cabeza cerrando los ojos negando con la cabeza.

—Me importa una mierda lo que pienses. Tu única preocupación ha sido que Sophia volviera a las competiciones, ignorando lo que ella deseaba. ¿Alguna vez te sentaste a su lado y se lo preguntaste? ¿Alguna vez te enfrentaste a sus miedos y te atreviste a luchar junto a ella? ¿Alguna vez la consolaste de verdad?

Papá se había empecinado en que me recuperara para que volviese a los entrenamientos. Según él, la mejor manera para seguir adelante sería retomar la vida que había pausado, así como también la gran deuda que tenían con los Hicks. Lo miré entendiendo que tenía razón Blake. Nunca se había preocupado por pensar el infierno que yo vivía dentro de mí.

—Ya no tiene importancia lo que creas de mí—me dijo Blake con tristeza. Mis ojos se llenaron de lágrimas que deseaban saltar ante la decepción que se abría paso con lo que estaba enterándome—. El único error que he cometido ha sido aceptar la imposición de tu familia, el ocultarte que querían reabrir el caso.

»Decidí apartarme, Dios sabe que lo intenté, pero el día que apareciste en mi vida con esos ojos almendrados pidiéndome a gritos salir de ese sitio oscuro en el que te encontrabas y no lo dudé en ir a por todas.

»Cada uno de los momentos que hemos vivido han sido verdaderos, de los que jamás olvidaré. Te prometí que encontraría la forma de que aprendieras a vivir y te confieso que me prometí a mí mismo encontrar las mil formas de aprender a amar y yo las encontré gracias a ti.

Blake se dio la vuelta y se alejó de mí.

62

«Hay dos maneras de vivir su vida:
una como si nada es un milagro,
la otra es como si todo es un milagro.
Albert Einstein».

SOPHIA

Lo vi cruzar la puerta y desaparecer. No había tenido esta presión en mi pecho desde que había vuelto del hospital. Me llevé la mano al corazón, tratando de respirar con profundidad y no pude. Mamá se acercó a mí.

—¡Aléjate de mí! —le pedí aun sabiendo que a mamá le dolería mi rechazo. Observé a mi alrededor, deseaba salir de aquí cuanto antes, pero necesitaba a una persona para hacerlo y fijé los ojos en Jhoanna.

Ella se sorprendió, abriendo los ojos. De todas las personas que había presenciado ese incidente, le pedía ayuda a aquella que me había menospreciado, pero enseguida comprendió por qué la había escogido. Estaba harta de que me trataran con cautela y Jhoanna no lo había hecho.

Sin dudarlo, se acercó pasándome el brazo por los hombros, y me ayudó a salir de ahí. No tenía ni idea a dónde me llevaría, encendió el motor del coche y le agradecí en silencio por sacarme de ese infierno.

EDUARDO

Vi a Ángeles limpiarse las lágrimas que corrían por su rostro. Le pidió a Elena que se encargara del ensayo mientras esperábamos con paciencia que todos se fueran, para luego mirar largamente a Victor.

—Es vuestra culpa —nos reprochó. Era hora de tomar el control de este desastre.

—Te voy a pedir que no vuelvas a culparnos de las decisiones que han tomado otros. Cada hombre sigue la dirección que quiere y eso va contigo, hijo. En el tiempo que estuviste bajo mi techo te inculqué valores que dejaste en el camino. Hoy me lo has demostrado con tu vergonzoso comportamiento. Sophia, tu hija, mi nieta, es la que ha decidido lo que quería en su vida, y llegar a comparar a Blake con su padre es de cobardes; has caído muy bajo, Victor Baute.

»Te advertí desde el primer momento que no era buena idea, pero querías pasar por encima de todo tu voluntad y no te importó a quién podrías llevarte por delante, en este caso, a Sophia.

—Esa familia se merece tener la justicia de su parte—me respondió. Una respuesta que no era suficiente para el desastre que

había provocado.

—La forma en que lo has manejado, ha sido la peor, te di mi consejo e hiciste oídos sordos. Hemos aceptado cada una de tus imposiciones y aquí estamos, viendo las secuelas, no solo es una persona a la que has hecho daño, son tres.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Victor.

—A Frank lo consideré como uno de mis grandes amigos, pero solo buscaba saldar lo que creía que era una vieja deuda y encontró la oportunidad perfecta cuando le pediste ayuda. Su única intención era que Blake estuvieran en lo más lo alto y verlo caer.

»Con lo que no contaba era con que él se prendara de Sophia, decidiendo sacrificar todo por ella, y tú le seguiste el juego. Ese pobre chico lo único que ha hecho desde hace años es luchar contra el mundo, y tú también lo juzgaste sin razón alguna. Si estaban predestinados a conocerse, ¿quiénes éramos tu madre y yo para meternos?

»Yo comprendí muy bien la carga que llevaban a sus espaldas, ya que los dos habían perdido la esperanza de muchas cosas. Sophia lo aceptó, quizá porque reencontró en él esa esencia que tanto ansiaba volver a tener. Y tú, Victor, se la arrebataste. —Lo miré unos segundos hasta suspirar en alto para darle la espalda rumbo a la salida.

—¿A dónde vas? —me preguntó.

—A tratar de salvar a ese chico.

—¿Me estás diciendo que él es más importante que saber si Sophia nos vuelva a perdonar? —Me detuve y me giré a mi hijo.

—Sophia tiene la capacidad de perdonarnos, sin embargo, ¿estarás dispuesto a ver el resto de tu vida la tristeza en sus ojos?

Me giré de nuevo y salí de la asociación.

VICTOR

Me pasé la mano por la cabeza. Seguía sin comprender por qué uno de los grandes amigos de mi padre había actuado de esa forma. Me dirigí a la oficina en la que suponía que estaba mi madre, apenas conocía el lugar, sujeté el pomo para girarlo y, solo en ese entonces, lo comprendí.

Pegué la cabeza en la puerta de la oficina arrepintiéndome de lo que había hecho. La puerta se abrió, para encontrarme de frente con Mel.

—Creí que era la mejor forma de ayudar a Sophia—les confesé.

—Te creemos —me dijo mi madre—. Está en buenas manos. No es momento de arrepentimientos, sino de encontrar soluciones. —Mel afianzó mi mano y la puerta se cerró.

63

SOPHIA

Jhoanna metió la llave en la cerradura y abrió la puerta de su piso, un lugar bastante pequeño y sencillo. La envidié, tenía un lugar para llorar sus penas y estar con la soledad sin que nadie estuviera al pendiente de ella.

—No es a lo que debes estar acostumbrada —me dijo.

—No soy Marian, no critico ni juzgo a la gente—le aclaré.

—A decir verdad, sí que lo has hecho—me confesó. Me senté en el sofá, desalentada, dejando que mis lágrimas salieran de nuevo.

—Nunca había conocido una persona como Blake —le confesé.

—Sé de qué hablas —me respondió Jhoanna, sentándose a mi lado—. Está muy bueno, baila como los dioses y te atrapa con esa sonrisa de lado —añadió medio en broma, sonreí con tristeza—. Lo que más admiro es su perseverancia hasta cumplir sus propósitos. Tal vez por eso me aferré a que algún día daría el paso y me dejé llevar por su actitud entusiasta y arrolladora.

—No sé qué decir en estos momentos.

—Es imposible negar que te envidio—me respondió—. Los celos son muy malos consejeros, te hacen comportarte como una zorra. Eso que contó sobre la primera vez que os topasteis jamás lo compartí a su lado. Aseguraría que más de uno no le hubiese dado la importancia que Blake le dio; si es cierto que encontró junto a ti la paz que tanto necesitaba, entonces nadie podrá competir con eso.

—¿Qué quieres decir?

—Blake es un hombre atormentado. Desde que lo conozco se ha esforzado enormemente por demostrar honestidad mientras se fustigaba por los errores que había cometido antes.

—Nadie es honesto en este mundo— le respondí—. En algún instante mentimos u omitimos por el bien de otros. —La observé unos segundos y me atreví a preguntarle—. ¿Por qué volviste a la asociación, Jhoanna?

—Ángeles me llamó y me pidió que asumiera mi responsabilidad. Si lo hacía, se encargaría de ayudarme a entrar como instructora en una de las mejores academias de baile. Pensé que tenías uno de tus ataques melodramáticos y te pido perdón, no tenía ni idea que había fallecido alguien a quien querías.

—No tienes por qué hacerlo, no lo sabías.

—Soy consciente de que no seremos amigas—me dijo—. Me duele que Blake te quiera y esté enamorado de ti, pero he entendido por qué

tenía que estar allí. Debo darte las gracias por confiar en mí a pesar de lo que te hice.

—Eres la única que no me ha tratado con condescendencia. —Jhoanna suspiró en alto.

—Nunca había visto a Blake tan dado.—Volvió a confesarme—. Has logrado lo que muchas veces intenté hacer y me entristece que no suceda de nuevo.

—No me culpes, por favor—le pedí.

—No lo hago, solo intento entender qué sucedió. No creo que Blake te engañase con Chloe; ella siempre estuvo detrás de él, he de reconocer que muchas veces le siguió el juego, posiblemente por su afán de demostrar que él podía llegar a tener éxito.

—¿Sabes por qué estaba tan obsesionado con ello?

—Tiene que ver con su padre, nunca me contó y tampoco lo forcé. Prepararé un poco de té—anunció Jhoanna levantándose hasta la cocina.

No era la primera vez que escuchaba acerca de honestidad y principios, incluso Blake se lo había reprochado a papá.

Esa primera vez que me tendió la mano no hubo necesidad de hablar. Estar a su lado y mirar el horizonte habían sido suficientes para establecer una conexión entre nosotros. Él se había marcado el propósito de que descubriera inolvidables detalles si me aferraba a la vida y no se había cansado en demostrárselo.

Papá, me costará perdonarte este daño que me has hecho. Todo ese tiempo me había tratado como si fuera una mujer débil. Me limpié una lágrima que se me escapó. Era hora de saber la verdad para poder decidir. Mi mente y corazón volvían a tener esa lucha interna y lo que más deseaba era correr al lado de Blake, sin embargo, él me dio a entender que se daba por vencido por lo que dudé que lo volviera a ver.

64

«Si hay una piedra en el camino rodéala,
sáltala, haz un puente por encima,
pero siempre pasa la piedra y se fuerte.
Anónimo».

EDUARDO

Encontré a Blake sentado en un banco. El sentimiento de culpa lo atormentaba y supuse que estaba viviendo los daños colaterales de un asunto del que era inocente.

Aún recordaba cuando había aparecido en mi oficina años antes, asustado, entregándome un sobre con la fotografía de él, su madre y Jenny junto a un trozo de papel con una evidente amenaza.

Perdido y dolido ante el abandono de su padre. Su misma inocencia le hizo creer que tenía que ver con esos chicos con los que estaba comenzando a andar. En cuanto observé las pruebas, traté de calmarlo, pidiéndole que me relatara despacio y con detalle todo lo ocurrido.

Minutos después hice varias llamadas, cobijé su mano y le prometí que lo protegería, sin embargo, Blake me rogó que no le dijera nada a su madre y me di cuenta en ese instante que llevaría una carga pesada en solidario.

Tenía una gran disyuntiva cuando supe lo que sucedía. Blake era menor de edad, no podía testificar, por lo que no tuve más remedio que contarle parte de la verdad. Jamás he podido olvidar el dolor y rencor que transmitieron sus ojos.

Lo persuadí para, con una invitación, pasar ese fin de semana fuera de la ciudad intentando que me viera como su amigo prometiéndole que le contaría cada detalle del caso con el único fin de encontrar algún vacío legal en el que no involucrara a la familia directamente y que Alice no se enterara de lo que estaba ocurriendo, a pesar de que tiempo después fuese llamada a declarar sin entender nunca el motivo real.

Para mí era vital que todo transcurriera con discreción, conocía el diagnóstico de Alice y esos chicos necesitaban que su madre se recuperara y no perder otro pilar. Decidí contárselo a Ángeles y aceptó ayudarlos con el mayor de los regalos: un viaje a un parque temático durante cinco días, la mejor distracción para todos.

Recuerdo que me sumergí entre artículos legales para ayudarlos, los meses pasaron y, gracias a mis contactos en el mundo detectivesco, localicé a Colton Clark con un extenso historial, todo un artista de la estafa, suplantación de identidad e intimidación y que, en ese momento, era sospechoso de colaborar en negocios turbios con ese

cartel bajo el cual Frank había estado amenazado por denunciarlo a fiscalía.

Sin embargo, fue descartado por la justicia al no tener suficientes pruebas contra él. Mi error lo cometí el día que le conté a Frank Clifford lo ocurrido y, hasta el instante en que Chloe me había llamado, no comprendí qué nexo tenían Colton y él. Recordé que Frank me confesó que estaba siendo chantajeado y, gracias a la información de un confidente, pudo detenerlo.

Todo apuntaba a que el chantajista era Colton Clark. Quizá Colton fue contratado para encontrar los trapos sucios de Frank Clifford, descubriendo su *affair* con Carol, la esposa de su hijo.

Solo unos cuantos conocían el paradero de Colton y en lo que estaba involucrado y pocos podían lograr que lo detuvieran por estafa. Aún recuerdo a ese Blake adolescente volver cada semana al despacho pidiendo que le contase, por lo que no tuve más remedio que explicárselo con detalle y, ese día, el adolescente desapareció.

Con una madurez que me sorprendió me dijo: «algún día seré como usted». Me estrechó la mano y salió desolado. Recurrí a Ángeles de nuevo y juntos intentamos que los Clark se trasladaran de estado y comenzaran una nueva vida.

El día de la despedida me senté al lado de Blake en silencio, esperando que diera el primer paso.

«Le prometo que no me meteré en más líos—me dijo—. Le dije que sería como usted y ese será mi meta de ahora en adelante. Admiré a mi padre, quería ser como él, pero me equivocaba. Ahora quiero demostrar que jamás seré como la basura que se convirtió».

Por esa promesa no iba a dejarlo solo. Me sentía avergonzado de que mi propio hijo hubiera usado algo tan doloroso y que pocas personas conocían.

Me senté a su lado, esta vez no iba a esperar como ese a día que diera el paso para descargar todo ese dolor que le removía por dentro.

—En nombre de mi mujer, de Mel, de Sophia y del mío propio, quiero pedirte disculpas por la actitud de Victor —le dije mirando al mar. Blake respiró con profundidad y negó con la cabeza.

—No tenéis la culpa, nunca podré librarme de esa maldita carga.

—Eres libre, hijo —le aseguré—. Desde el primer momento en que aceptaste ser abogado laboral diste a entender tu deseo de ayudar a los demás en situaciones, muchas veces, injustas.

—Siento que no ha servido de nada y lo único que me queda es contarles la verdad a mis chicas y aceptar el consejo que me diste.

—Si quieres seguir mis pasos, lo mejor será que comiences de cero.

—Ese es el problema, estoy cansado de comenzar una y otra vez.

—Blake, cada día es un comienzo, eso se lo dijiste a Sophia.

—Cada minuto recuerdo todo lo que le dije e hicimos. Nunca podré olvidarla.

—Hijo, no eres hombre de darse por vencido tan fácilmente. Os sobra el tiempo, sois jóvenes y el perdón existe. —Escuchamos la melodía de un móvil, nos giramos viendo a Jenny de pie junto al bolso deportivo de su hermano. Intuí que había escuchado parte de la conversación y me levanté dándole palmaditas en el hombro a Blake a modo de despedida.

—Cuenta conmigo para cualquier cosa y no te preocupes por Frank, creo que es hora de tener una larga conversación con él. Prométeme que lo olvidarás, si quieres avanzar debes comenzar a dejar el pasado atrás. —Me alejé, saludé con un abrazo a Jenny y seguí mi camino dispuesto a resolver todo este asunto doloroso.

JENNY

Como siempre, había llegado tarde. Corrí a cambiarme y, al salir, me encontré con un barullo que me llevó a ser espectadora, tratando de entender qué había sucedido. Me negaba a creer que mi hermano hiciera semejante crueldad a Sophia.

Estaba confundida, en cuanto él había hecho referencia a nuestro padre. Apenas hablábamos de ello, pero el dolor en sus palabras me angustió.

Decidí entrar al baño, avergonzada por lo que estaba ocurriendo. Esperé paciente, rogando que a nadie se le antojara entrar y echarme en cara toda esa lamentable situación hasta que escuché a Elena por micrófono pedir comenzar el ensayo por lo que salí en busca de Blake y lo que menos me imaginé, sucedió. Que saliera a la palestra mi padre de nuevo en otra discusión entre Eduardo y un hombre que se le parecía.

Nada tenía sentido, me sentía tan perturbada que corrí hasta los vestuarios caminando de un lado al otro. Llamé a Blake y escuché su móvil en el casillero. Intenté recordar el código que usaba y saqué su bolso y sin importarme nada más salí con la única idea de encontrarlo. Caminé por la avenida y allí junto a Eduardo lo vi.

No quería interrumpirlos y me mantuve de pie a unos cuantos metros, pero la melodía del móvil anunciándome una llamada de Jackson me delató y lo maldije por ser tan imprudente.

Eduardo se levantó, despidiéndose de Blake para luego abrazarme. Respiré profundo, sintiendo un nudo en la garganta y dejé que mis pies me llevasen hasta él para sentarme a su lado.

—Te has dejado esto —le dije dándole el bolso—. Tendré que cobrarte por cuidar tus pertenencias. —Blake sonrió de lado, me pasó el brazo por el hombro y me atrajo a él.

—Tenemos que hablar, mamá, tú y yo.

—Sea lo que sea, estoy orgullosa de ti —le dije. Tenía la sensación de que después de esa conversación, mi vida cambiaría. Nos levantamos y juntos volvimos hasta el aparcamiento en donde subimos a su coche con rumbo a casa de mamá.

BLAKE

Todos tenemos conversaciones difíciles a lo largo de nuestras vidas, para mí esta era una de ellas. Le pedí a las dos que se sentaran en la mesa y les sugerí hacer té. Mi madre, preocupada, no preguntó, sino que siguió mi sugerencia.

Esperamos en silencio que la tetera avisara, mientras me levantaba hasta el frigorífico para sacar una cerveza y sentarme de nuevo. Una vez que estuvo lista la bebida, mamá se sirvió una taza y puso otra para Jenny. Las observé, encontrando las fuerzas para contarle el miedo que sentí, la preocupación, así como también, las noches en vela cuando encontré ese sobre. Los años posteriores mantuve esa misma sensación a pesar de habernos mudado de estado.

Siempre estaba vigilante y tratando de protegerlas de todo hasta que me gradué. Los meses posteriores decidí encararme a Colton Clark. Jamás olvidaría su cara en cuanto me vio. Ese día me había puesto mi mejor traje después de recorrer miles de kilómetros hasta la Penitenciaría de Nuevo México y, tras seis largos años, volví a verlo.

Ese encuentro, en vez de darme paz, me llenó de más rabia, más odio hacia él. Nos sentamos mirándonos el uno al otro, Colton Clark vestía un mono naranja, estaba desmejorado, no era el mismo hombre de cuerpo atlético que lo llevaba a parques naturales para disfrutar de ellos, pero lo que nunca olvidaría, eran sus palabras, se quedaron grabadas en mi memoria: «sabía que algún día seguirías mis pasos y terminarías ayudándome a salir de aquí».

Ese instante me juré que nunca sería como él y le dejé claro. «Lo que soy no es gracias a ti, lo que no quiero ser es alguien como tú. Por mi parte puedes pudrirte en el mismo infierno». Le di la espalda y no volví jamás y, a pesar de que pensé que me ayudaría a seguir viviendo, no fue así, volver a verlo me destrozó por dentro.

Jenny se levantó, abrazándome desde atrás.

—¡Eres mi héroe! Por unos segundos he deseado ir a esa prisión, verlo cara a cara y decirle que no me hizo falta en ningún momento de mi vida, aunque luego pienso que no serviría de nada. Te tengo a ti y a mamá y eso es suficiente para mí.

Miré a mamá que se limpió las lágrimas con el revés de su mano y me sujetó la mano.

—Sabía que no estaba en nada bueno —nos confesó—. Esos viajes

comenzaron a ser constantes y por un tiempo llegué a creer que tenía una amante, hasta que me llamaron para declarar en un caso sobre estafas del cual solo me hicieron un par de preguntas, pero siempre supe que la ayuda desmedida de los Baute tenía que ver con eso.

»Agradezco que decidieran ocultarlo. Me duele que no me contaras, Blake, sé que estuve en los momentos más bajos de mi vida, pero vosotros sois lo más importante que tengo y no iba a perderos por ningún motivo.

»Estoy orgullosa de ti desde que naciste, los errores que has cometido todos los cometemos. Acuérdate de que yo también viví una época muy oscura, solo te pido que limpies tu corazón de ese rencor y sigas adelante con Sophia que, sin querer, te ha ayudado a encontrar a ese chico adolescente que se quedó escondido dentro de ti.

Sonreí con tristeza, cerré los ojos, me sentía tan derrotado que ya no me importaba que supiesen lo que pasaría con ella a partir de ese instante.

—Sophia ya no volverá.

65

SOPHIA

Jhoanna me había dejado un rato a solas para que meditara. Pensé en lo que había sucedido, en el accidente, en las palabras de Blake, en lo que me hacía sentir, en lo que había vivido a su lado y en lo que tenía que hacer desde ese instante.

Sentía una profunda decepción por parte de todos, asumí que era mi culpa por haberme aferrado a quedarme en ese foso del que no deseaba salir. Quería volver a ver a Blake, pero no sabía si estaba dispuesto a perdonarme después de juzgarlo y acusarlo públicamente.

Me vino a la mente esos momentos que vivimos juntos y el corazón me indicó que siempre estarían allí, recordándome lo que logré vencer gracias a él.

Sobre la medianoche volví a casa de mis abuelos. Abrí la puerta encontrándolos a todos esperándome. Caminé hacia ellos en silencio y me abracé a mí misma para coger fuerza con el fin de anunciar lo que estaba dispuesta hacer desde ese momento.

—He tomado varias decisiones y os pido que las respetéis. La primera es que volveré a Durham, a un lugar que debí visitar hace unos meses: el cementerio, para despedirme de Kenneth.

»He visitado un especialista—proseguí fijando los ojos en papá—. Y ha sugerido operarme, lo haré solo después de un largo viaje que haré sola; necesito demostrarme que soy lo suficientemente capaz de salir adelante sin la ayuda de nadie y seguiré siendo parte de la gimnasia, pero ejerciendo otras funciones.

»Para ello debo terminar mi carrera, que será mi prioridad en cuanto regrese. —Los miré de nuevo a sabiendas que no gustaría lo que diría—. Y lo haré aquí, en Florida.

—Pero… —Mi madre no dejó que mi padre tratara de convencerme como solía hacer.

—Te apoyaremos en todo —me respondió con premura.

—¡Está bien! Todo es mi culpa, lo admito, solo quería lo mejor para ti.

—Te creo —le contesté—. Y por eso he tomado esas decisiones.

—¿Pero por qué no terminas la universidad en Carolina?

—Durham representa mi pasado, Florida representa el cambio. Ahora, si me permitís, iré a darme una ducha y a descansar. Buenas noches.

Me despedí subiendo las escaleras y entré a la habitación, conteniéndome ante los murmullos de mis padres y abuelos, que

discutían en la planta de abajo. Minutos después, el murmullo disminuyó y al escuchar puertas cerrarse decidí que era hora de entrar al baño, abrí el grifo y solo entonces lloré con desconsuelo dejando que el agua corriese por mi cuerpo.

Por mucho que quisiera ignorarlo era imposible. De nuevo estaba rota.

ÁNGELES

Al igual que el resto de la familia, escuchamos el sollozo. Sin poder soportarlo salí de la habitación encontrándome a Mel en la puerta sin atreverse a abrirla.

—Ve con Victor—le dije—. También te necesita, debe estar fustigándose. —Le sujeté la mano para darle ánimos—. Los tres necesitáis un descanso, necesitáis perdonaros.—Mel entró a la habitación en la que estaba Victor, respiré profundo, giré el pomo de la puerta y encontré a Sophia inclinada en el suelo de la ducha. Cerré el grifo y la ayudé a salir, envolviéndola en la toalla.

—Algo me dice que no has comido, así que primero te haré un emparedado y luego te desenredaré el pelo mientras te lo comes.

Sophia aceptó mi sugerencia y en la cocina, con rapidez, le hice un sándwich frío junto a un vaso de leche caliente.

Busqué en uno de los cajones un peine y, mientras mi nieta miraba al vacío dejando caer sus lágrimas, me centré en peinarla, deseando que no se rindiera.

Al terminar, opté por revisar la agenda del día siguiente sentándome a su lado. Sophia cogió el sándwich y lo mordió. Seguí observando la agenda, pensando en agradecer a los chicos que ayudaran ante la situación que se presentó en la asociación, como Jackson que se había ofrecido para hacer la última pieza junto a Jhoanna.

—Sé que algún día volveré a ser feliz —me dijo Sophia, cogiéndome desprevenida.

Podía decirle que no dudara de ello, pero era mejor que lo descubriera por sí misma. Estaba segura que lloraría ese día y tal vez los siguientes, pero luego saldría adelante con la lección aprendida, suspiró en alto y me miró logrando llamar mi atención.

—Y sé que volveré a tener otra oportunidad de amar.

66

«Una vez has elegido la opción de la esperanza,
cualquier cosa es posible.
Christopher Reeve».

BLAKE

Decidí aislarme durante unos días en un lugar lejos de todo para meditar y regresar con ideas y decisiones que tomar. Le pedí consejo a Eduardo, que no solo me motivó a seguir adelante, sino que me incentivó a que asesorara gratuitamente a personas de bajos recursos, eso me ayudaría a encontrar la posibilidad de volver a la universidad.

Siempre había querido formarme como sociólogo, por lo que logré inscribirme de forma *online* en la universidad, alternándolo con mis nuevos proyectos. Dediqué varias semanas a encontrar un pequeño local que me pudiera servir de oficina.

El primer mes no fue nada fácil, debía adaptarme a un horario distinto y a nuevos clientes, más modestos a los que estaba acostumbrado, pero conforme pasaban las semanas, el trabajo aumentó, ayudando de esa forma a pagar el alquiler a pesar de estar trabajando en casos que no eran de mi especialidad: divorcios, problemas de custodias, litigaciones de pequeñas empresas, denuncias entre vecinos… A medida que pasaban los meses y gracias a las recomendaciones, los clientes aumentaron, por lo que me centré de lleno en el trabajo y en los estudios dando lo mejor de mí.

Trabajaba de día y de noche estudiaba, y el poco tiempo que me quedaba, corría por la avenida intentando olvidarla, pero, por mucho que lo intentaba, no podía. Su sonrisa, sus ojos, su olor, su cuerpo, su pasión me perseguía.

Diciembre apareció junto a las brisas y lluvias del invierno de la península sureña, dándome a entender que el año terminaba y volverla a ver se hacía más lejano. Le pedí a Ángeles que me ayudara a encontrar una secretaria eficiente. Lo hizo, aunque un tanto especial para mi gusto, en todo caso, lo importante para mí era que tenía conocimiento de litigios y demandas.

La noche de fin de año, mientras otros festejaban, preferí sentarme frente al mar recordando la primera vez que tropecé con Sophia.

En febrero todo cambió. Una buena oportunidad apareció y me centré en estudiar un caso de despido improcedente por una mediana empresa que le aportaría un importante beneficio si lo ganaba. Escuché a mi asistente alzar la voz más de lo normal. Abrí la puerta,

desconcertado, y me encontré con Chloe Clifford.

Desde que había dejado la asociación no había vuelto a saber nada de ella, era como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra y, de repente, la tenía allí frente a mí.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunté.

—Me han hablado de un litigante que se independizó de Clifford & Asociados y que está dando muy buena impresión en los juzgados. —Sonreí a la manera como lo contaba. Barbara carraspeó para hacerse notar y ambos la miramos.

—¿Desea algo, señorita Clifford?

—Un perfecto capuchino no estaría mal—le pidió Chloe—, pero no vuelvas a llamarme señorita Clifford. —Bárbara frunció el ceño.

—Lo siento, pero la máquina de expreso solo sabe hacer un capuchino normal.

—Ese está bien —le respondió Chloe con su sonrisa habitual—. He bebido cosas peores. —Sonreí de lado pensando que seguía siendo la mujer caprichosa que había conocido. Bárbara alzó el mentón como si la respuesta de Chloe la hubiera ofendido y se dirigió al pequeño cuarto que se había convertido en *office*.

Invité a Chloe al despacho para tener más privacidad, aunque con Bárbara lo dudaba por lo que cerré la puerta.

—Me alegra verte, Blake —me dijo Chloe con sinceridad.

—Yo también, Chloe—le respondí con honestidad—. Aunque no lo creas, de hecho, te veo con mejor aspecto.

—Lo estoy. Creo que os debo una enorme disculpa a ti y a Eduardo por no estar cuando Frank manipuló un poco los medios.

—No te preocupes, no hizo falta usar la fuerza bruta—le respondí quitándole hierro al asunto—. Eduardo ha tenido una carrera intachable y a las dos semanas pasó a la historia todo lo que se cuestionó, así como también esa amistad que Frank mandó al cuerno.

—Frank Clifford no es amigo de nadie—me respondió—. Tal vez su centro de atención recayó en mí —añadió mirándome con una sonrisa de lado y mordiéndose el labio; nunca dejaría de coquetear conmigo—. Necesitaba vengarme y decidí ser un poco escandalosa.

Había estado tan enfrascado en sacar adelante mi trabajo que apenas tenía tiempo para ver la televisión.

—¡Y vaya que lo fue! —exclamó Bárbara, que entraba con el capuchino—. ¡Sin precedentes! Salió en todas las revistas.—Chloe y yo la observamos sorprendidos, mi asistente volteó los ojos—. Se casó con un multimillonario ruso y demandó a su abuelo-padre por daños morales y posibles futuros problemas psicológicos.

—¿Y yo por qué no me he enterado de nada? —le pregunté sorprendido. Chloe rio.

—Señor Clark, siempre está metido entre papeles o estudiando —

añadió Bárbara a modo de reproche.

—Gracias por la información —le hice saber para que comprendiera que se pasaba de la raya—. Si no te importa, te agradecería que nos dejaras a solas y adelantaras parte de la información que necesito del caso Fraser contra la empresa Smart Computer[22]—Volvió a levantar el mentón y salió del despacho, ofendida.

—¿De dónde has sacado a esa mujer? —me preguntó riéndose Chloe.

—No querrás saberlo—le respondí sonriendo—, pero dime que lo que acaba de decir no es cierto. —Chloe levantó la mano y vi una alianza que asumí que era bastante costosa—. ¡Vaya!

—Reconozco que hubiera aceptado la oferta que Frank me dio, pero la necesidad de que su buen nombre tambaleara me hizo dar el paso. Tenía todas las de perder hasta que conocí a mi marido en una de esas reuniones a las que mi madre continuamente asiste. Sí, hui como una cobarde a París —me dijo avergonzada—. Con él, mi marido, todo fue muy rápido, no creía en eso del flechazo, pero me equivoqué de nuevo. Es distinto a todo lo que creía que podía encontrar en un hombre y ha sido mi apoyo para darle un escarmiento a Frank, demostrarle que no tiene poder sobre todos.

»Nadie apuesta por nosotros. Desde entonces no dejan de publicar que es mi mayor locura, pero es la locura que me ha hecho más feliz en toda mi vida.

Me pasé la mano por el pelo. Estaba estupefacto por tenerla allí hablando como si fuéramos grandes amigos cuando ella había tenido que ver con que Sophia no estuviera a mi lado. Sí, podía haberme excusado con que en minutos tendría la cita con un cliente, sin embargo, me prometí a mí mismo olvidar el pasado y esta charla estaba siendo parte de ello, de seguir adelante.

—Han sido muchas sorpresas las que viví en estos últimos meses, sobre todo la noche de fin de año que, aunque no lo creas, mi marido decidió pasarla en un lugar remoto, algo que, por supuesto, me encargaré que nunca vuelva a suceder. —Reí imaginándola sin poder tener acceso al internet.

—Me sorprende que una chica urbanita como tú termine pasando las navidades en un lugar remoto —le respondí tomándole el pelo.

CHLOE

Quería seguir jugando al despiste, me había llevado una sorpresa en ese lugar y quería ver qué tal se lo tomaría el hombre que tenía al frente al que, a pesar de seguir siendo atractivo, notaba que le faltaba esa esencia y esa chispa que me había vuelto loca durante un tiempo.

—Cada día alguien nos puede sorprender—le respondí sonriendo —. Mientras trataba de disfrutar mi primer año nuevo casada en una isla de lo más pintoresca, a lo lejos vi a una chica sentada en la arena mirando al mar. Sentí lástima, la mayoría hacíamos la cuenta atrás y ella se aislaba de todos. —Blake abrió los ojos—. Cuando todos brindábamos por un feliz año nuevo la perdí de vista hasta que uno de los amigos de mi marido se acercó con ella a su lado.

Observé atentamente cada gesto de Blake, mantenía la mirada perdida apretando sus labios; solo esperaba que funcionara mi plan.

— Sí, era Sophia—le dije—. También se sorprendió al verme y solo puedo decirte que sigue sin perdonarme. Lo poco que supe es que estaba de viaje para reencontrarse a sí misma. El amigo de mi marido le insistió tanto en que lo acompañase que acabó en esa fiesta de Fin de año.

—Entonces está bien —indicó Blake disimulando que no le afectaba lo que le estaba explicando. A decir verdad, me sentía tan culpable de como habían terminado que decidí investigar qué tan cierta era esa amistad de Sophia y el joven ruso.

Se conocieron en una de las tantas competiciones de gimnasia y desde allí nació ese afecto que mantenían pese a las distancias.

Meses antes lo había llamado comentándole que tenía pensado viajar a Europa, conocer algunas ciudades, y quedaron en verse en Madrid antes de ir a Londres para, finalmente, regresar a los Estados Unidos. No podía decirle a Blake que, en ese encuentro, Sophia estuvo bastante a la defensiva y que, antes de retirarse junto a mi marido, le pedí perdón por todo el daño que le había causado. La respuesta me desconcertó: «independientemente de que parte de culpa tienes, no se compara a la que tengo yo».

—Sí, lo está —le respondí volviendo a la conversación—. Según me comentó el amigo de mi marido, regresó una semana después. Comenzaba las clases y se preparaba para un juicio a finales de enero. Según me he enterado, lo ganaron, no por Clifford, ni ese mediocre… ¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí! Tobey, nuestro querido espía, por si no lo sabías.—Me miré las uñas dándole más interés a todo lo que le confesaba y suspiré—. Me he encargado de soltar unos cuantos rumores sobre él, por cabronazo. ¿Y qué otra cosa me dijo? —Fingí estar recordando dejando lo mejor para el final—. ¡Ya recuerdo! Está terminando su carrera de Fisiología Aplicada en Florida, pero lo que no tengo claro es algo sobre una despedida de forma especial de la gimnasia rítmica.

—¿Cómo? —me preguntó confuso. Me levanté, alargando el brazo para despedirme, era hora de dejarlo meditar.

—Blake, no sé dónde y cómo pasaste la noche de Fin de año, pero que una chica tan guapa como Sophia pasara los minutos antes y

posteriores mirando una noche cerrada, apartada del mundo, es una señal de que no todo está perdido.—Lo miré a los ojos—. Debo irme.

—Ha sido grato volver a verte —me dijo metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón y sonriendo con melancolía—. He aprendido que no puedes siempre luchar contra la marea —me confesó.

—¿Por qué no ves lo evidente? —le pregunté sorprendida a que se resignara.

—Cada uno ha tenido tiempo de comprender que nuestros mundos son diferentes y debemos perseguir nuestras metas. Me conformo con saber que algún día pueda encontrar la felicidad.

—Así que has decidido acomodarte y dejarla marchar —le dije decepcionada—. No podemos asegurar lo que creemos tener porque, al día siguiente, todo puede cambiar. —Le di un beso de despedida y salí del lugar esperando que no fuese cierto lo que me había dicho.

BLAKE

Me senté soltando todo el aire contenido. Había tenido un *déjà vu,* ya que solía decirle eso a Sophia en sus momentos bajos. Cerré los ojos, conteniendo el impulso de coger el móvil y llamarla, sin embargo, ¿qué podía decirle después de tanto tiempo?

Y me arrepentí el haber fingido que no deseaba atar a la silla a Chloe para que me contara con detalle todo lo que sabía. Me pasé la mano por la cabeza. Durante todos estos meses había pensado en ella y la echaba de menos, pero llegué a la conclusión de seguir adelante. Además, Eduardo no me había informado de que estaba de vuelta, así que lo más seguro era que no deseaba tenerme cerca.

—Señor Clark, ¿puedo hacerle una sugerencia?

—Dime —le respondí frunciendo el ceño.

—Ángeles vino hace días, dejándole la invitación del evento de este mes en la asociación. El final será la despedida de la gimnasta, Sophia Baute. —La miré largamente y suspiré en alto.

—¿Qué sabes exactamente, Bárbara?

67

SOPHIA

Durante ese fin de semana en el que luché contra el sentimiento de culpabilidad, acepté que la inmadurez junto con la inseguridad me llevó a cometer un grave error, el prejuzgar.

Con desconsuelo lloré mientras Marian me abrazaba al regresar a casa donde me sentía más vacía que nunca, había experimentado el amor de formas diferentes y las dos formas me dejaron una gran huella.

No estaba preparada para volver a la universidad, por lo que hice el correspondiente retiro momentáneo. Debía seguir avanzando en mis retos personales y me aferré a ello. El primero era volver a conducir y qué mejor manera de dar el paso que visitar a Mandy para acompañarla al cementerio y tener una larga charla con Kenneth.

Los nervios afloraron en cuanto encendí el motor y se incrementaron cuando el coche comenzó a moverse, pero, a medida que me acercaba a casa de los Hicks, la seguridad que necesitaba se hizo mayor. Nos saludamos en cuanto subió al coche y me dirigí al cementerio.

En cuanto me bajé, la ansiedad apareció. Miles de veces me había imaginado este instante. Mandy me dejó a solas, sentándome a lo indio y durante la siguiente hora le conté mi rabia contenida, la culpabilidad que llevaba a mis espaldas de que él no estuviera junto a nosotros, lo perdida que me encontraba y lo mucho que lo echaba de menos.

Así como también los planes que tenía y las nuevas metas que me trazaba. Le conté sobre Blake, lo que sentía por él y el dolor que mantenía en mi pecho porque ya no estaba en mi vida. Soñaba con sus abrazos y sus besos y recordé cada una de esas experiencias que, a su lado experimenté.

Me reí al recordar el nombre del helado, los gritos de entusiasmo cuando los peces nadaban a mi lado o la clase de pintura, confesándole que lo envidiaba por hacerlo mejor, sin olvidar todas las sensaciones que se manifestaron el día que nos conocimos cuando admiramos, en silencio, la calma del océano rodeado del anochecer.

Blake me había curado el corazón y yo había deshilado esos puntos por culpa de mis miedos. En cuanto volví a casa supe que debía seguir con mi lista de tareas pendientes. Entre ellas estaba el de llamar a Mollie, sentía vergüenza de haberla dejado de lado.

Era mi entrenadora y muchas veces había ejercido de madre, le

debía mucho y me había comportado muy mal, debía hacerle saber lo que estaba ocurriendo. Marqué el número y esperé a que respondiera.

—¿Sophia? —contestó al descolgar.

—Hola, Mollie.

—No sé qué pensar de esta llamada, llevaba varias semanas esperándola.

—Sé que no merezco ni siquiera que la respondas, te pido perdón por no ser lo suficientemente valiente para llamarte antes.

—Siempre has sido una chica valiente y fuerte. Además, las personas no estamos preparados para situaciones como la que has vivido.

—Es cierto —le respondí con sinceridad, hubo unos segundos de silencio y finalmente, decidí contarle la verdad—. Estuve en un centro de medicina deportiva para hacerme unos estudios. La especialista me recomendó que retomara otro método de rehabilitación y si no funcionaba debía operarme. Quiero intentarlo, pero no me hago ilusiones, soy consciente de que existen más soluciones, sin embargo, no quiero dañar más el ligamento y el músculo.

—Entonces, no volverás a Durham.

—Estoy en la ciudad por poco tiempo, Durham ya no es mi hogar y necesito buscar mi camino. Creo saber dónde está y para ello debo emprenderlo en soledad.

—Aquí siempre estaré para todo lo que necesites.

—Gracias, Mollie. Me gustaría que nos viéramos, antes de irme.

—Ven al centro de entrenamiento, te recibiré con los brazos abiertos. Te quiero como una hija y me entristece que tu carrera termine de esta manera, ha sido un honor poder ser tu entrenadora durante tantos años.

—Para mí también lo es. Has estado siempre ahí y por supuesto que iré mañana, me apetece pisar el tapiz.

—Me dará mucha alegría ver de nuevo esa cinta moverse como lo hacía antes, así sea por última vez. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Respiré con profundidad y llamé a Holly, la especialista en Miami para hacerle saber mi decisión.

Al siguiente día, en cuanto pisé el tapiz, volví a sentir esa pasión que despertaba cuando los pies lo tocaban. Hice un ejercicio que no me causase molestia y luego charlé largamente con Mollie.

Ella me confesó que sabía que era mi última competición, no podía explicarlo, pero entendía que poco a poco había cambiado la dirección de mis pensamientos.

Le dije que llevaba muchos meses sin tener las ideas claras. Hasta que por fin podía afirmar que había comenzado desde cero, que esta nueva dirección que había elegido era la correcta. Mollie me abrazó

después de varios sollozos y nos despedimos.

Dos semanas después supe la fecha del juicio y consideré oportuno hacer oficial mi inscripción en la universidad para comenzar el penúltimo semestre en enero. Seguidamente revisé con detalle qué ciudades quería visitar de Europa y le escribí a un amigo gimnasta que residía en España, informándole de que estaría de turismo.

Entre monumentos y paisajes comprendí lo valiosos que eran los pequeños detalles que compartía con los demás. Entre historia y modernismo cumplí los veinticuatro años. No me sentí sola, este viaje me había hecho madurar y tener más seguridad sobre mí misma, esa que había perdido.

El día que pisé la capital de España volví a sonreír gracias a Gavrel. Mi amigo ruso residía en ese país y viajé hasta Madrid para ser el mejor guía turístico y así conocer los lugares más recónditos de la ciudad.

El penúltimo día del año, después de tanta insistencia para que no pasara la noche de Fin de año sola en un hotel, acepté ir con Gavrel a la costa española acompañada de un grupo de sus amigos. Me compré con prisas un sencillo vestido de color verde con bordados y falda de tul y una vez estando allí me presentó a unas cuantas personas con las que conversé cordialmente hasta que, minutos antes de medianoche, el deseo de volver a ver a Blake se incrementó.

Cada noche recordaba sus besos, sus conversaciones y su sonrisa. Cada noche recordaba sus manos acariciándome y cada noche lo echaba de menos. La brisa del mar me tocó como un suave mimo el cuello, observé la playa, a pocos pasos de mí y le pedí a Gavrel estar esos segundos a solas.

Me quité los zapatos y, sin importar qué dijesen, caminé hasta tocar la arena, recordando esa noche que me había bañado en el mar junto a Blake. Anduve hasta la orilla y allí me senté mirando el mar, escuchando el oleaje ir y venir acompañado de pequeñas estrellas que brillaban en el firmamento.

Cerré los ojos y, por unos segundos, deseé tenerlo a mi lado y, al abrirlos, me di cuenta que mi deseo no se había concedido por lo que una lágrima saltó de mis ojos.

68

«Las cosas más nobles y bellas de la vida
no están hechas para que escuchemos historias
sobre ellas, para leamos acerca de su existencia o
para que las veamos, sino que son para ser vividas.

Søren Kierkegaard».

BLAKE

Contemplé varias veces la invitación que había llegado días atrás y que hasta este instante desconocía. Me había sumergido tanto en el trabajo que no echaba de menos a U.P.B. y es que me había metido en la cabeza que no volvería a bailar.

Hacerlo me recordaba a ella y seis meses después tenía noticias de Sophia por medio de una invitación que me llevaba a una encrucijada. Seis meses que llevaba soñando cada día estrecharla en mis brazos y amarla una y otra vez.

Pegué la cabeza a la silla giratoria. Una nueva jugada del destino. Cualquiera hubiera llegado a la conclusión que todo había sido planificado. O quizás Chloe sí conocía el día que se haría el evento y por ello se presentó con el único propósito de empujarme y reencontrarme con Sophia.

Suspiré en alto, pensando que Jenny debía estar al tanto y, por algún motivo, no quiso contarme. Volví a mirar la invitación, tamborileé la mesa y decidí dejarla a un lado para seguir trabajando.

SOPHIA

Antes de que comenzara el evento hice un previo estiramiento con el fin de calentar mis músculos y ligamentos.

Cuando regresé de Europa decidí hacer una rutina como despedida. Marian había insistido una y otra vez que esperara la operación y los meses de recuperación para que así hiciese la despedida en una alta competición, y me negué, manteniéndome firme en mi decisión.

Desde que había vuelto, estaba siendo muy activa: iba a la universidad, estudiaba y ayudaba en las clases de *ballet en la academia* a la vez que preparaba mi rutina, hasta que el latigazo aparecía y buscaba la forma de calmarlo.

El día que pisé el campus universitario estuve perdida durante una hora, por lo que no me quedó más remedio que acercarme a un

chico atlético arriesgándome a que me tomara el pelo o intentara ligar conmigo y a pesar de ello, necesitaba saber hacia dónde ir o llegaría tarde a mi primer día de clase.

Lo saludé con el mayor formalismo que pude y le pedí ayuda, siendo así, el inicio de una amistad. Dylan también estudiaba el penúltimo semestre y coincidíamos en la mayoría de las clases. No solo me dijo cuál era el aula a la que debía entrar, sino que se ofreció a ayudarme si necesitaba refuerzos a la hora de estudiar y, en agradecimiento, lo invité al evento.

Una semana antes quedamos en vernos en la biblioteca y allí le entregué la invitación dejándolo no solo sorprendido, sino que me hizo el posterior interrogatorio y las correspondientes tomaduras de pelo al decir en alto que estaba ante una estrella del deporte. Comencé a asumir que Dylan me daba un aire nuevo a mi vida.

Cuando se cumplió el segundo año del accidente, los nervios y la nostalgia se apoderaron de mí. Por esa razón había pedido a mi abuela que en el evento mensual fuera en esa fecha precisa, era como si enfrentara por última vez al pasado y decidí como homenaje a Kenneth, despedirme de la gimnasia profesional, ese día.

Eran muchas emociones en conjunto que se arremolinaban en mi interior, pero nunca podía compararlas con las del día del juicio, que había sido uno de los peores de mi vida. Aunque, lo que viví con Blake no se podía comparar con nada ni nadie; por mucho que intentaba olvidarlo, lo que sentía por él se mantenía intacto.

Escuché la prueba de sonido y supe que había llegado el momento de concentrarme como si fuera mi última competición. No había sido fácil volver a la asociación, cada rincón me recordaba a Blake y era otra prueba que estaba afrontando. Me contuve infinidades de veces en preguntarle a los chicos por él y al igual cuando me tropecé con Jenny, nos miramos, pero cada una siguió su correspondiente camino.

Mollie me ayudó a peinarme y maquillarme, sacando de su bolso una cinta teñida de varios colores y que me entregó como regalo. La abracé emocionada, Mollie había viajado para estar presente, aunque sabía que para ella sería doloroso verme por última vez dibujar con la cinta en una rutina.

ÁNGELES

Había tratado de que este evento se enfocara en el *ballet* y la gimnasia artística, para ello busqué un tapiz adecuado para cada ejecución. Me esmeré en que la invitación llegase a todos lo que conocía, sobre todo a Blake, que no había vuelto a la asociación. Mantenía la esperanza de que en cualquier momento aparecería por la puerta y volvería a recuperar esa vitalidad con que se le conocía.

Desde lejos vi el pequeño teatro lleno. La idea propuesta por Jhoanna había resultado exitosa. Cada mes tenían un evento, ayudando a incentivar a los alumnos de la asociación, lo que la llevó a buscar un lugar más grande para dar cabida a todos los que deseaban formar parte de U.P.B.

Vi a Eduardo acercarse con Marian caminando con rapidez, ataviada con un vestido corto vaporoso junto a unos tacones que la hacían ver más estilosa de lo que era.

—¿Seguro que no sabe que estoy aquí? —me preguntó a modo de saludo—. Quiero verla emocionarse cuando le entreguen el reconocimiento que le otorga la federación. Por cierto, ¿ya ha llegado el representante?

—¡Cálmate, hija! —le pedí—. No tiene la menor idea que vienes y el representante está en los primeros asientos.

—¿Y los medios? He llamado a media docena —preguntó de nuevo. Eduardo suspiró en alto.

—Creo que mejor iré a por un trago, las mismas preguntas ya las he respondido.

Reí.

—Está bien, dime dónde debo sentarme antes de que comience.

—Te acompañaré—le dije llevándola hasta los asientos que le correspondían a cada uno.

SOPHIA

Cuando pensé en la rutina, también lo hice con la melodía que, en el momento de que el público la escuchase entenderían por qué la había escogido. Lo necesitaba, necesitaba gritar al mundo que mi corazón le pertenecería para siempre a Blake.

Escuché cómo anunciaba mi nombre, salí saludando con una mano y con la otra moví la cinta de un lado al otro para que se extendiera. Levanté un brazo sujetándola y buscando equilibrar la pierna para formar un ángulo de treinta grados. Esperé que comenzara la música, no tenía letra, pero con la melodía era suficiente para entender.

Con una zancada, impulsándome con una pierna comencé subiendo un poco la rodilla y extendiendo la otra pierna para hacer circunducciones frontales con la cinta. Me detuve para seguir con una rotación lateral y girar sobre mí misma dando paso a un *passé*, flexionando una pierna hacia delante para terminar equilibrándome con la otra y extenderla horizontalmente, dibujando así espirales con la cinta y acompañándola con pasos de danza contemporánea, moviéndome por todo el suelo mientras la balanceaba de un lado al otro.

La recogí por detrás de mi espalda dando a continuación un salto, extendiendo las piernas y logrando que una de ellas me tocara la cabeza dibujando así círculos. Me detuve mientras la cinta me envolvía en espirales interiores. Con rapidez me moví, lanzándola al aire mientras hacía rodamientos en el suelo, recogiéndola segundos después con pequeñas serpentinas que dibujé sobre la superficie.

Seguí con transmisiones en pequeñas ondas que fue agrandando, dejando que la misma pasara entre mis piernas para permitir que la pasión de la danza contemporánea se hiciera paso, acompañada por la melodía y aquí estaba, intentándolo por última vez, sintiendo la adrenalina recorrer el cuerpo, que era lo único que me recordaba la pasión que desbordaba Blake.

La que había despertado en mí. Mi corazón había sufrido dos veces, sin embargo, me levanté intentando encontrar la felicidad. Hice una serie de saltos dejando que la cinta se escapara por encima de mi cabeza para detenerme equilibrándome sobre el pie, la cinta me rodeó envolviéndome en espirales, preparándome para el final. Flexioné el tronco hacia adelante a la vez que lancé la cinta acompañándola con una voltereta, terminando así de recoger la cinta con el pie en el instante exacto para mirar al público y dejar que las lágrimas se me escaparan de la emoción.

El público me aplaudió a rabiar, me levanté agradeciendo la muestra de cariño y me sorprendió ver a Marian acercarse con un ramo de flores y a un hombre que reconocí enseguida. Pertenecía a la federación, que me daba la sorpresa de un reconocimiento por mi dedicación a la gimnasia rítmica y los méritos logrados.

Recibí una ovación de aplausos y los agradecí, sumamente feliz. Regresé a bastidores abrazándome a Mollie y a Marian, que me seguía los pasos.

—¡Esta vez te has lucido!—exclamó Mollie.

—Las retiradas se deben hacer a lo grande—respondió Marian con la petulancia habitual—. Debes acompañarme.

—¿Para qué?

—Te tengo otra sorpresa. —Sin entender, mi corazón saltó, podía darme el lujo de que la emoción que sentía me invitara a soñar en volver a ver a Blake.

Marian entrecruzó su brazo con el mío. En cuanto salimos me encontré con un tumulto de gente que me felicitaba hasta que alguien me tomó una foto junto a un hombre que nos informó que era la prensa local.

Todo esto me causaba cierta confusión, acepté varias preguntas referentes a mi retirada. En esos segundos deseaba desaparecer de toda esta gente que quería felicitarme, busqué la salida para avanzar y entonces lo vi.

69

BLAKE

Era tarde y el de seguridad me saludó sorprendido al verme acercarme. Le mostré la invitación y me dejó pasar, pero, hasta para mí mismo, era sorprendente el paso que había dado.

A decir verdad, solía pasarme el de tomar decisiones a última hora. Cuando tenía que ver con Sophia, terminaba dejándome llevar por el impulso. Los pasillos del lugar estaban casi todos vacíos menos los cercanos a los vestuarios, donde había cierto barullo.

Algunos alumnos esperaban para cambiarse y comentaban el evento, me vieron llegar e hicieron silencio. Los saludé con un gesto con la mano, llevándola a mi sien y cuando estuve frente a la puerta del teatro la empujé y entré. En ese instante la anunciaban y Sophia entró con elegancia.

Había apostado que el día que volvería a verla sería distante, precavido, pero todo lo que cada día me repetía en mi cabeza se fue a la mierda cuando la necesidad de correr hasta ella y besarla con toda la pasión que mantenía contenida, aparecía de nuevo.

Sophia saludó con la mano y se puso en posición para dar paso al comienzo de la música, sentí mi cuerpo erizarse ante cada nota, conocía la melodía, sabía lo que intentaba decir. Fijé la mirada en ella, cada movimiento y cada dibujo con la cinta era sublime, llenos de emoción y pasión junto a los pasos de danza contemporánea que denotaban cuanto necesitaba ser abrazada y ser amada.

Me había prometido volver a empezar y casi lo había cumplido, pero no podía ignorar que a su lado era simplemente Blake, un joven con ansias de sentirse libre. La soledad nos había unido y ahora estaban tan cerca y a la vez tan lejos.

La vi seguir y, a medida que avanzaba, me daba cuenta de cuánto la echaba de menos, de cuánto la necesitaba, no pude soportarlo, me giré y salí del lugar para irme de U.P.B., pero me detuve.

Estaba en una disyuntiva, por lo que me giré para ir a por todas. Las puertas se abrieron y la gente se aglomeró en los pasillos, esperé con paciencia hasta que vi un brillo de flashes y, como pude, fui empujando a los que se interponían hasta quedar a metros de Sophia.

Noté que ella deseaba salir de allí, miraba a un lado y otro hasta que se fijó en mí, ninguno de los dos nos movimos y cuando, finalmente, decidí dar el paso, apareció de la nada un chico abrazándola con entusiasmo.

Había llegado tarde.

Me giré de nuevo y salí sintiéndome idiota por dejarme llevar por las emociones.

SOPHIA

No podía creerme que él estuviese allí, mi corazón se aceleró, traté de zafarme de toda esta gente y correr hasta Blake y cuando por fin pude, Dylan me abordó.

—¡Enhorabuena! Ha sido espléndido —me dijo seguido de un abrazo—. Ahora si podré presumir que tengo una amiga estrella del deporte, espera, deja que haga un *selfie*.

Le sonreí nerviosa a la foto que nos hizo y miré más allá del pasillo, pero Blake ya no estaba. No podía ser producto de mi imaginación, no era tan cruel de jugar de esa forma, me apresuré para seguirle y salí del teatro. Quería asegurarme que mi mente no me había jugado una mala pasada y conforme pasaban los segundos aceleré el paso, pero cuando llegué a la salida, solo vi gente desconocida que subía a sus coches.

Me sentí frustrada por habérmelo imaginado, dejándome llevar por el deseo de volver a verlo, por el anhelo de volver a sentir mis labios en los de él.

—¿Aún mantenías la ilusión de que lo verías de nuevo? —me preguntó Marian.

—Sí —le respondí desalentada.

A finales de abril, Holly, la especialista decidió programarme la operación.

La rehabilitación que había hecho no ayudó al nervio, que seguía inflamado, presionando la zona que en mayor medida empezaba a afectar toda mi pierna y podía traerme grandes consecuencias: falta de coordinación, debilidad y dolor y, con el pasar de los meses, si no se trataba, iría a peor.

Confiando en ella acepté la intervención, después seguiría con mi siguiente meta, el último semestre de la carrera, y cuando llegara ese momento, estaría en óptimas condiciones. Me aferraba a ello, ya que mantenía una lucha interna con mis sentimientos.

El día después del evento volví con mi abuela a U.P.B. y allí supe que no había sido producto de mi imaginación, Blake había estado en la asociación. Sentí rabia y decepción y me preguntaba por qué no se había acercado.

Los siguientes días intenté llamarlo, al final me arrepentía. Si él no se había atrevido a dar el paso, entonces no estaba convencido de intentarlo de nuevo y, a pesar de que esa conclusión me dolía, era la más lógica.

Dylan se convirtió en un apoyo fundamental, por lo que acabé contándole lo que había vivido. Se que no era fácil de entenderlo, sobre todo, cuando Blake no había salido de mi corazón.

Sin embargo, decidió apoyarme en cuanto comenzara la larga rehabilitación, asumiendo que el primer mes sería el más difícil.

BLAKE

Volver a ver a Sophia había despertado todos esos impulsos que mantenía calmados y por mucho que trataba de centrarme en el trabajo y en mis estudios, nada era igual.

No podía ser egoísta. El día de la exhibición comprobé con mis propios ojos que había otro en su vida. Lo único que quería era que fuese feliz. Sin embargo, cada recuerdo lo vivía con nitidez como si hubieran sido segundos atrás.

Por medio de Jenny me enteré de que se sometería a la operación y me lamenté no haberla acompañado. La conciencia me atormentaba hasta el punto de ir a visitarla, quizás ser solo su amigo podía ser un consuelo para mi alma.

Me había costado sacarle la información a mi hermana sobre la habitación de hospital, finalmente me la consiguió. Me acerqué a una floristería y compré un ramo de rosas. Aparqué el coche, entré al ascensor y antes de que se cerraran las puertas, una mano se interpuso abriéndolas, tropezándome con el chico que había visto abrazar a Sophia en U.P.B.

—Bonito ramo —me dijo—, me hubiera gustado traer uno así, apenas pude comprar uno. Ya sabes, la vida del universitario. Aunque a las chicas eso de las flores les fascina, en cuanto abrí la puerta sonrió emocionada —siguió contándome con una sonrisa bobalicona—. Ella es increíble y me alegro de que esté en mi vida —me miró y añadió—. Tu chica alucinará cuando te vea entrar con ese.

Las puertas se abrieron y él salió sin decir nada más. Apreté el botón y bajé, en cuanto salí del ascensor vi la primera papelera y arrojé el ramo. No tenía nada que hacer.

Una semana después escuché la puerta e hice pasar a mi asistenta.

—Blake, tienes una visita, es Eduardo.—Apenas nos veíamos. Era yo quién rehuía del hombre que me había ayudado tanto.

—¿Y por qué lo haces esperar? —le reproché.

—Quería preguntarte si podía escaparme unas horas a cortarme y teñirme el pelo.

—¿Y no tienes trabajo?

—He adelantado—me dijo Bárbara.

—Está bien, puedes irte— le dije resoplando. Miré la hora, era improbable que el bufete se llenara de clientes a esa hora de la tarde.

—Gracias, Blake —me dijo y salió para recibir a Eduardo. En gran parte prefería que Barbara no estuviera, Eduardo hacía de mi confidente y era con el único con el que podía desahogarme.

Me dio un apretón de mano y Barbara nos trajo café para los dos, despidiéndose con la mano. Nos sentamos uno frente al otro esperando que alguno se decidiera a hablar.

EDUARDO

Había ido a visitarlo después de esperar una semana que me llamase pidiéndome hablar, pero me había equivocado, por lo que decidí ser quien rompiera esa burbuja que se empeñaba en mantener.

Bebí un poco de café y seguidamente lo miré a los ojos.

—Hace exactamente una semana entraba al hospital y te vi tirar a la basura un ramo de flores. En un principio me preocupé, pensé toda clase de posibilidades, pero al llegar a la habitación todo estaba normal y, por supuesto, mis conjeturas aumentaron. He esperado una semana pensando que me llamarías para hablar, tampoco fue así, por lo que he venido hasta aquí para que me expliques qué ocurre.

Parpadeó varias veces, se pasó la mano por el pelo, cerró los ojos y suspiró con cansancio.

—Por mucho que intento día a día tratar de hacerlo, me es difícil olvidarla.

—¿Y qué es lo que te impide acercarte a Sophia? —le pregunté sin tapujos.

—Su nueva vida —me respondió.

—¿Su nueva vida? —repetí a modo de pregunta—. Te seré sincero, su nueva vida, como dices, sigue siendo incompleta, pero no me corresponde a mí decirlo. Deberías meditar mis palabras.

Algunas veces quería entender a la juventud, solo entonces recordaba las dificultades que yo había vivido. Solo quedaba hallar la forma de un encuentro de verdad y podría ahondar en eso de la nueva vida de Sophia.

No quería seguir alimentando viejos prejuicios que tal vez fuesen los que no le dejaban dar el paso. Prefería ser el artífice de oportunidades. Bebí café, pasé a modo despiste y durante los siguientes treinta minutos, hablamos sobre casos y temas de interés nacional y cuando vi que había llegado el momento, decidí ponerlo a prueba.

—A finales del mes próximo cumplo setenta años. —Los ojos de Blake se fijaron en mí—. Ángeles ha decidido celebrarlo en una casa en la playa, ha invitado a los más íntimos amigos. No tengo ni idea de cómo lo hará, el caso es que me gustaría que fueras, eres importante para mí, lo sabes bien. —Me levanté para dejarlo a solas y que

meditase en silencio—. Te haré llegar la invitación. —Le estreché la mano y me despedí.

BLAKE

No podía darle ninguna excusa, lo decepcionaría. Eduardo se había comportado como el padre que había perdido. Pero no deseaba ir, sería bastante incómodo y doloroso ver a Sophia en brazos de otro.

Me levanté y caminé por toda la habitación negando con la cabeza.

—¡Joder! —exclamé—. ¿Por qué me la juegas de esa manera? —le pregunté al destino. Me pasé la mano por la cabeza. Confuso, cogí las llaves donde solía dejarlas para ir al único sitio en el que encontraría la paz que necesitaba, cerca del mar.

70

SOPHIA

A finales de mayo, comenzaba a ver los resultados de la operación. Estaba ilusionada por haber cumplido otra meta de esta pequeña lista que había trazado el año anterior. Estaba más cerca de poder terminar la carrera y es que prometí que una vez que pudiera caminar mejor me metería de lleno en todo lo que tenía que ver con el último semestre. También me incorporé a la academia de danza, otra de mis tareas pendientes.

Les di una charla a las futuras gimnastas, prometiéndoles que no sería la primera y así lo hice, regresando las siguientes semanas y, sin darme cuenta, entre una cosa y otra terminé envuelta en el setenta cumpleaños de mi abuelo que los llevó a discutir.

A decir verdad, no recordaba verlos a discutir así, no encontraban la casa adecuada para celebrarlo o la larga lista de invitados que terminó siendo una veintena de personas. Intenté por todos los medios ignorar esa sensación el día que me atreví a echarle una ojeada y ver el nombre de Blake en ella, pero la gran mayoría había confirmado.

El día llegó y el manojo de nervios en el que se convirtió mi cuerpo me acompañó desde bien temprano.

—Sophia, ¿quieres irte con tus padres o con nosotros? —me preguntó mi abuela.

Por mucho que quisiera disimular, todos notaban que estaba nerviosa y debía admitir que era por no saber si Blake asistiría, ya que nunca confirmó su asistencia.

—No lo sé.

—Ve con tus padres —me pidió. Supuse que me lo había sugerido porque mi relación con mis padres no era la misma desde aquel día que supe la verdad y es que, por mucho que intentaba no hacerlo, sentía que mi padre era el culpable de que Blake se hubiese alejado.

—Está bien—le dije finalmente y me subí en el coche para poner rumbo a esa casa.

La casa daba cabida al regocijo y la intimidad que deseaba mi abuelo y era mejor de lo que mostraba las imágenes. Sin importar nada ni nadie, me descalcé pasando por el salón comedor hasta llegar a la terraza, bajé unas escaleras hasta tocar la arena y quise correr, sin embargo, debía ser precavida por lo que mis pasos fueron rápidos.

Al tocar el agua con los pies, respiré con los ojos cerrados, dejando que la brisa del mar acariciara mi pelo. A pesar de llevar

cinco meses en Florida, apenas había tenido tiempo de estar cerca del mar. Mi corazón galopó haciendo que renaciese las sensaciones que solo había sentido cuando estaba cerca de Blake. No quería hacerme ilusiones, no quería aferrarme a lo que estaba sintiendo, aun así, estaba lo que sentía era más fuerte de lo que podía ignorar.

El atardecer trajo consigo una estampa que para todos fue preciosa, la casa se llenó de invitados a medida que iban llegando, algunos amigos íntimos de toda la vida, otros como Elena, Alice, Jenny, los chicos de U.P.B. Incluso me sorprendí al ver a Jhoanna aparecer, sin contar a Dylan, que había sido invitado por Ángeles.

BLAKE

A medio camino me detuve sujetando con fuerza el volante. Me enfrentaría a todos los Baute. No sabía cómo iba a recibirme Victor y lo peor de todo era que no tenía idea de cómo reaccionar cuando estuviera frente a Sophia.

Dos semanas antes había recibido la invitación, traté de ignorarla dejándola a un lado. Al día siguiente volvía a aparecer en el centro de la mesa y durante los siguientes días sucedió lo mismo. Me contuve ante el impulso de despedir a Bárbara por ser la artífice de esa macabra situación. En el fondo, crecía el deseo de verla de nuevo.

Retomé el rumbo a la casa de la playa. Treinta minutos después, cuando la noche ya había caído, me bajaba jugueteando con las llaves que tenía en la mano, toqué el timbre y la primera que me abrió la puerta fue mi hermana.

—¿Blake? ¿Por qué no me dijiste que vendrías? Me hubiera ahorrado venir conduciendo.

—No me preguntaste —le respondí. Jenny se cruzó de brazos y enarcó una ceja.

—Llevas tantos meses ocupado que apenas recuerdas que tienes una hermana solitaria en el mundo —me reprochó—. No, espera, sí que hemos hablado, cuando has querido saber de cierta chica que te empeñas en alejar de tu vida.

—Tan directa como siempre —le respondí viéndome descubierto.

—Tengo un gran maestro. —Sonreímos dándole un beso en la mejilla, a la vez que Jackson se acercaba y me saludaba con entusiasmo—. Estamos en el pórtico de atrás con un juego que tengo que confesar que me tiene bastante entusiasmada—dijo con sarcasmo —. En un futuro cercano tendré muchos pacientes en mi consulta.

—¿Qué hay de malo en preguntar qué fue primero, el huevo o la gallina? —se defendió Jackson.

—¿Ves a lo que me refiero? —ironizó cruzando el brazo con conmigo empujándome a que lo siguiera. No podía explicar lo que

estaba sintiendo dentro de mí, solté aire varias veces hasta que la vi.

Tenía el pelo suelto y sonreía con timidez llamando así la atención más de lo que ni ella misma se imaginaba. Llevaba un vestido con los hombros descubiertos que me invitaban a volver a besarlos con lentitud como tantas veces lo había hecho cuando la estrechaba contra mi cuerpo, escuchando el ronronear de su voz pidiéndome más mientras arqueaba su cuerpo entregándose al completo.

Respiré con lentitud para evitar dejarme llevar por las emociones, sin embargo, cuando menos lo esperé, me miró y sentí que volvía a vivir.

SOPHIA

No podía creerme que llevaran más de treinta minutos discutiendo preguntas tan absurdas como si el hombre dentro del disfraz de Mickey Mouse sonreía cuando hacían una foto y cuando alcé los ojos, dándome por vencida para retirarme de este juego, lo vi.

Mi cuerpo se erizó, sintiendo una ola de calor dentro de mí. Era como si acabara de montarme en una montaña rusa y todos mis sentimientos se agrupaban de golpe y, a medida que se fue acercando, noté que las manos me comenzaban a sudar.

Lo que tanto había esperado estaba sucediendo, de nuevo volvía a ver a Blake. Llevaba el pelo un poco más corto y se dejaba entrever el tatuaje de su brazo, que tantas veces me cobijó. Recordé ese instante que me atreví a besar para luego correr a mi pequeño neceser, sacar una tirita y ponérsela con la única intención de curarlo, de cerrar esa brecha y sacar ese puñal que tenía dibujado, sin importarme qué lo había llevado a tatuárselo.

—¡Blake! —gritó José. Todos miraron hacia él—. Desde que te independizaste ya no te vemos el pelo. —El aludido le dio un abrazo fraternal.

—¿Cómo van las clases?

—¿De cuáles hablas? ¿De la que todavía tengo niños traumatizados?—Siguió con la burla José mirándonos a mí y a Blake sin disimular.

Me removí y sonreí, un poco avergonzada por lo ocurrido en la escuela de arte. Blake lo ignoró saludando al resto hasta llegar a mí. Me levanté con el corazón desbocado.

—Hola, Blake.

—Hola, cariño —me dijo. Se acercó dándome un beso en la mejilla, tardando más de lo debido en apartarme.

BLAKE

—¡Oye, Blake! —gritó Larry. Tal vez debía mandarlo a la mierda o agradecerle porque si no hubiera sido por él no hubiera podido contenerme las ganas de besarla de nuevo. Al menos me había quedado prendado de su fragancia, que tanto echaba de menos: fresas, bosque, dulces—. Tenemos un juego interesante.

—¡Muy interesante! —protestó Jhoanna, saludándome con un abrazo entrañable—. Me alegra verte.

Había hecho las paces con Jhoanna semanas después de la exhibición. Me pidió perdón por su comportamiento.

—No seas aguafiestas —le reprochó Larry a Jhoanna—. Seguro no tienes respuesta para esta. —Jhoanna puso los ojos en blanco y lo miró esperando saber qué iban a preguntar—. ¿De qué color es un camaleón mirándose al espejo?

—¿En serio? —preguntó incrédula a la vez que todos rieron comenzando a dar las respuestas mientras las ganas de abrazarla crecían más. Qué difícil se me estaba siendo tenerla tan cerca y a la vez tan lejos.

SOPHIA

Jhoanna se sentó a mi lado, me palmeó el muslo y la miré.

—Creí que podría mantener mis sentimientos a raya, pero es imposible —le murmuré.

—Algo me dice que nunca en su vida había estado tan nervioso como ahora.

De reojo, observé a Blake, que reía junto a Jackson y Larry. Era el mejor momento de hablar después de tantos meses, de pedirle perdón por dejarme llevar y, a pesar de saber que debía hacerlo, no me atreví.

Me levanté, disculpándome y alejándome de todos al mejor sitio para refugiarme, frente al mar.

La noche había caído y con ella algunas estrellas acompañaban el firmamento. Me senté en la arena reprochándome por no haber dado el paso. Lo que sentía hacia él era tan inmenso que me desbordaba por completo.

Cuando su mano me había tocado el brazo para saludarme, mi cuerpo exigió más, juraría que Blake pudo sentir la sangre recorrer mi cuerpo y su barba incipiente me recordó cuando él me besaba cada rincón de mi cuerpo. Me abracé a mí misma tratando de calmar lo que sentía.

71

BLAKE

La vi alejarse, disculpándose con cierto atropello y me debatí en si seguirla o no, bastante evidente era que todos supieran lo que había ocurrido entre los dos. ¡Joder!, ¿qué más daba lo que dijeran?

Le di la cerveza a Jackson y salí detrás, entrando a un camino corto que daba a la playa. Me quité el calzado y seguí andando hasta llegar a su lado. Sin decir nada, me senté y observé el mar.

—Me he preparado toda la vida—comencé diciendo— para tener seguridad y templanza en cumplir mis metas. Me he preparado para convencer a jurados y jueces, pero nunca me preparé para saber qué decir en situaciones como esta —le confesé soltando aire por la boca cansado, no servía de nada seguir dando largas, había mucho que decir—. Y no sé por dónde empezar.

De reojo sentí que se giró hacia mí, ya había dado el primer paso, pero volvió a mirar al mar.

—Muchas veces me imaginé esta conversación en tantos lugares diferentes…—dijo Sophia—, pero nunca sentados uno al lado del otro mirando al mar, como esa primera vez que nos tropezamos y, a pesar de que tenía tanto que decir, me he quedado en blanco.

»Por mucho que asumiera lo que diría, quien al final manda es mi corazón.—La miré entendiendo lo que me decía—. No puedo culpar a mis inseguridades ni a mis miedos, al fin y al cabo, viven en mí, son parte de mis errores, de permitirme perderte por no creer que sentías mucho más que una simple atracción por esta chica que ni siquiera se quería a sí misma. —Giró hacia mí y nos mantuvimos mirándonos sin decir nada más.

Mi cuerpo se relajó a la carga que llevaba a mis espaldas durante meses. Bajó la mano hasta la arena y volvió a mirar al frente dejándose llevar por el arrullo del oleaje. Sin buscarlo nuestros dedos se tocaron, mi mano se entrecruzó con la de ella aferrándose con esa necesidad de no querer jamás separarlas.

—Debí mantenerme firme con mis principios y contarte mis verdaderos miedos, mis prejuicios, no ocultártelos por temor a que te avergonzaras de lo que soy—le confesé—. Lo que viví a tu lado ha sido tan distinto, dándome cuenta de que me había perdido tantas primeras veces de lo que muchos experimentaban por cumplir una sola meta y que, para mi sorpresa, sucedieron contigo.

Y era así. Siempre aparté las experiencias que la mayoría tenía por demostrar que era mucho mejor que Colton. Resoplé en alto.

—Lamento haberme tardado tanto, me reprimí las ganas de hacerlo, porque estaba cansado de perder y pensé que era lo mejor para los dos, pero me equivoqué.

SOPHIA

—Blake… —No tenía nada que perdonarle cuando no había podido olvidarlo, cuando lo amaba. No había podido dejar de hacerlo, soñaba cada noche con volver a reír a su lado y descubrir miles de oportunidades de vivir—. Me gustaría que…

—¡Aquí estás! —exclamó Dylan. Nos giramos de inmediato, rompiendo nuestra cercanía, aquella que habíamos necesitado durante tanto tiempo—. ¡Oye a ti te conozco! Eres el tío del ramo en el hospital.

Me giré desconcertada a Blake, eso no podía ser cierto, ¿había ido al hospital?

—¿Estuviste en el hospital, Blake?

—Sí —me respondió.

—¿Y por qué no llegaste a la habitación?

—Conocí a tu chico y me contó que estabas muy ilusionada por su ramo.

—¿Qué? —preguntamos Dylan y yo sorprendidos por las conclusiones que había llegado.

—¡Colega!, creo que… —Interrumpí a Dylan.

—Dylan, ¿puedes dejarnos unos minutos a solas? —Él se alejó unos cuantos metros. Me levanté, al igual que lo hizo Blake.

—Eras tú a quien vi en U.P.B. —Blake afirmó con la cabeza—. ¿Por qué te fuiste? ¿De dónde diablos sacas que Dylan y yo somos pareja?

—Vi cómo te abrazaba ese día en U.P.B. y supuse que estabais saliendo, luego fui al hospital y no dejó de hablar de ti en los dos minutos que coincidimos.

—Y asumiste que estábamos juntos.

—Lo siento, Sophia, me dejé llevar. He evitado a toda costa saber de ti pensando que era lo mejor y cuando di el paso me cegué, sacando mis propias conclusiones.

Lo miré y pensé en ese momento que el tiempo se detuvo, porque esa pequeña esperanza se había desvanecido sin más, sentí un pinchazo en mi corazón y solo entonces me sequé unas lágrimas que se me habían escapado. ¿Por qué Blake? Me pregunté.

—Adiós, Blake —le dije dándole la espalda y caminé hasta Dylan, que me abrazó mientras lloraba desconsolada.

BLAKE

Me había dejado llevar por los celos, sacando conclusiones anticipadas. Me pasé la mano por la cabeza, metí la mano en el bolsillo de mi bermuda sintiendo las llaves del coche y me di cuenta lo que debía hacer, marcharme.

72

VICTOR

Aparcaba el coche que había alquilado cercano al lugar. Durante dos meses y medio medité lo que iba hacer, porque no era fácil para mí. Un año atrás me había equivocado y había pagado las consecuencias de ello, Sophia se alejaba cada vez más.

El día del cumpleaños de mi padre, me sorprendió ver llegar a Blake y observé con detalle lo que ocurría entre él y Sophia. Cuando se encontraron, sus ojos brillaron. Solo dos personas que se amaban podían mirarse de esa forma, pero lo que pasó después había sido parte de lo que yo había destrozado y, a pesar de que Sophia nos hacía creer que seguía con su vida, notaba que no era así, era evidente que lo seguía amando.

Sin embargo, desconocía cómo estaba Blake.

Abrí la puerta del despacho observándolo con detenimiento. Una sencilla oficina que demostraba que era el comienzo de un sueño. Una mujer con el cabello con tonos malvas y rojizo se me acercó.

—Buenas tardes, ¿necesita información o asesoramiento?

—Me gustaría hablar con el señor Clark.

—Disculpe, pero ¿tiene cita? ¿Podría decirme su nombre?

—Preferiría omitirlo. —La asistente se desconcertó a mi negativa de dar mi nombre.

—Un momento, veré si puede atenderlo —me dijo alejándose con rapidez, tocó la puerta y entró enseguida.

BLAKE

—Hay un hombre bien vestido afuera, me ha dicho que desea hablar contigo y ha preferido omitir su nombre. El caso es que, sé quién es, el parecido es evidente, pero me pregunto si estás preparado para una visita como esta.

Fruncí el ceño a tanta palabrería y misterio, no estaba de humor, había perdido un caso por primera vez desde que había creado mi bufete. Lo aceptaría que pasase y luego me iría a correr, llevaba dos meses haciéndolo, descargando mi frustración con ello.

Cada noche me lamentaba por no haber detenido a Sophia y haberle pedido que olvidara todo para darnos una oportunidad, pero busqué el camino más fácil, el de huir.

—Hazlo pasar.

—¿Seguro? —me preguntó Barbara.

—Había jurado que la inquisición pasó hace tres siglos, no me he enterado de que la rescataran.

—Últimamente nadie te aguanta —protestó ofendida. Se dio la vuelta, abrió la puerta—. El señor Clark alias «me he vuelto un ser huraño» lo espera en su despacho.

En cuanto lo vi, dudé en estrecharle la mano. La última vez no habíamos terminado de buenas maneras.

—¿Me permites sentarme? —Le afirmé con la cabeza y sentándome—. Seré breve y directo. Estoy aquí por mi propia cuenta, debí hacer esta visita mucho antes, pero no encontraba las fuerzas necesarias para dejar mi orgullo a un lado. No es fácil para un padre ver a su hija sufrir y pasar por un proceso traumático como el que vivió Sophia.

»Destrozarte la cabeza durante semanas intentando que fuese como la chica de antes, ignorando esa vocecilla que te decía que jamás volvería a serlo, por lo que cometí un error tras otro. Decidí, sin preguntarle, reabrir el caso, empecinándome en buscar esa justicia que no había tenido, pensando que así Sophia encontraría esa paz que buscaba y volvería a centrarse en su carrera que estaba llena de triunfos.

»Reconozco que el padre orgulloso que era, me llevó a ser egoísta al punto de no querer ver lo que necesitaba y eso me llevó al otro error: el de ocultarle lo que estaba planeando y exigirle a todos que acataran mi orden y eso me llevó a mi tercer error, el más grave, creer que la conocía y que podía seguir dirigiendo su vida como cuando era una niña.

»Tal vez por ello, cuando me di cuenta de que comenzaba a aceptar que estaba viva y que podía volver a empezar con un nuevo futuro, asumí que hacía lo correcto hasta que me tropecé con la realidad el día que nos vimos y me comporté de la forma más vil que cualquiera podía ser. Te pido perdón por mi actitud despreciable, sabiendo cuánto te ha costado llevar sobre tus hombros el peso de la felicidad familiar.

»Quizá me sentí celoso de que alguien que conocía lo que era el sacrificio por su familia se propusiera demostrarle que la vida valía la pena, dedicándose en cuerpo y alma a demostrárselo y, con ello, atrapó su corazón.

»Me sentí fracasado al no haber entendido su grito silencioso, haciéndome creer que solo era momentáneo y lo que hacía era empujarla a caer más y más. En cuanto supo la verdad, la Sophia que volvió a Durham era distinta a la que se había ido, enfrentándose a sus demonios y a todos con un solo propósito, encontrar la forma de amar la vida.

»Comenzando que fue ella misma quien se encargó de despedir a Frank Clifford del caso y buscó a compañeros de Kenneth para que nos representaran, explicándonos que lucharían con el corazón por su amigo y no se equivocó. Lo que lamento cada día es haberla hecho pasar por ello, el tener que revivir esa noche mientras testificaba, incluso apostaría todo lo que tengo que deseó que estuvieras a su lado y no estabas, en parte, por mi culpa.

»Y cuando te vi el día del cumpleaños de mi padre creí que esta conversación no sería necesaria, que volveríais a intentarlo. Y me prometí no interponerme, pero, de nuevo, el amor que siento por mi hija me ha hecho tragarme el orgullo y presentarme aquí.

»Sé que estás convencido que ya no hay nada que arreglar, pero el que me dejaras estos minutos para hablar y la tristeza que reflejan los ojos de Sophia me demuestra que aún seguís sintiendo eso tan profundo que os unió.

»El viernes será su graduación, sería un honor tenerte en ella, mis padres te consideran como un hijo y sé que a ellos les gustaría volverte a ver. Sé que es difícil perdonarme y aún más olvidar, eres un hombre honorable y siéntete orgulloso de todo lo que has logrado, por ello te mereces ser feliz y darte otra oportunidad.

Me levanté, alargué el brazo esperando que me estrechara la mano, Blake se inclinó y lo hizo. Me despedí y cerré la puerta.

EPÍLOGO

SOPHIA

Marian regresaba a Florida después de su última competición, en la que se había llevado el oro. Feliz por ello, acepté que me acompañase a escoger mi vestido para mi grado.

Solo quería uno, pero ella insistió en dos, recordándome que no solo era mi graduación, nos iríamos a festejarlo en la mejor disco de la ciudad. Reí ante sus intentos de subirme el ánimo, pero desde el encuentro con Blake sentía una brecha en el corazón. Recorrimos varias tiendas hasta encontrar un vestido como el que quería: corto, ceñido al cuerpo con un nudo en la cintura y de un azul intenso. El otro dejé que lo escogiera Marian y se decantó por uno a la altura de la rodilla de color beige grisáceo con un bonito bordado y falda evaporada.

En cuanto vi volar el birrete por los aires, comprendí que mi meta estaba cumplida y agradecí, por primera vez a la vida, por darme la oportunidad de lograrlo.

VICTOR

Recibí un pequeño sobre con una nota antes de que terminara el acto. La abrí, la leí, miré a los lados y sonreí.

—¿Qué es? —me preguntó Mel desconcertada.

—¿Tendrás paciencia para guardar un secreto? —le pregunté dándole un beso en los labios.

SOPHIA

Tras miles de fotos y una comida familiar que se alargó hasta la tarde, regresé con Marian a casa de mis abuelos. Allí ella se esmeró para que luciera espléndida, no entendía para qué, pero tampoco quería quitarle la ilusión. Esperé a que se cambiara y cuando lo hizo, salimos hacia el coche.

En ese instante mi móvil sonó siendo mi abuela, de inmediato, respondí.

—¿Aún estás en casa? —me preguntó.

—Estoy encendiendo el motor.

—Pregunta a la dictadora que tienes como amiga si podría pasar por la asociación y traer el pendrive donde está el formato de la invitación del evento, quiero dejar eso zanjado el día de hoy.

Volteé los ojos preguntándome por qué no podía esperar hasta el

día siguiente. Conocía la dedicación que tenía con la asociación, pero comenzaba a pasarse de la raya, eran cerca de las nueve de la noche y no podía seguir trabajando.

—Pregunta mi abuela si podemos pasar por U.P.B. para dejarle un pendrive.

—¡Está bien! —exclamó Marian—. Si no queda otra…

—¿Dónde está exactamente? —le pregunté mientras me bajaba para volver a casa y me especificó.

—¿Se les ha olvidado algo? —me preguntó mamá.

—Abuela me ha pedido que le llevara un pendrive.

—¡Hay que ver que mi madre a última hora siempre se acuerda de algún detalle! —exclamó mi padre.

—Yo lo que creo que se ha vuelto adicta al trabajo—respondí y me alejé para entrar al despacho y abrí un cajón encontrando el pendrive, pero al cogerlo vi un sobre con mi nombre en grande. Lo saqué pensando que sería algún regalo de mis abuelos, lo abrí desdoblando el papel.

«*Acepté mostrarte muchas formas de aprender a vivir, sin embargo, olvidé aprender la oportunidad de saber cuándo se necesita pedir perdón*».

Tragué saliva llevándome la nota al pecho y me senté unos segundos. Me pasé la lengua por los labios y la doblé cogiendo el pendrive para salir del despacho.

—Buenas noches, Sophia —me dijo papá. No podía responderle, mi mente y mi alma comenzaban a unirse en busca de esa necesidad que tanto anhelaba, subí al coche con la nota aún en la mano.

—Necesito que conduzcas, Marian.

—¿Por qué? —me preguntó.

—¡Solo hazlo!

—Está bien—me respondió sin protestar. Salimos del coche e intercambiamos puestos, nos pusimos los cinturones de seguridad y Marian encendió el motor—. ¿A dónde vamos, nena?—me preguntó.

Me giré a ella abriendo los ojos y me pasé la lengua por los labios de nuevo mirando de nuevo al frente tratando de no sacar conjeturas, pero sentí que debía ir a un único lugar.

—A Bongos. —Marian sonrió y puso en marcha el coche.

Treinta minutos después aparcó cerca.

—¿Por qué aparcas aquí? —le pregunté.

—Porque me parece que es lo más cerca que te puedo dejar.

—¿Qué?

Se quitó el cinturón de seguridad alargando el brazo y abriendo la puerta.

—¡Anda, bájate! Odiaría que me multen por vuestra culpa. —Abrumada, me quedé sentada. Marian me dio unos cuantos empujones, obligándome a salir—. No olvides que quiero los detalles.

—Encendió el motor y se marchó.

Mi corazón iba a mil por hora.

Estaba de espaldas al mar, solo tenía que girarme y mi vida cambiaría a lo que soñaba, me mordí los labios y sonreí llena de ilusión. Me giré, respiré con profundidad y lo vi de pie mirando el mar.

El primer paso lo di con temor, estuve a punto de llamar a Marian y pedirle que diera la vuelta, ya le reprocharía por confabularse, pero mandaba más el corazón, que latía con rapidez, porque estar allí era lo único que necesitaba.

A medida que avanzaba, me llenaba de seguridad hasta estar a su lado y fijar mis ojos hacia el firmamento y el océano uniéndose. Esta noche sí había estrellas y la luna estaba en lo alto, brillando como nunca la había visto.

—Una vez me dijiste que no sabías si funcionaría —le dije—. Hoy retomo esas palabras añadiendo que estoy dispuesta a arriesgarme.

Blake sujetó mi mano y la apretó. Se giró y acarició mi rostro al punto de que yo cerrase mis ojos dejando que las sensaciones se unieran en una sola, me estrechó entre sus brazos y sentí, al igual que él lo hizo, que nuestros corazones se ralentizaron.

Con lentitud, Blake acercó sus labios y me besó. Un beso sublime, cargado de promesas que sabía que nunca rompería. Se apartó para pegar su frente a la mía.

—Y yo estoy dispuesto a que encontremos miles de oportunidades de amar.

Agradecimientos

Es difícil encontrar las palabras de agradecimiento para muchas personas que siempre me han apoyado hasta su último aliento. Por ello, uno de los personajes lleva su nombre, como reconocimiento a esa semilla que dejó.

Al igual aquellos que han dejado de creer en la vida, por recordarnos que actualmente en la sociedad existen miles de personas que piden a gritos ser escuchadas y a las que, lamentablemente, por prejuicios, por orgullo y por zafarnos del problema, dejamos de lado.

A pesar de que ya no estás, siempre estarás en mis pensamientos, dejándome una enorme enseñanza, Eduardo.

A las personas compañeras y amigas que me ayudaron con conocimientos de medicina, gimnasia y dudas con respecto a leyes y estudios universitarios en los Estados Unidos, gracias por soportarme las preguntas una y otra vez.

A Bárbara Padrón, por su paciencia en mi despiste, por siempre apoyarme en todo momento.

A mis amigas Marian, Nati, Ana, Andreína que siempre están a mi lado en mis momentos difíciles que he necesitado su apoyo y me han animado.

A ti, lector, por confiar en mí al leer esta historia, gracias.

Biografía

Desde pequeña leía mucho y devoré todo aquello que pillaba en la biblioteca que estaba en el salón de esa enorme casa de mi abuela.

Libros con lomo rojo y cubierta amarilla que, al abrirlos, me trasladaban a la selva o viajar por un submarino y, por supuesto, soñar mil y una noches.

He de dar las gracias a mi profesor de Literatura, su insistencia

en leer logró seguir desarrollando mi imaginación, aunque fuese en forma secreta. Tras emigrar por amor, afloraron las ganas de escribir nuevamente y, desde entonces, vivo con voces en mi cabeza que me piden escribir sus historias sobre el amor y todo lo que conlleva.

Tengo mi lado oscuro. Soy una friki de las películas de Marvel y DC al igual las series y hablar de novelas y lo que voy leyendo.

Hasta la fecha, cuento con los siguientes libros publicados:

Hasta la fecha, cuento con un total de los siguientes libros publicados:

Autopublicado: *Trigésimo cumpleaños* de temática comedia romántica publicado en el 2017.

Autopublicado: *7 Historias para una tarde de verano*, varios relatos, julio del 2018

Autopublicado: *Y también las pelirrojas se enamoran*, de temática contemporánea, octubre 2018.

Autopublicado: *Cuatro citas falsas de amor,* de temática contemporánea, marzo 2019.

Autopublicado: *Antarlia: Una lucha de ideales*, de temática distópica new adult, julio 2019.

Autopublicado: *¿Te llamas Julieta?,* de temática comedia romántica-erótica, octubre 2019.

Autopublicada: *Tú, yo y esta historia de los dos*, de temática comedia romántica-erótica.

Autopublicado: *Antarlia, un nuevo mundo, un nuevo comienzo,* de temática distópica new adult julio del 2020.

Autopublicado: *Y te cruzaste en mi camino*, de temática contemporánea, otoño del 2020.

Autopublicada: *Tres, dos, uno…¡En el aire!*, de temática contemporánea, febrero del 2021.

Autopublicada: *Madrina en alquiler*, de temática comedia romántica, julio del 2021.

Autopublicada: *Doce oportunidades de vivir* de temática New Adult, publicada en noviembre 2021.

Versiones en otros idiomas:

Babelcube: *Trentesimo compleanno,* versión italiana, diciembre 2017

Babelcube: *7 Historias para una tarde de verano*, versión italiana, noviembre 2018.

Babelcube: *7 stories for Summer Afternoon,* versión inglesa, diciembre 2018.

Babelcube: *7 histoires pour un après-midi d'été*, versión francesa febrero 2019.

Babelcube: *The Thirtieth Birthday,* versión inglesa, 2019.

Babelcube: Babelcube: 7 Geschichten für einen Sommernachmittag, versión alemana, 2021.

Babelcube: 7 Histórias para uma tarde de Verão, versión portuguesa, 2021.

¿Quieres saber más? Te invito a conocer mis novelas y seguirme en mis perfiles en las redes sociales.

Más información a través de

Facebook JossyLoes

Instagram jossyloes

Twitter Jossylo03

Telegram grupo: jossyloes.

[1] Prenda deportiva de tejido fino y elástico que se adapta perfectamente al cuerpo y cubre el tronco y en ocasiones también parte o la totalidad de las extremidades; es utilizada principalmente por gimnastas, atletas, bailarines y acróbatas.

[2] Movimiento de tipo circular que combina la aducción, la abducción, la extensión y la flexión.

[3] Movimiento que consiste en doblar la pierna libre a la altura de la rodilla de la pierna de apoyo.

[4] Posición que suele utilizarse para concluir una secuencia de pasos o movimientos concatenados.

[5] Ejecuciones de movimientos con aparatos de gimnasia rítmica.

[6] Es un actor australiano. Saltó a la fama en 2010, tras interpretar el papel de Will Blakelee en la película La última canción.

[7] Es un término coloquial para referirse a un cigarro de cannabis.

[8] De plagio.

[9] Acción organizada en la que un gran grupo de personas se reúne de repente en un lugar público, realiza algo inusual y luego se dispersa rápidamente

[10] Es una acción organizada en la que un gran grupo de personas se reúne de repente en un lugar público, realiza algo inusual y luego se dispersa rápidamente.

[11] Abuela en italiano.

[12] Una de las mejores escuelas de danza de Estados Unidos.

[13] Fall Creek Falls es una cascada de gran caída de 256 pies de altura ubicada en el Parque Estatal Fall Creek Falls cerca de Spencer, Tennessee.

[14] Posición básica de ballet, realizada generalmente de perfil. El cuerpo se sostiene sobre una pierna, mientras que la pierna restante se estira por detrás.

[15] Es una de las películas de western más conocidas de toda la historia del cine.

[16] Astrólogo, actor, bailarín, escritor y celebridad televisiva de origen puertorriqueño.

[17] Son personajes del libro Charlie y la fábrica de chocolate del autor británico Roald Dah.

[18] Hace referencia al rápido cambio de nivel que produce este paso, haciendo un relevé en 5° posición, que suele avanzarse al momento de realizar el movimiento.

[19] Es un salto con desplazamiento en el cual una pierna persigue a la otra.

[20] Consiste en subir los talones del suelo, con zapatillas de media punta se levantan hasta que solo mantener los dedos en el suelo (o demi-pointé); con zapatillas de puntas se puede elevar el relevé hasta las puntas de los dedos.

[21] Un personaje de ficción de la telenovela mexicana María la del Barrio. Es la típica villana de los melodramas mexicanos.

[22] Empresa ficticia.

[BPS1]Quitar.